

EL HOMBRE QUE SUSURRABA A LOS

«UMMITAS»

J. J. BENITEZ

se

Aunque jamás se apartó de la investigación, J. J. Benítez regresa a uno de sus temas favoritos: los ovnis. Y lo hace con un caso especialmente polémico: «UMMO». A partir de 1966, y durante más de veinte años, un grupo de ciudadanos recibió decenas de cartas y mensajes procedentes, al parecer, de una civilización extraterrestre: los «ummitas». La polémica no se hizo esperar. ¿Se trataba de un fraude? ¿Qué había de cierto en aquellas comunicaciones?

El hombre que susurraba a los «ummitas» será de obligada lectura para quien desee saber qué sucedió en aquellos años.



J. J. Benítez

# **El hombre que susurraba a los «ummitas»**

ePub r1.0  
XcUiDi 30.01.2017

Título original: *El hombre que susurraba a los «ummitas»*  
J. J. Benítez, 2007

Editor digital: XcUiDi  
ePub base r1.2

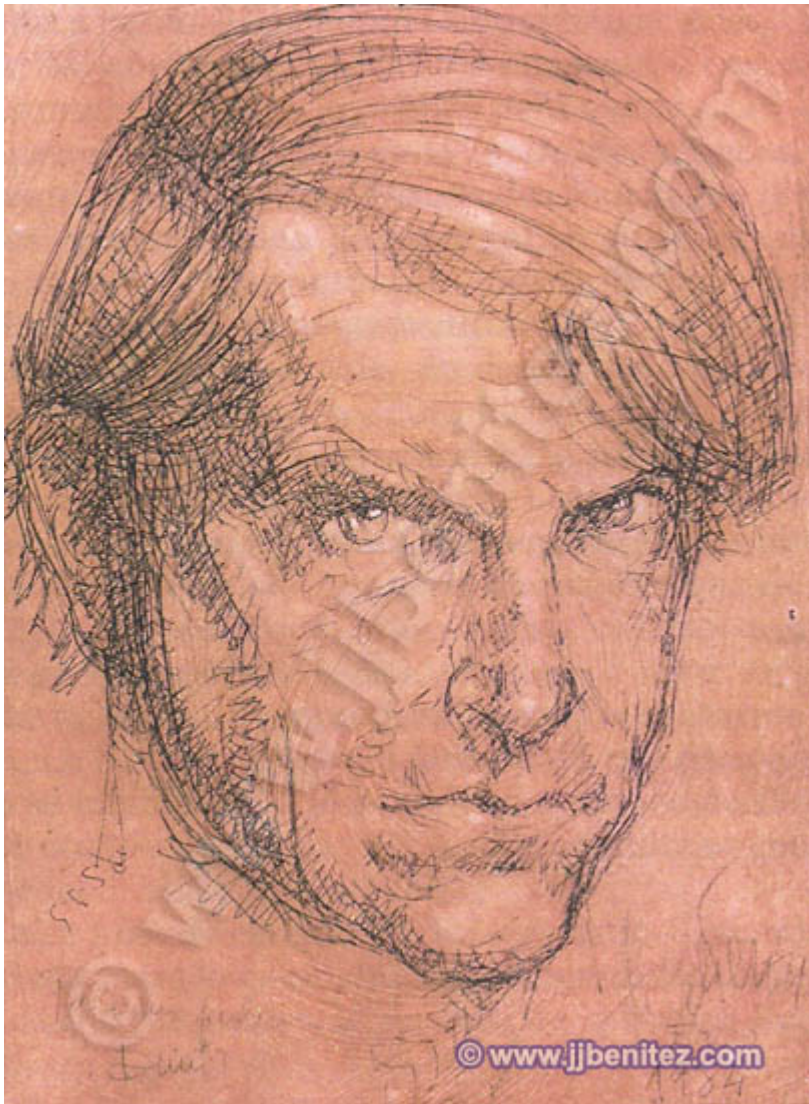
Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org). La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.





A Fernando Calderón y a Rafael Farriols.  
Ahora, ellos saben que la intuición camina siempre por  
delante de la razón.

Y a Angelines Coloma, mi querida «Sherlock Holmes».



## Una extraña coincidencia

Harry Mallard era un hombre apacible, siempre sonriente y bien dispuesto. Aquel jueves, 26 de enero de 1995, conversé con él por última vez. Harry falleció meses más tarde. Y en aquella postrera y cálida conversación —cómo no— me las ingenié para sacar a flote el viejo tema, casi nuestro tema. El inglés sonrió y, con cierto cansancio en la mirada, anunció que estaba a punto de abandonar sus investigaciones. Creí comprender. Mi cordial amigo llevaba cuarenta y tres años con aquel asunto. Cuarenta y tres años para nada...

Me presentaron a Harry en 1974. Desde entonces, a lo largo de veintiún años, tuve la fortuna de escuchar su historia en repetidas oportunidades. Siempre fui yo quien le salió al encuentro y quien preguntó por aquel singular suceso en Sudáfrica. Y Harry, paciente y entrañable, repetía el relato y lo hacía de forma impecable, sin desviarse ni entrar en contradicción. Y así, como digo, durante más de veinte años... En otras palabras: no tengo la menor duda sobre la historia que me dispongo a exponer y que vio la luz pública en 1979<sup>[1]</sup>. No es mi costumbre repetir un mismo caso en dos libros diferentes. Si lo hago es por una serie de razones que iré desgranando poco a poco y que, estoy seguro, el lector sabrá comprender en su momento. Y Harry Mallard, como decía, volvió a contarme la vieja historia. La fecha exacta es el único dato que permaneció oscuro en su memoria. Pudo ocurrir en el verano de 1951 o quizá en el otoño-invierno de 1952. En las últimas entrevistas, Harry se inclinaba por la segunda.



Harry Mallard, ingeniero inglés, protagonista del encuentro en Sudáfrica en 1952. (Cortesía de Mercedes Ayala).

«Fue en julio de ese año [1952] —insistió— cuando empecé a trabajar para la compañía Contactor, dedicada a la fabricación de instrumentos y al servicio de la British Reostatic...

»En ese tiempo vivíamos en un lugar llamado Paarl, a cosa de cuarenta kilómetros de Ciudad del Cabo. La granja en cuestión, llamada “Lilly Fontein”, se alzaba a poco más de cinco kilómetros de Paarl y muy cerca de la carretera que conduce a la montaña de Drakenstein...

»En aquel apartado lugar, y en aquel tiempo, mi esposa tenía problemas a la hora de ir a la compra. Por allí no circulaban autobuses y el único medio de transporte era mi coche. Lamentablemente, yo lo utilizaba para ir y volver del trabajo. Así que decidimos comprar un pequeño automóvil francés, de segunda mano, ideal para los desplazamientos cortos...



»Yo, entonces, tenía unos treinta y dos años y, la verdad, no nos sobraba el dinero...

»La cuestión es que permanecí varios días reparando y poniendo a punto el citado vehículo. La última jornada trabajé en él hasta casi las once de la noche. Pero, cuando quise arrancarlo, la batería no respondió. Probablemente se había descargado. Me lavé las manos y opté por dejarlo para la mañana siguiente. Estaba muy cansado. Y así lo hice. Me acosté e intenté conciliar el sueño. Fue imposible. A los quince o veinte minutos, volví a levantarme. No podía entenderlo. Y decidí probar fortuna con el coche de mi mujer. Lo empujaría por el camino hasta la carretera. Si conseguía ponerlo en marcha, lo conduciría hasta una meseta existente en la montaña. El viaje representaba una hora, más o menos; tiempo más que sobrado para cargar la batería.

»Dicho y hecho. Salté de la cama. Me puse unos pantalones cortos y salí al exterior. La noche era espléndida, con una hermosa luna. Empujé el automóvil y, efectivamente, arrancó...



Montaña de Klein Drakenstein. La flecha señala la trayectoria de la carretera por la que ascendió el ingeniero con su automóvil. (Foto: Cynthia Hind).

»Mi intención, como ya te he comentado en otras ocasiones, era conducir hasta un paraje situado a poco más de ochocientos metros de altitud, en las proximidades de Groote Drakenstein [hoy, Du Toit's Kloof]. Necesité una media hora para alcanzar la meseta ubicada en dicha montaña. La luna iluminaba el lugar y el pico del Drakenstein proyectaba una larga sombra que ocultaba parte de la meseta...

»Serían las 23.15, aproximadamente, cuando procedí a dar la vuelta. La batería había respondido. Era el momento de regresar a casa...

»Fue entonces cuando vi al hombre. Salió de la zona oscura de la explanada y me hizo señas para que detuviera el coche. Así lo hice, y le pregunté qué le ocurría. Se aproximó a la ventanilla y exclamó:

»“¿Tiene agua?”. Le contesté que no. Entonces, aparentemente contrariado, replicó: “Necesitamos agua urgentemente”...

»No sabía muy bien qué estaba pasando, pero, al notar su contrariedad, comenté que, al otro lado del sendero, había un arroyo. “Si quiere —le dije—, puedo llevarlo”. ¿“Está muy lejos”?, preguntó. “Más o menos a quinientos metros. Es agua procedente de la montaña, muy buena...”.

»El hombre aceptó y se sentó a mi lado. Casi no hablamos. Entonces dirigí el vehículo hacia el punto por el que pasaba el riachuelo, muy cerca de la carretera. Al detener el coche, caí en la cuenta de un detalle: ni él ni yo disponíamos de un recipiente para el agua. Cuando le pregunté sobre el particular, respondió que no tenía. Todo aquello, en efecto, era muy extraño. Su inglés, incluso, era raro. En Sudáfrica vive gente de muchas nacionalidades, cada cual con su acento. Pues bien, este hombre hablaba un inglés casi de laboratorio...

»Le dije que no se preocupara: Yo tenía una lata de dos galones y medio. Serviría...

»Bajamos al arroyo por el lado del puente y procedimos a limpiar la lata. Estaba sucia, con restos de aceite. Nos turnamos, empleando puñados de grava y arena. Una vez concluida la operación de limpieza, llenamos la lata y regresamos al automóvil...

»El hombre, entonces, me indicó que lo dejara donde lo había encontrado. Así lo hice. Y al llegar a la meseta señaló un lugar en la sombra: "Allí, por favor". Era la zona más oscura. Insistió con la mano, marcando un punto. Fue entonces cuando lo vi por primera vez...



Explanada en la que se hallaba posado el ovni. (Foto: Cynthia Hind).





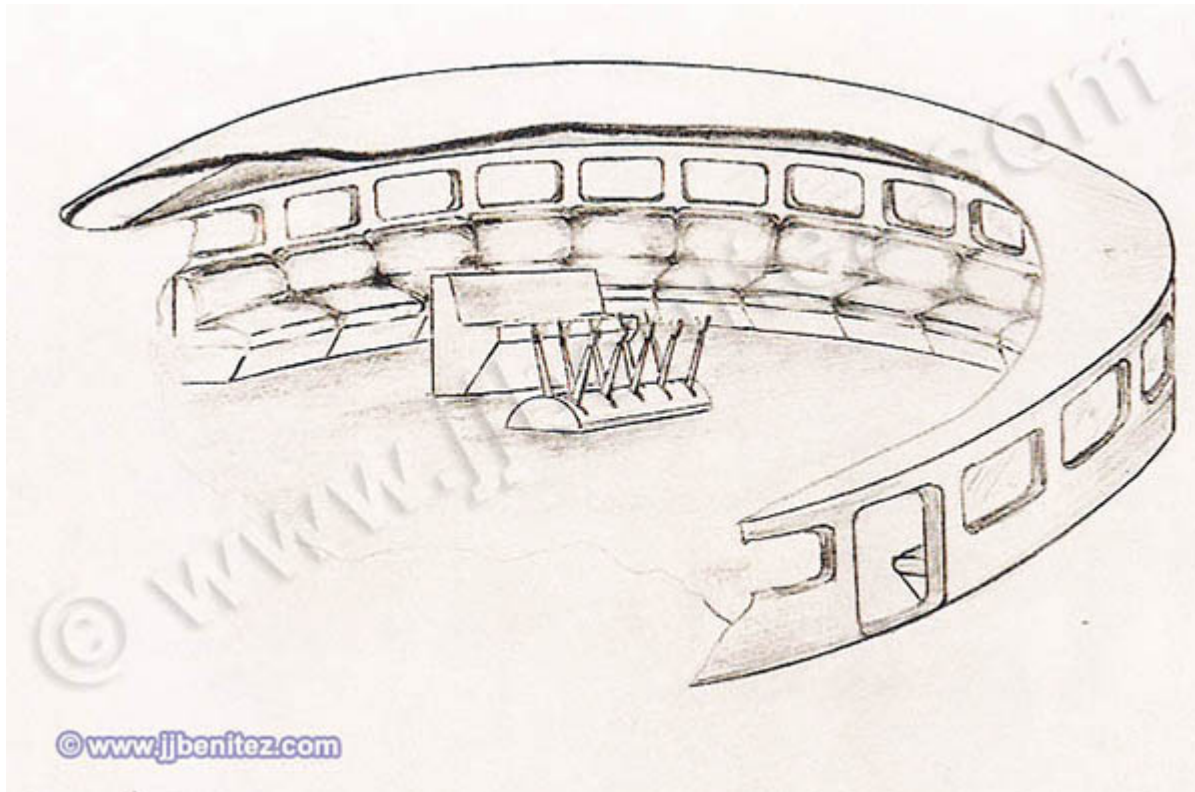
«Al pie de la montaña, en la zona de sombra, se hallaba posado un objeto. El hombre me invitó a seguirlo». (Dibujo: F. Ghot).

»Era un aparato —lo que hoy llaman un ovni— posado en el suelo. Me encontraba a unos cien metros de la carretera. Recuerdo que dudé, y el hombre me animó a continuar. Llegamos a quince o veinte metros del objeto. Era grande. Calculo que de unos diez o quince metros de diámetro y otros cuatro de altura. Se veía luz por la parte inferior. El hombre salió del coche y yo, algo temeroso, hice lo mismo...

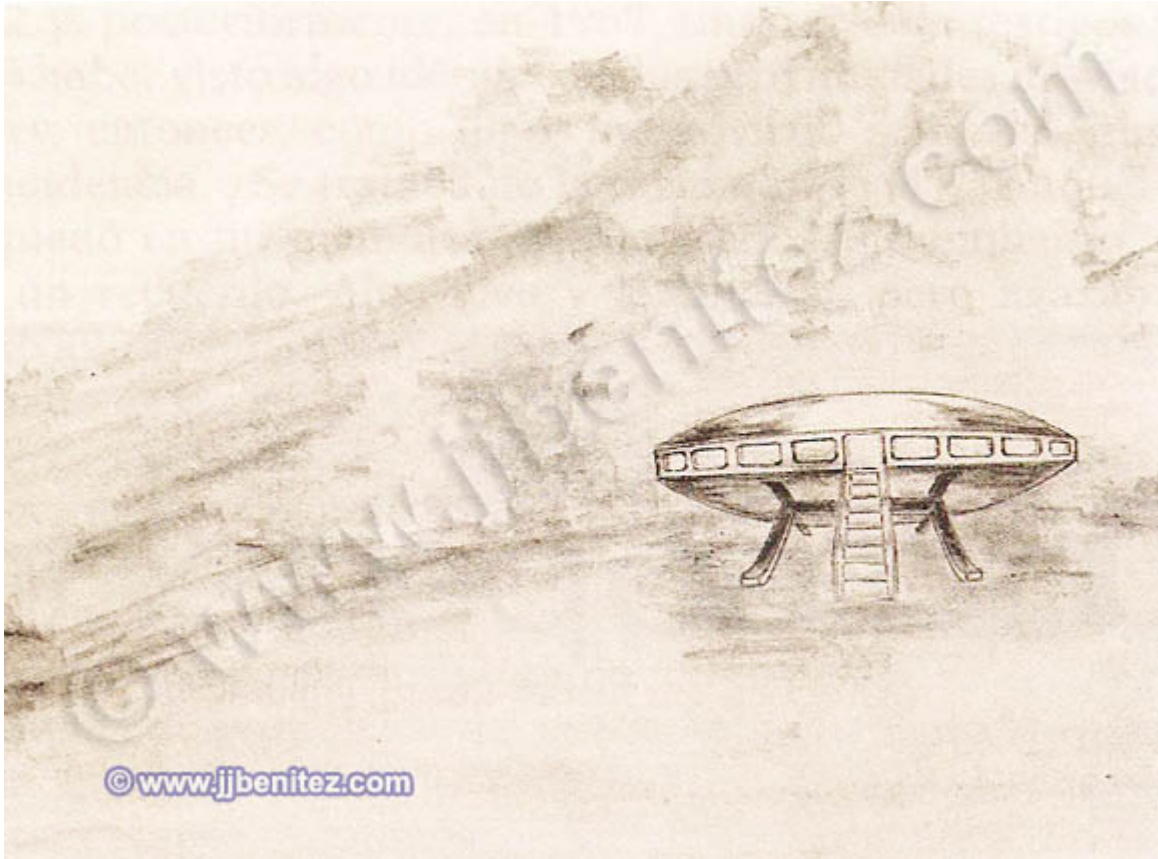
»No podía comprender. Yo no creía en esas cosas. El hombre, entonces, caminó hacia el ovni y, con un gesto amistoso, me animó a que lo siguiera. Yo estaba muy impresionado. Insistió y fui tras él. Subimos por una escalerilla y fuimos a parar a una especie de sala circular. Allí había luz, mucha luz, aunque no sé dónde estaban las bombillas. Parecía salir de las paredes...



»Era un lugar con un banco o asiento corrido bajo unos grandes ventanales. Sobre dicho banco aparecía un hombre tumbado. Frente a él, observándolo, descubrí a otros tres individuos. Recuerdo que, poco antes, le había preguntado para qué necesitaba el agua. El hombre habló de un pequeño accidente. Uno de su gente —dijo— se hallaba herido. Por eso necesitaba el agua...



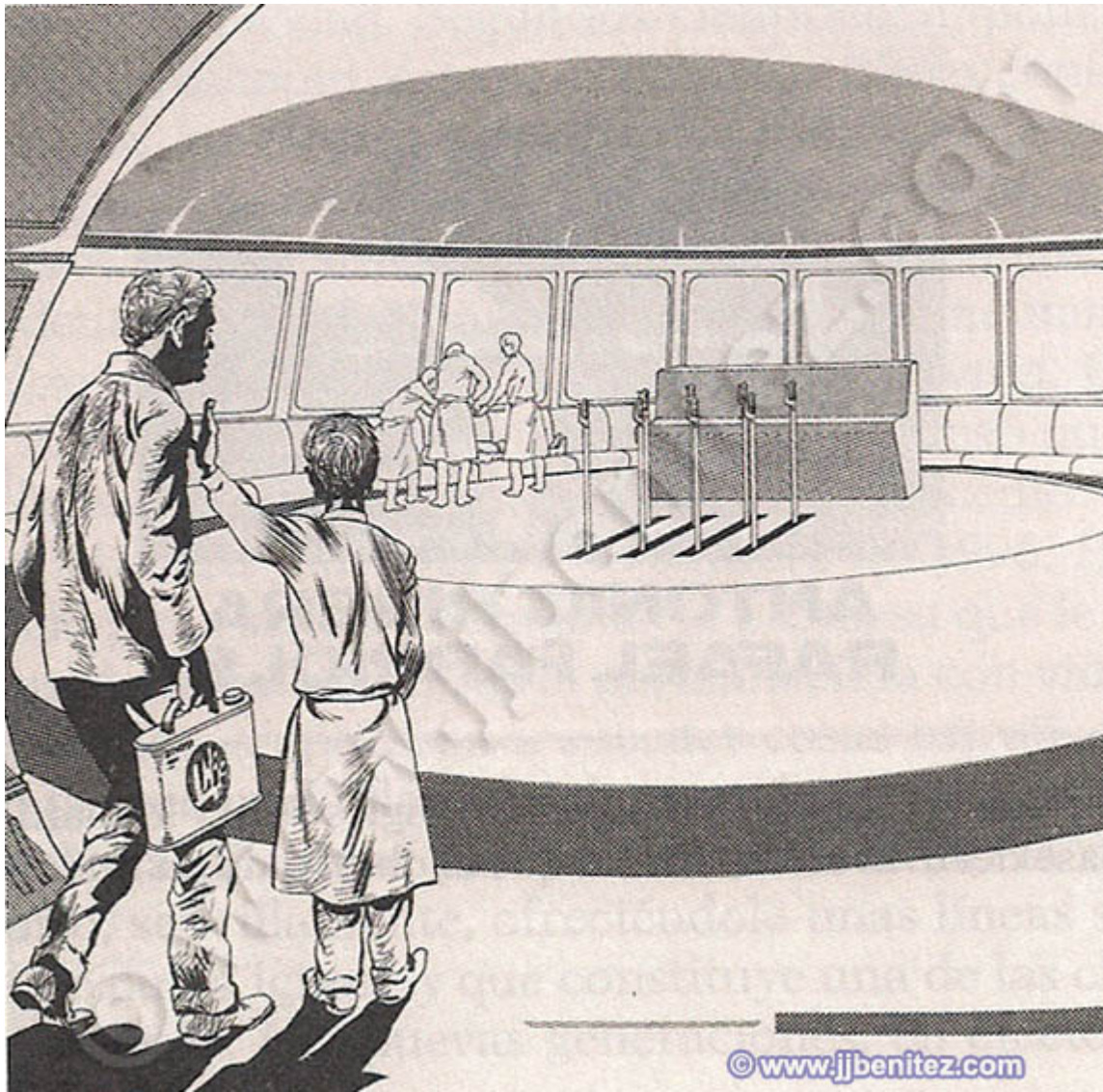
Interior de la nave, dibujado por el ingeniero.



«La nave era sustentada por un tren de aterrizaje que se acoplaba en el interior de la base». (Dibujo: Harry Mallard).

»El hombre me pidió que esperase. Entonces se aproximó al grupo, dejó la lata y regresó en cuestión de segundos. Siempre permaneció entre sus compañeros y mi persona. Estaba claro que no quería que me acercara al herido...

»Cuando retornó, le pregunté si necesitaban un médico. Podía acudir al pueblo y traerlo. Se negó. Dijo que no tenía importancia. “Al penetrar en la atmósfera —aseguró—, una de las ventanas se rompió”. Por más que miré, no vi rotura alguna. Todo estaba bien. Las ventanas eran cuadradas, de unos 90 por 60 centímetros, con las esquinas redondeadas. Lo asombroso es que, a pesar de las ventanas, la luz del objeto no se veía desde el exterior...



«Al fondo, sobre el asiento corrido, distinguí a un hombre tumbado. Otros tres parecían atenderlo. El que me acompañaba no me permitió avanzar». (Dibujo: F. Ghot).

»El suelo era metálico y muy duro, con pequeños nódulos que formaban un patrón. Había que tener cuidado porque resbalaba...

»El hombre, entonces, preguntó si tenía interés por conocer alguna otra cosa. Le dije que sí. Como ingeniero, sentía curiosidad por saber cómo funcionaba aquella nave, porque de eso se trataba...

»Me llevó al centro de la sala y me mostró unas palancas, parecidas a las que se utilizaban en las antiguas cabinas o cajas de señales de los ferrocarriles. Me recordaron igualmente los viejos

frenos de mano de los automóviles. Nacían del suelo. Formaban dos hileras, con un total de ocho palancas de un metro de altura. Por detrás había una especie de mesa...

»Con eso —según él—, manejaban el objeto. Pregunté por los motores pero, sonriendo, dijo que no había. La nave funcionaba con otro sistema...

»Me mostró las ventanas y los asientos. Parecían asientos dobles, de un material similar al cuero, aunque no podría asegurarlo. Al preguntarle de dónde venían, el individuo señaló las estrellas que se veían por las ventanas y exclamó: “De allí”. No pude sacarle ni una sola palabra más sobre dicho asunto y cambió de tema...

»Yo deseaba saber más cosas sobre el funcionamiento del aparato y los sistemas de navegación y él fue respondiendo a mis preguntas. Dijo que utilizaban un procedimiento que vencía la gravedad. Para ello empleaban un fluido (?) muy pesado que circulaba por el interior de un tubo y creaba un efecto electromagnético. Pensé en el mercurio. Esa especie de “imán líquido” vencía la gravedad y les permitía aterrizar y despegar, aunque nunca verticalmente. Todo lo controlaban con las palancas que me había mostrado. Y se extrañó de que nosotros, los humanos, no conociéramos este sistema. Insistí sobre el particular. Aquello me pareció muy interesante. Creí entender que dicho fluido, al circular por el interior del tubo, provocaba el mismo efecto que la electricidad en un cable. Y aquel hombre afirmó que la fuerza de la gravedad era anulada o controlada (?) cuando el citado fluido alcanzaba la velocidad de la luz...

»Hablamos de giroscopios. “Más allá de cierto número de revoluciones —manifestó—, existe el control de la gravedad”. Después volvió a dejarme perplejo cuando aseguró que aquel aparato no era controlado con sistemas de navegación. Lo hacían —dijo— a ojo, al igual que un automóvil o un barco en la mar...

»Yo seguía observando al individuo herido (?) y pregunté por segunda vez si precisaban los servicios de un médico. El hombre fue rotundo, una vez más: “Nada de médicos”...



»Minutos más tarde, muy amablemente, me condujo hasta la salida, dándome a entender que la reunión había terminado. Me despedí y descendí por la escalerilla. Entré en el coche y me alejé hacia mi casa. Estaba desconcertado...

»Esa misma noche se lo comenté a mi mujer, pero su respuesta me obligó al silencio: "Has estado soñando, duérmete". ¿Había sido un sueño? Mi agitación era tal que no pude dormir. A la mañana siguiente, al dirigirme al trabajo, observé que faltaba la lata...

»Cometí el error de comentarlo en la oficina. Nadie me creyó. Finalmente me llamó el gerente y me obligó a guardar silencio, asegurando que "sólo había sido un sueño". ¿Un sueño? ¿Cómo era posible que lo recordara con tanta nitidez?...

»Regresé al lugar donde se había posado el ovni y descubrí cuatro huellas. No tuve duda: la experiencia había sido real. Aquellas marcas en la tierra fueron provocadas por las patas o el tren de aterrizaje que yo había visto. Eran unos soportes metálicos, parecidos al aluminio y de un color gris plata. En la base de la nave se veían unas ranuras oscuras, en forma de «H» y con los lados curvados. Allí entraban las patas cuando éstas eran recogidas...

»Años después, una vez en España, me llevé una gran sorpresa al ver la portada de un libro en el que aparecía un ovni con una «H» en la panza, exactamente igual a la que yo había visitado en Sudáfrica. ¿Cómo era posible? Aquello me convenció definitivamente. Lo ocurrido en 1952 había sido real...



Portada del libro que desconcertó al ingeniero inglés Harry Mallard. El símbolo que aparece en la base del ovni era el mismo que el observado en Sudáfrica en 1952.

»En cuanto a los hombres que vi en el interior de la nave, poco más puedo añadir. Todos tenían la misma altura: alrededor de 1,50 o 1,60 metros; es decir, algo más bajos de lo habitual. Los rasgos eran normales. No hubo nada que me llamara la atención, excepción hecha del pelo, que era idéntico en los cinco. Tenían un color "ratón". El único que habló conmigo parecía el más viejo. Era algo más corpulento que el resto. Vestían una bata de color *beige*, tipo laboratorio. Nunca podré olvidar aquellos cuarenta y cinco minutos...».

He querido iniciar este nuevo libro con la experiencia vivida por Harry Mallard porque entiendo que fue él, justamente, quien me alertó sobre algo que ha pasado casi desapercibido para buena

parte de los investigadores del fenómeno de los «no identificados», entre los que me incluyo, naturalmente. Allá por el año 1974, el ingeniero inglés, al referir el singular encuentro en Sudáfrica, insistió en la extraña casualidad de la «H» en la panza de la nave. Él lo vio en 1952 y, posteriormente, en 1967, una serie de testigos aseguró haber visto algo idéntico en las proximidades de Madrid. Harry, entonces, como digo, me advirtió sobre la singular coincidencia. ¿Se trataba de la misma nave?<sup>[2]</sup> Y aquel aviso quedó en mi memoria. Durante años, sin embargo, sólo fue un recuerdo. Algo vivo y latente, sí, pero agazapado, como a la espera de no se sabe qué. Hoy creo entender el significado de esa larga espera...

Pero vayamos paso a paso. Mi amigo, el ingeniero en instrumentación, siguió su vida. Jamás, que yo sepa, volvió a vivir nada semejante. La experiencia, no obstante, lo marcó de forma tan profunda que, casi desde aquel inolvidable 1952, dedicó buena parte de su tiempo libre a tratar de reconstruir el sistema de propulsión del que le había hablado el «hombre de la montaña». Sus investigaciones, consultas, ensayos y vuelta a empezar empeñaron cuarenta y tres años. Lo vi trabajar con toda suerte de hipótesis, y llegó a intercambiar sus ideas con eminentes científicos y especialistas en magnetismo. En 1990, una noticia procedente de Japón lo llenó de esperanza. En enero de ese año, los doctores Hayaska y Takeuchi anunciaron que se hallaban experimentando con giroscopios antigraavedad. Según los científicos nipones, al hacer girar el giroscopio, éste se volvía más ligero conforme se incrementaba la velocidad de giro. La fuerza de la gravedad, en suma, quedaba anulada, tal y como le había anunciado el «extranjero» en Sudáfrica. Al poco, sin embargo, los científicos occidentales rechazaban el hallazgo, argumentando que, de ser cierto, invalidaría la primera ley de Newton. En 1995, cuando lo visité por última vez, Harry me confesó que estaba cansado. Quería olvidar aquel asunto. Y así sucedió. Mi amigo Harry Mallard murió el 27 de octubre de 1996. Hoy, una vez fallecido, me siento liberado de la promesa que le hice: no revelar su identidad mientras él

permaneciera con vida. Y con su desaparición empezaron a suceder cosas extrañas... Pero, antes de proceder al relato de algunos de esos hechos, bueno será que haga un breve paréntesis, refrescando la memoria del lector o, sencillamente, ofreciéndole unas líneas sobre un asunto que quizá ignore y que constituye una de las claves del presente trabajo. Las nuevas generaciones, en efecto, no tienen por qué estar al corriente del llamado asunto «Ummo», algo que saltó a la actualidad en los años sesenta. Pues bien, en beneficio, como digo, de los más jóvenes, permítanme que recuerde ahora algunos de los rasgos más sobresalientes (siempre desde mi punto de vista, claro está) de aquella desconcertante historia.



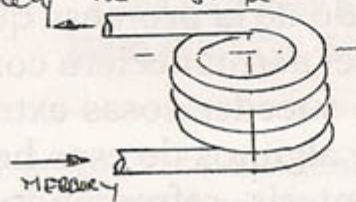
To Stefan Salter

Dear Sir

approximately eighteen months ago I heard on the overseas Radio program from BBC. - "Science in Action" that someone had claimed to have detected an external force (thrust) produced by a gyroscope, and that you were investigating this phenomena, and now in the Daily Telegraph on the 8<sup>th</sup> of February I again see that you were asked to comment on a similar claim by two Japanese Scientists of Hideo Hayakawa and D. Sirkas Takeuchi

I wonder if you would be kind enough to send me your comments of the following:-

As I understand it Gyroscopic action is produced by the centrifugal force of the rotating mass of the gyroscopes Rotor (flywheel). If this Rotor was replaced by a heavy liquid say mercury flowing round a coiled round tube the effect due to the centrifugal force of the mercury would I think be approximately the same.



Durante años, el ingeniero inglés trató de interesar a los científicos en el revolucionario sistema de propulsión. Muy pocos lo escucharon.

Corría el año 1966. De pronto, primeramente en Madrid, aparecieron unos escritos mecanografiados, recibidos por correo por un reducido grupo de personas. Los firmantes de tales documentos decían ser extraterrestres y proceder de un planeta llamado «Ummo». Eran escritos aparentemente científicos en los que, entre otras cuestiones, se describía la vida en dicho mundo, así como el pensamiento de la referida y supuesta raza. En total, casi ciento ochenta documentos, con algo más de mil quinientas páginas. Un material que traspasó las fronteras españolas y que, como era de esperar, se vio sometido a intensas polémicas. Uno de los receptores de estas cartas fue Fernando Sesma, fallecido en 1982. En uno de los escritos, recibido en mayo de 1967, los «ummitas» le anunciaban la llegada a la Tierra de varias de sus naves. Sesma lo hizo público el 20 de mayo en el diario *Información* de Alicante. A los pocos días, otros tres ciudadanos españoles recibían sendas misivas con un contenido similar: la aproximación de tres objetos a determinadas regiones de Bolivia, España y Brasil, respectivamente.

La lectura del «anuncio» se llevó a cabo en Madrid, a las 22 horas del 30 de mayo de 1967 ante una treintena de testigos. Entre otras noticias, los «ummitas» especificaban los puntos aproximados en los que se registrarían las apariciones de dichas naves. Ese texto rezaba así:

#### **BOLIVIA**

*ZONA DE ORURO. El descenso se verificará en un punto ubicado dentro del área circular que, teniendo como centro la ciudad de Oruro, su radio sea de unos 208 kilómetros con un margen de error en esta última medida de más menos cuatro kilómetros.*

#### **ESPAÑA**

*ZONA DE MADRID. El descenso está previsto en el seno de una área circular que tiene por centro las siguientes coordenadas:*

*Longitud: 3° 45' 20,6" W. Latitud: 40° 28' 2,2" N.*

*Y un radio de 46 kilómetros con margen de error de 1,6 km.*

*BRASIL*

*ZONA DE RÍO GRANDE DO SUL. Cercanías de Santo Angelo. El elevado margen de error nos impide mayor especificación.*

*Estas previsiones se realizaron con fecha 27 de mayo...*

Una vez leído el comunicado, la treintena de testigos estampó las correspondientes firmas al dorso de una de las páginas, dando fe de la información que acababan de recibir.



Con fecha treinta de mayo de mil novecientos sesenta y siete a las veintidos horas se ha dado lectura por E. Estanislao Carrido de la presente comunicacion en presencia de los abajo firmantes:

Fernando Ferrer Fdo el Catolico 6 - Madrid  
Javier = Husca 31 <sup>Villanueva de Petre</sup> <sup>Rios Rosas n.º 12-4.º C</sup>

Alicia Arango <sup>(Martinez)</sup> - Lincea 7. 7.  
Hormonilla, 29

~~[Signature]~~ Elena Gonzalez de Villegata  
Don. So Cortés 124

~~[Signature]~~ <sup>1.º Cime Quintan</sup> <sup>Rio... 2-65-7 D - Montalvo - Madrid</sup>  
Infanta M.ª Teresa 8

José Fernández Ariz <sup>638 - Moratalaz</sup>  
E/ Joaquin Montes Jovellán 11 <sup>Urb. de Escobal de Armenteros</sup>

~~[Signature]~~ José Claudio LEÓN 30  
E/ Joaquin Montes Jovellán 11

L. Tapia - Puerco Don Ramon de la Cruz n.º 26

María Teresa de ~~[Signature]~~ <sup>1934</sup>

~~[Signature]~~ <sup>C. Mayor, Guadalupe</sup> <sup>Avda. Serran 4. C. de nuevos foros</sup>  
Eduardo Lera 1. 1. 0 T.

Coloquio n.º 13-3-5-1967  
Rafael Farriols

comandante Zamora N.º 6

Valera

Firmas de los testigos del célebre anuncio de la llegada de naves «ummitas» (30 de mayo de 1967). (Archivo de Rafael Farriols).



Dos días después, al atardecer del 1 de junio, un objeto volante no identificado fue observado en las proximidades de Madrid. Los informantes aseguraron que lucía una especie de «H» en la panza. El 2 de junio, el rotativo *Informaciones* publicaba las fotografías de un ovni sobre San José de Valderas (Madrid). Se trataba de la misma imagen que identificaría Harry Mallard años después, al tropezar casualmente (?) con el mencionado libro de Ribera y Farriols.

© www.jjbenitez.com



## ¿PLATILLOS VOLANTES SOBRE MADRID?

CENTENARES DE PERSONAS LOS «VIERON»  
AYER EN LAS CERCANIAS DE LA CAPITAL

# ¿PLATILLOS VOLANTES SOBRE MADRID?

CENTENARES DE PERSONAS LOS «VIERON»  
AYER EN LAS CERCANIAS DE LA CAPITAL



Ayer, al atardecer, poco antes del crepúsculo, por la parte de alto del paseo de Extremadura y otras zonas situadas hacia la colonia de San José de Valderas centenares de personas fueron testigos de la presencia de un objeto extraño que pasó volando a gran velocidad. Según nos cuentan las personas que tuvieron oportunidad de contemplarlo, se trataba de un artefacto de forma esférica, que en principio presentaba un color rojizo, como de hallarse en estado incandescente, posiblemente por reflejar los rayos del sol, pero que a medida que fue alejándose tomó un tono plateado. El artefacto en un momento se detuvo en el cielo, para reemprender su marcha vez más. Unas personas que contemplaron el objeto por la carretera de Bohadilla cuentan que lo vieron surgir de detrás de un pequeño montículo, como si se hubiera posado en tierra. En todos los lugares donde fue visto el artefacto se produjo una gran alarma. Los espectadores de este extraño objeto coinciden en afirmar que se trataba de un platillo volante. Entre las gentes se produjeron escenas de gran emoción. En un bar de Aravaca entró una pareja tremendamente emocionada tras haberse encontrado en pleno campo con el artefacto.

Este singular documento gráfico de los artefactos ha sido hecho en San José de Valderas por un aficionado, que tuvo la posibilidad de esta ocasión única.

© [www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)

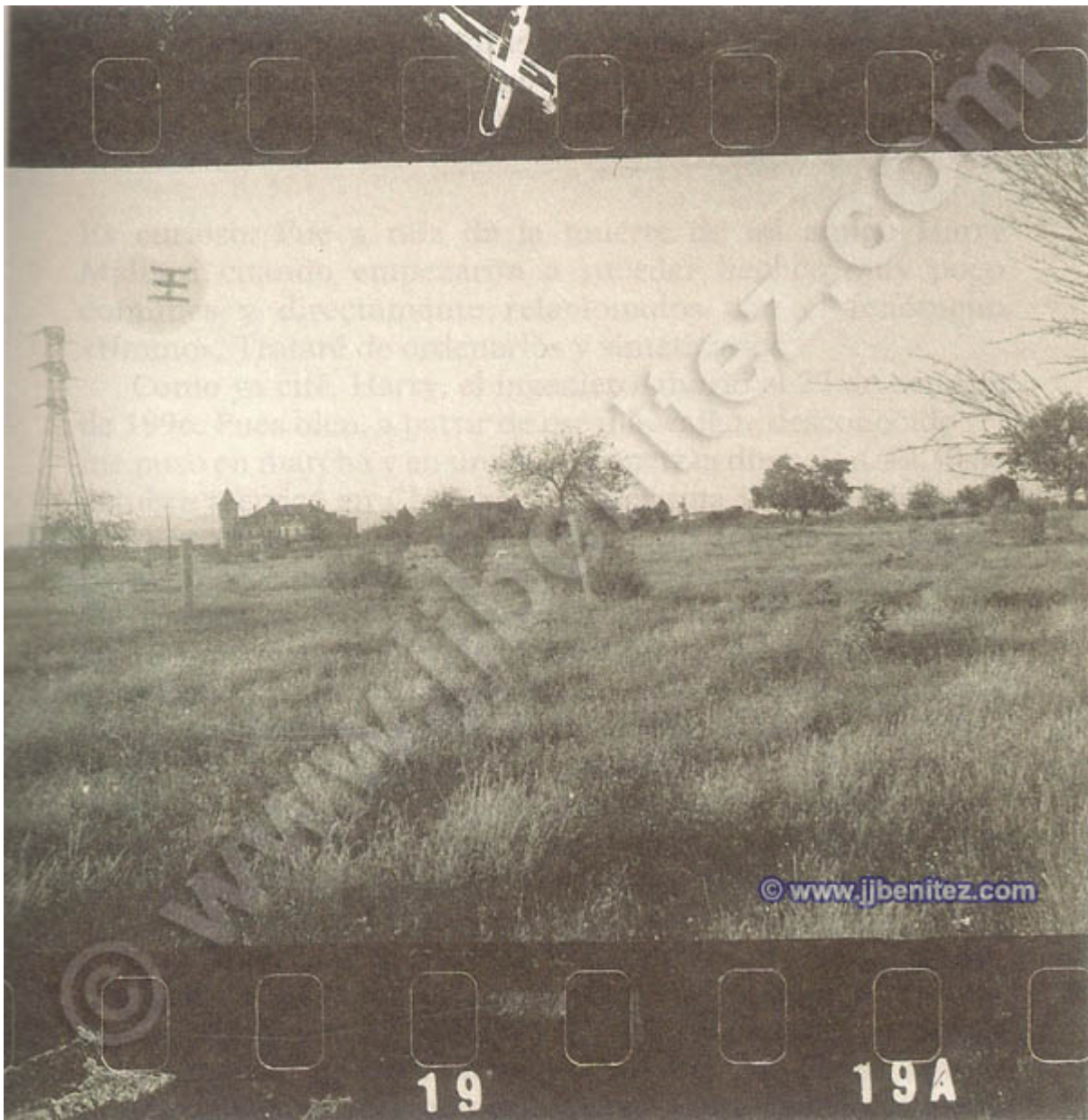
*Informaciones, Viernes 2 de Junio 1967*

Diario *Informaciones* (Madrid), viernes, 2 de junio de 1967.

El trasiego de los «informes “ummitas”», se prolongaría durante veintisiete años. En 1993, uno de los firmantes de la célebre carta del 30 de mayo de 1967 se proclamaba autor de la totalidad de los escritos, así como de las fotos del no menos famoso ovni de San José de Valderas. José Luis Jordán Peña afirmaba públicamente que todo había obedecido a un experimento. Todo —decía— era

falso: las misivas, los contenidos, el sello «ummita» que acompañaba cada envío y, por supuesto, los testimonios y las imágenes del múltiple avistamiento de Valderas. A partir de esos momentos, como era de esperar, volvió a encenderse la polémica. Los detractores del fenómeno ovni —¡cómo no!— aprovecharon la circunstancia, vomitando toda suerte de improperios contra los incautos que —según ellos— se dejaron engañar. «Ummo» — escribieron por activa y por pasiva— era sólo *humo*. Personalmente, como a otros investigadores que hemos invertido mucho tiempo y dinero en el estudio de «Ummo», las declaraciones de Jordán Peña me llenaron de escepticismo. Sabíamos que parte de los informes podía ser un fraude, y sabíamos igualmente que el complejo tema «ummita» nunca había sido investigado en profundidad y con el necesario rigor, al menos por los que lo ridiculizaban. Fue entonces, a partir de 1993, cuando reabrí las pesquisas que había desplegado durante veinte años y que, prácticamente, jamás publiqué. Veinte años de viajes, interrogatorios y comprobaciones que demostraban algo que no coincidía con las manifestaciones del señor Peña: el caso «Ummo» no era tan simple como se decía. Había falsedades, sí, pero también aspectos muy extraños...





Una de las fotografías tomada en San José de Valderas (Madrid).

Y durante un tiempo, la sugerencia de Harry Mallard reapareció con fuerza en mi memoria: aquella «H» en la base del ovni observado en Sudáfrica y el mismo símbolo en la nave vista en Madrid no podía ser una simple casualidad. Hace mucho que no creo en la casualidad...

## «Gente pequeña que volaba»

Es curioso. Fue a raíz de la muerte de mi amigo Harry Mallard cuando empezaron a suceder hechos muy poco comunes y directamente relacionados con el fenómeno «Ummo». Trataré de ordenarlos y sintetizarlos.

Como ya cité, Harry, el ingeniero, murió el 27 de octubre de 1996. Pues bien, a partir de ese día, «algo» desconocido (?) me puso en marcha y en una muy concreta dirección. El 30 de octubre aterricé en Chile para iniciar una investigación que me dejaría perplejo. No podía entenderlo. En mis archivos esperaban decenas de casos. ¿Por qué me había decidido por la enigmática carta procedente de Oruro, en Bolivia? ¿Y por qué en esos momentos? Lo más inquietante es que, en esa fecha, a tres días del fallecimiento de Mallard, yo no sabía nada sobre dicha muerte. Fue después, en diciembre de 1996, a mi regreso en España, cuando Mercedes Ayala, esposa de Harry, me puso al corriente. Y he necesitado tiempo para comprender...

La carta de Oruro era un asunto siempre pendiente. Supe de ella hacia 1972, en una de las múltiples entrevistas con el grupo receptor de los supuestos mensajes «ummitas». Como ya mencioné, el 30 de mayo de 1967, tres de estos ciudadanos recibieron sendas cartas mecanografiadas en las que se anunciaba la inminente llegada a la Tierra de naves procedentes del no menos supuesto planeta «Ummo». Uno de los lugares donde debía aparecer uno de los objetos era Bolivia. El mensaje aclaraba que la zona en cuestión tenía como centro la ciudad de Oruro. Pues bien, a los tres días de la información publicada en el diario *Informaciones* de Madrid (ovnis

sobre Valderas), uno de los receptores del citado «anuncio», Enrique Villagrasa, con unos reflejos envidiables, se puso en contacto con el periódico más importante de la referida ciudad de Oruro, al sur de Bolivia. Su objetivo era simple: tratar de verificar lo anunciado por los «ummitas». ¿Se registró algún caso ovni en esa región entre el 31 de mayo y el 2 de junio? El ingeniero Villagrasa, con lógica, pensó que, si una de estas naves se había presentado sobre Madrid, tal y como rezaban las cartas, quizá había sucedido lo mismo en los otros dos puntos marcados por los «ummitas». Y el 5 y el 9 de junio de ese año de 1967, Enrique enviaba sendas comunicaciones a Bolivia y a Brasil, respectivamente. Quince días después, para sorpresa de Villagrasa Novoa y de cuantos tenían conocimiento del tema «Ummo», el director del diario *La Patria*, de Oruro, contestaba a la petición del ingeniero español, afirmando, entre otras cuestiones: «A mi vez, estoy en condiciones de proporcionarle una versión que ha sido verificada por uno de mis redactores, que estuvo en la localidad de Uyuni, más o menos a unos trescientos kilómetros al sur de Oruro, para cubrir la información sobre el robo de explosivos; en los días indicados por usted y que trajo una narración verdaderamente fantástica, que me resistí a publicar en tanto no contara con pruebas verdaderamente convincentes. Identificación adecuada de las personas, autoridades que intervinieron en el hecho, piezas de convicción y prueba, fotos, etc., etc. En tales circunstancias llegó la carta suya a mis manos».



Oruro, 20  
Junio 1967.

Sr. Ing.  
Enrique Villagrasa y Novoa.  
Ingeniero de Construcciones Civiles.

Madrid 15, España.

Muy señor mío:

He recibido su atta. del 9 de los corrientes, en la cual me muestra Ud. su interés sobre las investigaciones que se vienen realizando desde hace algunos años para establecer si hay vida en otras planetas.

Estas informaciones las complementa Ud. con un vaticinio que habrían hecho, expresando que entre los últimos días de Mayo y los primeros de junio, aterrizarian tres cosmonaves. Una de ellas a una distancia aproximada de 208 Kilometros de Oruro. Afirma Ud. que con relación a Madrid ese vaticinio se cumplió, que hubo cientos de testigos y que la información y fotos para enterar al público del acontecimiento aparecieron en la edición del 2 de junio de "INFORMACIONES" de Madrid.

Busqué al Sr. Vice Consul de España, Don Segundo Tejero Vinuesa, viejo amigo, y le pregunté si el Vice Consulado poseía los diarios de Madrid de ese día. La respuesta fué negativa. En consecuencia, le rogaría a Ud. Sr. Villagrasa, tenga la amabilidad de enviarme un recorte de "INFORMACIONES" publicación en la cual además del relato, aparecerían las fotos del Platillo Volador.

A mi vez, estoy en condiciones de proporcionarle una versión que ha sido verificada por uno de mis redactores, que estuvo en la localidad de UUNI, mas o menos a unos 300 kms. al Sur de Oruro, para cubrir la información sobre el robo de explosivos; en los días indicados por Ud. y que trajo una narración verdaderamente fantástica, que me resistí a publicar en tanto no contara con pruebas verdaderamente convincentes. Identificación adecuada de las personas, autoridades que intervinieron en el hecho, piezas de convicción y prueba, fotos, etc. etc. En tales circunstancias llegó la carta suya a mis manos.

Estimo que para Ud. tendrán mucho valor los detalles; y para nuestro vocero, contar con el aval de la Sociedad Madrileña a la cual Ud. pertenece y que sólo va en pos de hechos que puedan ser debidamente comprobados. Nosotros cubriremos periódicamente la noticia y obtendremos todos los detalles más minuciosos, que una vez recopilados con cuidado y clasificados debidamente, tendré el mayor gusto de enviarle. De Ud. sólo pido, que tenga la amabilidad de hacerme llegar el recorte solicitado.

Si estima Ud. conveniente esta proposición que la juzgo beneficiosa para ambos, le ruego hacermela conocer cuanto antes.

Me valgo de la ocasión para saludarle y ponerme a sus gratas órdenes, con todas las consideraciones de mi mayor distinción:

*E. Miralles B.*  
Enrique Miralles B.  
Director.

© [www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)

Una carta histórica en el asunto «Ummo». Con fecha 20 de junio de 1967, el director del diario *La Patria*, de Oruro, en Bolivia, hizo saber a Enrique Villagrasa que, en esa región, y en los primeros días de junio, se habría registrado un hecho no habitual.





El ingeniero Enrique Villagrasa y Novoa y su esposa, Elena. (Foto: J. J. Benítez).

Estas palabras, obviamente, desconcertaron a Villagrasa y a cuantos alcanzamos a leer la carta del señor Enrique Miralles, director del periódico de Oruro. ¿Qué quiso decir con «una narración verdaderamente fantástica»? El intrigante y desconocido suceso, además, parecía haberse producido en los primeros días de junio de ese año 1967. Es decir, más o menos, en las fechas anunciadas por los «ummitas». Por más que repasé la misiva, no pude hallar una sola pista que arrojara algo de luz sobre el particular. Enrique Villagrasa, por supuesto, cumplió escrupulosamente las peticiones del director de *La Patria*, enviando a Oruro cuanto solicitaba. Lamentablemente, el señor Miralles no respondió. Y durante casi treinta años, nadie se preocupó de resucitar el misterioso asunto de

Oruro. Nadie se propuso viajar a Bolivia y aclarar lo ocurrido en aquel lejano junio de 1967.

Mis primeras gestiones, en aquel miércoles, 30 de octubre de 1996, veintinueve años después de la recepción de la carta de Oruro, fueron alentadoras. Mejor dicho, alentadoras casi al final de la jornada. En un primer momento, al tratar de establecer conexión telefónica con el diario *La Patria*, todo se vino abajo: según la operadora, el periódico en cuestión no existía. Fueron unos segundos decisivos. De haber tenido en cuenta la rotunda afirmación de la telefonista chilena, allí y en aquel momento, hubiera dado por terminada una investigación que acababa de arrancar. El instinto, sin embargo, funcionó. Insistí y, al poco, la mujer corrigió su error. El periódico de Oruro seguía en pie. Horas después, tras no pocas y arduas gestiones con los servicios telefónicos de Chile y Bolivia, alcancé al fin a comunicarme con Marcelo Miralles, uno de los hijos del director del periódico de Oruro. Me adelantó algo que consideré una excelente noticia: su padre vivía. Era muy mayor, pero conservaba la mente lúcida. Poco después tenía la fortuna de conversar con Enrique Miralles, el autor de aquella enigmática carta recibida por Villagrasa. No quise adelantar los acontecimientos y, sencillamente, le anuncié que deseaba visitarlo. Aunque algo intrigado, Miralles aceptó, cordial y hospitalario. Y programé el viaje a Oruro para una semana más tarde... La jornada, en efecto, había sido finalmente fructífera. Uno de los hombres clave en aquel enigma estaba vivo. Y me pregunté: ¿recordaría lo sucedido en Oruro en junio de 1967? ¿Debería haberlo interrogado durante aquella primera conversación telefónica?

Concluidas las investigaciones en Chile, me dirigí sin pérdida de tiempo a la ciudad de La Paz. En esta oportunidad me acompañaban Blanca, mi mujer, e Iván, mi hijo y fotógrafo. Ellos fueron testigos de excepción de cuanto viví y oí.



Blanca y J. J. Benítez a la puerta del diario *La Patria*, en Oruro. (Foto: Iván Benítez).

Y a las 15.30 horas de aquel jueves, 7 de noviembre de 1996, sin apenas respiro, salimos por carretera hacia Oruro, a poco más de doscientos kilómetros al sur de La Paz y a 3709 metros de altitud sobre el nivel del mar. El mal tiempo y el pésimo estado de la carretera retrasaron sensiblemente nuestra llegada a Oruro, y la ansiada entrevista con el director de *La Patria* tuvo que ser aplazada de nuevo. Y a la lógica contrariedad se sumó el llamado mal de altura, consecuencia de la rarefacción del aire. Las dificultades respiratorias, el martilleo en la cabeza y los problemas oculares nos acompañarían durante toda la estancia en Bolivia.

Al día siguiente, al fin, pude estrechar la mano del señor Miralles. Aquella larga e intensa entrevista se celebró en la sede del diario,

en la calle Camacho. Y mi primer pensamiento, nada más saludar al ya familiar autor de la carta de Oruro, fue para mi buen amigo Enrique Villagrasa, el hombre que más había batallado por esclarecer aquel turbio asunto. Yo estaba allí gracias a su tenacidad y buen hacer...

Al mostrarle una copia de su propia carta, remitida a Villagrasa el 20 de junio de 1967, el exdirector del diario de Oruro me miró perplejo. Me invitó a tomar asiento y permaneció en silencio durante un par de minutos, enfrascado en la lectura de la carta. Después, asintiendo con la cabeza, comenzó a hablar: «Sí, lo recuerdo perfectamente. Uno de nuestros redactores, Lucho Aramayo, fue enviado a Uyuni para cubrir la información de un robo de explosivos. A su regreso trajo otra noticia tan fantástica que me negué a publicada. Y en esos momentos —¡qué casualidad!— llegó la pregunta del señor Villagrasa...».



Enrique Miralles, el anciano periodista y exdirector del periódico de Oruro, en Bolivia.



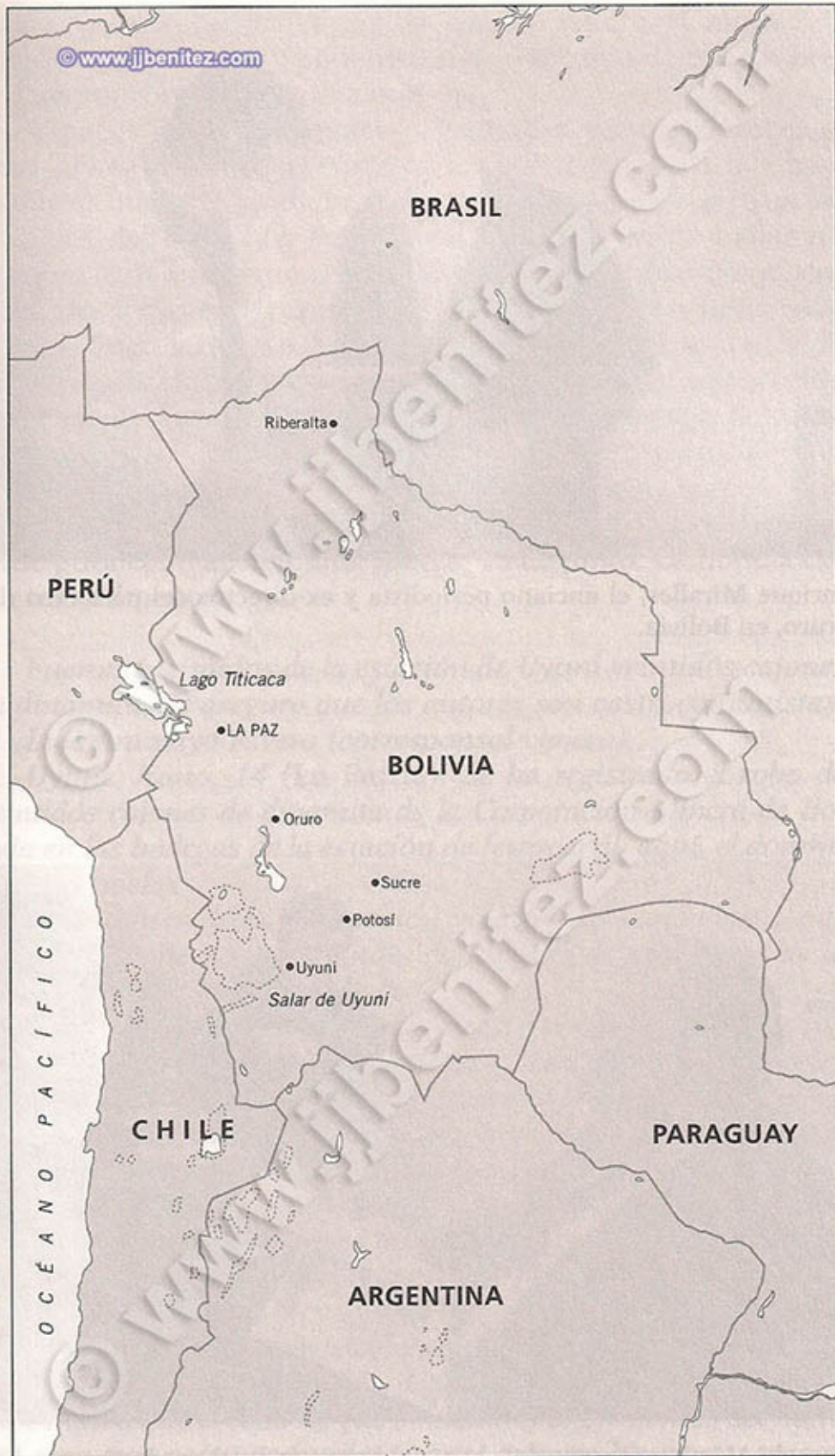


Marcelo Miralles (izquierda), hijo del autor de la carta de Oruro, durante una de las entrevistas con J. J. Benítez. A la derecha, el que fue director de *La Patria*, Enrique Miralles. (Foto: Iván Benítez).

Uyuni es una localidad situada en el suroeste boliviano, a unas seis horas por carretera de Oruro. Enrique Miralles prosiguió: «... Según relató Aramayo, en una pequeña aldea de esa región de Uyuni, una india había sido testigo de un hecho realmente singular. Unos “hombrecitos” bajaron junto a uno de los corrales en los que se guardaban las ovejas y mataron a más de treinta. Después volvieron a montar en aquellas “sillas voladoras” y desaparecieron. El suceso conmovió de tal forma a la pequeña comunidad indígena que no dudaron en desplazarse hasta Uyuni y denunciar el hecho a las autoridades. Días después, una comisión del Ejército viajó hasta el lugar, pero nunca supimos sus conclusiones...».

Por más que interrogué al anciano periodista, no pude averiguar mucho más. La noticia, al parecer, no fue publicada y, dado el tiempo transcurrido, no recordaba el nombre de la aldea en cuestión, ni tampoco el de la india. Se trataba, eso sí, de la zona de

Uyuni, en el Altiplano. En cuanto a los militares que procedieron a la investigación, el señor Miralles reconoció que jamás habían tenido contacto con ellos. Me interesé igualmente por el redactor que levantó la noticia, pero el resultado fue idéntico: ninguna pista sobre Luis Aramayo Rivero. Sólo recordaba que era argentino y que había desaparecido de la escena periodística boliviana hacía muchos años. A primera vista, la situación no parecía muy prometedora. Prácticamente no tenía nada. No sabía el nombre del testigo. Ni siquiera conocía el lugar donde habían ocurrido los hechos. Uyuni es una enorme región del Altiplano, con miles de kilómetros cuadrados y cientos de aldeas y caseríos dispersos por la llanura<sup>[3]</sup>.



PERÚ

BRASIL

Riberalta

Lago Titicaca

• LA PAZ

BOLIVIA

• Oruro

• Sucre

• Potosí

• Uyuni

Salar de Uyuni

OCEANO PACÍFICO

CHILE

PARAGUAY

ARGENTINA

Región de Uyuni: miles de kilómetros cuadrados. ¿Por dónde empezar a buscar?

¿Qué hacer? ¿Dónde buscar? ¿Merecía la pena tanto esfuerzo? Si la historia relatada por Miralles era cierta, ¿qué relación guardaba con el asunto «Ummo»? Y «algo» extraño, sutil y poderoso siguió tirando de mí. En breve lo comprobaría, una vez más...

A pesar de las evidentes dificultades para esclarecer el caso, el instinto (?) me retuvo en la ciudad de Oruro, a la búsqueda de cualquier indicio. Y durante horas me encerré en los archivos del diario *La Patria*, con la esperanza de hallar un nombre, una imagen o alguna alusión que confirmara el singular descenso en Uyuni de los «hombrecitos con sillas voladoras». Fue un rastreo casi estéril. El periódico había sufrido un voraz incendio y parte de su historia había desaparecido entre las llamas. Aun así, pude encontrar la noticia del robo de explosivos. Una información que, a su vez, me proporcionó la fecha aproximada del incidente entre los «enanos» y la india. El citado robo sucedió el domingo, 11 de junio de 1967, y fue publicado al siguiente jueves, 15 de junio. La noticia decía textualmente:

*Fueron sustraídos de la estación de Uyuni veintidós cajones de dinamita. Se asegura que los autores son castrocomunistas.*

Luis Aramayo Rivero (corresponsal viajero).

Uyuni. Junio, 14 (La Patria). Se ha registrado el robo de veintidós cajones de dinamita de la Corporación Minera de Bolivia en las bodegas de la estación de ferrocarril, aquí, el domingo en la noche.

Los autores de la sustracción volaron los candados de las bodegas, donde existen grandes cantidades de explosivos de la Corporación Minera de Bolivia.

El hecho ha causado alarma entre los pobladores de este distrito, que hacen una serie de conjeturas. Los vecinos principales y los trabajadores del ferrocarril expresaron al enviado de La Patria: «Imagínese, señor, si estos explosivos



fueron robados por delincuentes y a éstos se les ocurre dinamitar la población».

De otro lado se afirmó que no es la primera vez que ocurren estos robos. Hace dos meses también sustrajeron del ferrocarril veintiséis cajones de mechas de explosivos, óxido y otros elementos peligrosos.

Este enviado entrevistó el lunes al capitán Baldivieso Pereira, para saber si existían detenidos con relación a este hecho. Indicó que el robo no fue cometido por elementos del hampa, sino por castrocomunistas que, presumiblemente, tengan vinculación con los guerrilleros...

Según Enrique Miralles, cuando el «corresponsal viajero» se presentó en Uyuni para cubrir la información del referido robo de dinamita, el tal Aramayo tuvo conocimiento igualmente del suceso de la matanza de las ovejas. Indagó, con toda probabilidad entre los mismos militares de Uyuni, y se trajo la información a Oruro. El entonces director del periódico, sin embargo, a la vista de lo «fantástico de la historia», optó por no publicarla, a la espera de nuevos datos y, quizá, de una confirmación oficial. Pero, con el paso del tiempo, el asunto quedó olvidado. Según todos los indicios, el incidente pudo suceder poco antes del robo de los explosivos, es decir, a finales de mayo o principios de junio (1967). Y una vez más quedé desconcertado ante la asombrosa coincidencia. ¿Cómo explicar el anuncio de la carta «ummita», leída el 30 de mayo en Madrid y ante una treintena de personas, y el suceso de las «sillas voladoras» en Uyuni? Las sorpresas, sin embargo, no terminaron ahí...

El sábado, 9 de noviembre (1996), obligado por un compromiso previo, me trasladé a La Paz, con el fin de asistir a la Primera Feria Internacional del Libro de Bolivia. Las pesquisas en Oruro se hallaban prácticamente «congeladas» y estimé que un pequeño respiro resultaría más que saludable. Como ya señalé, en esos momentos no tenía nada o casi nada. No hubo forma de localizar la

identidad de la india, ni tampoco el paraje en el que se registraron los hechos. Reflexioné sobre la posibilidad de viajar a Uyuni e iniciar la búsqueda de la mujer. El sentido común me invitó a esperar, y siguieron sucediendo cosas extrañas...

Esa misma tarde del sábado, mientras firmaba ejemplares de mis libros en el *stand* del Grupo Planeta, se produjo otra increíble «casualidad». ¿Casualidad? He aquí lo ocurrido, según consta en mi cuaderno de campo: de pronto se presentaron dos hombres. El más joven traía un *Caballo de Troya*. Recuerdo que establecimos una breve pero cordial conversación en la que, siguiendo mi costumbre, me interesé por la profesión de la persona a la que estaba a punto de dedicar el libro. Adolfo Terrazas me contó que trabajaba en la prefectura de la ciudad de Oruro. ¿Oruro? Y obedeciendo a la intuición, lo interrogué sobre el caso de la india y las «sillas voladoras». En un primer momento dudó. Era lógico. Aquel amable boliviano era muy joven. Quizá no había nacido en 1967. ¿Cómo podía saber de un hecho registrado casi treinta años atrás? Adolfo, entonces, se dirigió al hombre de más edad e intercambiaron unas frases. Acto seguido, el joven Terrazas asintió con la cabeza y aclaró:

—Conocemos el caso. Ocurrió en una zona rural, en Uyuni...

Supongo que palidecí.

—Pero ¿cómo es posible?

—Mi padre —añadió Adolfo— es primo del coronel que mandaba el regimiento en Uyuni en aquellas fechas...

Y Hernán Terrazas Céspedes, padre de Adolfo Terrazas, sonrió tan desconcertado como yo.

Era inútil racionalizar aquel encuentro. La Paz tenía algo más de un millón de habitantes, y yo, justamente en esos momentos, cuando me creía perdido, cuando la investigación acababa de entrar en un aparente punto muerto, había ido a «tropezar» (?) con un hombre que sabía del suceso y que, además, era pariente del coronel que había puesto en marcha la investigación oficial. ¿Casualidad?

Lógicamente, a partir de ese sábado, las pesquisas tomaron otro rumbo. Las conversaciones con Hernán Terrazas, general del ejército, fueron de gran utilidad. Él, como digo, recordaba el caso de la pastora de Uyuni y los nombres de algunas de las personas que integraron el grupo que se desplazó hasta el lugar de los hechos, realizó los interrogatorios y el examen de los animales muertos. Fue así, mágicamente, como supe del coronel Rogelio Ayala, el hombre que ordenó la investigación, y del resto de los vecinos de Uyuni que viajaron al Altiplano: Pablo Ayala, hijo del coronel, los entonces tenientes del ejército Caso y Ampuero, el doctor Sea y Jesús Pereyra, de la alcaldía de Uyuni. Meses después, tras una paciente y laboriosa búsqueda de los comisionados, el caso de la india avanzó notablemente. Tuve la fortuna de conversar con todos ellos, excepción hecha de Carlos Caso, fallecido años antes. Todos recordaban el extraño suceso, y todos coincidieron en algo: lo ocurrido en aquel apartado lugar, en 1967, fue real.



El coronel Rogelio Ayala (izquierda) y el general Terrazas, otra asombrosa «casualidad» en mis investigaciones. (Foto: J. J. Benítez).



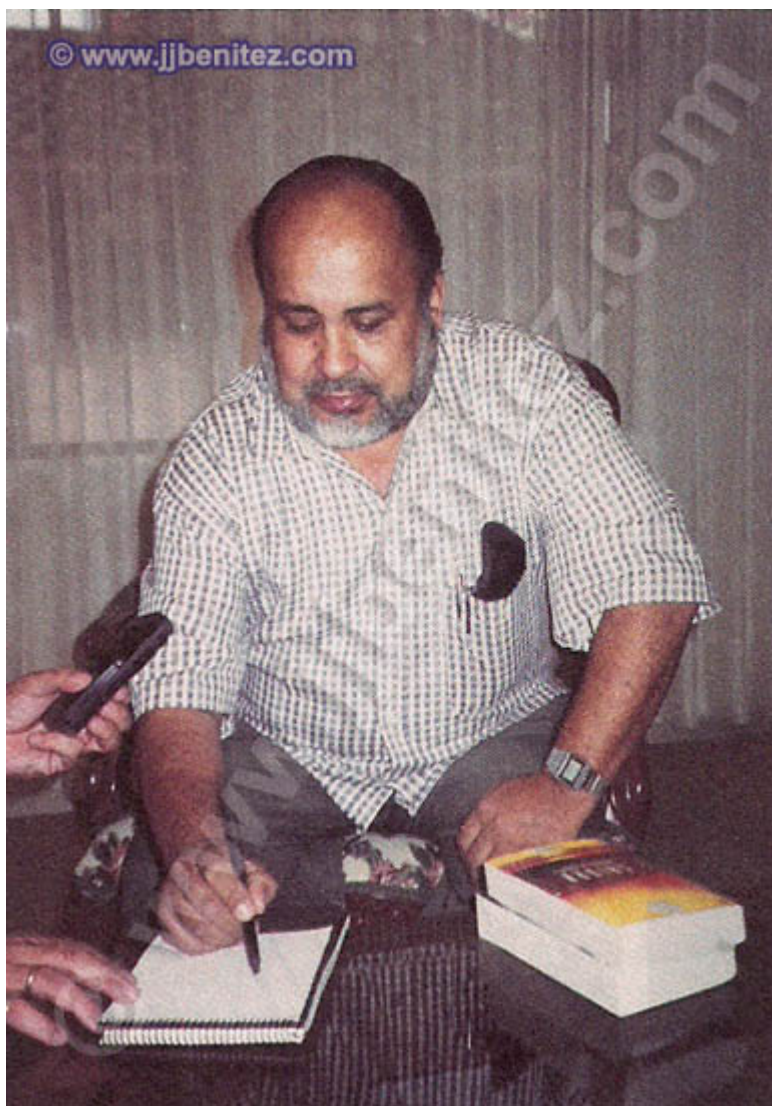


El ingeniero Jesús Pereyra Medina (en el centro de la imagen). «Cuando pasó todo, hablamos de nuevo con los campesinos. Ellos veían estas cosas, las luces, con frecuencia».

Pablo Ayala era estudiante de derecho en aquellas fechas. Fue el más joven de la expedición (dieciocho años) y, casi con seguridad, el único que tomó notas de lo acaecido. Algún tiempo después lo pondría por escrito, conservando así la esencia del singular incidente.

—Mi padre estaba al mando del Regimiento LOA, de Infantería, con base en Uyuni. Yo estaba de vacaciones cuando llegaron aquellos campesinos...

Pablo Ayala no tenía muy claro en qué momento sucedieron los hechos. Quizá entre marzo y junio...



Pablo Ayala, el más joven de la comisión de Uyuni. (Foto: Blanca de Benítez).

—Recuerdo que eran dos o tres humildes campesinos. Se presentaron en el destacamento militar. Se hallaban muy asustados e indignados. Hablaban de «gente pequeña» que volaba y que había descendido en una rancharía, hacia el este de Uyuni. Aquella «gente pequeña» —decían— mataron el ganado. Querían saber quién pagaría las pérdidas. El grado de excitación era tal que mi padre y el resto de los militares comprendieron que algo extraño

había sucedido. Y antes de tomar una decisión optaron por viajar al lugar y verificar las palabras de los campesinos.

La postura de los militares de Uyuni fue tan prudente como acertada, pero no por las razones que hoy podemos imaginar. En aquel tiempo (1967), Bolivia se hallaba en plena lucha contra la guerrilla. Ese año, justamente, el ejército terminaría con la vida del Che Guevara. El envío, por tanto, de la comisión de Uyuni obedeció, fundamentalmente, a la sospecha de que la muerte de las ovejas fuera obra de guerrilleros, como había sucedido con el ya referido robo de dinamita en la noche del domingo, 11 de junio.

En cuanto al nombre de la ranchería o del pueblo más cercano, mi informante tampoco supo darme razón. No lo recordaba.

—Salimos al amanecer —prosiguió Ayala—, y en una camioneta del ejército. Los campesinos nos fueron guiando. Entonces no había casi caminos. Teníamos que seguir las orillas de los ríos. El viaje me pareció agotador e interminable. Cuando preguntábamos por el lugar, siempre respondían lo mismo: «Está muy cerca..., detrás de aquel cerrito». Y así hasta las cuatro de la tarde, siempre hacia el este...

»El paraje lo integraban dos o tres casitas de paja y adobe, en pleno Altiplano y a considerable distancia de la aldea más cercana. Era un lugar desolado, casi en mitad de la nada. Muy cerca discurría un riachuelo de aguas claras y orillas formadas por piedrecitas de colores. Nos estaban esperando. La ranchería la formaban un par de familias. Muy cerca se levantaban unos corrales de piedra y allí habían dispuesto las ovejas y los corderos muertos. Contamos más de treinta. Aquello nos dejó perplejos. Los animales presentaban numerosas mutilaciones, con una serie de orificios, casi perfectos. Como le digo, la muerte del ganado no tenía sentido. Era y es el único medio de vida de estas gentes. Acabar con la totalidad del rebaño no era lógico. Fue entonces cuando una de las mujeres contó lo sucedido tres días antes...

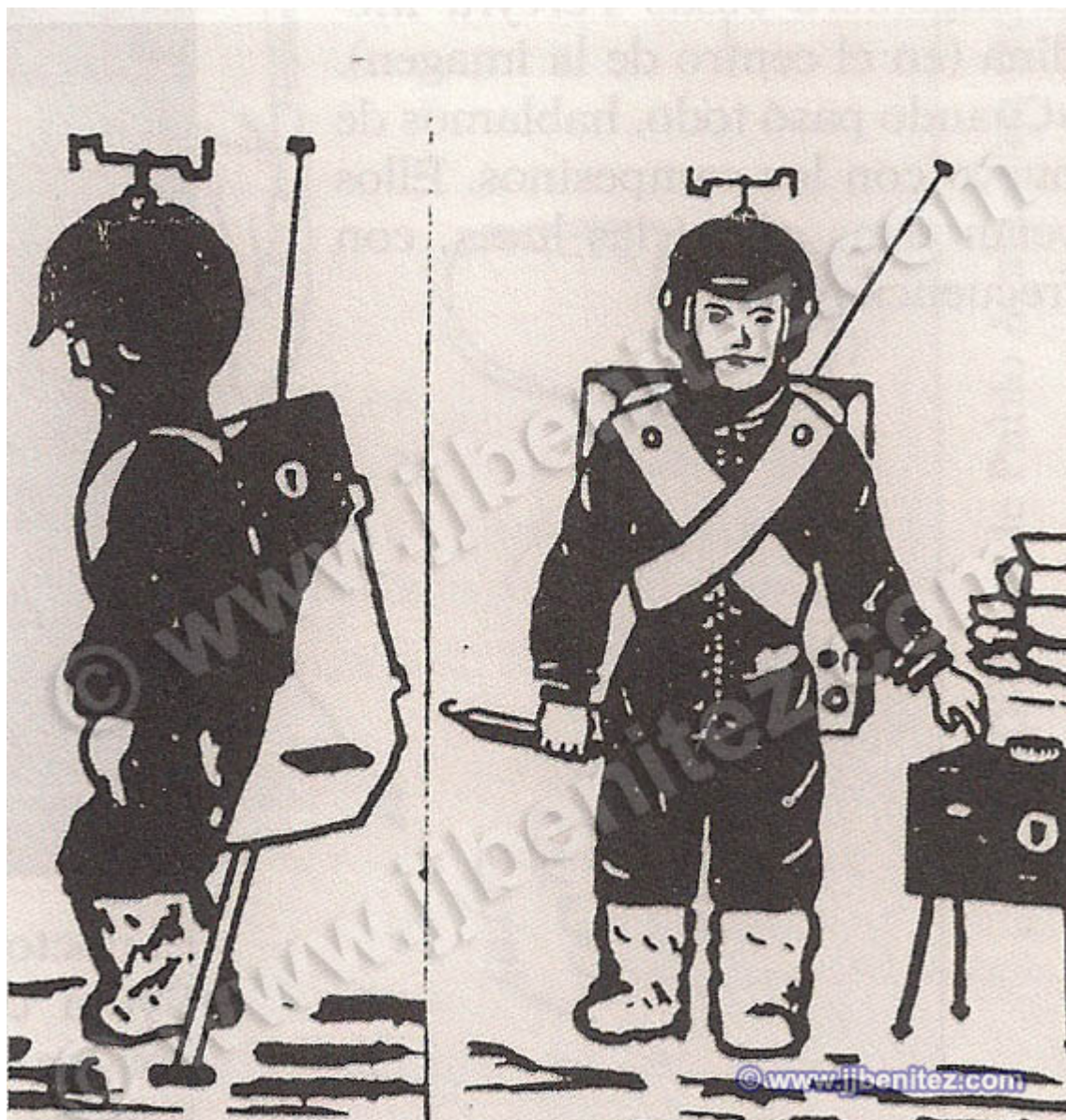
Ni Pablo Ayala ni el resto de la comisión lograron recordar el nombre de la india que protagonizó los hechos. Aquel lógico olvido

(qué podía esperar después de treinta años) me mantuvo inquieto durante meses. Los investigadores sabemos que el testimonio de las personas directamente implicadas en un caso es vital e insustituible. Por mucha sinceridad y mejor memoria que puedan disfrutar los testigos de segundo orden, sus testimonios, en líneas generales, son incompletos y, a veces, erróneos. Éstos, en fin, fueron mis temores al tratar de reconstruir lo acaecido en aquel remoto 1967. Pero el Destino tenía sus planes...

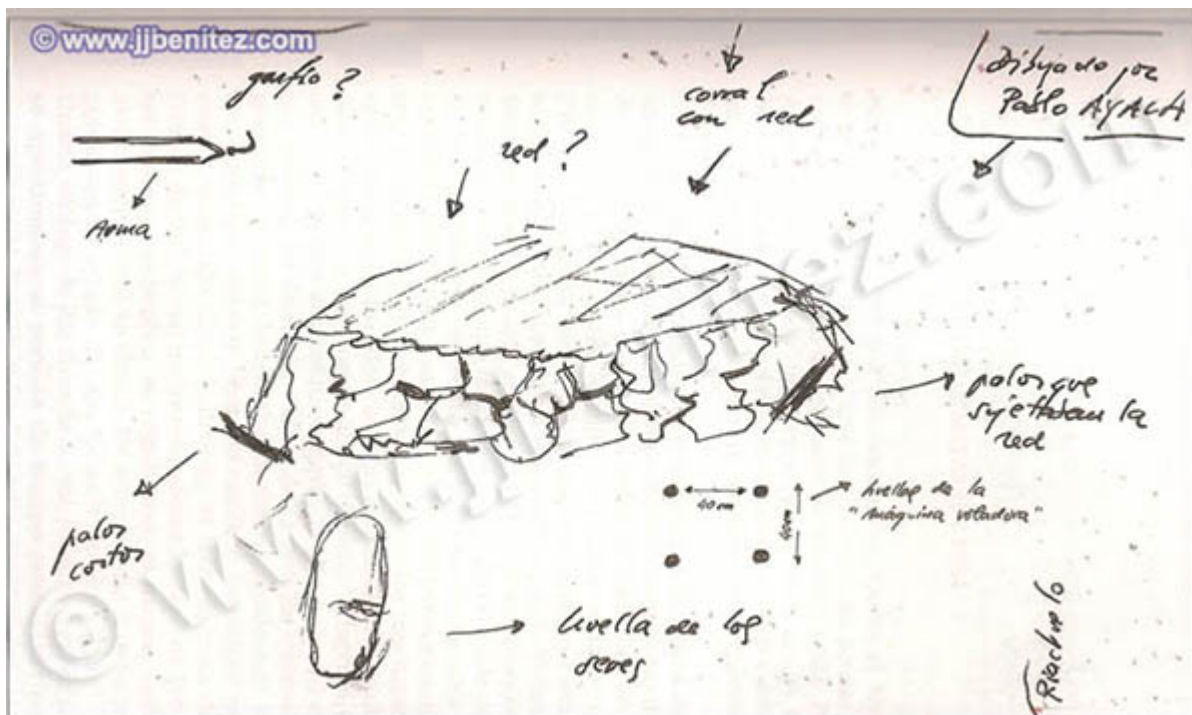
—La mujer sólo hablaba quechua —añadió Pablo Ayala— y en su lengua contó lo siguiente: los hombres de la rancharía habían marchado al trabajo por la mañana, como es lo habitual. Ella estaba al cuidado del ganado. Pues bien, por la tarde, en uno de los corrales de piedra, observó la presencia de dos «hombrecitos». Estaban manipulando una red con la que habían cubierto dicho corral. Eran muy pequeños; podían medir entre 1,10 y 1,30 metros. La mujer les gritó, llamándoles la atención. Y los individuos, asustados, procedieron a replegar la red. Uno de ellos se alejó del corral y, al llegar a las proximidades del riachuelo, remontó el vuelo y desapareció. Vestían buzos oscuros, muy acolchados, con algo que les cubría parte de las cabezas. A la espalda presentaban unas mochilas (?), sujetas al pecho con dos correas rojas que se cruzaban en el centro del tórax. Según la india, los «hombrecitos» utilizaban guantes de color plomo y botas de gran tamaño. La mujer, entonces, imaginando que estaba ante unos malandrines normales y corrientes, cogió un palo y se fue decidida hacia el sujeto que todavía permanecía en el suelo. Lo golpeó en la cabeza, probablemente a la altura del ojo, y lo derribó. El individuo se incorporó y lanzó una especie de cuchillo contra la pastora. Era una arma con la punta en forma de garfio y con la cualidad de regresar siempre a las manos de su propietario, algo parecido a un boomerang. Según la mujer, aquella cosa le produjo cortes en brazos y pecho, aunque de escasa profundidad. Todos pudimos contemplar las heridas. El nudo del *kepi*, con el que sostenía a un niño de corta edad a su espalda, fue lo que, al parecer, le salvó la



vida. La india siguió golpeándolo, pero, finalmente, el individuo se alejó hacia un pequeño cerro y huyó por los aires, desapareciendo en la misma dirección de su compañero.



Dibujo de Pablo Ayala, según el testimonio de la pastora boliviana. El «hombrecito» pulsó la parte superior de una máquina y replegó la red que cubría el corral de piedra.



Dibujos de Pablo Ayala. Una red muy fina cerraba el corral de piedra por la parte superior.

Cuando me interesé por las heridas ocasionadas al «hombrecito», ni Ayala ni el resto supieron darme razón sobre la naturaleza de dichas lesiones.

—La india lo hirió en la cabeza y nos mostró, incluso, algunas gotas de sangre, derramada sobre los guijarros. Guardamos unas muestras y las depositamos en el hospital de Uyuni, pero, si no estoy equivocado, nunca se analizaron. Era una sangre roja, aparentemente igual que la nuestra.

Quedé perplejo. ¿Cómo era posible que nadie se hubiera preocupado de analizar las muestras de sangre? La respuesta fue unánime:

—Eran otros tiempos. Los laboratorios de Bolivia, en 1967, dejaban mucho que desear. Además, ¿para qué? Al inspeccionar el ganado muerto —añadió Pablo Ayala—, los militares comprobaron que aquello no era obra de la guerrilla.

Alfredo Ampuero (hoy general del ejército) ratificó las palabras de su compañero:

—Las ovejas presentaban unos orificios de entre cinco y siete centímetros de diámetro. Eran perfectos. Es más: podía verse al trasluz. Aquellos humildes campesinos no tenían con qué practicar tales agujeros. Por otra parte, ¿qué sentido tenía matar a las ovejas y a los corderos para llevarse, únicamente, las entrañas, los ojos, los riñones y los hígados? Los guerrilleros (y el Altiplano nunca fue zona de guerrillas) no actuaban así. ¿Por qué terminar con tantos animales para después abandonarlos, casi intactos? Tampoco pudimos responsabilizar de la matanza a los indios. Esta gente aprecia más al ganado que a sus hijos. ¿Por qué iban a terminar con la totalidad de las ovejas y por nada? De hecho, ésta fue su principal preocupación: ¿quién pagaba los animales? Por eso caminaron durante toda una noche hasta llegar a Uyuni. Lamentablemente, a pesar del escrito del coronel Ayala, confirmando la autenticidad del caso, los indios nunca recibieron una compensación económica.



Alfredo Ampuero, hoy general del Ejército de Bolivia, testigo del relato de la india del Altiplano. (Foto: J. J. Benítez).



Al interesarme por su opinión personal, el general Ampuero fue igualmente claro:

—Mire usted, hubo algo que me impresionó vivamente: la pastora era analfabeta. Sólo hablaba quechua. Allí no había radio, prensa, ni televisión. Aquello era el fin del mundo. ¿Por qué una mujer tan simple iba a montar semejante fábula? Lo que dice que vio fue real...

El doctor Juan Sea Barrientos fue de la misma opinión, y añadió:

—Para extraer los órganos de las ovejas, quien lo hiciera, desplegaron unos especiales conocimientos. Las mutilaciones de ojos, vísceras, etc., no fueron obra de los indios, de eso estoy seguro. Además, ¿cómo explicar las huellas de las botas y de las «sillas voladoras» junto a los corrales?





El doctor Sea. Se encontraba en Uyuni cuando fueron avisados por los campesinos. (Foto: J. J. Benítez).

Según el médico y el resto de los testigos con los que conversé, las huellas del calzado eran nítidas. Aparecían repartidas por el interior y exterior de los apriscos de piedra, y en especial, en el punto en el que habían peleado.

—Eran huellas pequeñas —prosiguió el doctor Sea—, con un tacón raro. Parecían corresponder a un pie ancho. Allí mismo observamos también otras marcas que podrían corresponder a las «patas» de las «sillas voladoras». Formaban un cuadrado. Cada orificio, muy superficial, se hallaba a cuarenta centímetros. Las huellas en cuestión (cada «cuadrado») estaban separadas por diez o quince metros.

Éste fue otro de los capítulos oscuros en el caso de la india y la «gente pequeña que volaba». Los miembros de la comisión no terminaban de coincidir: para unos, las «sillas voladoras» disponían de «hélices» o «ventiladores». Otros, en cambio, no recordaban que la pastora hubiera hecho alusión a semejantes artilugios. Sea como fuere, lo cierto es que los «hombrecitos» disfrutaban de un sistema de autopropulsión que les permitía aterrizar y despegar a voluntad. Algo, por cierto, bastante común en el fenómeno ovni.

—Esa misma noche —concluyó Pablo Ayala— regresamos a Uyuni. Los militares informaron, y ahí terminó el asunto. Dudo mucho que se hiciera un informe oficial. Como te comenté, los militares quedaron tranquilos: aquello no había sido obra de la guerrilla... Por mi parte, nunca más regresé al lugar, ni volví a ver a la pastora...

Lo mismo sucedió con el resto de los integrantes de la expedición. Según mis noticias, nadie volvió a la referida ranchería ni supo de la suerte de aquellas gentes. Y el caso quedó dormido durante casi treinta años.

Por supuesto, no me di por satisfecho. Había interrogado a la casi totalidad de los comisionados de Uyuni, pero, obviamente, faltaba lo más importante: la india. ¿Seguía viva? Y, de ser así,

¿dónde se encontraba? ¿Continuaba viviendo al este de Uyuni?, ¿cuál era su nombre? ¿Cómo hallar la aldea o la rancharía? Por más que indagué, las pesquisas desde La Paz y Oruro fueron estériles. Como ya he dicho, el Altiplano boliviano suma más de cien mil kilómetros cuadrados (algo más que Andalucía y casi el triple de la superficie de Suiza). Podía presentarme en Uyuni, sí, pero ¿por dónde empezar? Algo estaba claro en mi mente y, sobre todo, en mi corazón: si la pastora seguía con vida, yo la encontraría...

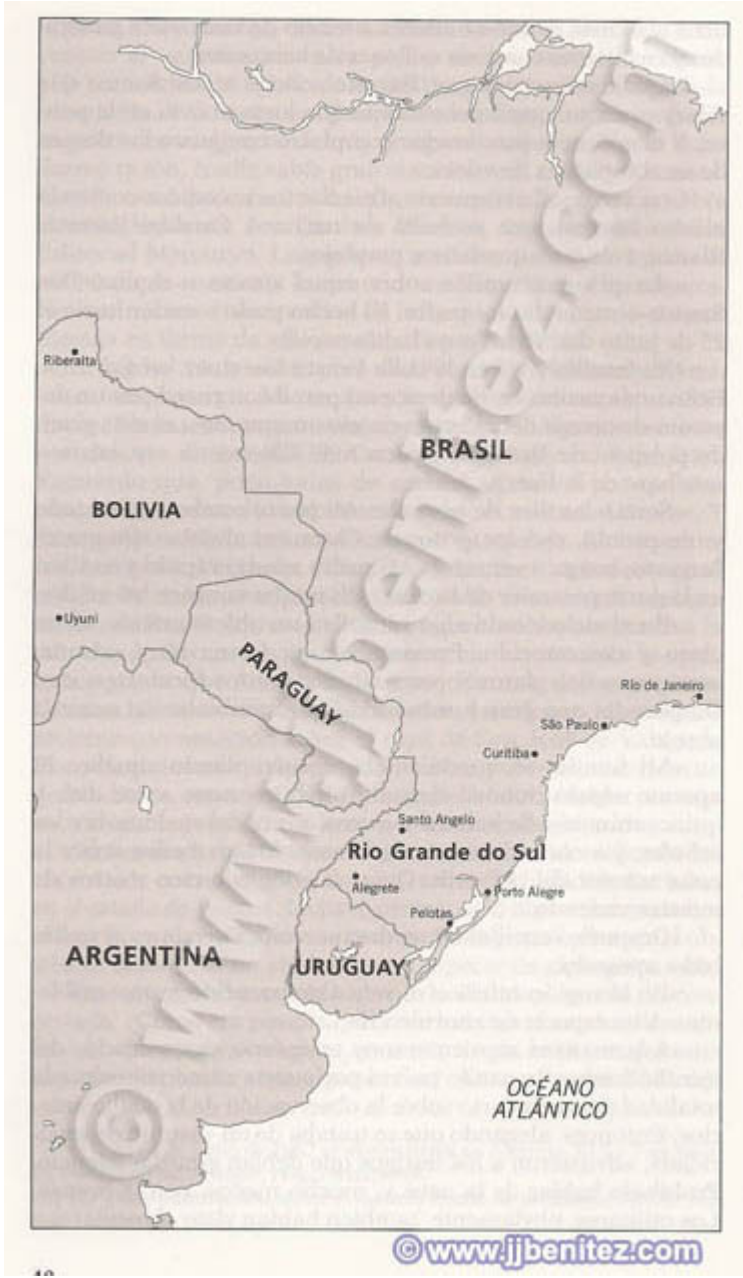
## Nave «Ummita» en 1954

Noviembre de 1996 fue desconcertante. Quizá el término exacto sería «prodigioso». ¿Qué otra cosa puedo pensar al recordar lo ocurrido en aquel vuelo de Brasilia a São Paulo? Ahora, en la distancia, la imagen de mi buen amigo Harry Mallard cobra una especialísima dimensión. Ahora estoy seguro: él tuvo mucho que ver con el nuevo y asombroso encuentro...

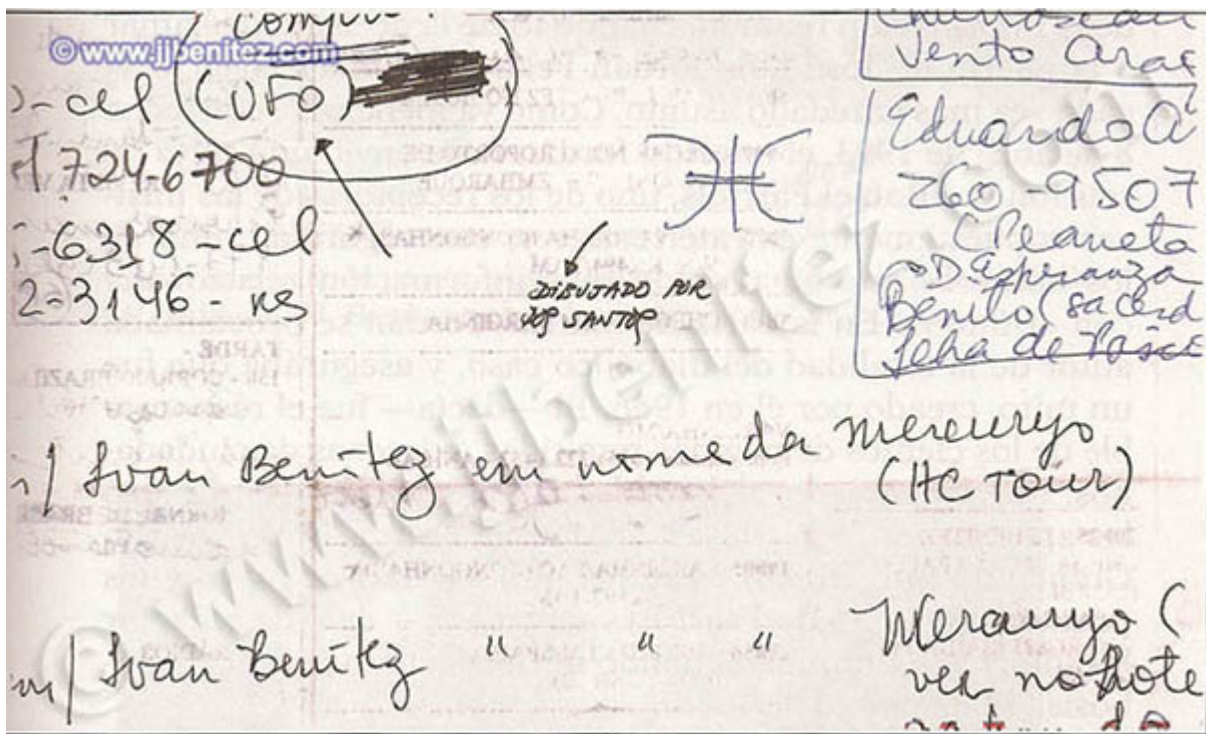
Como ya conté en páginas anteriores, a los pocos días de aparecer en la prensa las célebres fotografías del ovni de San José de Valderas, en las proximidades de Madrid (2 de junio de 1967), el infatigable ingeniero en construcciones civiles Enrique Villagrasa puso en marcha una investigación para tratar de averiguar si se había registrado algún fenómeno extraño en la mencionada región de Oruro. Y sus pesquisas se proyectaron igualmente hacia la zona de Río Grande do Sul, en Brasil. Como se recordará, en la no menos famosa carta «ummita» del 30 de mayo de 1967, los supuestos extraterrestres anunciaban la llegada de sus naves en los tres lugares citados: Madrid, Oruro (Bolivia) y las cercanías de la ciudad de Santo Angelo, en Río Grande do Sul (Brasil). Villagrasa, como dije, sólo recibió una confusa respuesta por parte del entonces director del diario *La Patria*, de Oruro. En cuanto a las gestiones en Brasil, los resultados fueron igualmente estériles. Pues bien, durante años, yo también investigué por mi cuenta, buscando algún indicio en la referida zona de Río Grande do Sul. Según los investigadores locales, en 1967, entre marzo y noviembre, se registraron, al menos, veintidós avistamientos ovni en Brasil. De éstos, media docena correspondieron al estado de Río Grande do Sul. Juárez Jorge

Duarte, ufólogo de Río Grande do Sul, localizó tres fechas que se aproximaban al período de tiempo establecido por los «ummitas»: 24 de junio y 5 Y 7 de julio, respectivamente. Los lugares, sin embargo, no coincidían con Santo Angelo<sup>[4]</sup>. En cuanto al «emblema» en la panza de las naves (la célebre «H»), ni rastro. Ninguno de los testigos había observado nada semejante. Y durante un tiempo, como digo, comuniqué mis inquietudes a algunos de mis amigos brasileños. Nadie supo darme razón. Nadie sabía gran cosa sobre el asunto «Ummo». Una de estas personas, a las que transmití información sobre el caso Valderas, fue Carmen Barreto, representante de la Editorial Mercuryo. La paciente y eficaz mulata terminó conociendo de memoria lo ocurrido en España con los supuestos «ummitas». Este trasvase de información, incluido el «emblema» en forma de «H», resultaría providencial.

Y llegó el 14 de noviembre de 1996. A las 11 horas y 42 minutos despegamos del aeropuerto de Brasilia, rumbo a São Paulo. Blanca, mi esposa, viajaba a mi lado. Algunos asientos por delante de aquel 737, Carmen Barreto y mi hijo Iván. Recuerdo que, poco antes de embarcar, no sé por qué razón, habíamos vuelto a conversar sobre el asunto «Ummo». Y Carmen hizo algunas anotaciones en su agenda. Al tomar tierra, la mulata, sin poder disimular su excitación, todavía en el pasillo del avión, me presentó a un alto funcionario del gobierno de Brasil. Durante el vuelo, aquel hombre, sentado a la derecha de Carmen, no pudo evitar echar un vistazo a la apretada agenda que manejaba Barreto. En una de las páginas, Carmen había escrito la palabra «ufo», en referencia a nuestra reciente conversación sobre el ovni de San José de Valderas. Fue así, al descubrir de reojo la palabra «ufo» en el cuaderno de la editora, cuando Dos Santos se decidió a entablar conversación con la joven<sup>[5]</sup>. Y le contó una singular historia...







Cuaderno de notas de Carmen Barreto. Arriba, aparece la palabra «ufo». En el centro, el símbolo dibujado por Dos Santos.

Su familia había visto un objeto volante no identificado hacía más de cuarenta años. Ocurrió sobre la ciudad de Curitiba, en el estado de Paraná. La nave permaneció algún tiempo sobre el barrio en el que vivían sus padres. En la parte inferior del objeto se distinguía un símbolo: una especie de gigantesca «H».

Carmen, sabedora de la historia de «Ummo», quedó desconcertada. ¿Cómo era posible que yo le hubiera contado el asunto de los «ummitas» y, al poco, se sentara a su lado una persona cuya familia había visto algo similar? ¿Otra casualidad? Brasil tiene algo más de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados y casi ciento cuarenta millones de habitantes...

Rápida, como siempre, Barreto solicitó a Dos Santos que dibujara en su agenda el símbolo que lucía el ovni en la panza. Y el entonces procurador complació con gusto los deseos de su compañera de vuelo.

Una vez en el aeropuerto, Dos Santos accedió a contar la misma historia que acababa de narrar a Carmen Barreto. Blanca, Iván y yo

quedamos perplejos...

—La primera noticia sobre aquel suceso —explicó Dos Santos— me la dio mi padre. El hecho pudo suceder hacia el 25 de junio de 1954. Yo no había nacido...

»Mi familia vivía en la calle Erasto Gaertner, en Curitiba. Eran unas casitas de madera, casi pared con pared con un depósito de armas del ejército; en esos momentos, el más grande polvorín de Brasil. Un poco más allá existía —y existe— una base de la Fuerza Aérea...

»Serían las diez de la noche. Mi padre estaba ya acostado y, de pronto, oyó los gritos de Clara, mi abuela: “¡Augusto, Augusto, venga a ver esto!”. Mi padre acudió rápido y se situó en la parte posterior de la casa. Allí estaba también mi madre.



Clara, abuela de Dos Santos. La primera que vio la nave «ummita» sobre Curitiba.  
(Cortesía de la familia Dos Santos).

»En el cielo vieron algo raro. Era un objeto grande, silencioso y desconocido. Presentaba una forma muy extraña: eran como dos platos soperos unidos por los filos exteriores. Desprendía una gran luminosidad que cambiaba del naranja al rojo...

»Mi familia se quedó muda, contemplando aquello. El aparato siguió inmóvil durante un buen rato; entre diez y quince minutos. Se hallaba a escasa altura del suelo, sobre los árboles, y a corta distancia de la casa. Más o menos sobre la zona trasera del polvorín. Quizá a setenta o cien metros de nuestra vivienda...

»Después, sencillamente, desapareció. Fue como si se hubiera apagado...

»En la región inferior se veía algo parecido a un “emblema”. Una especie de enorme «H»...

»A la mañana siguiente, muy temprano, dos soldados del ejército fueron llamando puerta por puerta e interrogaron a la totalidad del vecindario sobre la observación de la noche anterior. Entonces, alegando que se trataba de un “asunto de seguridad”, advirtieron a los testigos que debían guardar silencio. Prohibido hablar de la nave y, mucho menos, con la prensa. Los militares, obviamente, también habían visto el ovni...

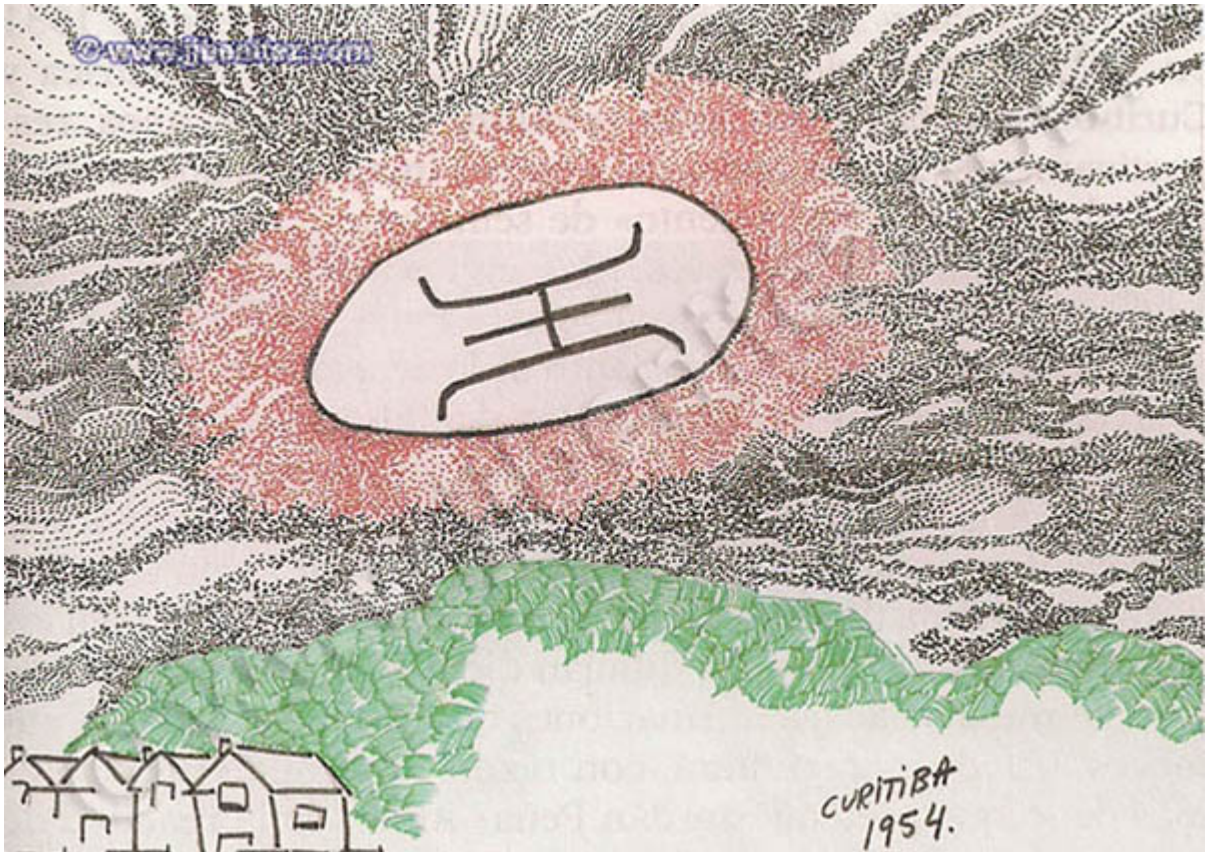
Dos Santos tenía prisa. Le esperaba otro vuelo. Antes de despedimos le hice una última pregunta:

—¿Ha oído hablar de un asunto llamado «Ummo»?

El procurador negó con la cabeza, y preguntó a su vez:

—¿«Ummo»? ¿qué es?





Ovni con la «H» en la panza, observando sobre Curitiba el 25 de junio de 1954. (Dibujo: J. J. Benítez, según las indicaciones de Dos Santos).



Dos Santos, junto a J. J. Benítez, en el aeropuerto de São Paulo (Brasil) en la mañana del jueves, 14 de noviembre de 1996. (Foto: Blanca de Benítez).

El caso de la nave «ummita» sobre el polvorín de Curitiba en 1954 encerraba una segunda parte que yo no conocería hasta algunos meses más tarde, cuando regresé a Brasil para interrogar de nuevo al procurador Dos Santos. Y a mi retorno a España, además de saber del fallecimiento de Harry Mallard, empecé a ver con claridad que algo no encajaba en el supuesto montaje «ummita». Fue en esas fechas, y a la vista de la información reunida, cuando tomé la decisión de llamar a la puerta de José Luis Jordán Peña e intentar clarificar el cada vez más enredado asunto. Como ya mencioné, con fecha 8 de abril de 1993, el referido Jordán Peña envió una carta de seis folios a Rafael Farriols, uno de los receptores de las misivas supuestamente extraterrestres y, con seguridad, uno de los hombres que ha reunido más información



relacionada con «Ummo». En la carta de marras, Jordán se proclamaba autor de la totalidad del diabólico caso, y aseguraba que fue un mito, creado por él en 1966. Él —decía— fue el responsable de los cientos de páginas remitidas a decenas de ciudadanos. Él fue el creador del emblema en forma de «H». Él ideó las apariciones de las naves en Madrid, Oruro (Bolivia) y Río Grande do Sul (Brasil) entre los últimos días de mayo y los primeros de junio de 1967. Él —afirmaba— dejó de redactar los informes «ummitas» cuando se vio afectado por una trombosis (12 de marzo de 1988)...

Y durante varios años lo visité en su domicilio, en Madrid, para interrogarlo sobre infinidad de detalles. Estas conversaciones fueron redondeadas con un más que interesante cruce de cartas en las que Jordán trataba de justificar el porqué de su mentira. Fue en esas entrevistas y escritos donde percibí que «Ummo» era mucho más de lo que pretendía Jordán Peña. Tuve especial cuidado en no revelar lo que había averiguado en Bolivia y Brasil. Y con este «as» en la manga escuché durante horas sus dudosas explicaciones. Cuando pregunté por el inicio del «experimento», como él lo denominaba, se refería siempre a los últimos meses de 1965 o principios de 1966. Nunca antes. Y las dudas, como digo, me hacían desconfiar: si Jordán Peña había puesto en marcha el «invento» sobre «Ummo» en las referidas fechas, ¿cómo explicar las naves con la «H» en la panza en 1952 y 1954? Jordán nació el 13 de enero de 1931 en Alicante. Cuando se registraron los casos de Sudáfrica y Curitiba, el señor Peña tenía veintiuno y veintitrés años, respectivamente. En esa época, ni siquiera imaginaba que se vería envuelto en un «experimento» de semejante naturaleza. Para mí, ésta fue una de las claves. Algo no encajaba en el montaje, supuestamente orquestado por Jordán Peña. Es muy probable que, de haber tenido conocimiento de lo acaecido en Sudáfrica, Bolivia y Brasil, los planteamientos del falsario hubieran sido otros. Naturalmente, y antes de proseguir con mis indagaciones, es preciso dejar claro que dudo del origen extraterrestre de esos cientos de escritos mecanografiados que llegaron a manos de una

treintena de ciudadanos a partir de 1967. No creo en los «ummitas», tal y como los dibujan dichos informes. Tampoco creo en muchas de las afirmaciones de Jordán Peña. Pero, entonces, usted se preguntará, con razón: ¿por qué «Ummo» es más de lo que pretende Jordán Peña? Amén de la realidad de las naves con la «H» en la panza, la posible respuesta apareció en Brasil, en una de mis pesquisas. Tal y como tengo por costumbre, dejé pasar un tiempo prudencial entre la primera conversación con el procurador Dos Santos y la segunda y tercera entrevistas. El método, como saben los investigadores, resulta muy útil a la hora de evaluar la veracidad de los testimonios. Cuando alguien miente o fabula, una segunda o tercera declaraciones son siempre comprometidas. En el caso que me ocupa, la versión del procurador fue idéntica a la registrada en aquel inolvidable 14 de noviembre de 1996. Recorrí el escenario de los hechos, en Curitiba, y comprobé, entre otras cosas, que el número de testigos de la nave «ummita» en aquella noche del 25 de junio de 1954 fue superior al medio centenar. La mayor parte eran vecinos de la familia Dos Santos, y el resto, militares del polvorín del barrio de Bacacheri, donde se alzaban las casas de madera. Lo más importante, sin embargo, no fue la ratificación de lo ocurrido en aquel lejano 1954. Para mí, al menos, la sorpresa fue otra...



José Luis Jordán Peña, durante la época de la recepción de los escritos «ummitas». Trabajó en la empresa Agromán como psicólogo e ingeniero, aunque, en realidad, no era ni lo uno ni lo otro. Dejó Agromán en abril de 1987.

Cuando el procurador comprobó que mis investigaciones iban muy en serio, y que se hallaba ante un hombre en el que podía confiar, volvió a contarme el avistamiento protagonizado por su familia y algo más: «Fue hacia 1969 o 1970. Yo tenía alrededor de quince años. Vivíamos en la misma casita de madera, en la calle Gaertner, en el lugar donde mis padres y mi abuela observaron el silencioso objeto con el símbolo en la parte inferior...

»En esas fechas —prosiguió Dos Santos—, mi madre se hallaba hospitalizada en São Paulo. Sufría un problema de corazón, y tuvo que ser operada. Mi padre, por tanto, se encontraba al cuidado de la

casa. Mis hermanas y yo lo ayudábamos. Clara, la abuela materna, había fallecido algunos años antes...

»Yo ocupaba una habitación contigua a la de mi padre. El resto de los hermanos dormían en una tercera estancia, pegada también a la mía...

»Pues bien, esa noche, al poco de acostarnos, ocurrió algo que nunca he logrado explicar...

»La casa, como te he mencionado en otras oportunidades, era de madera, una construcción típica en estas latitudes. La pared que separaba mi cuarto del de mi padre, siguiendo la costumbre, no llegaba hasta el techo. Entre ambas habitaciones quedaba una rendija...

»De pronto, en el silencio de la noche, observé una luz.

Procedía del dormitorio de mi padre. Era una luminosidad intensa, muy blanca que, por supuesto, no correspondía a la iluminación habitual...

»Me quedé quieto, desconcertado. La luz se filtró por la parte superior del tabique, por la rendija, y por el vidrio existente en lo alto de la puerta del mencionado cuarto de mi padre. Y vi con sorpresa cómo inundaba también la sala contigua, una salita a la que daban las habitaciones y la cocina.

»Entonces oí la voz de mi padre. Evidentemente, hablaba solo. Allí, en su dormitorio, no había nadie. Eso fue lo que pensé en esos momentos...

»Las palabras —que no acerté a descifrar— se prolongaron durante dos o tres minutos. Acto seguido, mi padre guardó silencio y la luz se apagó...

»Francamente, me asusté. Instantes después percibí los pasos de mi padre. Abandonó el cuarto y se dirigió a la cocina. No lo dudé. Me levanté e, intrigado, fui a su encuentro. Mis hermanos continuaban durmiendo. Al parecer, no se enteraron de lo ocurrido...

»La escena que presencié a continuación, en la cocina, me dejó más confuso, si cabe...



»Para entenderlo tendrías que haberlo conocido. Augusto, mi padre, era muy reservado y especial. Muy duro. Difícilmente exteriorizaba sus sentimientos. Te pondré un ejemplo. Yo no supe que era portugués hasta después de su muerte. Fue entonces cuando averigüé que era socialista y que tuvo que huir de la dictadura de Salazar. Como podrás suponer, el tema ovni no entraba en sus parámetros mentales...

»Tomé asiento frente a él. Estaba pálido... ¡y llorando! ¿Mi padre llorando? ¿Qué había ocurrido en su habitación?...

»No supe qué hacer, ni qué decir. Todo aquello era nuevo para mí. Efectivamente, “algo” muy grave o insólito lo tenía conmocionado...



Augusto, testigo de la nave con el signo de «Ummo» y de la aparición de un ser en su dormitorio. (Cortesía de la familia Dos Santos).

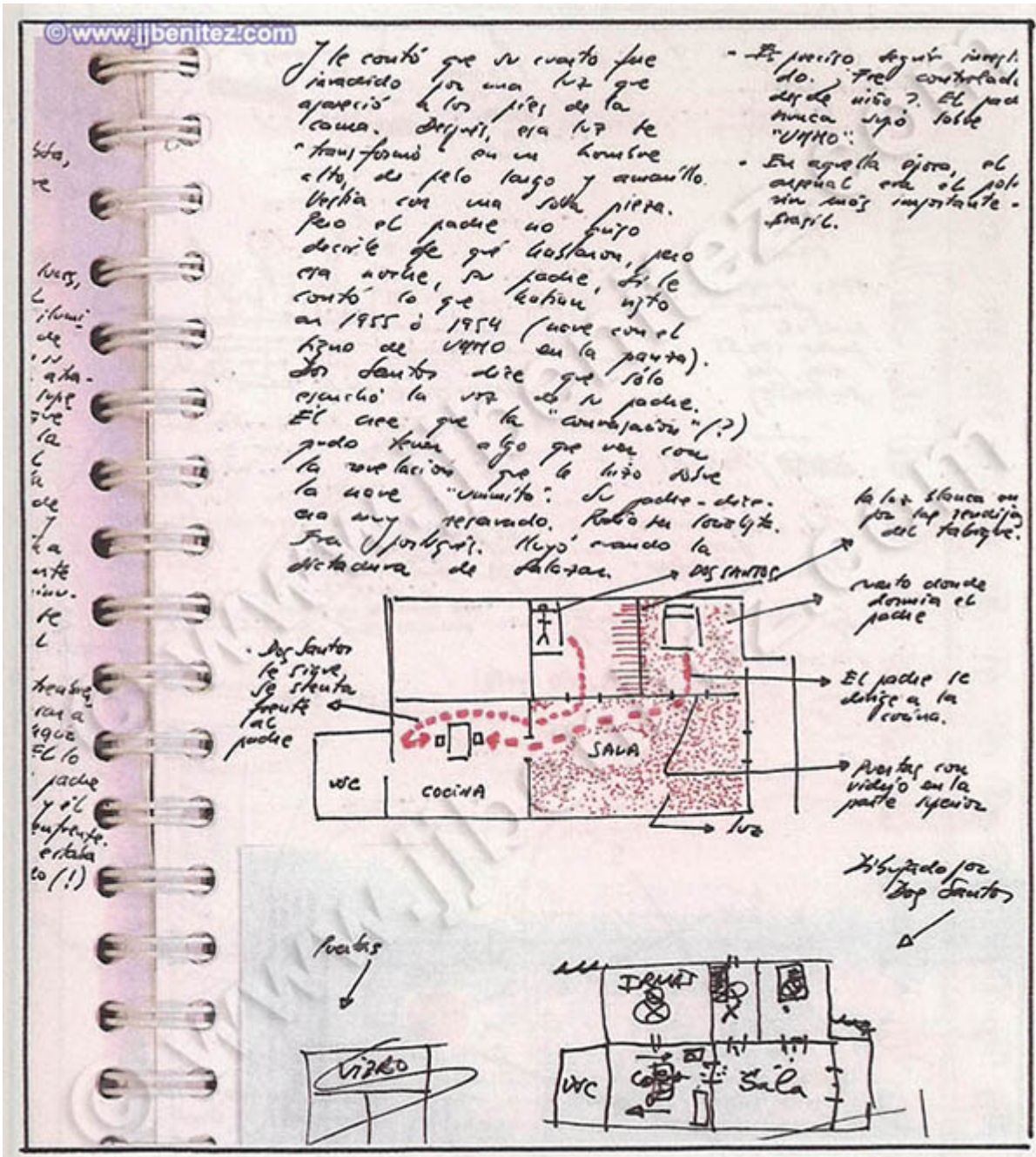
»Esperé. Al poco, sin dejar de llorar, contó lo que acababa de vivir en el dormitorio. Éstas fueron sus palabras: “En la oscuridad, de repente, a los pies de mi cama, se presentó una luz... Esa luz creció, transformándose en una figura humana. Era un hombre alto, de cabello largo y amarillo... Vestía una especie de buzo, de una sola pieza. Y me habló y yo le hablé...”.

»Mi padre no quiso entrar en detalles sobre dicha conversación. Nunca supe por qué. En cuanto a mí, casi un niño, tampoco me atreví a interrogarlo sobre el particular. Ahora me arrepiento. Mi padre murió el 12 de febrero de 1979, a los cincuenta y un años de edad. Aquel suceso, sin duda, fue de especial importancia para él...

»Fue entonces, en la soledad de la cocina, cuando me reveló lo que había sucedido en la noche del 25 de junio de 1954. Fue entonces cuando supe lo de aquella nave, con el extraño emblema en la panza...

»Mi padre contó lo que ya sabes e hizo mención del dibujo que presentaba en la parte inferior. Recuerdo que le pregunté: “¿Un dibujo?, ¿qué dibujo?”. Se levantó. Tomó papel y lápiz de encima de la nevera y regresó a la mesa. Durante unos segundos permaneció en silencio, mirándome fijamente. Sus ojos se hallaban en otro lugar...

»Después, igualmente callado, empezó a dibujar. Y trazó el signo en forma de «H». Antes de concluir la figura volvió a mirarme en silencio y con gran intensidad. Yo no entendía nada de nada y sólo acerté a decir: «¡Qué dibujo tan gracioso!». Él bajó la cabeza y terminó de dibujar...



Cuaderno de campo de J. J. Benítez, con anotaciones y dibujos relacionados con la misteriosa aparición de un ser en la casa de Dos Santos.





En caso a Huirante

1) → El padre lea al costado lo del tee. su padre. en 3 etapas: dibujo.

2) → Deja de leer. silencio. la cuenta lo de la nave. Muy lento.

3) → silencio. Sin leer = le dibujo el símbolo (en tres etapas) Muy lento.

Nunca más dibujo la "H". No lo dió más captaciones. Al lo pregunté si la comparación con el día tenía relación con su madre, o con él. El padre dijo que no; nunca quería. No se la tuvo oculto más 15 años antes → do manturo en silencio →

Color naranja. Observación: voy de 10 años por. Nunca el. En silencio.

Tuvo que verla de perfil y por la parte de abajo

Hago de la línea clara.

- En el informe dice que una ha visto en avión sobre la primera zona (la zona y zona de espíritu de amor), durante el día. Fue el mismo día? 22, 23 o 24 de junio de 1954. Duda en investigar.

- Me pregunté si la nave que vio el padre estaba en, lo (?) el animal de mamá o el nacimiento de Carlos dos Santos? de 11 meses antes (diciembre) años en avión se viene en Curitiba. Saló en la prensa. ¿visitaban el cubículo de Carlos dos Santos? ¿Por qué? Hay que investigar.

© www.jjbenitez.com

El símbolo que presentaba la nave vista en Curitiba (estado de Paraná) y otras observaciones de J. J. Benítez sobre el caso.

»“¿Cuándo sucedió eso?”, pregunté. “Hacia el 25 de junio”, replicó mi padre. “Casi el día de mi cumpleaños”, exclamé. Pero él me corrigió: “No, tú no habías nacido. Tu madre sólo tenía a tu hermana”. Mi hermana, como sabes, nació el 1 de mayo de 1954 y yo el 25 de junio del año siguiente. Esto quiere decir que el



avistamiento del objeto sobre el polvorín tuvo que producirse el 25 de junio de 1954...

»Días después conversé con mi madre y, efectivamente, confirmó lo dicho por mi padre respecto al ovni...».

Cuando lo estimé oportuno, mostré a Dos Santos varias copias de las fotografías del ovni de San José de Valderas. Me miró en silencio y, sin disimular su sorpresa, exclamó: «¡Asombroso! ¡Es el mismo objeto y el mismo dibujo en la panza! ¿De dónde ha salido?». Era la primera vez que el procurador de Curitiba tenía acceso a las imágenes del célebre ovni de Valderas, fotografiado en 1967. Y volví a plantearme algunas viejas dudas (algunas no tan viejas):



Ovni, supuestamente «ummita», observado por numerosos testigos el 1 de junio de 1967 en San José de Valderas (Madrid). Una nave «gemela» a la de Curitiba, vista por la familia Dos Santos trece años antes.

¿Podemos confiar en los que afirman que «Ummo» es un fraude? ¿Se ha investigado con rigor y con un mínimo de objetividad? A la vista de lo que llevo expuesto, mucho me temo que esas afirmaciones sobre un posible montaje son puro *humo*...

¿Qué hay detrás de «Ummo»? No hace falta ser muy despierto para deducir que existe una conexión, y muy estrecha, entre el objeto observado en 1954 sobre Curitiba y el ser de cabellos amarillos que surgió de la luz quince o dieciséis años después y en la misma casa de la familia Dos Santos. ¿Por qué el padre del

procurador se echó a llorar? ¿Por qué, en esos críticos momentos, se decidió a contar al muchacho lo que habían visto en la noche del 25 de junio de 1954? ¿Por qué le dio tanta importancia al «emblema»? ¿Qué fue lo que anunció el personaje que se presentó en el dormitorio de Augusto?

¿Acudió el ínclito Jordán Peña a Curitiba para organizar semejante teatro? Que yo sepa, jamás pisó Brasil...

¿Sobornó al medio centenar de vecinos de la calle Gaertner para que inventaran un avistamiento del que no hablarían hasta pasados cuarenta años? Demasiado retorcido, incluso para Jordán Peña...



Base aérea muy próxima al lugar del avistamiento. (Foto: J. J. Benítez).



Zona boscosa del polvorín sobre la que permaneció la nave «ummita». (Foto: J. J. Benítez).



Instalaciones del Ejército de Brasil, contiguas al polvorín. (Foto: J. J. Benítez).





Ovni de gran luminosidad sobre el polvorín del ejército, en Brasil. La nave fue fotografiada en la noche del 9 de diciembre de 1954, al parecer, sobre Río de Janeiro. En esas mismas fechas, otros objetos fueron observados sobre Curitiba, Ponta Grossa y Río Grande do Sul.

¿Inventó la célebre «H» en 1954? En esos años, según los documentos que conservo en mis archivos, las preocupaciones prioritarias de Jordán eran sobrevivir y combatir a los enemigos de la Iglesia católica (en especial, a las sectas protestantes). Tendrían que transcurrir alrededor de doce años para que surgiera el sello «ummita», también en forma de «H», en los referidos escritos mecanografiados.

Si esto es así, si «Ummo» no apareció «oficialmente» hasta 1966, ¿cómo explicar que varias decenas de brasileños supieran de

una de estas naves en 1954? Efectivamente, alguien miente, y no creo que sean los vecinos de Curitiba...

¿Cómo convenció Jordán a los militares brasileños para que formaran parte del engaño de Curitiba y, además, para que fueran puerta por puerta, amenazando a los testigos del ovni del 25 de junio de 1954? Sencillamente, no hubo tal contubernio porque, hasta el día de hoy, el caso Curitiba ha permanecido en el más estricto secreto. Jordán Peña jamás supo de él, como tampoco ha sabido que los ovnis regresaron a la citada población de Curitiba seis meses más tarde. Así consta en la primera página del *Diario de la Tarde* del 17 de diciembre del referido 1954. En este caso, sin embargo, no se menciona la «H» en la panza de los objetos. Y me pregunto: ¿por qué seis meses después del avistamiento de la nave sobre el polvorín? ¿Tuvo que ver esta nueva presencia ovni sobre Curitiba con la gestación del niño que nacería al año siguiente? (Dos Santos, como se recordará, nació el 25 de junio de 1955). ¿Fue esto lo que le anunció el ser de cabellos amarillos al padre de Dos Santos?

## **A la búsqueda de la India Quechua**

Algún día tendré que serenarme y sacar a la luz la colección de cuadernos de campo en la que analizo el fenómeno (?) de la casualidad. Fue un experimento. Durante mil días procuré «abrir los ojos» y examinar con minuciosidad por qué ocurren esas «cosas extrañas». La sorpresa fue importante. Pues bien, una de esas mil jornadas fue la del martes, 30 de noviembre de 1999. Yo no había olvidado el caso de la india quechua, en la región de Uyuni, en el Altiplano boliviano. Todas mis pesquisas, sin embargo, fueron un completo fracaso. Nadie sabía nada de la pastora o del paraje donde ocurrieron los hechos en aquél no menos oscuro 1967. Pero no me rendí. Aterrizamos de nuevo en La Paz y continué las indagaciones. Esta vez sería diferente —me dije a mí mismo—. Si la mujer seguía con vida, yo daría con ella, aunque tuviera que peinar todo el Altiplano.

Las pesquisas no pudieron empezar peor. El mal tiempo había convertido las carreteras en un cenagal. Alcanzar Uyuni significaba nueve o diez horas de camino, como mínimo, y la alta posibilidad de quedar atrapado por el temporal. Tenía otra alternativa: alquilar una avioneta y sortear la tormenta. Y, como todo en la vida, esta segunda opción encerraba ventajas e inconvenientes. Naturalmente, sólo me fijé en las primeras. Blanca, en cambio, siempre con los pies en el suelo, manifestó algunas dudas respecto a la elección del aerotaxi. En primer lugar, el alto coste: 1300 dólares por día. ¿No era mejor esperar? Por otra parte, la compañía aérea exigía el pago en metálico. Sumamos el dinero y comprobamos que nuestras reservas no eran suficientes. Aun así, la animé a continuar.

Encontraríamos el dinero. Para eso están los bancos y las tarjetas de crédito. Mi mujer guardó silencio. Ella sabe que me gustan los desafíos, aunque, en esta oportunidad, la posibilidad de éxito era muy escasa. En principio, a la vista del alto coste de la avioneta, sólo tenía el plazo de un día para hallar a la india. ¿Una sola jornada? ¿En un territorio como el doble de Andalucía? Yo sabía que la búsqueda era casi imposible, pero, empujado por esa misteriosa «fuerza» (?) que siempre me acompaña, hice caso omiso de los sensatos consejos de Blanca y cerramos el trato con la compañía aérea. Al día siguiente, 30 de noviembre, a las seis de la mañana, el capitán Guillermo Arauco nos trasladó al aeropuerto y nos presentó al que sería el piloto de la Commander 680, el también exmilitar Luis Ortiz. La situación me dejó perplejo: ¿un solo piloto para un vuelo de mil kilómetros? Esta vez fui yo quien guardó silencio. Aumentar las preocupaciones de Blanca no tenía sentido. Tomamos asiento finalmente en la destartalada avioneta y nos dispusimos a despegar. Eran las 7.15 horas. De pronto, con los motores en marcha, recibimos la orden de suspender el despegue. ¿Qué sucedería? La torre aclaró que el piloto tenía un problema con su licencia de vuelo. ¡Lo que faltaba! Blanca, en el asiento posterior, estaba pálida. Creí adivinar sus pensamientos: «Dejemos el viaje a Uyuni para una mejor ocasión». Quince minutos después, todavía no sé cómo, Luis Ortiz solucionó el problema y despegamos. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no funcionaba el doble mando de la Commander (los relojes y los indicadores aparecían sujetos con cinta adhesiva). Supongo que palidecí...

No fui justo. Ortiz era un excelente piloto. En hora y media sobrevolamos la desolada pampa y aterrizamos sin novedad en pleno campo, a poco más de dos kilómetros de Uyuni. La vieja avioneta gimoteaba a cada salto sobre la improvisada pista de tierra, pero resistió. Hizo una buena media: 318,6 kilómetros a la hora. Al descender, el capitán Ortiz nos advirtió: el despegue sería a las 16 horas. Dadas las malas condiciones meteorológicas, convenía regresar con luz a La Paz. Eran las 9 horas. Eso quería decir que

disponíamos de siete horas para hallar alguna pista. Traté de no ponerme nervioso...

Blanca y yo nos miramos. ¿Dónde estaba el vehículo que debería trasladarnos a Uyuni? Eso fue lo acordado con la agencia...

A los pocos segundos, en la lejanía, apareció una columna de polvo. Había vuelto a ser injusto, me reproché. Un 4 x 4 se detuvo ante nosotros y el chófer preguntó por no sé qué diputado de la ciudad de Potosí. Obviamente, se trataba de un error, pero el conductor, fiel a la tradicional hospitalidad boliviana, nos invitó a subir y nos acercó a la pequeña y apacible Uyuni. Otra vez la «casualidad». Otra oportuna y sorprendente «casualidad»...

Uyuni es una población de casi nueve mil almas. Se trata de un lugar sencillo, con gentes sencillas y costumbres igualmente sencillas. Buena parte de la población es de origen quechua. Viven de la agricultura y, desde hace algunos años, del turismo que busca aventuras y nuevas sensaciones en el gran salar, al oeste del pueblo.

Necesitábamos un té de coca. La altura seguía haciendo estragos (Uyuni se encuentra a 3665 metros sobre el nivel del mar). ¿Por dónde empezar? No había tiempo que perder. Me dirigí a la alcaldía y planteé el problema abiertamente: «Busco a una pastora... Año 1967... Unos individuos de pequeña estatura mataron sus ovejas... Volaban en algo parecido a sillas...». Los funcionarios no daban crédito a lo que oían. ¿Se trataba de una broma o de un loco? Cuando comprendieron que hablaba en serio y que, aparentemente, no era un perturbado, todos preguntaron el nombre de la india o del lugar donde ocurrió tan fantástico suceso.

«Eso, justamente, es lo que busco». Fin de la conversación. Proseguimos las consultas. Policía, viejos cronistas del pueblo, parroquia, bares, comercios, mercado... El resultado fue idéntico. Nadie sabía nada. Ni una sola pista. El reloj era implacable. A las 11.30 horas seguíamos en blanco. El cura párroco —Fabio Calizaia— prometió buscar entre las decenas de rancherías que rodeaban Uyuni. La misión parecía imposible. Mentalmente, me acusé de



insensato. «Algo», sin embargo, me inyectó (?) fuerzas y tiré de Blanca, calle por calle y, casi, casa por casa. «¿Sabe usted de una india...?». De pronto, al doblar una esquina, descubrimos que ese martes, 30 de noviembre, se celebraba en Uyuni uno de los típicos mercadillos a los que acudían numerosos campesinos de los pueblos cercanos. La mayoría eran nativos quechua. Y una débil esperanza asomó en mi corazón. Negativo. Los indios no sabían, no contestaban. Muchos de ellos no hablaban español. Me senté en la acera. Blanca, incansable, seguía preguntando. Admiró a esta mujer...

Y el Destino (?) situó ante mí a dos alguaciles municipales. Eran los responsables de guardar el orden en el mercadillo. Nos miramos fugazmente. Se detuvieron y, casi por inercia, me incorporé y les pregunté por la pastora. Uno de ellos, Abdón Alanes, el más joven, no sabía de qué le hablaba. El otro, David Siacara, asintió con la cabeza. No entendí. El hombre decía que sí, que recordaba el suceso. Pudo ser en Ollería, una ranchería situada a dos horas y media de Pulacayo, al nordeste de Uyuni. Reclamé la presencia de mi mujer y ambos, atónitos, escuchamos las palabras del providencial alguacil. Siacara se atrevió, incluso, a pronunciar un nombre: Flores. Ése podía ser el apellido de la india. El reloj señalaba las doce del mediodía. ¿De nuevo la «casualidad»?

A partir de ese momento, todo fue vertiginoso. Telefoneé a varios de los que formaron parte de la expedición militar y que interrogaron a la pastora, y, en efecto, confirmaron el apellido de la india. Con el nombre del paraje no hubo tanta suerte. Después de treinta y dos años no era fácil de recordar. Y regresamos al registro civil, con la esperanza de redondear la filiación de la tal Flores, de Ollería. Nuestro gozo en un pozo: los archivos de Uyuni arrancaban en 1973. Vuelta a empezar. Las nuevas consultas entre los indios quechua no condujeron a ninguna parte. El apellido Flores era muy común en el Altiplano. Los había a miles. Necesitábamos algo más. Fabio, el párroco, nos aconsejó visitar a la aldea de Ubina, al oriente de Uyuni. Allí —dijo— vivían cinco familias de apellido Flores. Eran

mineros. El tiempo nos devoraba. Había que tomar una decisión. Me arriesgué. Viajaríamos a Ollería. Pero ¿y la avioneta? Teodoro Colque, propietario de una agencia de viajes, nos proporcionó un todoterreno. Blanca me recordó que Ollería se encontraba a dos horas y media de Uyuni. Eran las 13 horas. No había tiempo para ir y volver. No importaba. Estaba decidido. Si la india seguía viva, la encontraría. Rubén nos acompañó. Sería el guía y traductor. Consulté el mapa. No podía creerlo: Ollería ni siquiera figuraba... Rubén sólo sabía que se trataba de una ranchería, quizá dos o tres casas, situada más allá de Pulacayo. «Al llegar a Pulacayo preguntaremos», aseguró el voluntarioso guía. Me eché a temblar. Pero el Destino siguió tejiendo y destejiendo...

Antes de abandonar Uyuni, Rubén detuvo el 4 x 4 en una gasolinera. Rogó que esperásemos y, sencillamente, desapareció. Al poco lo vimos regresar en compañía de un hombre de mediana edad. Se trataba de Anastasio Centeno, viejo amigo del guía. Aquel hombre decía conocer el caso de la pastora y la «gente pequeña que volaba». Al principio desconfié. Después, conforme aportaba información, me tranquilicé. Aseguró que la india se llamaba Fortunata Flores y que podía residir en Tica Tica o, quizá, en Tonoja, otras rancherías dispersas por la pampa, suponiendo, claro está, que no hubiera fallecido. ¿De nuevo la «casualidad»?

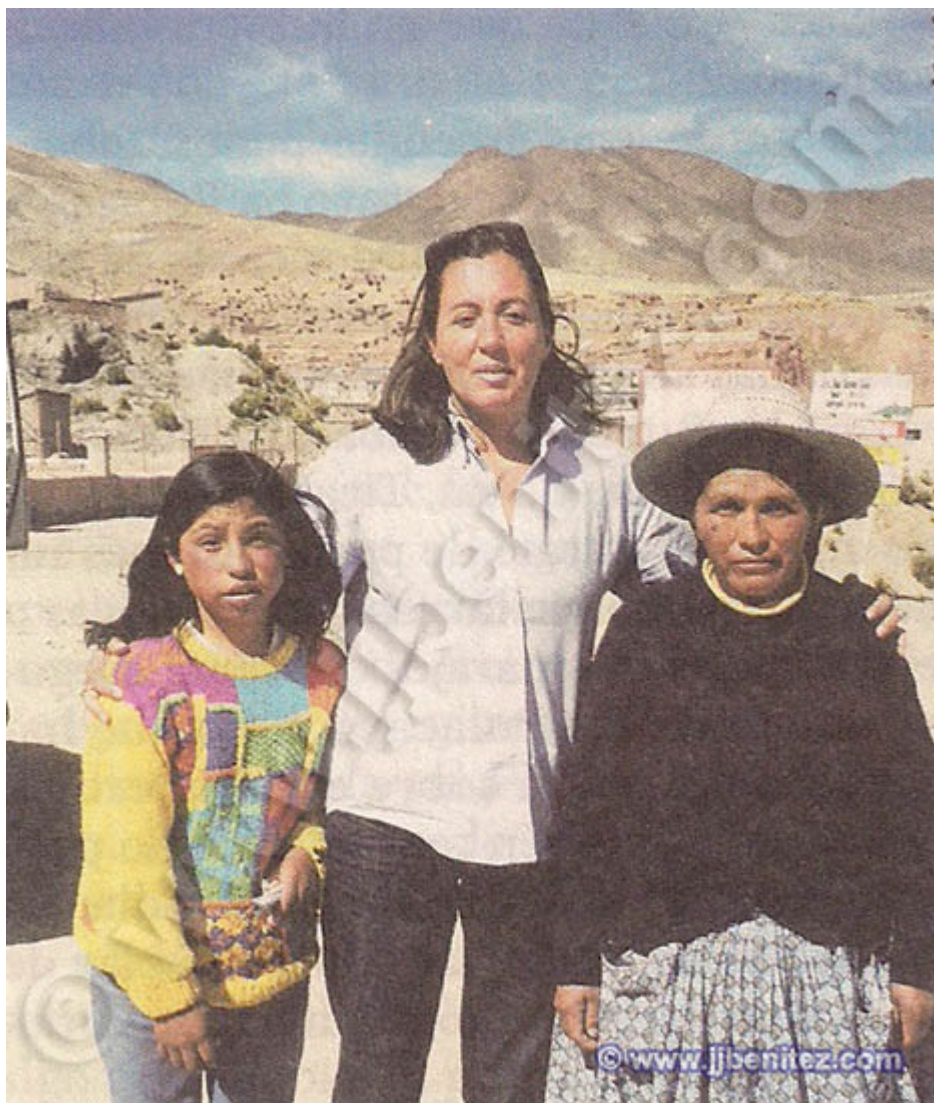
Cuarenta minutos más tarde, tras ascender penosamente por una pista de piedra y polvo, el 4 x 4 se detuvo en Pulacayo, una aldea casi de juguete, formada por humildes casas de piedra y adobe. Pulacayo se encontraba a casi cuatro mil metros de altura y rodeado de colinas suaves, rojizas y peladas. Era la nada, en mitad de la nada. Rubén esperaba una decisión. ¿Cuál era nuestro objetivo? ¿Ollería, Ubina, Tica Tica o Tonoja? Encendí el enésimo cigarrillo y traté de pensar lo más rápido posible. No había tiempo para visitar las cuatro aldeas o rancherías. Antes de elegir uno de los parajes convenía asegurarse. Preguntaríamos de nuevo. En Pulacayo tenía que haber alguien que supiera darnos razón sobre el paradero de Fortunata Flores. Dicho y hecho. Rubén reunió a medio

pueblo y, en quechua, se interesó por el domicilio de la india. La decepción fue total. Nadie sabía. Nadie había oído hablar de la tal Flores. Sospechaba que los recelosos indígenas no decían la verdad.

14 horas y 10 minutos.

El fracaso se había instalado definitivamente en mi corazón. Regresaríamos a Uyuni y a La Paz. Quizá lo intentara en otra oportunidad...

De pronto, entre las casitas, a lo lejos, apareció una mujer con una niña de la mano. Las vi acercarse, pero continué en silencio. Estaba cansado. Y el Destino (?) actuó. Una de las vecinas reclamó la atención de la mujer y le preguntó, en quechua, por Fortunata Flores. La recién llegada nos observó y, finalmente, también en quechua, habló de Tonoja. Rubén intervino, concretando. «No hay duda —explicó el guía—, esa mujer vive en Tonoja, a poco más de media hora de aquí». La providencial india, llamada Vicenta Córdoba, se ofreció a guiarnos. Estaba tan perplejo que no acerté a abrir la boca durante el viaje. Pero las sorpresas no habían terminado...



Blanca, esposa de J. J. Benítez (en el centro), con la providencial Vicenta Córdoba y Sobeida, la hija de la india quechua, en la aldea de Pulacayo. (Foto: J. J. Benítez).

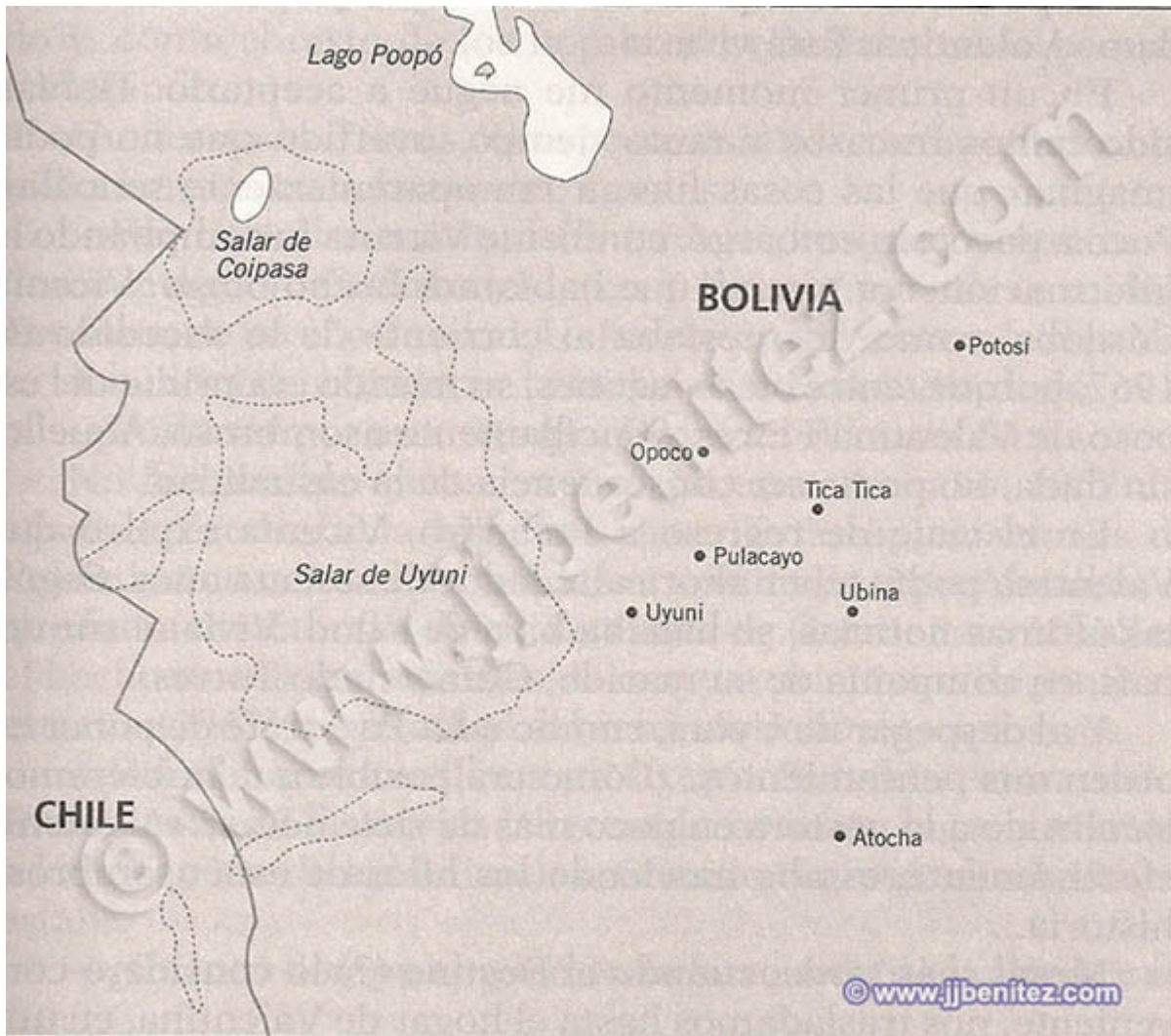
Si Pulacayo era el confín del mundo, ¿qué puedo decir de la ranchería llamada Tonoja, algo más al este? Allí, en mitad de una pampa desértica, en la más absoluta de las pobrezas, encontramos a Fortunata Flores, otra india que, como Vicenta, podía rondar los cincuenta años de edad. ¿Estábamos ante la pastora que atacó al hombrecito en 1967? Y sin poder disimular la emoción, comencé a interrogarla. Rubén, al traducir, volvió a hundirnos en la confusión. Fortunata Flores tampoco sabía de qué le hablábamos. Ella no era la pastora que buscábamos con tanto empeño. Insistí, añadiendo

nuevos detalles sobre la «gente que volaba», sobre las ovejas muertas y sobre la pelea que, supuestamente, había mantenido con el individuo de pequeña estatura. Fortunata, como nosotros, no salía de su asombro. Y una y otra vez negó ser la protagonista de semejante suceso. Definitivamente, aquello era un fracaso. Un solemne fracaso. Y en ésas estábamos cuando, de improvviso, Vicenta Córdoba se dirigió al guía, anunciándole que ella sí sabía de esa pastora. Rubén, perplejo, fue transmitiendo las palabras de la quechua: «La mujer que usted busca se llama Valentina. Está viva...».



Fortunata Flores, en la región de Tonoja. (Foto: J. J. Benítez).





El encuentro con los pequeños seres tuvo lugar en Sibingani, a cierta distancia de Opoco, al nordeste de Uyuni.

En un primer momento me negué a aceptarlo. Habían sido tantos fracasos y tanto tiempo invertido que no podía imaginar que las cosas fueran tan aparentemente sencillas. Poco a poco, sin embargo, conforme Vicenta fue ampliando la información, comprendí que habíamos hecho bingo. Vicenta Córdoba, como digo, estaba al corriente de lo sucedido en 1967, porque, entre otras razones, su marido era primo del esposo de Valentina Flores. Sencillamente asombroso. Aquello, sin duda, no podía ser consecuencia de la casualidad.

En el viaje de regreso a Pulacayo, Vicenta explicó que Valentina podía tener ahora alrededor de sesenta años. Según las últimas noticias, se hallaba bien de salud. Vivía al sur del país, en compañía de su marido, Gumersindo Torres.

Y al despegar de Uyuni, rumbo a La Paz, traté de poner en orden mis pensamientos. ¿Cómo era posible que hubiéramos localizado a la pastora en poco más de siete horas? «Alguien», efectivamente, estaba moviendo los hilos de esta asombrosa historia...

Meses más tarde, cuando el Destino (?) lo consideró conveniente, nos trasladamos hasta el hogar de Valentina, en una humilde población minera del sur de Bolivia. De momento, por elementales razones de seguridad, silenciaré el nombre de dicha aldea.

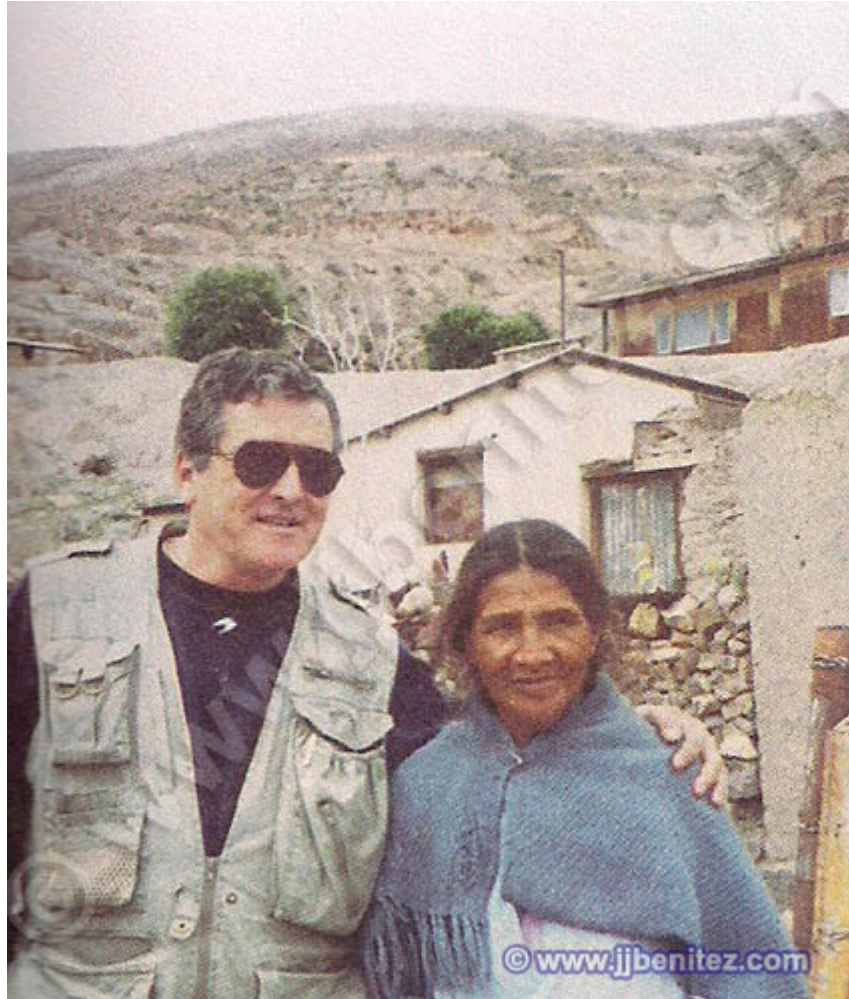
Valentina es quechua. No habla español. En 1967, cuando protagonizó el singular suceso, contaba veinticuatro años de edad. Ahora, en el momento de la entrevista (marzo de 2001), debe de rondar los cincuenta y nueve, aunque no es seguro. Su pobreza e ignorancia son tales que en su vida, creo hay muy pocas cosas seguras. Valentina es analfabeta. Sus casi sesenta años han sido puro trabajo en el campo o con el ganado. No sabe de otra cosa. Por eso le sorprende que unos forasteros lleguen desde tan lejos única y exclusivamente para conocerla y saber de una historia que sucedió hace treinta y cuatro años. Al parecer, es la primera vez que la cuenta, excepción hecha de lo narrado en 1967 a la expedición que viajó desde Uyuni. A pesar del tiempo transcurrido, su memoria parece intacta. A cada pregunta responde con claridad y rapidez. No hay duda: aquel desagradable suceso la había dejado marcada para siempre...

Los hechos sucedieron en un paraje llamado Sibingani, a una cierta distancia de Opoco, la aldea más próxima. Más o menos, a una jornada de camino de Uyuni.

—Ese día me encontraba sola. Mi marido era comisionado y, como el resto de los hombres, se hallaba en la pampa, trabajando.

Gumersindo Torres, el esposo, asintió con la cabeza. La historia no le traía buenos recuerdos.

—Fue hacia las cuatro de la tarde —prosiguió Valentina—. Como le digo, me hallaba sola, con la única compañía de mi hija Teodosia, de un año de edad. La llevaba en la manta, a la espalda.



Valentina P. Flores, en marzo de 2001. (Foto: Iván Benítez).



Gomersindo Torres, esposo de Valentina. Tampoco él entiende por qué aquellos seres mataron su ganado. (Foto: Iván Benítez).

A la hora de establecer la fecha exacta, la india dudó.

—Pudo ser por este tiempo. Quizá en Semana Santa...

No fue posible ajustar el mes, aunque sí el año: 1967. La edad de Teodosia, la hija, fue clave. Estas apreciaciones de Valentina no coincidían con la versión de Enrique Miralles, el que fuera director del diario *La Patria* de Oruro. Para Miralles, el hecho tuvo lugar a finales de mayo o principios de junio de ese año (1967), poco antes del referido robo de explosivos.

—Fui a buscar una llama y a su cría. Se habían extraviado. Entonces reuní las ovejas y los corderos en un lugar y marché a la búsqueda de los animales. Cuando regresé, el rebaño no estaba.



—¿Cuánto tiempo empleó en la búsqueda de la llama y su cría?

—Una hora y media, más o menos.

—¿Y qué ocurrió?

—Me extrañó mucho. Entonces seguí las huellas del rebaño y llegué a los corrales de piedra, en los cerros. Allí había un hombre pequeño, en el interior del corral, de rodillas y con una oveja entre las piernas. El corral estaba cubierto con algo parecido a una red. Me asusté. El individuo había matado todos mis animales...



Uno de los seres cubrió el corral de piedra con una especie de red de plástico. Sesenta y tres ovejas y corderos fueron matados con una extraña arma. (Foto: Iván Benítez).

—¿Qué aspecto tenía?

—Era como un niño...

Valentina señaló con la mano. Deduje que entre 1,10 y 1,30 metros de altura.

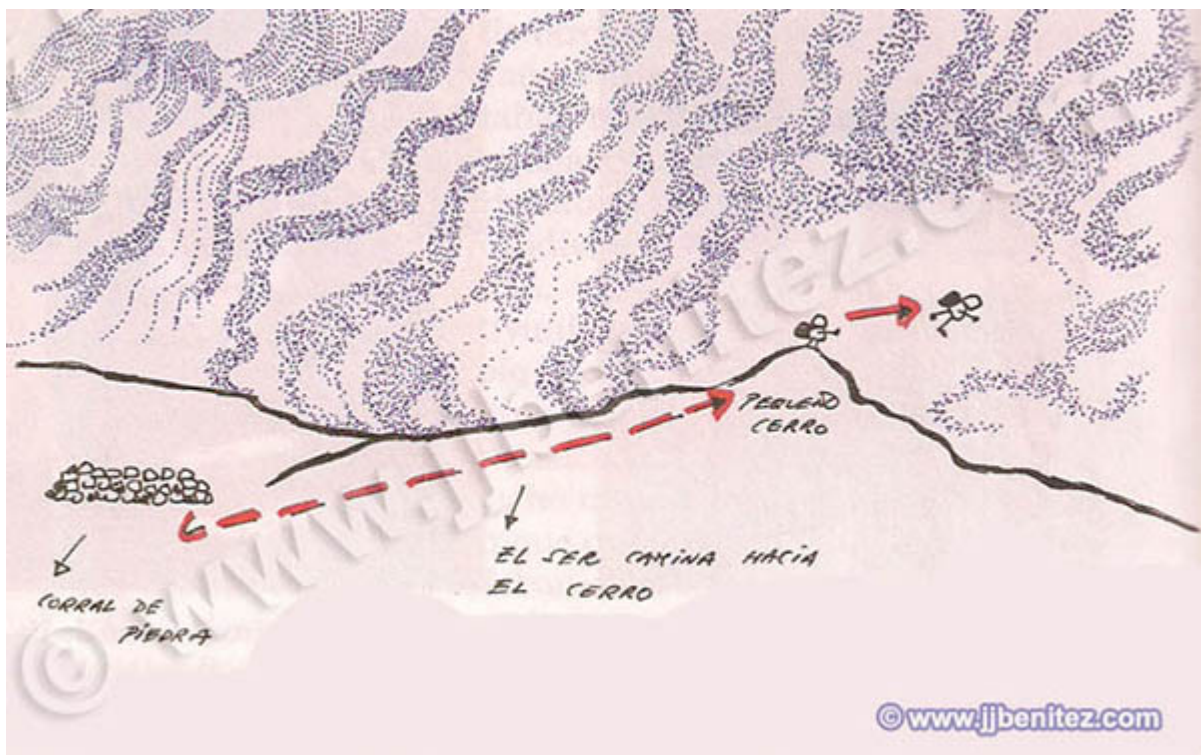
—... Vestía una ropa muy rara, como un buzo, del color de su chaleco y de una sola pieza, desde el cuello a los pies. Las botas



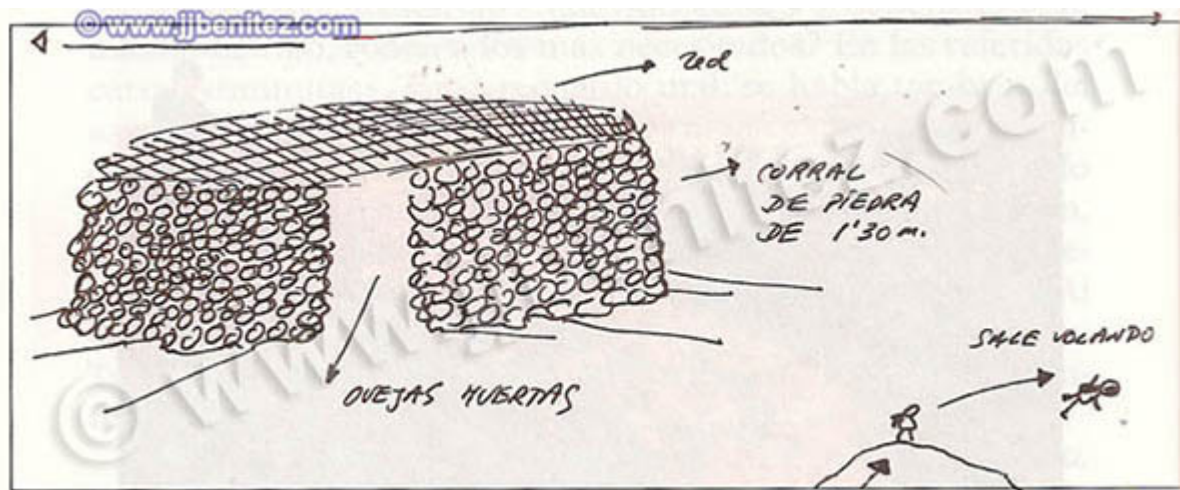
eran de color café. Dejaban una huella, como la de una media, pero muy ajustada. En la cabeza se veía algo que me recordó un casco, con la cara al descubierto. Era de piel muy blanca, con el cabello rubio, los ojos azules y un bigote rojo y abundante.

Según la pastora, el individuo era joven y «gordito». Portaba unos aparatos a la espalda y también a los costados, todo ello sujeto con cinturones rectos. Algo más allá, fuera del corral de piedra, Valentina observó también a un segundo ser de características parecidas al que se encontraba en el interior del aprisco.

—Yo cogí una piedra y se la tiré al que estaba en el corral. El hombrecito me vio, se puso de pie y se asustó. Yo seguí tirándole piedras. Entonces tocó otro aparato que tenía al lado y la red desapareció.



Según las indicaciones de Valentina, el segundo «hombrecito» corrió hacia un pequeño cerro y salió volando.



Anotaciones en el cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Por lo que pude entender, la india se refería a una pequeña máquina que se encontraba sobre el terreno. El individuo, al parecer, al sentirse descubierto (?), manipuló algo en la parte superior de dicho aparato y la red fue recogida automáticamente.

—¿Cuántas piedras logró lanzarle y a qué distancia se hallaba del «hombrecito»?

—Creo recordar que fueron tres piedras. Pensé que eran ladrones y fui acercándome poco a poco. Para entonces, el segundo tipo ya había remontado el vuelo...

No fue fácil que Valentina hiciera una descripción de los aparatos que cargaban los individuos y que, al parecer, los autopropulsaban. Según su limitado lenguaje (siempre en quechua), aquella «gente pequeña» llevaba sobre el casco una especie de «ventilador». Eso y dos «tubos» que salían por los costados les permitían volar (?).

—Eran como sillas, con sus patas —añadió la buena mujer.

—Continúe...

—Entonces, aquel hombrecito recogió sus cosas y, a toda prisa, salió del corral...

—¿Cosas? —La interrumpí de nuevo—. ¿Qué cosas?

Valentina intercambió unas frases con el traductor. La india no sabía cómo explicarse.

—Una «cosa» era como la caja de un aparato de radio. Lo otro era una bolsa con las entrañas de las ovejas...

Traté de no volver a interrumpirla.

—Él me habló, pero no lo entendí. No era quechua ni español. Estaba tan alterado como yo. ¡Oh, Dios mío! ¡Mis animales! ¡Los había matado uno por uno! Me volví loca. Agarré un palo y me fui hacia él...

Valentina recordaba muy bien el número de ovejas muertas: sesenta y tres. Sólo una se salvó: la que el «hombrecito» tenía entre las piernas en el momento en que fue sorprendido por la pastora. Además de los orificios, perfectos, cada animal fue mutilado de forma extraña. Faltaban los ojos, las orejas, parte de la boca, la grasa del vientre y, sobre todo, la sangre. La mayor parte de los animales apareció sin sangre.

—Cuando estuve a dos metros, lo golpeé con todas mis fuerzas. El palo, con un hierro en la punta, le dio en la cara y comenzó a sangrar. El tipo seguía gritando, pero yo no lo entendía. Entonces me atacó con aquel «cuchillo», el mismo que había utilizado para matar el ganado. Tenía una «cadena» y siempre volvía a su mano. Me hizo varios cortes en el pecho y los brazos. El nudo de la manta evitó que me matara. Yo lo golpeé otras dos veces. Creo que le partí el brazo o la muñeca derechos.

—¿Por qué dice que le partió el brazo o la muñeca?

—Porque quedaron colgando y con sangre. Entonces, muy nervioso, manejando los aparatos con la mano izquierda, corrió hacia lo alto de un cerrito y se echó a volar, como el otro.

La sangre, tan roja como la nuestra, quedó sobre la tierra y las piedras. Días más tarde, algunas de esas piedras fueron trasladadas a Uyuni por los militares bolivianos. Nunca supimos si la sangre fue analizada.

En el corral de piedra quedaron las sesenta y tres ovejas y corderos muertos y dos o tres palos de treinta o cuarenta centímetros de longitud, utilizados por el ser para asegurar la red a la parte superior del aprisco. Según Pablo Ayala, que tuvo en sus

manos los palitroques, se trataba de simples ramas de árboles, burdamente tronchadas. Al parecer, allí quedaron y allí desaparecieron.

Horas después, a la vista de la catástrofe, la familia decidió poner el asunto en conocimiento de la autoridad. Gregorio Córdoba, primo del marido de Valentina, fue el encargado de viajar a Uyuni esa misma noche. Una vez concluida la inspección por parte de los militares, las ovejas fueron entregadas al médico, y éste, a su vez, procedió a la venta. La única inspección medianamente seria de los animales fue llevada a cabo por la citada comisión procedente de Uyuni. Por supuesto, como era de esperar, nadie se responsabilizó de la muerte de las ovejas. Fue la ruina para la familia Flores. Y Valentina, con su marido y sus hijos, se vio en la necesidad de emigrar a las minas de Oruro. De allí marcharon hacia el sur.

Según la india, pocos días antes del lamentable encuentro con los seres y sus «sillas voladoras», los habitantes de Sibingani fueron testigos de otros hechos no menos extraños...

—Los animales —comentó Valentina— estaban muy nerviosos. Saltaban e intentaban huir de los corrales. Dos de los corderos aparecieron degollados. Algunos vieron brincar a una persona del interior de uno de los apriscos. Yo misma, una de esas noches, vi a un individuo. De pronto me arrojó un cuenco de sangre a la cara...

A nuestro regreso a Uyuni traté de interpretar lo ocurrido en Sibingani en 1967. Sólo lo conseguí a medias...

Algo estaba claro: treinta y cuatro años después, Valentina Flores no sabía qué había sucedido realmente. Valentina no sabe qué es un ovni y, mucho menos, un extraterrestre (ni falta que le hace). Lo único que conserva en la memoria es que los «hombrecitos que volaban» fueron su ruina. No le falta razón. A decir verdad, como les sucede a la india y a su familia, yo tampoco entiendo la matanza de los animales. Si los seres que descendieron en el Altiplano eran «no humanos» y, por tanto, teóricamente, más avanzados que nosotros, ¿por qué terminar con los precarios medios de supervivencia de unos humildes campesinos?





Treinta y cuatro años después del encuentro con los pequeños seres, Valentina Flores no sabe qué ocurrió realmente. (Foto: Iván Benítez).



El Destino me llevó, al fin, ante la presencia de Valentina Flores, la única mujer, según mis noticias, que se ha enfrentado a un ser de otro mundo. (Foto: J. J. Benítez).



Valentina Flores, a sus casi sesenta años. (Foto: Iván Benítez).

El interrogante conduce, a su vez, a otra irritante duda: ¿son éstos los «ummitas»? En los escritos mecanografiados y enviados a medio centenar de ciudadanos se habla siempre de amor y hermandad. ¿Cómo explicar que los supuestos extraterrestres envíen mensajes tan honorables y benéficos y, al mismo tiempo, roben a los más necesitados? En las referidas cartas «ummitas», si no recuerdo mal, se habla también del aspecto de dichos supuestos seres: rubios y altos (tipo nórdico). Aunque la fecha y el lugar son casi coincidentes con lo anunciado en la carta del 30 de mayo de 1967, en mi opinión, la «gente pequeña que volaba» en Sibingani no guarda relación alguna con la descripción física de los «ummitas». Al menos, con los seres observados en Sudáfrica y Curitiba.

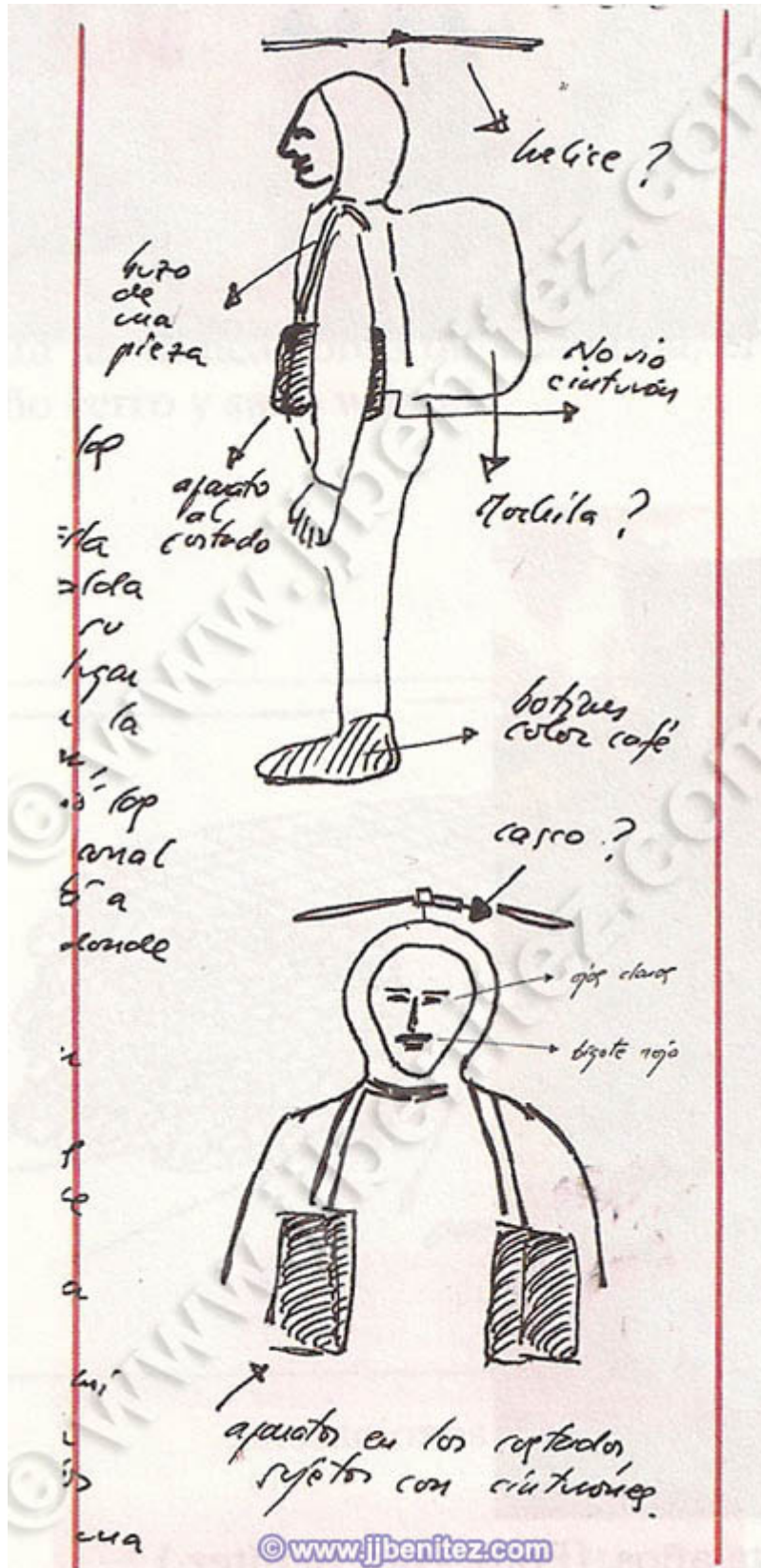


También cabe la posibilidad de que todo obedezca a un intrincado teatro, en el que nada es lo que parece...

Sea como fuere, lo cierto es que en el Altiplano boliviano, en 1967, tuvo lugar un dramático encuentro con seres de otros mundos. Probablemente, uno de los casos más puros de los que he tenido noticia en mi larga carrera como investigador del fenómeno ovni. El esfuerzo mereció la pena...



Dibujos de J. J. Benítez, según las indicaciones de Valentina, testigo principal del caso.



Uno de los pequeños seres que volaban, según Valentina Flores.

## Otros casos «Ummitas»

*Dinamarca, 27 de abril de 1960.*

El testigo, cuya identidad no ha sido revelada, viajaba en su automóvil por la carretera que une las ciudades danesas de Slagelse y Naestved. A eso de las tres de la madrugada, cuando se encontraba a unos once kilómetros al sur de Slagelse, tuvo una extraña sensación: «Parecía como si alguien me vigilase». El tiempo era bueno, aunque, en la zona, había algo de niebla y una ligera brisa.





¿Signo «ummita» en los trajes de los tripulantes observados en Dinamarca? (Dibujo de J. J. Benítez).

Al dejar atrás el bosque que rodea el edificio principal de la hacienda «Gyldenholm», el conductor vio hacia el suroeste un círculo blanco muy brillante. «Se aproximó a gran velocidad y, en cuestión de tres o cuatro segundos, se colocó delante del automóvil. Entonces, luces y motor se apagaron. Me situé como pude a la derecha de la carretera y estacioné a cosa de seis metros del objeto. Tenía la típica forma de “platillo volante”: dos bols unidos por la parte abierta, con una franja luminosa en el centro y una especie de “torreta” en lo más alto. En total, unos nueve metros de ancho por seis de altura. La nave era de un color verde grisáceo luminoso con tres ojos de buey en la “torreta”.

»Me quedé observando, perplejo, y vi cómo aparecían tres patas por la zona inferior. El ovni podía estar a tres o cuatro metros del suelo. Las patas se deslizaron hacia la tierra pero, antes de que la alcanzaran, surgió un gran cilindro, también por la panza del objeto.

En el tramo final del cilindro descubrí una abertura cuadrada, como una puerta. En ese momento vi a cuatro personas que salían por dicha abertura. No tuve miedo. Pensé en salir del coche pero, prudentemente, permanecí en el interior, observando. Aquellos seres eran como niños. Ninguno medía más de un metro de altura. Avanzaron hacia el automóvil con movimientos lentos y elegantes, como los submarinistas bajo el agua. Yo estaba muy confuso. Los cuatro vestían igual: buzos de una sola pieza y de color verde brillante. En el pecho lucían tres franjas oscuras verticales; la del centro, más larga...».

Según el testigo, en esos instantes, mientras los pequeños seres se acercaban al coche, por la puerta del cilindro surgió un largo y grueso cable. Reptó hasta el automóvil y se detuvo a unos dos metros de la ventanilla derecha.

«El cable (?) terminaba en una pantalla cuadrada, con una lente blanca, redonda e iluminada. El cable sostenía la pantalla a un metro del suelo. Los “hombrecitos” rodearon el coche y fueron colocando algo extraño, parecido a linternas, en diferentes puntos del vehículo. Los rostros eran como los nuestros, aunque algo más achatados. Las bocas se movían, pero no oí ningún sonido, a excepción de un zumbido, similar al que producen los sistemas de alto voltaje. Después regresaron a la nave. Cable y patas desaparecieron, y el objeto se elevó a gran velocidad y desapareció hacia el suroeste».

*México, verano de 1964.*

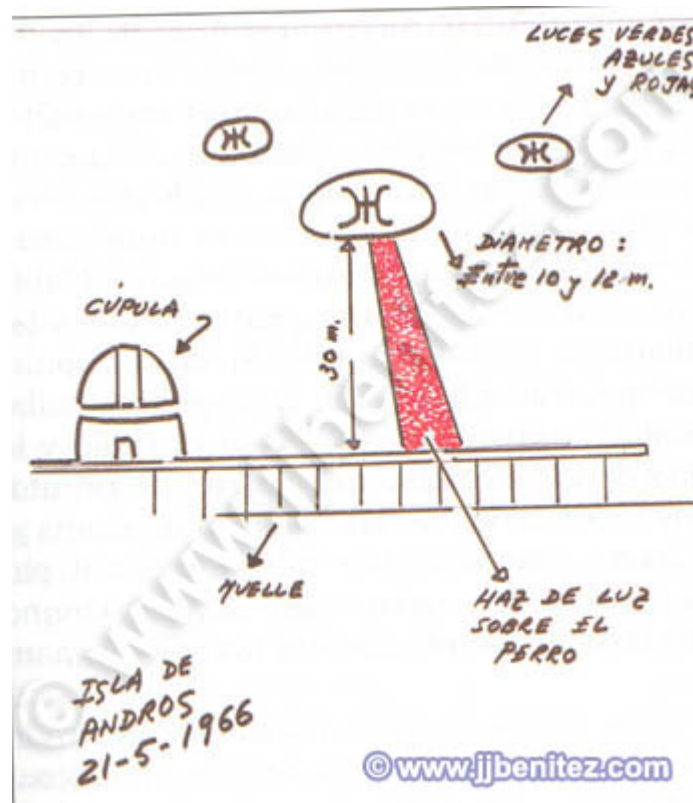
Manuel Garza Rodarte y un compañero se encontraban cazando en las proximidades de Poza Rica de Hidalgo (estado mexicano de Veracruz). A eso de las seis y media de la tarde, cuando caminaban por un cerro, los perros regresaron asustados. Al levantar la vista, tratando de averiguar qué ocurría, descubrieron un disco plateado a unos ochenta metros de distancia y a escasa altura del suelo. La observación fue breve: escasos segundos. En la parte inferior, el

objeto lucía una especie de «emblema» en forma de «H». Al cabo de ese tiempo, el ovni se alejó en horizontal. La «H» era grande y oscura, y destacaba sobre el plateado del disco. Según los testigos, ocupaba la totalidad de la panza.

*Isla de Andros (Bahamas), 21 de mayo de 1966.*

La presente información me fue facilitada inicialmente por mis buenos amigos Willy Smith y Virgilio Sánchez-Ocejo, veteranos investigadores.

Todo empezó hacia las tres de la madrugada en la isla de Andros, una base norteamericana de seguimiento de misiles situada a 250 kilómetros al este de Florida; un lugar de máximo secreto en aquel tiempo. De pronto, uno de los operadores de radar, cuya identidad no ha sido desvelada, observó una extraña luminosidad en el cielo nocturno. Al poco descubrió muy cerca, casi sobre su cabeza, una enorme nave con un símbolo en la parte inferior. Era como una «H». El ovni se encontraba inmóvil sobre un pequeño muelle y proyectaba un haz de luz cónico sobre un perro. El operador consiguió filmar el objeto y también otros dos aparatos que se aproximaron al lugar y que evolucionaron en torno al primero. El técnico llegó a filmar durante ocho minutos. Poco después, los militares confiscaron la película y se llevaron al perro. Dos operadores de una isla cercana declararon que, a esas horas, entre las tres y las cuatro de la madrugada, y durante ocho minutos, las pantallas de radar «quedaron en blanco», y no se registró ninguna imagen. Ambos técnicos fueron trasladados a otra base.



El operador tomó 350 pies (106 metros) de película. La Marina de Estados Unidos la confiscó ese mismo día 21 de mayo de 1966. Las imágenes, según el técnico, eran perfectas. (Dibujo de J. J. Benítez).

Años más tarde, por una de esas singulares «casualidades» (?) de la vida, el caso de la isla de Andros terminó por llegar a conocimiento de los investigadores y, finalmente, de la opinión pública. Fue en un programa de televisión, en Florida, cuando el matrimonio Ralph y Judy Blum mostraron en pantalla algunas de las fotografías del ovni captado en San José de Valderas (Madrid). Dichas imágenes habían sido incluidas en un libro de Blum (*Beyond Earth: Man's Contact with UFOS*, pp. 122-123), publicado en 1974. En tales fotografías, como se recordará, se observa un objeto con la ya familiar «H» en la panza. Pues bien, como consecuencia de este programa de televisión se recibió una llamada telefónica. El comunicante, que no quiso proporcionar su nombre, solicitó una entrevista con Ralph Blum. Cuando ambos se vieron, el desconocido exclamó: «¡Veo que, por fin, se han publicado mis imágenes!». Blum le hizo ver que aquellas fotos fueron tomadas en

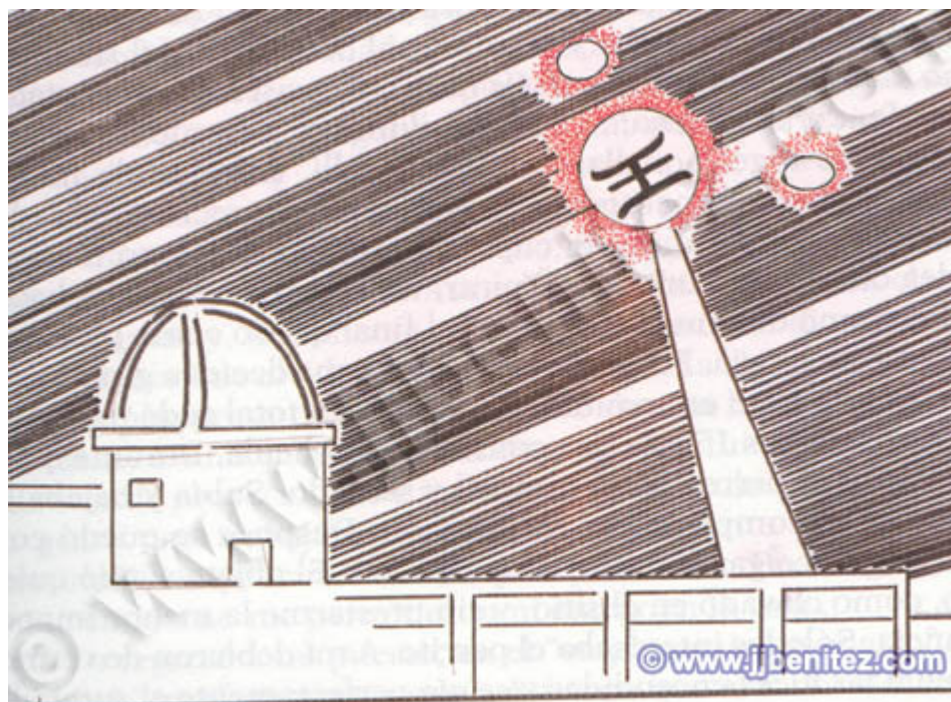


1967 y en España. Fue entonces cuando el informador procedió a contar la historia que acabo de exponer y algo más...

«... Ese día, 21 de mayo de 1966, teníamos previsto un gran lanzamiento. Allí, en la isla, estaban todos los “jefazos” de Alemania, Inglaterra, etc. Debían asistir a un AZROC, es decir, al lanzamiento de un cohete desde un submarino... Yo me encontraba en la cúpula por pura casualidad. Soy muy metódico, y me gusta preparar las cosas con antelación. Así que me fui para el observatorio y preparé la cámara... El lugar es conocido como Golden Cay, pero, para nosotros, en aquel tiempo, era únicamente el “emplazamiento número cuatro”. Había siete emplazamientos... En esos momentos, entre las tres y las cuatro de la madrugada, yo estaba arrodillado, en la cúpula, tratando de organizarme. Había luz lunar. La cúpula se hallaba abierta y yo intentaba aprovechar la escasa claridad y la pequeña luminosidad de las luces laterales. Pero, de pronto, todo se iluminó como si fuera de día. Me asomé a la cúpula y, perplejo, vi aquella cosa... Estaba en posición horizontal, paralela a la cúpula y a cosa de nueve o diez metros, en el extremo del muelle. Allí estaba también *Squib*, nuestra mascota. Era un perrito muy torpe...

»Al principio no vi esas marcas que usted me ha mostrado en las fotografías de Valderas, en Madrid. Sólo vi un disco... Puse el teodolito en manual y me preparé para los lanzamientos de las siete de la mañana. El teodolito, como sabe, es un instrumento de seguimiento con una cámara de 35 milímetros. Solamente seguimos misiles y torpedos... Al día siguiente repitieron la prueba y seguimos al SKIPJACK (el submarino atómico) durante dieciséis horas. ¡Dieciséis horas sentado, siguiendo su antena!... Todo se iluminó. Levanté la vista y, como les digo, aquella cosa estaba allí, enfrente de mí. El muelle era de cemento blanco, pero todo aparecía iluminado, incluido el interior de la cúpula y yo mismo. Yo no tenía ni idea de lo que ocurría... Al mirar, vi al perro. Caminaba hacia el extremo del muelle. Al llegar al final quedó como paralizado. No se movía. Fue entonces cuando me decidí a girar la cámara y la puse en manual, filmando. En total rodé unos 106 metros, de los 150 de

que constaba la película. Durante ocho minutos el perro siguió inmóvil y sentado. Subía y bajaba la lengua al compás de la respiración. Después se quedó con la lengua colgando... Era muy extraño. El objeto siguió quieto, como clavado en el sitio, y sin prestarme la menor importancia. Sólo les interesaba el perrito. A mí debieron de verme. Tenía las luces encendidas y se oía perfectamente el zumbido del teodolito, al funcionar... Entonces decidí llamar al “emplazamiento uno”. Los de comunicaciones me pasaron con seguridad. Yo les dije lo que estaba viendo, pero, prácticamente, me mandaron a paseo. Imagino que me tomaron por un juerguista. Yo, entonces, insistí sobre lo que estaba viendo y lo juré por Dios... Al decides que tenía una película, la cosa cambió. Me dijeron que subiera de nuevo a la torreta y que esperase su llamada por los auriculares. Entonces *Rainbow 1* (Arco Iris 1) se comunicó con *Rainbow 4* y volvieron a llamarme, anunciándome que enviaban un helicóptero. Debía tener la película preparada...



Un haz de luz partió del objeto principal e incidió sobre el perro. *Squib* quedó paralizado. A los tres días se lo llevaron en una jaula. (Dibujo de J. J. Benítez).

»Para cuando se registró esta última llamada, los objetos ya no estaban. Fue al cabo de esos ocho minutos cuando, de pronto, oí un zumbido muy intenso. Entonces llegaron otros dos objetos, algo más pequeños. Se pusieron a los lados del grande y desaparecieron... No me dio tiempo a filmar a estos últimos... *Squib* echó a correr por el muelle, en dirección a la cúpula, y los tres aparatos se esfumaron. Todos tenían la misma marca en la base: una «H» como la de las fotos de Valderas... Los tres eran exactamente iguales. Del primero, del que permaneció quieto, salió una especie de haz luminoso que fue a incidir directamente sobre el perro. El pobre *Squib* no se movió. Recuerdo que bajé la cámara y lo filmé también. Era una luz blanca, como la de los faros de aterrizaje de los aviones, pero más potente...

»Hacia las 4.30 horas llegó el helicóptero. El piloto, un tal Dave, estaba muy enfadado por el madrugón. Bajó, recogió la película y se fue. Una hora después, hacia las 5.30, llegó un segundo helicóptero. Preguntaron por mí, me hicieron subir y me trasladaron al “emplazamiento uno”. Allí me esperaba otra sorpresa: una reunión con almirantes y jefazos de la aviación, algo que me extrañó mucho, porque Andros era una base exclusivamente de la Armada... Me hicieron toda clase de preguntas y, finalmente, el jefe de la base me dio una orden: “Tienes que olvidar lo que has visto...”. La siguiente orden fue que preparase mis cosas. Al cabo de una hora estaría en mi casa... Yo no entendía nada de nada. Me fui directamente a la sala de proyecciones e intenté ver la película. Otras veces, la gente que trabajaba en aquel departamento me habían mostrado las películas sin ningún problema. Pues bien, en esta ocasión no me permitieron ni entrar en la sala...



Hidalgo e isla de Andros, dos avistamientos ovni con la «H» en la panza, anteriores al 1 de junio de 1967.

»Yo regresé a mi puesto, en el “emplazamiento cuatro”, y llamé al “emplazamiento seis”. Así supe que el radar del seis también había dejado de funcionar, como le ocurrió al nuestro. Todo sucedió durante la presencia de los tres objetos. Naturalmente, el lanzamiento fue suspendido. Tres días después llegaron los de la Marina y se llevaron al perro y a la totalidad de los animales... Dijeron que tenían enfermedades peligrosas, en especial las cabras... Al pobre *Squib* lo metieron en una jaula. Nunca más volvimos a verlo. El perro se pasó tres días sin querer comer. Yo, junto con el piloto del helicóptero y los expertos en radar, así como el jefe de la base, fui despedido...

*Madrid, 1 de junio de 1967.*





Situación de Cuatro Vientos, a escasa distancia del palacio del Marqués de Valderas.

¿De nuevo la «casualidad»? No lo creo. En abril de 1996, las pesquisas sobre los supuestos «ummitas» me llevaron hasta Manuel Rubio, un excelente pintor. Él vivió el famoso avistamiento de San José de Valderas, pero a las 11.15 de la mañana. Ésta es la primera vez que su testimonio sale a la luz pública (casi cuarenta años después). Esto fue lo que me contó: «Por aquel entonces yo trabajaba como delineante en Aeronáutica Industrial, S. A., en Cuatro Vientos, muy cerca de San José de Valderas. Era un jueves. Hacia las once, siguiendo la costumbre, salí de la oficina para tomar un bocadillo. Al regresar, poco más o menos a los quince minutos, lo vi inmóvil, a unos cincuenta o sesenta metros sobre el campo de vuelo. Como puedes imaginar, me quedé perplejo. Era un objeto redondo, de unos diez o doce metros de diámetro, de un color plumizo. Se hallaba inclinado, ofreciendo la panza. Y así se mantuvo todo el tiempo. Esa panza —supongo— se presentaba más oscura, de color plomo, al quedar en la sombra. El perímetro del objeto, en

cambio, era brillante. La verdad es que lo contemplé a placer. Calculo que podía estar a medio centenar de metros, aproximadamente, de donde me encontraba. No hacía el menor ruido. Eso me impresionó».

Y allí continuó un largo rato. Como mínimo, un cuarto de hora. Después, siempre en silencio, se alejó a una velocidad incalculable. Y lo hizo hacia el poblado de San José de Valderas. Fue visto y no visto. Ningún aparato humano podría desarrollar una velocidad semejante. La base o la panza era lisa. En ningún momento llegué a ver la parte superior, y tampoco la «H» que aparecía en las fotos de la prensa. Al día siguiente, el periódico recogía una información sobre un ovni que había sido visto y fotografiado en las cercanías del castillo de Valderas. En mi opinión, el objeto fotografiado y el que yo vi eran casi idénticos. Lo único que no acerté a observar, como te decía, fue ese extraño símbolo en la panza. Y me alegré de que otros también lo hubieran visto. Como puedes imaginar, cuando lo comenté en la oficina, nadie me creyó. Nunca supe si otros compañeros lo habían visto. Imagino que sí, porque allí trabajaban dos mil personas. Si te digo la verdad, tuve una extraña sensación. Mientras contemplaba el objeto me sentí observado...

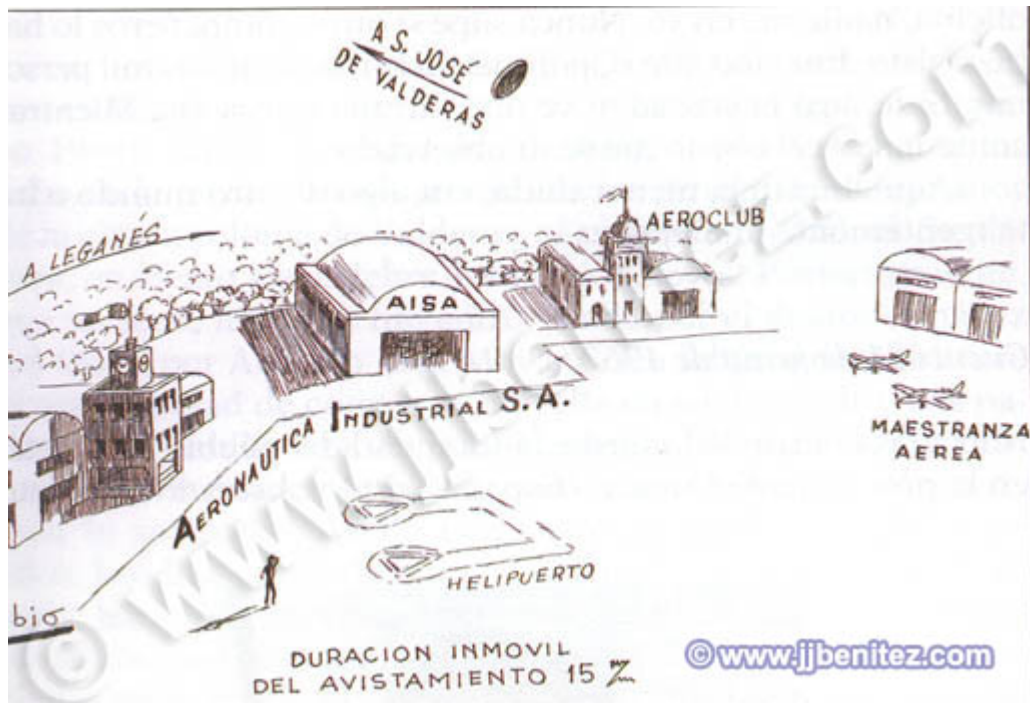
»Aquello, sin la menor duda, era algo de otro mundo e inteligentemente manejado».



Manuel Rubio, testigo de la presencia de un ovni el 1 de junio de 1967, pero a las 11.15 horas de la mañana y muy cerca de San José de Valderas (Foto: Blanca Rodríguez).



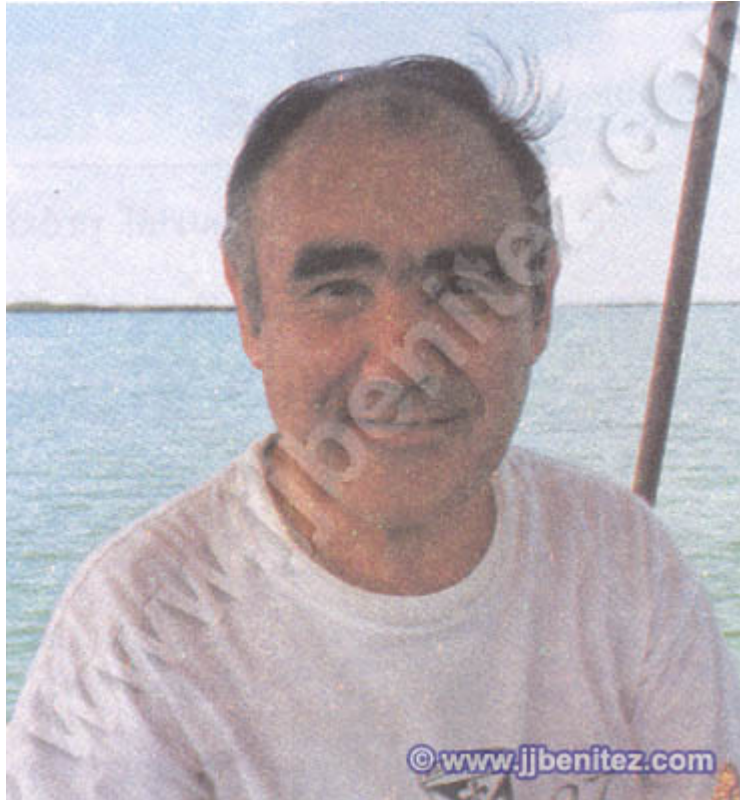
«El ovni se mantuvo siempre inclinado y a unos treinta grados sobre el horizonte». (Foto: Blanca Rodríguez).



Posición del ovni sobre el complejo industrial próximo a Valderas. (Dibujo: Manuel Rubio).

*Cuenca, 1 de junio de 1967.*

Hacia las cuatro de la tarde, la totalidad del pueblo de Huete, en la provincia de Cuenca (España), pudo observar un objeto similar a un disco, muy brillante y silencioso. Parecía aluminio. Al día siguiente, la prensa de Madrid habló de un objeto que fue visto y fotografiado en San José de Valderas. El caso me fue relatado por el padre dominico Aureliano de la Fuente, testigo directo del avistamiento. Según los investigadores y periodistas, el objeto de Valderas fue visto hacia las 20.20 horas de ese jueves, 1 de junio de 1967; es decir, unas cuatro horas después de la observación desde Huete. El religioso guardó el asunto en secreto durante treinta y dos años.



El padre Aureliano, durante un encuentro, aparentemente casual, en América, con el investigador J. J. Benítez.

*San José de Valderas, 1 de junio de 1967.*



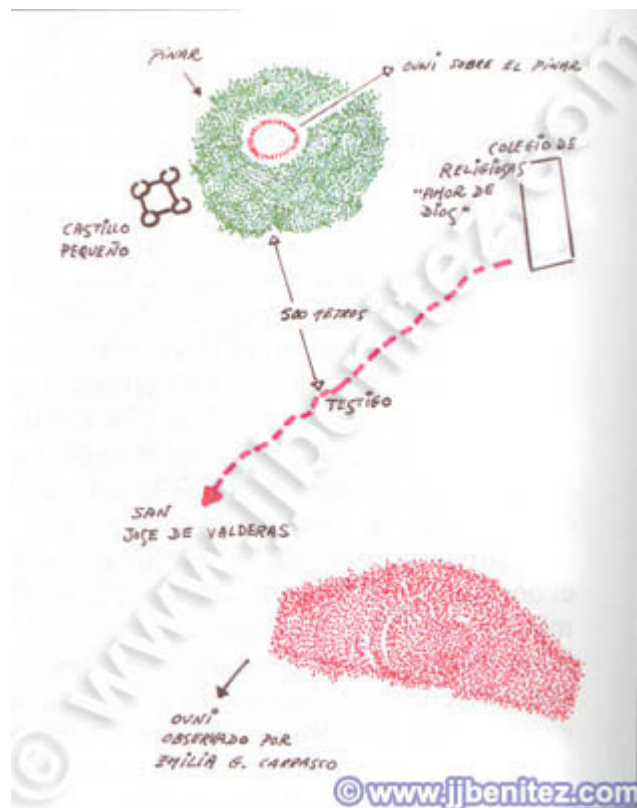


Emilia García Carrasco, testigo del ovni de San José de Valderas (Madrid).

Las primeras noticias sobre Emilia García Carrasco aparecieron en *Un caso perfecto* (p. 193 y ss.). En dicho libro (editado en 1969), Emilia hablaba de un objeto, observado hacia las ocho de la tarde y en las proximidades de uno de los castillos de la citada colonia de Valderas, al suroeste de Madrid. Se trataba, en efecto, del célebre 1 de junio, jueves. Posteriormente, que yo sepa, la mujer fue entrevistada por el doctor Jiménez del Oso y por Antonio Luis Moyano. En febrero de 2004 tuve la oportunidad de conversar con ella en su domicilio. Las palabras de Emilia fueron prácticamente idénticas a las pronunciadas hacía treinta y seis años. La mujer recordaba muy bien lo ocurrido aquella tarde: «Acababa de cumplir doce años. Los hago el 30 de mayo... Recuerdo que estaba en el colegio, haciendo gimnasia con unas compañeras. Yo, en aquella época, me sentía algo gordita y, por las tardes, aprovechaba para hacer ejercicio... Y a eso de las ocho, cuando oscurecía, salí hacia mi casa, en San José de Valderas. Mis amigas vivían en Alcorcón, y

yo, como siempre, regresaba sola, a pie. Entonces vi aquella luz, por encima del pinar. Estaba quieta. Era anaranjada. No oí ningún ruido... Fue algo extraño. ¿Cómo podría explicarle? Yo caminaba decidida hacia mi casa cuando, de pronto, sentí algo raro. Era como si alguien me estuviera observando. Entonces me volví y vi la luz sobre el bosquecillo. Me quedé contemplando aquello durante unos minutos. Estaba asombrada. El objeto tenía una "cosa" como pintada. Parecía una letra china. Después me entró miedo y salí corriendo... Algún tiempo después se presentó en el colegio un señor, con una grabadora. Elena, la directora, fue clase por clase, preguntando si alguien había visto algo raro. Fue entonces cuando lo dije...».

Al mostrarle una de las imágenes del ovni de Valderas, Emilia asintió. «Es el mismo, y la misma "H", aunque lo que yo vi tenía más luz». Y me pregunto: si el ovni de San José de Valderas fue un montaje, como asegura Jordán, ¿por qué se molestó en buscar y entrevistar a personas como Emilia García Carrasco?



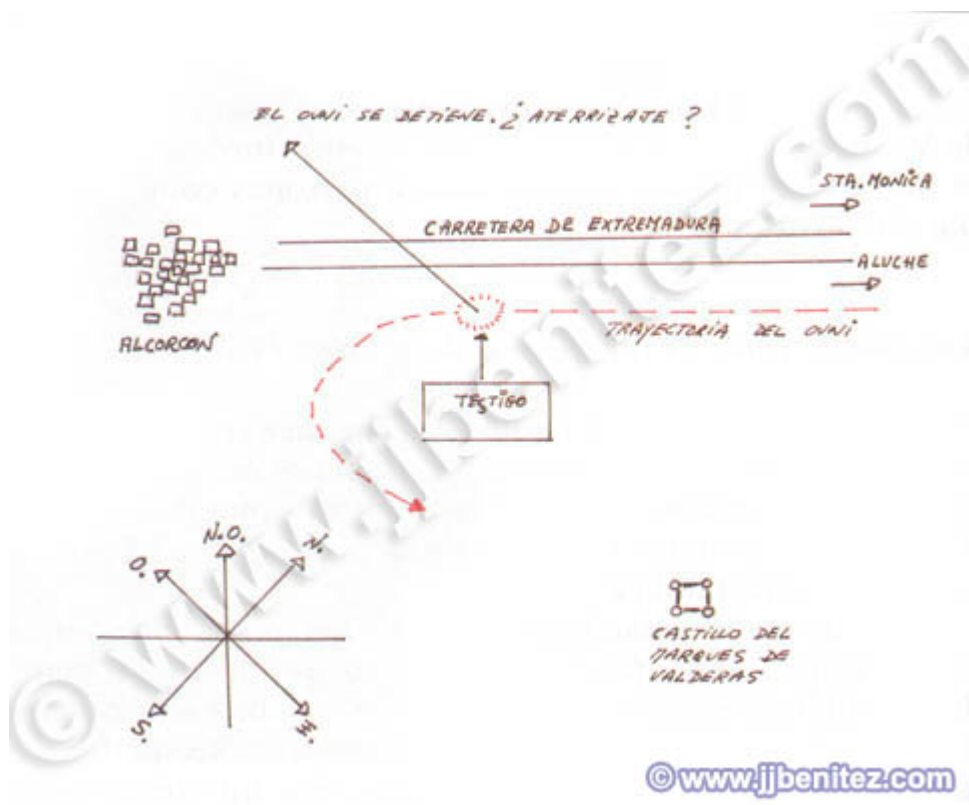
Camino seguido por Emilia García Carrasco a su salida del colegio de religiosas «Amor de Dios». El ovni se hallaba sobre un pequeño pinar, a unos quinientos metros de la testigo. «Fue como si alguien estuviera observándome». (Cuaderno de campo de J. J. Benítez).

### *San José de Valderas (Madrid), 2 de junio de 1967.*

Tuve la fortuna de conocer a Paquita Jiménez en los primeros meses de 2004. Lo observado por esta mujer en la colonia de Valderas ha permanecido inédito durante treinta y siete años. Sólo ahora, y merced a las asombrosas piruetas del Destino, aparece a la luz pública.

«Fue de madrugada. Entre las dos y las tres. Me encontraba en casa, en compañía de mis tres hijos pequeños. Mi marido se hallaba fuera de Madrid. Nosotros vivíamos entonces en San José de Valderas, en la calle Redondela. Recuerdo que hacía calor y me asomé a la ventana. Era un cuarto piso. Fátima, una de las niñas, estaba mal. Me encontraba haciendo tiempo para darle el antibiótico. Y en eso, acodada en la ventana, observé una luz que se aproximaba por la derecha. Me llamó la atención. Volaba muy bajo. Conforme fue acercándose, comprendí que se trataba de algo extraño. No era un avión, ni nada parecido. Mi marido es piloto y estoy acostumbrada a los aviones... Se situó frente a la casa y allí permaneció un tiempo. Era como una gran naranja, cortada por la mitad. Giraba sobre sí mismo y desprendía una luz dorada. También vi otras luces verdes o azuladas. Emitía un sonido sordo y apagado, como el zumbido de un motor. Al girar se distinguían unas líneas. Eran como divisiones verticales... Yo miraba a la calle, tratando de localizar a alguien que confirmara lo que veía. El lugar, sin embargo, estaba desierto. Y seguí observándolo durante algunos segundos. Podía estar a cincuenta metros, más o menos, y a cosa de dos metros del suelo. Pensé que había tomado tierra, aunque no lo puedo asegurar. Siempre lo vi por la parte superior. Siempre estuve por encima del objeto. Después, lentamente, se desplazó hacia la

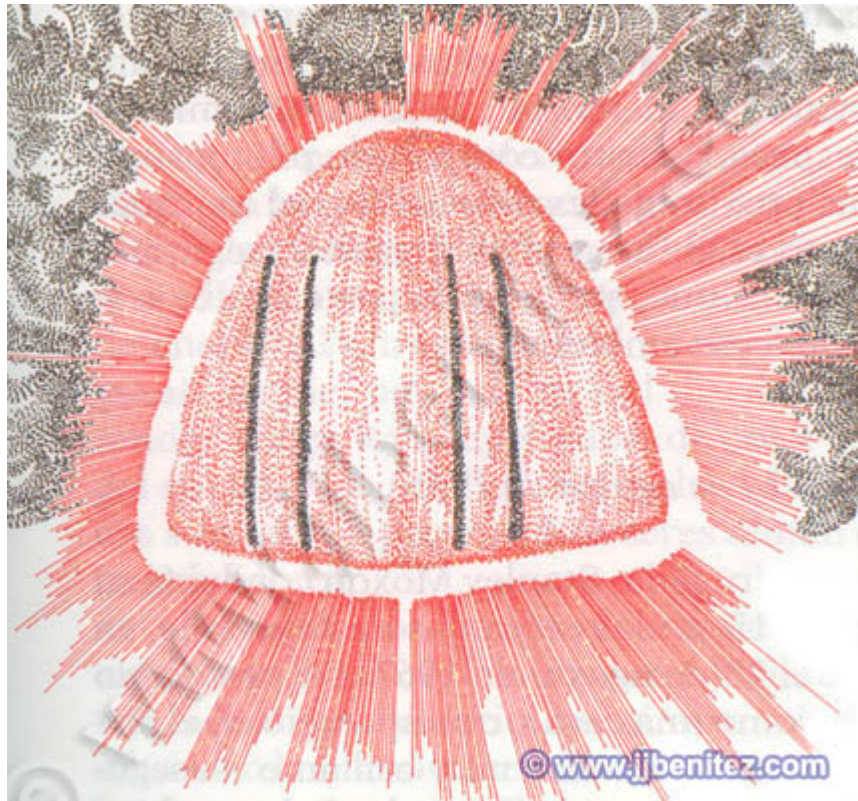
izquierda y desapareció por detrás del edificio. No sentí miedo, aunque hubo un momento en el que noté que estaba siendo observada. Recuerdo que hice un gesto instintivo, echándome un poco hacia atrás. Después me acosté y ya no recordé nada de lo ocurrido. No consigo saber qué sucedió. ¿Por qué se me borró de la mente? Fue días más tarde cuando, súbitamente, me vino a la memoria y se lo conté a mi marido. Algún tiempo después, por otro compañero piloto, supimos lo sucedido en las proximidades del castillo del marqués de Valderas. Yo he visto esas fotografías y puedo asegurarle que lo que vi no era igual. Nunca pude ver la parte de abajo y, por tanto, no sé si llevaba ese emblema...».



Trayectoria seguida por el ovni y punto de observación de la testigo, en la colonia de San José de Valderas (Madrid).



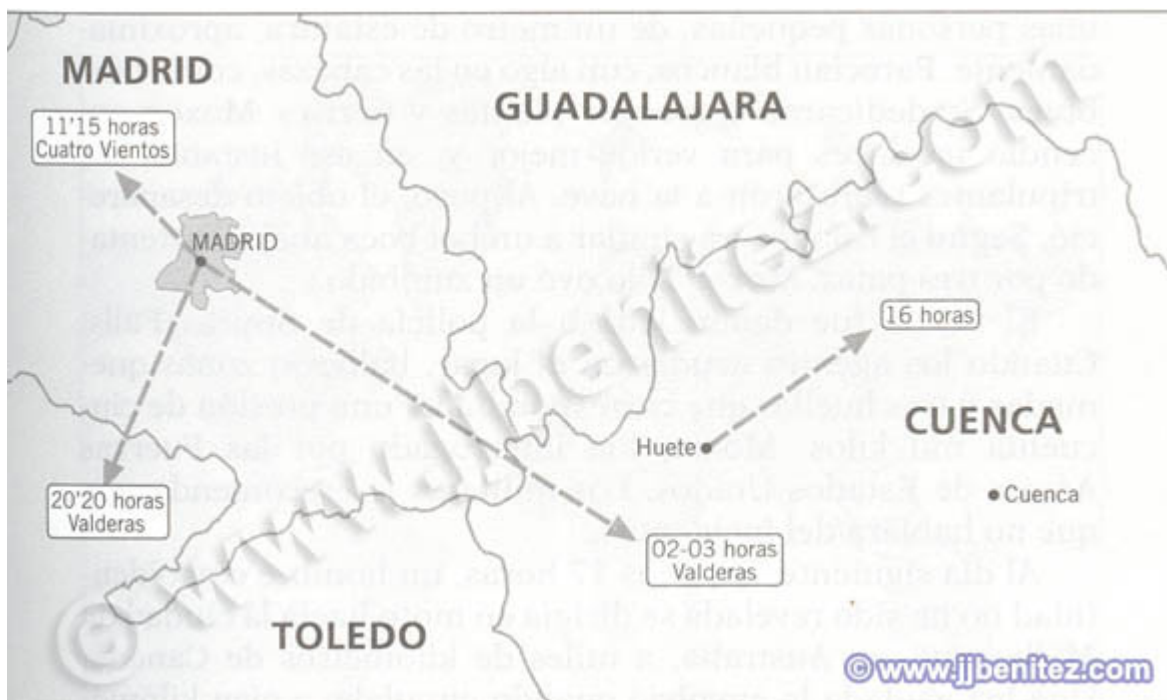
Paquita Jiménez, otro testigo inédito en el caso Valderas. (Foto: J. J. Benítez).





¿Ovni aterrizado en Valderas? El 12 de junio de 1967, la revista italiana *Gente* (número 28) publicó la siguiente noticia: «Madrid, junio. Un disco volante aterrizó en los alrededores de Madrid y, después de recoger a algunos hombres, volvió a partir a elevadísima velocidad.

Así lo han declarado los hermanos Román y José Arribas, que asistieron a la escena ocultos en una espesura de arbustos». La testigo, Paquita Jiménez, no vio hombres, pero sí una nave muy próxima al suelo. (Ilustración: J. J. Benítez).



1 de junio de 1967. Varios objetos no identificados, prácticamente idénticos, fueron vistos al suroeste y este de Madrid entre las once de la mañana y las tres de la madrugada del día siguiente.

### *Canadá y Australia, 23 y 24 de agosto de 1967.*

Hacia las cuatro de la madrugada, Stanley Moxon conducía su vehículo por la carretera 15, en las cercanías de Joyceville, en Ontario (Canadá). Era el 23 de agosto de 1967. De pronto vio un objeto, «tan grande como una casa», que apareció en el cielo nocturno y se dirigía al campo. «Era muy brillante —aseguró—, con una luz tan intensa que todo, a mi alrededor, se hizo de día». La nave tomó tierra cerca del automóvil y el joven Moxon vio a tres seres que salieron de la misma. «Me quedé quieto, en el interior del

coche, con las luces apagadas, observando muy atento. Jamás había visto una cosa igual. La nave y los seres estaban a unos doscientos o trescientos metros. Eran unas personas pequeñas, de un metro de estatura, aproximadamente. Parecían blancos, con algo en las cabezas, como burbujas. Se dedicaron a recoger plantas y tierra». Moxon encendió las luces para verlos mejor y, en ese instante, los tripulantes regresaron a la nave. Al poco, el objeto desapareció. Según el testigo, era similar a un bol boca abajo, sustentado por tres patas. Moxon sólo oyó un zumbido.

El hecho fue denunciado a la policía de Smiths Falls. Cuando los agentes acudieron al lugar, hallaron zonas quemadas y tres huellas que correspondían a una presión de cincuenta mil kilos. Moxon fue interrogado por las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. Los militares le «recomendaron» que no hablara del incidente...

Al día siguiente, 24, a las 17 horas, un hombre cuya identidad no ha sido revelada se dirigía en moto hacia la ciudad de Melbourne, en Australia, a miles de kilómetros de Canadá. Una luz azulada lo envolvió cuando circulaba a cien kilómetros por hora. El hombre detuvo la motocicleta, se quitó las gafas y, tras frotarse los ojos, descubrió a su izquierda un objeto en forma de disco. Se hallaba a treinta metros de distancia y a poco más de un metro sobre el terreno. Era como dos platos soperos unidos por los filos exteriores, con un diámetro aproximado de diez metros. La mitad superior era plateada, con una cúpula. La inferior era oscura, con un emblema o insignia en la panza, que no llegó a descifrar en su totalidad debido a la curvatura de la nave. Él cree que podría tratarse de una «H». En esos momentos pasó un automóvil pero no pudo detenerlo. Al mirar de nuevo hacia el objeto, descubrió dos figuras, de pie, por delante del disco. Eran humanos. Vestían sendos trajes, muy ajustados, de color plata, que les cubrían del cuello a los tobillos. Sobre las cabezas llevaban unos cascos similares a peceras. Los seres tenían entre 1,50 y 1,60 metros de altura.



«Nos miramos durante un minuto. Después me decidí a dar un paso hacia ellos. Los dos seres hicieron lo mismo. Seguimos mirándonos en silencio, quizá otro minuto. Entonces, uno de ellos alzó la mano y me saludó. Sentí tanto miedo que salté sobre la moto y escapé. Iba a más de cien millas por hora cuando oí un zumbido. Tuvo que ser muy fuerte para oírlo, entre el ruido de la moto y del viento. Miré hacia atrás y vi de nuevo el objeto. Me seguía a unos treinta metros del suelo y a poco más de cinco o seis de la motocicleta. Aparecía rodeado de un color rosado. Comprendí que no podía escapar, así que me detuve y traté de hallar un lugar donde esconderme. La nave estaba inmóvil. El zumbido había desaparecido. Así permaneció medio minuto, más o menos. Entonces empezó a cambiar de color y pasó del rosa al rojo brillante. Después salió disparada a una enorme velocidad. Puedo asegurar que pasó de cero a cinco o seis mil kilómetros en un instante, sin aceleración...».

*Galicia (España), 7 de agosto de 1968.*

Aunque el presente avistamiento se registró en la tarde-noche del 7 de agosto, la primera noticia apareció el día 12 en el diario *Amanecer*, de Asturias. Después se difundiría por el resto de España. He aquí un resumen de lo publicado en la prensa: «Un representante de artistas, residente en Barcelona y que recorre actualmente Asturias, afirma haber visto un misterioso objeto volante cuando, en unión de un conjunto musical, hacía un recorrido entre las villas gallegas de Betanzos y Villalba. Don Pedro Pablo Barrios dice: “Ocurrió el pasado día 7, precisamente al entrar en un tramo de la carretera que no está asfaltado. Pude ver claramente cómo un objeto lleno de luz comenzaba a elevarse y a girar sobre nuestro vehículo para tomar la dirección que nosotros llevábamos”.

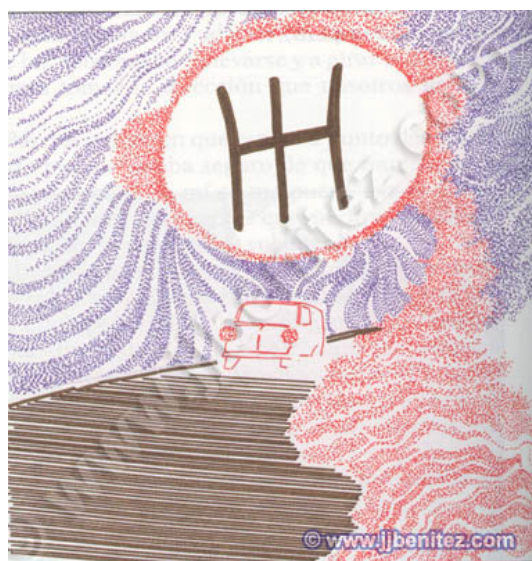


»El señor Barrios insiste en que estuvo a punto de no contar nada de esto porque estaba seguro de que muy pocos lo iban a creer. “Sin embargo a mí se me puede dar el mismo crédito que se da a todas esas gentes que en otras partes del mundo afirman haber visto platillos volantes”.

»Afirma el testigo que pudo ver perfectamente el vehículo y, para describirlo, dice que tenía la misma forma que tienen los platillos volantes, de los que ya se ha hablado en reiteradas ocasiones: “Pude distinguir —dice— perfectamente un signo que llevaba en la parte baja, muy parecido a una ‘H’ mayúscula. De la parte lateral salía una especie de antena que entraba y salía en el aparato. Iba rodeado de una luz vivísima y al cabo de unos segundos se elevó y desapareció”.



Pedro Pablo Barrios, en 1968. (Cortesía de las familias Barrios-Montes).



Trece meses después del célebre ovni de San José de Valderas, otros testigos vieron un disco con un «H» en la base cuando circulaban por Galicia. (Cuaderno de campo de J. J. Benítez).

»El señor Barrios afirma también que muy próximo al lugar de donde salió el “ovni” había un labrador con un carro de bueyes, y unos metros más allá, unas mujeres que al ver el artefacto volante se arrojaron al suelo. “Durante esos kilómetros en que fue volando a baja altura, fue mucha gente la que pudo darse cuenta de su presencia. Digo todo esto para que sirva de aval a mi declaración” (Cifra)».



Treinta y cinco años después de aquel encuentro, Pedro Pablo Barrios me concedió una entrevista, rememorando lo sucedido. Sus palabras, como en el caso de los anteriores testigos, fueron similares a las pronunciadas en 1968. Barrios recordaba la nave y, en especial, la «H con tres patas», como él la describe. El objeto se aproximó al automóvil en dos ocasiones. Por uno de los costados se apreciaba algo parecido a una antena. También vio dos pilotos luminosos en los extremos del disco. Durante unos minutos detuvo el coche en el filo de la carretera, observando el objeto. Era totalmente silencioso. «Fueron unos momentos terribles. La sensación fue de impotencia. Después, al alejarse, otros vehículos pararon y comentaron lo que habían visto...».

Al mostrarle las fotografías del ovni de Valderas, Pedro Pablo Barrios reconoció que era el mismo objeto y la misma «marca» o símbolo en la «panza». «No sabría decirle si estaba pintada, aunque destacaba con claridad».

A raíz de este avistamiento, el señor Barrios fue testigo también de otros «acontecimientos» a los que me referiré en su momento (espero).

*San Vicente del Raspeig (Alicante), 27 de mayo de 1977.*

El protagonista principal de la presente historia fue Luis Jiménez Marhuenda, escritor, guionista, técnico de programación de radio y televisión y exdirector de Radio Santa Isabel de Fernando Póo y de Radio Ecuatorial Bata. Luis fue otro de los receptores de los supuestos escritos «ummitas». En la fecha señalada (mayo de 1977), Jiménez Marhuenda dirigía y presentaba en La Voz de Alicante un programa sobre ovnis y misterios en general: «A media voz».

El día 25 de mayo del citado año, Luis recibió en su domicilio, en la calle San Juan, en San Vicente, una carta matasellada en Correos de Alicante. No presentaba remitente. Estaba escrita a máquina y decía textualmente:

*Señor Jiménez: Le ordenamos que deje de interferir en nuestras relaciones con los habitantes de su planeta, no sabemos si usted es consciente del daño que está haciendo.*

*Como prueba de nuestra presencia, le ofreceremos una señal luminosa en el cielo, que podrá comprobar desde su propio domicilio en la medianoche del próximo 27 de mayo.*

*Si posteriormente no se retracta de sus declaraciones, nos veremos obligados a estudiar «su caso».*



Luis Jiménez Marhuenda (izquierda), junto a Rafael Farriols, en el congreso sobre «Ummo», celebrado en Alicante en marzo de 1980. (Foto: J. J. Benítez).

Como es natural, el periodista lo consideró una broma. Tuve la fortuna de conocer a Luis, y creo no equivocarme cuando afirmo que era una persona respetuosa con todo y con todos. Difícilmente podía haber lastimado a nadie, y mucho menos públicamente. Aun así, Jiménez Marhuenda revisó sus programas de radio, tratando de averiguar dónde había estado el fallo. «Algo, quizá, molestó al

anónimo remitente de la carta». Efectivamente, Luis no encontró nada ofensivo. Como única y remota posibilidad aparecía el hecho de comentar y difundir en las ondas el fenómeno de los «no identificados». Como es bien sabido, hay mentes obtusas que, amén de negar por negar, cocean cuando alguien plantea la realidad extraterrestre. «Recuerdo que, semanas antes de ese 25 de mayo, en una de las emisiones de mi programa, sugerí una nueva alerta ovni, tal y como habíamos llevado a cabo en noviembre de 1975. ¿Fue esta idea la que pudo molestar al anónimo comunicante?». En aquella oportunidad, como insinuaba Luis, el programa «A media voz» llevó a cabo una experiencia de intento de contacto con ovnis que resultó un éxito indiscutible. Pues bien, al poco de comentar en la radio la posibilidad de este segundo intento de conexión con los tripulantes de los ovnis, Jiménez Marhuenda recibió la mencionada carta.

Sea como fuere, y aunque la misiva de marras no parecía trigo limpio, el periodista puso el asunto en conocimiento de algunos de sus amigos más íntimos. Todos estimaron que no se perdía nada por estar atentos esa noche del 27 de mayo, viernes. Y así fue. Un total de once personas se reunieron en el domicilio de Jiménez Marhuenda, en San Vicente del Raspeig. En mi poder se encuentran las identidades de todos ellos, aunque no considero oportuno darlas a conocer, de momento. Y a las doce de la noche apareció en el cielo un objeto color fuego que cruzó el firmamento de este a oeste. El ovni, totalmente silencioso, permaneció a la vista de los asombrados testigos por espacio de cuarenta segundos, aproximadamente. Había luna y algunas nubes, que se desplazaban de norte a sur. Al día siguiente, el diario *Información* de Alicante informaba sobre un extraño objeto que fue visto por numerosos testigos, justamente en la zona de San Vicente. Uno de ellos, encargado de una gasolinera, declaró haber observado una intensa luz cerca del suelo. Cuando los investigadores llegaron a la zona se encontraron con un círculo de tierra quemada, de unos seis metros de diámetro. Aunque en la hierba y la tierra no se detectó

radiactividad, los dedos de Luis, con los que había tomado las muestras, sufrieron una alteración dermatológica, similar a una quemadura.



Primera página del diario *Información* de Alicante, con la noticia del ovni sobre San Vicente del Raspeig.

*Sevilla (España), noviembre o diciembre de 1977.*

A finales del mes de noviembre o principios de diciembre (fecha no determinada) del año 1977, cuatro estudiantes universitarios, cuyas identidades no han sido reveladas, vivieron la siguiente experiencia: hacia las doce de la noche se reunieron en un paraje que recibe el nombre de «El Gandul», a diez kilómetros, aproximadamente, de la ciudad de Sevilla. Como tenían por costumbre (así venían haciéndolo desde el verano anterior), los jóvenes echaron mano del «tablero» o güija<sup>[6]</sup> e intentaron

establecer comunicación con algún tipo de entidad no humana. Según Juan Trigo, el investigador que interrogó a los universitarios por primera vez, fue esa noche cuando, al parecer, el contacto tuvo «éxito» (?). De pronto, en una de las concentraciones, observaron cómo un objeto luminoso se acercaba hasta el grupo y se detenía a unos veinte metros por encima de sus cabezas. El objeto tenía forma de plato invertido, con un dibujo o emblema en la parte inferior: una especie de «X» (ninguno de los testigos tenía relación con el asunto «Ummo»). El ovni dirigió hacia ellos un potente haz luminoso, al tiempo que se incrementaba la temperatura ambiente. Los cuatro estudiantes, aterrorizados, regresaron al automóvil y trataron de huir de la zona. Fruto del nerviosismo, el coche se les caló, y los asustados testigos optaron por permanecer en el interior del vehículo, contemplando la nave durante algunos minutos. Al observar que no se movía, los muchachos salieron del coche y comenzaron a interpelar al ovni con grandes voces. El resultado fue negativo: el objeto siguió inmóvil sobre el lugar. Cansados de gritar, recurrieron de nuevo a la güija y preguntaron por la identidad y las intenciones de los posibles tripulantes de aquella nave. Entre otras, al parecer, recibieron las siguientes respuestas: «... No tengáis miedo... No os haremos daño... Nuestro origen no es terrestre... Operamos en una base cercana... La nave que hemos situado sobre vosotros no está tripulada, sino teledirigida... Nuestra estatura es de treinta centímetros... Tenemos una forma física que no os agradaría contemplar y que, tal vez, os repugnaría... Nuestro tiempo es distinto del vuestro... Si lo deseáis, podéis subir a nuestro aparato y realizar un viaje con él... Os damos toda clase de garantías físicas y morales de que no sufriréis daño alguno...».



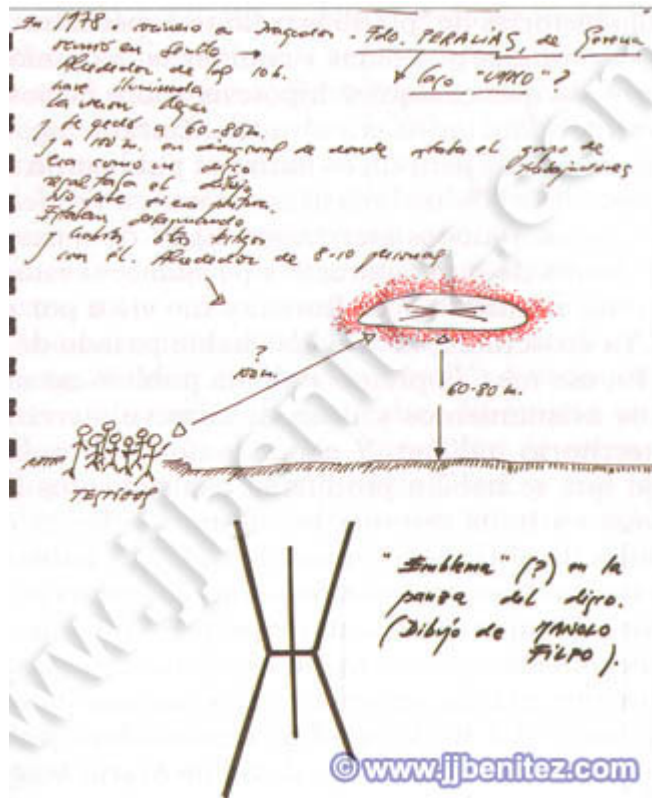


Los estudiantes sevillanos de medicina, biología, filosofía y filología vieron un objeto de unos nueve metros de diámetro con una especie de «X» en la base. En el lugar existen dólmenes prehistóricos y diferentes instalaciones militares.

*Sevilla (España), febrero de 1978.*

El presente caso fue investigado, en su momento, por Joaquín Mateo Nogales y Manuel Filpo, de Gerena (Sevilla).

Ocurrió hacia febrero de 1978. Uno de los testigos —Fernando Peralías Vallejo— era pariente de mi buen amigo Joaquín Mateo. Peralías falleció el 13 de enero de 1997 a los setenta y cuatro años de edad. Tanto Joaquín Mateo como Manolo Filpo escucharon a Fernando en diferentes oportunidades. «Siempre lo contaba igual...».



Cuaderno de campo de J. J. Benítez, con anotaciones y dibujos sobre el caso de Sevilla (febrero de 1978).

Sucedió hacia las diez de la mañana, cuando Peralías Vallejo trabajaba en Dragados y Construcciones, en la ciudad de Sevilla. Era la hora del desayuno. Peralías se hallaba en compañía de otros obreros. En esos instantes vieron en el cielo un disco iluminado que se precipitó hacia tierra a gran velocidad. De pronto, el objeto se quedó quieto, a cosa de sesenta u ochenta metros del suelo y a unos cien del lugar donde se encontraban los sorprendidos testigos. El disco permaneció inmóvil durante algunos segundos. Después ascendió a idéntica velocidad. Según el testigo, el objeto lucía en la panza una especie de signo: dos uves unidas por el vértice, parecido al famoso «emblema» (?) de «Ummo».



Fernando Peralías Vallejo, uno de los testigos del ovni con la «doble uve» en la panza.

Este «emblema», que guarda una cierta semejanza con el del Gandul, me recuerda otros hechos registrados en la ciudad de Roma, aunque en años anteriores. El asunto fue investigado por el prestigioso diplomático Alberto Perego. He aquí una síntesis de lo ocurrido en aquel lejano 1954 sobre el Vaticano: «... Hasta agosto de 1954 —escribió Perego—, cuando oía historias de “platillos volantes”, pensaba que eran naves de las grandes potencias y compartía la opinión de los astrónomos de que cualquier hipótesis sobre la posibilidad de vuelos interplanetarios era absurda». Durante agosto y setiembre de 1954, los periódicos italianos publicaron numerosas noticias sobre “visitas” masivas de ovnis a Francia, incluyendo relatos de muchos aterrizajes. El 17 de setiembre, un objeto en forma de puro apareció y permaneció estacionario durante unos minutos sobre Roma, y fue visto por miles de testigos. Ya en octubre, la “oleada” había pasado de Francia a Italia.

En ese mes, la prensa italiana publicó no menos de doscientos avistamientos y unos diecinueve aterrizajes por todo el territorio italiano. Y el 11 de noviembre, la United Press dijo que se habían producido cuatrocientos informes sobre ovnis en Italia durante los últimos ochenta días. En Roma, miles de testigos discutían sobre lo que habían visto o acudían a los medios informativos con sus historias, pero los periódicos ya comenzaban a aburrirse y, finalmente, muchos testigos decidieron que era mejor quedarse callados. Pero el acontecimiento más asombroso estaba aún por suceder. A la una de la tarde del 30 de octubre, cuando iba conduciendo mi coche y pasaba por la iglesia de Santa María Maggiore de Roma, observé que había unas cien personas mirando hacia el cielo. Me detuve y miré, y vi dos pequeños puntos blancos moviéndose en dirección sur. Luego desaparecieron en direcciones contrarias, y luego éstos (u otros dos) volvieron a aparecer y comenzaron a moverse hacia el norte.

Estos objetos me parecieron naves aéreas que volaban a unos dos mil metros de altura. El fenómeno me impresionó mucho, especialmente porque no hacían ruido alguno. ¿Era éste, acaso, un nuevo tipo de nave? En ese caso, ¿de dónde procedían y por qué volaban sobre Roma? Al día siguiente, los periódicos romanos publicaron la noticia (31 de octubre). Ahora voy a relatar los sucesos espectaculares que tuvieron lugar el 6 y el 7 de noviembre, y de los que la prensa no hizo mención alguna. El 6 de noviembre, a eso de las 10.45 de la mañana, yo estaba en el distrito Tuscolano, de Roma, cuando volví a ver los dos «puntos blancos». Muchas personas en torno a mí también los habían visto. Me subí a la azotea de una fábrica para tener una mejor vista del cielo, y permanecí allí, con muchas otras personas, hasta la una del mediodía, observando el espectáculo más sorprendente que había visto jamás. Cito mis notas: «Noviembre, 6 (1954). Hoy, entre las once de la mañana y la una del mediodía, sobre el cielo de Roma han sobrevolado docenas de vehículos aéreos a una altura de entre siete mil y ocho mil metros. Se movían a distintas velocidades, que a

veces parecían alcanzar 1200 o 1400 kilómetros por hora. Los aparatos se veían como puntos blancos que, a veces, dejaban un rastro corto blanco. Primero calculé unos cincuenta, pero luego comprendí que eran, por lo menos, cien. A veces volaban por separado, en parejas o en grupos de tres, cuatro, siete o doce. Frecuentemente volaban en formaciones de cuatro, formando el contorno de un diamante, o en formaciones de siete, formando una “V”. A veces viajaban en fila o formando curvas, o avanzaban formando un gran ángulo obtuso. A mediodía, una formación de veinte aparatos apareció por el este, volando hacia Ostia, y casi inmediatamente después vi otra formación similar que venía de la dirección opuesta, esto es, desde Ostia. Los dos escuadrones, formados como una “V”, volaron uno hacia otro hasta que los vértices de sus ángulos se unieron, formando una cruz de San Andrés perfecta de cuarenta naves (diez en cada brazo)». Esto ocurrió entre siete y ocho mil metros sobre el distrito Trastevere-Monte Mario de Roma y, posteriormente, sobre la propia Ciudad del Vaticano. A continuación, la «cruz» entera hizo un giro sobre su eje y se convirtió en una “X”. La formación se mantuvo durante un minuto y luego se rompió formando dos curvas serpentinas que se alejaron en direcciones opuestas. Toda la operación duró unos tres minutos. Después vi una gran sombra azulada y comprendí que era otra concentración de objetos, en grupos de cuatro, siete y doce. Esta vez pude contarlos mejor: sumaban más de cien».





Decenas de ovnis formaron misteriosas figuras sobre la ciudad de Roma en 1954. Tres de ellas eran similares a la «H» o «X» de «Ummo».

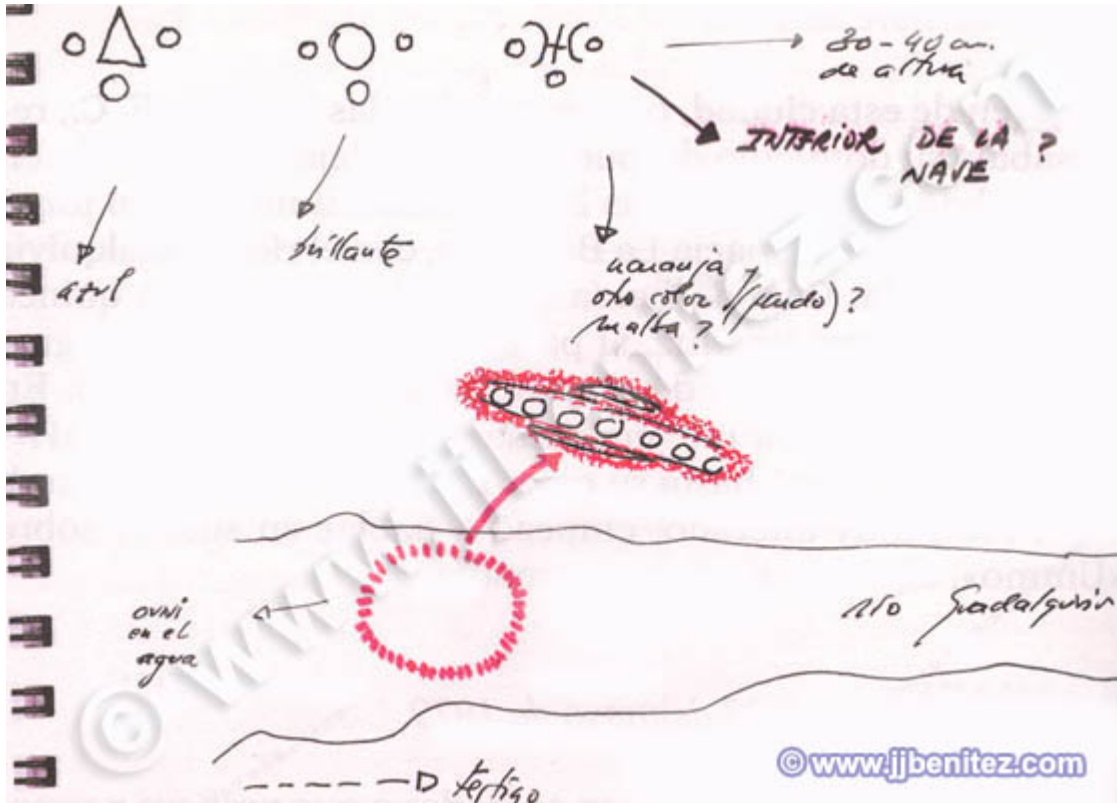
»Me sentía fascinado, pero también con cierta angustia, consciente de estar presenciando algo realmente grandioso. Estos escuadrones de naves poseían claramente una potencia nueva y revolucionaria, muy superior a nuestras naves y armas convencionales. Pero ¿a quién pertenecían? En ese momento vi que del cielo descendía un material filamentoso, extraño y luminoso, que ahora se conoce como “cabello de ángel”. Pude coger un puñado del mismo. Se parecía, a los filamentos de los árboles de Navidad, pero más finos y mucho más largos. Era diferente de los filamentos usados en la última guerra por los bombarderos norteamericanos para obstruir el radar enemigo. No era material plateado, sino de una sustancia más bien “cristalina” que se evaporó al cabo de unas horas».

*Sevilla, octubre de 1978.*

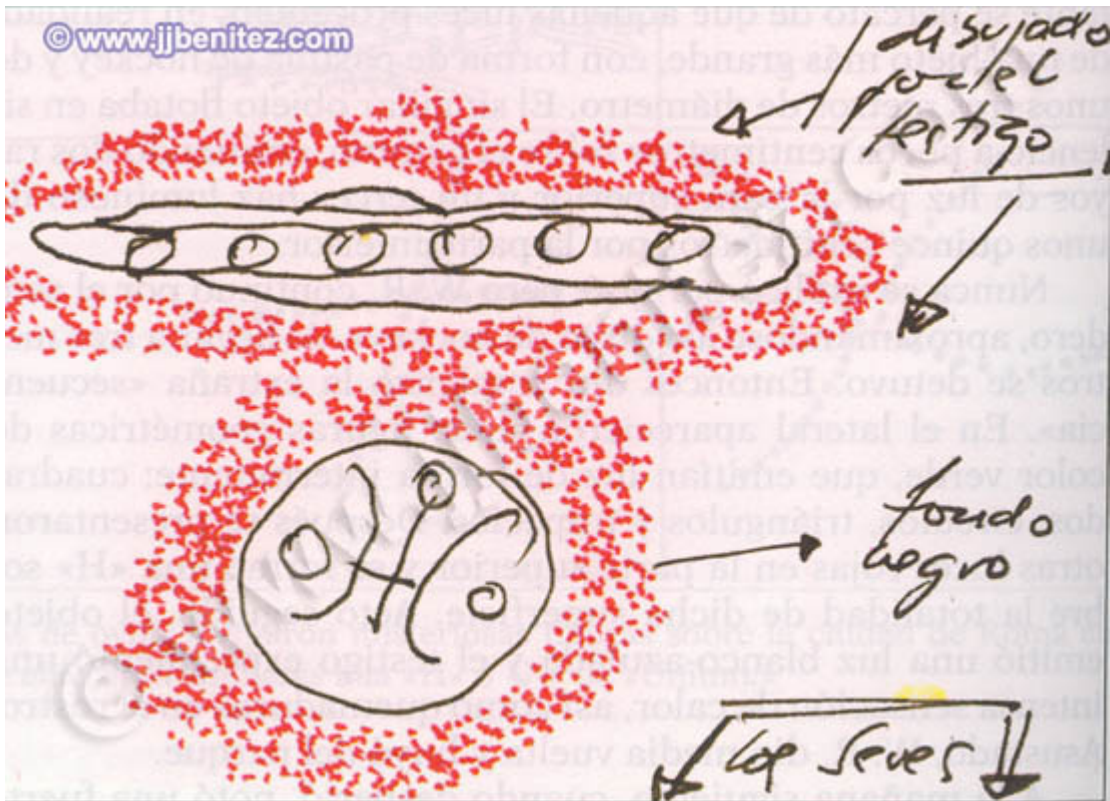
Un joven de esta ciudad, que responde a las iniciales F. C., regresaba a su domicilio después de haber dejado a su novia en el portal de la casa. Eran las 23.15 horas. El muchacho tomó el camino habitual, hacia La Barqueta, con el río Guadalquivir a su izquierda. Cuando había caminado unos diez o quince minutos, observó una luz, al parecer, en el interior del agua. Después vio un objeto de gran tamaño que salía del río. En la panza presentaba un «emblema»: algo similar a una «H». No sabe cómo llegó hasta su casa. Esa noche —según la familia—, F. C., muy alterado, empezó a hablar en sueños sobre «Ummo», algo que nadie comprendía.

*Varsovia (Polonia), 22 de mayo de 1979.*

Hacia las diez de la noche, un ciudadano que prefiere permanecer en el anonimato y al que llamaremos W. R. se dirigía desde su domicilio hacia un parque próximo. Su intención era tomar un café en un bar situado en Piastow. La noche era limpia y fresca. W. R. caminaba rápido cuando, de pronto, a corta distancia, sobre el sendero, descubrió tres luces. Al instante se percató de que aquellas luces procedían, en realidad, de un objeto más grande, con forma de pastilla de *hockey* y de unos tres metros de diámetro. El singular objeto flotaba en silencio a pocos centímetros sobre el camino, emitiendo dos rayos de luz por la cara superior y un tercer haz luminoso de unos quince centímetros por la parte inferior.



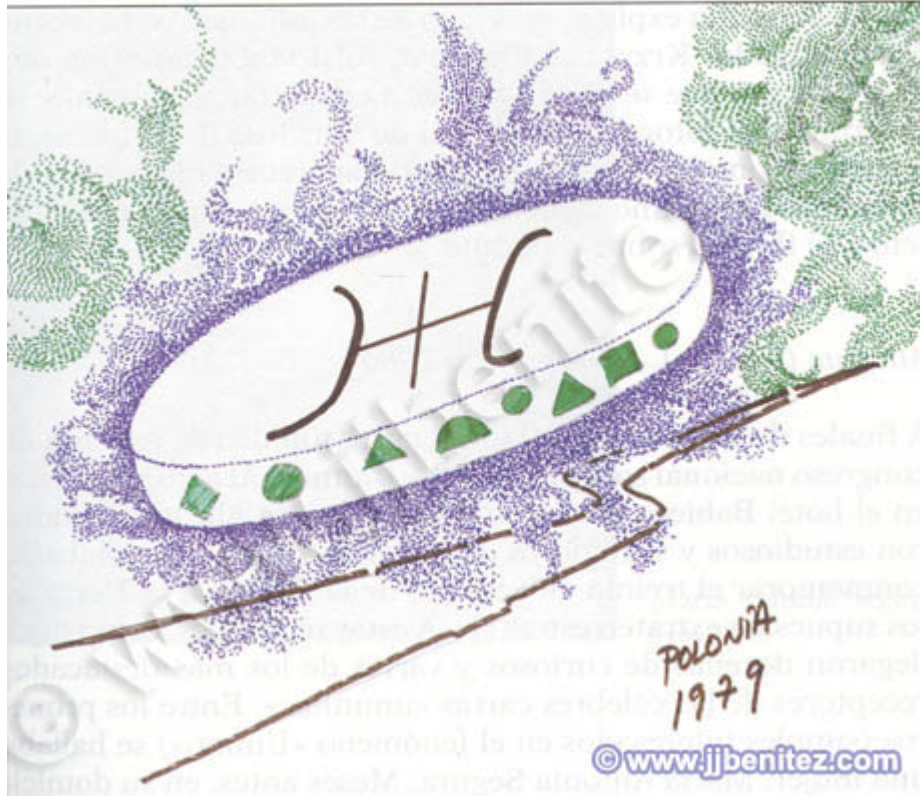
La nave, según F. C., podía medir unos diez metros de diámetro.



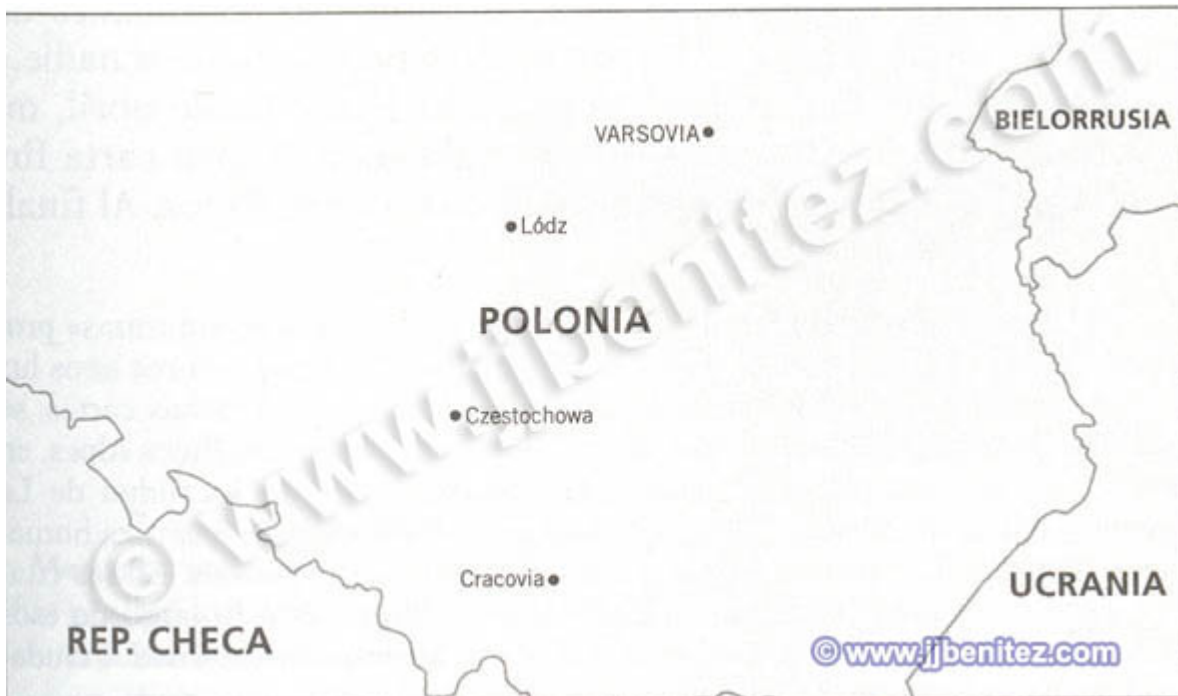
Nave observada sobre el río Guadalquivir, en Sevilla, en 1978. Ovni dibujado por el testigo en el cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Nunca se explicó por qué, pero W. R. continuó por el sendero, aproximándose al «disco de *hockey*». Al llegar a tres metros se detuvo. Entonces dio comienzo la extraña «secuencia». En el lateral aparecieron unas figuras geométricas de color verde, que emitían luz de forma intermitente: cuadrados, círculos, triángulos y trapecios. Después se presentaron otras luces rojas en la parte superior y se formó una «H» sobre la totalidad de dicha superficie. Acto seguido, el objeto emitió una luz blanco-azulada y el testigo experimentó una intensa sensación de calor, así como quemaduras en el rostro. Asustado, W. R. dio media vuelta y huyó del parque.

A la mañana siguiente, cuando despertó, notó una fuerte presión en la cabeza. Días después tuvo que ser atendido de quemaduras en la cara y de pequeñas infecciones. Los médicos no supieron explicar el origen de las lesiones. W. R., según el investigador Krzysztof Piechota, sufrió tal conmoción con aquel suceso que se negó a volver a comentar lo ocurrido. Al mostrarle las fotografías del ovni de San José de Valderas, el testigo reconoció el «emblema» que aparece en la base de la nave como el mismo signo que vio en la cara superior del objeto que flotaba sobre el parque.



En la cara superior del disco apareció una «H», similar al «emblem» o signo del ovni de San José de Valderas, en Madrid.





*Alicante (España), 26 de abril de 1980.*

A finales de marzo de 1980 tuve la oportunidad de asistir a un congreso nacional sobre el asunto «Ummo». Al acto, celebrado en el hotel Babieca, próximo a la ciudad de Alicante, acudieron estudiosos y seguidores del polémico tema. Se trataba de conmemorar el treinta aniversario de la llegada a la Tierra de los supuestos extraterrestres<sup>[7]</sup>. A estas reuniones, como digo, llegaron decenas de curiosos y varios de los más destacados receptores de las célebres cartas «ummitas». Entre los primeros (simples interesados en el fenómeno «Ummo») se hallaba una mujer: María Antonia Segura. Meses antes, en su domicilio, en Barcelona, María Antonia había formulado una muy poco frecuente petición. Durante la noche, y en la soledad de su dormitorio, conocedora desde hacía tiempo de los informes «ummitas», pidió mentalmente que —si existían— se pusieran en contacto con ella. «No recuerdo bien si fue durante una concentración mental o mientras leía una de las cartas. La cuestión es que formulé la petición. Lo hice mentalmente. Y pedí que respondieran con el seudónimo MAS (iniciales de María Antonia Segura). De este asunto no dije nada a nadie».



María Antonia Segura («MAS»).



P. José María Pílon. Merced a su investigación, fue posible averiguar quién era María Antonia Más. (Foto: J. J. Benítez).

Un mes después del congreso, con fecha 26 de abril, mi buen amigo Luis Jiménez Marhuenda recibía otra carta firmada por los «ummitas». En total, casi nueve folios. Al final, como despedida, los supuestos extraterrestres formulaban un saludo a varios ciudadanos españoles entre los que se encontraba una tal María Antonia Más...

Durante algún tiempo, los expertos en «Ummo» se rompieron la cabeza, tratando de averiguar quién era aquella mujer. Nadie la conocía. Era la primera vez que los «ummitas» la mencionaban. Y así hubieran continuado las cosas de no haber sido por la oportuna intervención de José María Pílon, jesuita, también mencionado en esa misma carta. «Me hallaba en el hospital Clínico, acompañando a María Antonia. Creo recordar que habían operado a un tío suyo. Le mencioné el asunto de Más y se quedó lívida. Escuchó una

grabación de Rafael Farriols en la que daba lectura a la referida carta y, como digo, palideció. Entonces me contó su petición, meses atrás. Nunca hemos podido explicarlo. María Antonia lo hizo mentalmente...».

«UMMOAELEWE © [www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)  
Idioma: Español  
N.º de Copas: 1  
Fecha: 26-4-1980  
Sr. D. Luis Jiménez Maruhenda  
ALBACETE. ESPAÑA

No toque esta lámina con sus dedos.

NO FOTOCOPIAR NI DIFUNDIR solo leer  
a hermanos más discretos.

Señor Luis Jiménez Maruhenda: Permitame interceder para que sus hermanos y usted nos permitan apoyar nuestras manos en sus pechos gestando así una postura simbólica que invoque paz y profundo respeto mutuos. Me he atrevido Señor: a violar su tranquilidad remitiéndole por canal postal estas líneas mecanografiadas que codifican información acerca del reciente encuentro entre hermanos humanos organizado por usted en un marco dedicado a «UMMO».

Acceptando una cordial invitación formulada por usted, dos hermanos nuestros varones se desplazaron desde ALBACETE hasta el inmueble donde se dieron cita sus hermanos para ese evento dedicado a nuestra civilización. No nos era posible solicitar un pase de gracia, comprenderá perfectamente la gravísima turbación y expectación que ello hubiera provocado.

de sus hermanos que hemos mencionado en cartas previas, a ellos hagales llegar nuestro saludo, pero extiéndalo también a sus hermanos interesados en nosotros, que aunque aceptando con diversos niveles de crédito nuestra existencia merecen especial recuerdo.

Juan José Benítez, Jorge Saltierco, César Sánchez Boltoldrá, Raul Torres Herreros, Juan Antonio Vidal Planells, Fernando Jiménez del Oso, Antonio Moya Zerpa, Alejandro Vivanco Gómez, Germán de Argumosa, Manuel Pedrajo, José M.ª Pilon, Simón Ferrero, José Amado Pérez, María Antonia Más y sus hermanos cuya lista sería interminable que han demostrado un acercamiento intelectual mixtura de interés racional y curiosidad y que no han podido lograr una más completa información.

EIEEUJEE / 7 / hijo de ERAE / 5 /

Sumiso a la YIE NOOA / 452 / hija de  
IDUUOA / 449 /,"

Principio y final de la carta «ummita» enviada a Luis Jiménez Maruhenda. Entre las personas citadas aparece María Antonia Más.

(copia-6.car) (s. rest.)

© [www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)

(Recibida el 26 de agosto, 1996)  
(Fecha matasellos: 20 agosto, 1996)  
(Chamartín-Madrid)

UMMOAELEWE  
IDIOMA ESPAÑOL  
N.º DE COPIAS: 3

Sr. Rafael Farriols Calvo:

Hace unos días Vd. recibió un informe dictado por mi a uno de sus hermanos de OYAGAA.

Le rogamos muy encarecidamente nos responda en voz alta desde cualquier lugar de su hermosa casa a la pregunta que le formulábamos en dicho escrito en cuanto a su disposición a ayudarnos a reconstituir la AYUUYISAA de OYAGAA. Puede formular su respuesta en un volumen de voz cualquiera superior a 17 db. Pero NECESITAMOS su aciescencia formal. Por supuesto Vd. puede negarse a complacer nos y ello sería totalmente aceptable por nosotros y no le afectaría de ninguna manera al intenso afecto que le profesamos. El único perjuicio para nosotros es que tendríamos que recurrir para ello a otro de sus hermanos de país ESPAÑA cuya sintonía con nosotros (AYUOOAALAA) no es por el momento tan intensa como la suya.

Nosotros tenemos sometidos a estudio psicosomatológico permanente (en sus organismos y en un entorno de radio permanente de 22 metros terrestres) a sus siguientes hermanos:

Así empieza la carta «ummita» recibida por Farriols. (Archivo de Rafael Farriols).

Algo similar le sucedió a Rafael Farriols, uno de los ciudadanos españoles que ha reunido mayor documentación sobre el misterio de «Ummo». Así me lo ha contado en diferentes oportunidades: «En agosto de 1996 recibí una nueva carta “ummita”. En ella, entre otras cosas, me comunicaban algo que, en un primer momento, no acerté a entender. Pedían que hablara en un tono superior a los diecisiete decibelios... Después caí en la cuenta. En una carta anterior, los “ummitas” me anunciaban que podía plantearles —de viva voz— cuantas preguntas considerase oportuno. Y así lo hice. Me encerré en mi estudio y susurré algunas cuestiones. Lo hice hacia las dos de la madrugada y mientras caminaba en círculos. Como puedes suponer, me hallaba solo. Yo pensaba las preguntas y, acto seguido, las susurraba...».

Pues bien, con fecha 26 de agosto (1996), Farriols recibió la mencionada misiva en la que le advertían que elevara el tono de voz por encima de los diecisiete decibelios. ¿Cómo era posible?

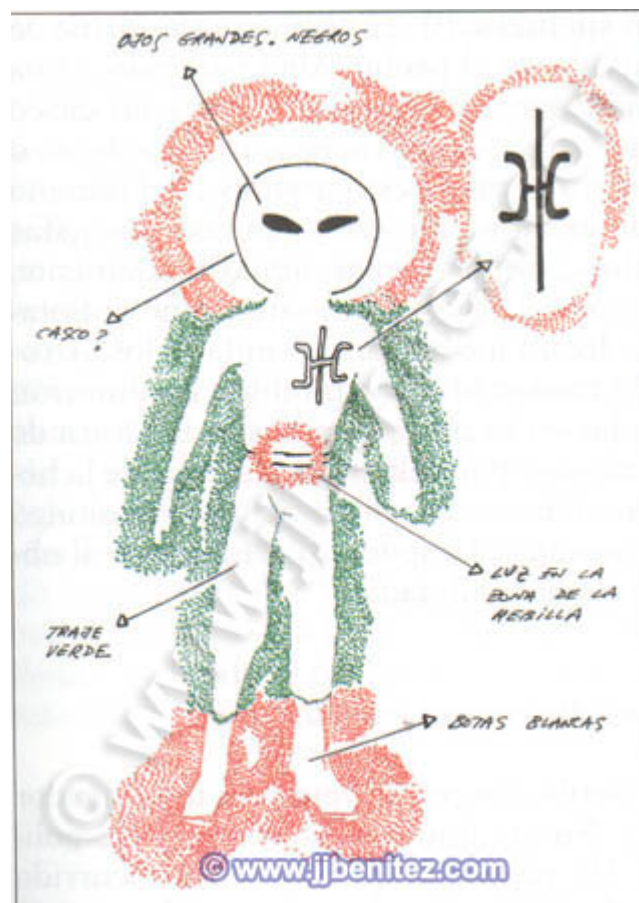




Rafael Farriols (izquierda) y J. J. Benítez durante el congreso homenaje a la memoria del desaparecido Andreas Faber Káiser, en Barcelona.

Fue en este congreso nacional sobre «Ummo», en Alicante, donde conocí otro caso que me llamó la atención. El testigo principal, cuya identidad no estoy autorizado a desvelar, me contó lo siguiente: ocurrió en Algeciras, hacía tiempo (no recordaba la fecha con precisión). Se hallaba en su domicilio y, de pronto, se produjo un corte en el suministro eléctrico. Al asomarse a la ventana comprobó que el apagón había sido general, toda Algeciras estaba a oscuras. Al otro lado de la calle vio un objeto posado en tierra y, por delante del disco, una criatura de pequeña estatura que avanzaba hacia el domicilio del testigo. Un vehículo que acertó a cruzar por el lugar en esos instantes se quedó sin luces. El ser vestía un uniforme de color verde con un símbolo en el pecho. Algo parecido a una «H». La cabeza resplandecía. Era como si llevara un casco (una especie de pecera), pero no pudo asegurarlo. No tenía o no vio cabello. Los ojos eran grandes y alargados, del tamaño de sardinas. En un

primer momento creyó que llevaba gafas oscuras. El «hombrecito», de un metro, aproximadamente, portaba botas altas de color blanco. Caminaba como si flotase, aunque tocaba el suelo; un movimiento similar a los astronautas en el espacio. El testigo observó también un cinturón ancho con dos luces rojas en la parte de atrás (a la altura de los riñones). Parecían pilotos. Por delante, en la zona de la hebilla, salía un haz de luz blanca. La observación se prolongó durante diez o quince minutos. Después, el ser regresó al objeto y la ciudad recobró la normalidad.



El ser lucía un símbolo —una especie de «H»— sobre el pecho. (Dibujo: J. J. Benítez, según las indicaciones del testigo).



«El hombrecito cruzó la calle como si flotase. Toda Algeciras se quedó sin luz», declaró el testigo. (Foto: J. J. Benítez).

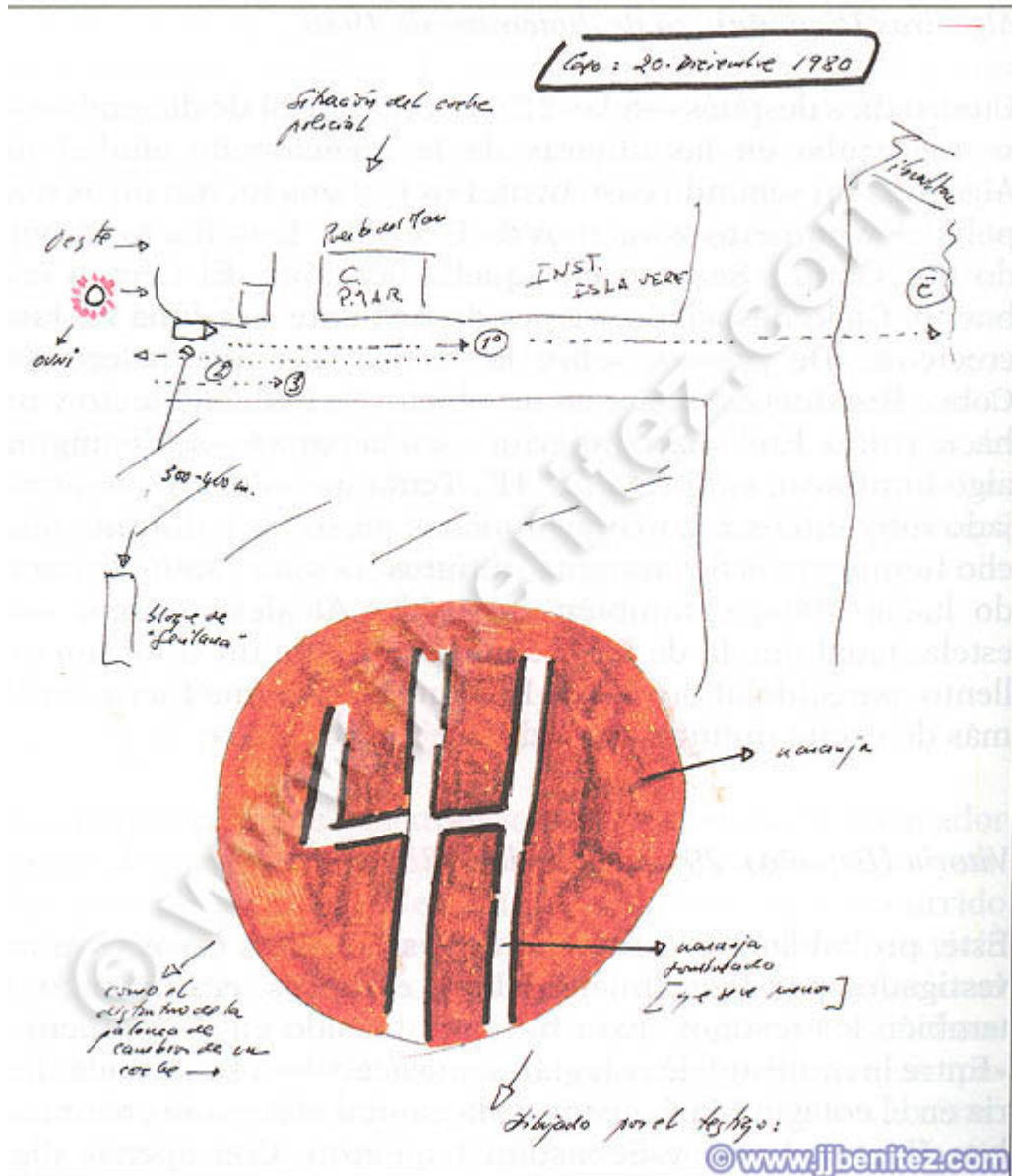
*Algeciras (España), 20 de diciembre de 1980.*

El presente caso fue descubierto por el veterano investigador Andrés Gómez Serrano. Yo me limité a interrogar a los policías por segunda vez. He aquí una síntesis de lo ocurrido aquel 20 de diciembre de 1980: «Nos hallábamos de servicio en el interior del vehículo, aparcado frente al colegio nacional Puerta del Mar. Serían las 23.50 horas. Estábamos escuchando “Hora 25”, de la Cadena Ser, cuando, de pronto, vimos aparecer un objeto circular por la parte superior del parabrisas. Era un disco de un color amarillo brillante, muy grande. Se desplazaba de oeste a este, en dirección a Gibraltar. Detrás se movían otros objetos más pequeños que terminaron incorporándose al grande. Cuando se alejaron, hicimos ademán de salir del coche, pero, al intentar abrir las puertas, aquel disco regresó y se colocó sobre nuestra vertical. Era grande y silencioso. Entonces distinguimos “aquello” en la panza: una especie

de símbolo, que nos recordó el distintivo del cambio de marchas en las palancas de los vehículos. Se clareaba perfectamente sobre el fondo naranja de la base. Por último, ante nuestra sorpresa, volvió a alejarse a gran velocidad y en la misma dirección: hacia Gibraltar. Minutos más tarde, la radio anunció otros avistamientos ovni en La Coruña y en Córdoba. A las 23.30 horas, un vecino de San Fernando, en Cádiz, vio lo mismo que habíamos observado nosotros a las 23.50...».

Los testigos redactaron un parte oficial.





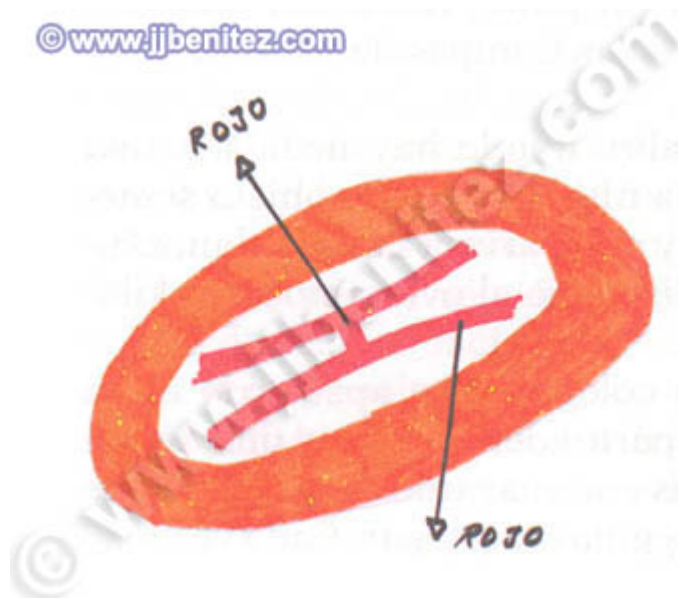
El extraño símbolo que presentaba en la panza el ovni observado en Algeciras en la noche del 20 de diciembre de 1980.

*Algeciras (España), 24 de diciembre de 1980.*

Cuatro días después —a las 22.00 horas del 24 de diciembre— se registraba en las afueras de la mencionada ciudad de Algeciras un segundo caso ovni. Los testigos fueron otros tres policías y numerosos vecinos de El Cobre. Esto fue lo recogido por Gómez Serrano en aquella ocasión: «El tiempo era bueno. Cielo despejado,



viento de poniente y la luna en fase creciente. De pronto, sobre la vertical del quemadero del Cobre-Botafuegos, apareció un objeto. Se hallaba quieto y no hacía ruido. En la parte inferior —en la panza— se distinguía algo luminoso, en forma de “H”, Tenía un color rojo-anaranjado muy intenso. Lo vimos muchas personas y durante mucho tiempo: más de cuarenta minutos. Después salió disparado hacia Málaga, también sin ruido. Al alejarse dejó una estela, igual que la de los reactores, pero de un color amarillento, parecido al oro viejo. El “humo”, o lo que fuera, tardó más de veinte minutos en disiparse».



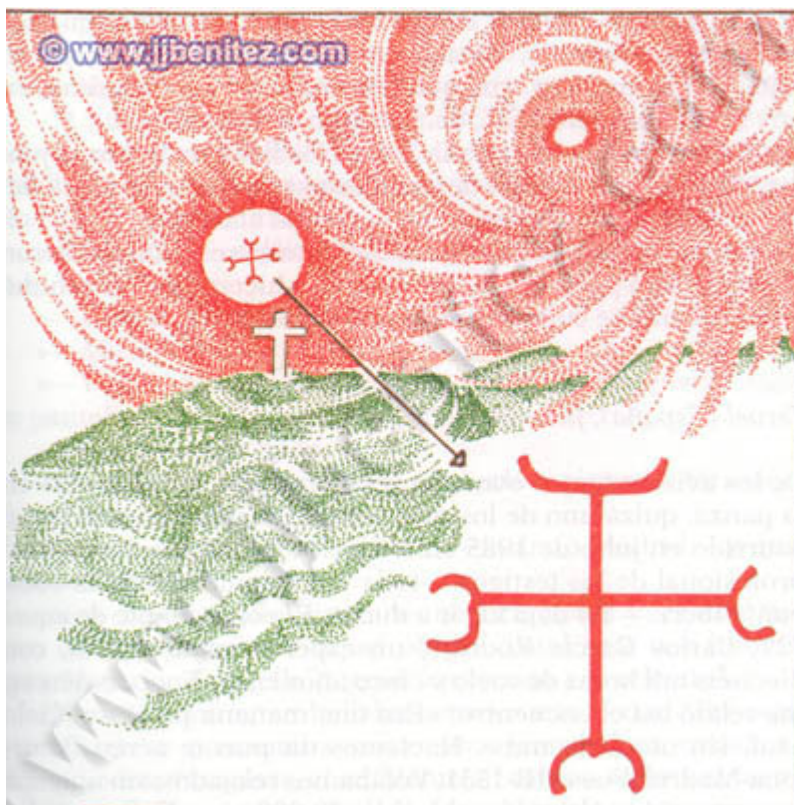
El ovni observado en las afueras de Algeciras el 24 de diciembre de 1980 lucía una «H» en su base. (Dibujo: Andrés Gómez Serrano, según las indicaciones de los testigos).

*Vitoria (España), 29 de mayo de 1983.*

Éste, probablemente, fue uno de los primeros casos ovni investigados por Iker Jiménez. Iker, entonces, era un niño, y también los testigos. Esto fue lo publicado en su momento: «Entre la multitud de colegiales que acababan su jornada diaria en el colegio Marianistas de la capital alavesa se encontraban Héctor Arana y

Sebastián Izquierdo. Con apenas diez años de edad, los muchachos vivían en el mismo edificio situado a las afueras de la ciudad, todos los días iniciaban juntos el regreso. Aquella tarde, espléndida, caminando entre unas escombreras, observaron un punto luminoso que descendía muy próximo a las llamadas Campas de Olárizu (proximidades de Vitoria).

»Junto al montículo más alto, donde hay instalada una gran cruz de piedra, se percibía nítidamente un objeto semejante a un huevo, blanquecino y que parecía flotar balanceándose como una hoja muerta (distancia al ovni: unos tres kilómetros).



Vitoria. El objeto mostraba un extraño símbolo en color rojo.



Héctor Arana, en la actualidad. (Foto: J. J. Benítez).

»Con nerviosismo, los dos colegas se apartaron de la ruta habitual hacia el hogar, para adentrarse en una senda que conduce a las campas. Tras caminar unos cien metros se percataron de que el ovni aún seguía en el lugar. Cada vez más bajo y trazando círculos en torno al montículo. En lo que parecía ser su fuselaje, distinguieron un símbolo pintado en rojo. “Era como una cruz que terminaba en cada extremo en una semicircunferencia”, declaró uno de los testigos.

»La visión de esa extraña “letra” los llenó de temor y, juntos, casi a trompicones, descendieron por la senda hasta llegar al edificio donde vivían, en la capital alavesa.

»Desde la azotea y junto a sus familiares, aún pudieron observar algo parecido “a una estrella o lucero” que se esfumó repentinamente cuando todavía no había anochecido».

*Teruel (España), julio de 1985.*

De los avistamientos ovni con la célebre y ya familiar «H» en la panza, quizá uno de los más completos e intrigantes fue el ocurrido en julio de 1985 en los cielos españoles. La calidad profesional de los testigos —toda una tripulación de la compañía Iberia— no deja lugar a dudas. El comandante de aquel 727, Carlos García Rodrigo, un experimentado piloto, con dieciséis mil horas de vuelo y cinco años en las Fuerzas Aéreas, me relató así el encuentro: «Era una mañana preciosa. Cielo azul, sin una sola nube. Hacíamos un puente aéreo Barcelona-Madrid. Fue el IB-1331 Volábamos relajados, sin ninguna preocupación. Altitud establecida: 29 000 pies. Y a eso de las 13.45 horas, sobre Maella (Teruel), en la lejanía y a unos quince grados por encima de la visual, apareció algo similar a una lenteja. Tenía un color titanio.

»«Ahí viene un colega», le dije al segundo. Y seguimos charlando sin darle mayor importancia, aunque pendientes, claro está, del supuesto tráfico. Y el “colega” siguió acercándose. Mejor dicho, nosotros a él...

»Pero aquello no era un avión. La “lenteja” fue tomando una clara forma esférica. “Eso no es un avión —comenté de nuevo—. Eso debe de ser un globo sonda”. Y empezamos a prestarle toda nuestra atención. Entonces, conforme nos fuimos acercando, vimos con claridad que “aquello” era esférico. Totalmente esférico y de un color algo más oscuro que el aluminio. Como te decía, similar al titanio.

»“Eso es un globo —insistí—. ¡Qué curioso!”.

»Y decidí comunicado al Control Barcelona. La verdad es que era enorme y podía constituir un riesgo potencial para la navegación.

»—Barcelona, ¿tiene usted algo reportado...?

»Dimos la posición y Control Barcelona respondió:

»—Negativo... No tenemos nada.

»“Aquello” se encontraba muy alto. Calculamos unos veinticinco mil o treinta mil metros. Dado que volábamos sobre Maella, Barcelona nos aconsejó que lo notificáramos a Control Madrid. Y así lo hicimos.

»—Negativo —replicó Madrid—, no tenemos nada reportado.

»—¿Usted me tiene en el radar?

»—Afirmativo.

»—Y más alto, delante de mí, en el primario, ¿capta algo en pantalla?

»—No, no tengo nada...

»Era extraño. Madrid debería haberlo registrado. Mi avión aparecía en el radar.

»—Llame usted a los militares —insinuó Madrid— y que rastreen la zona...

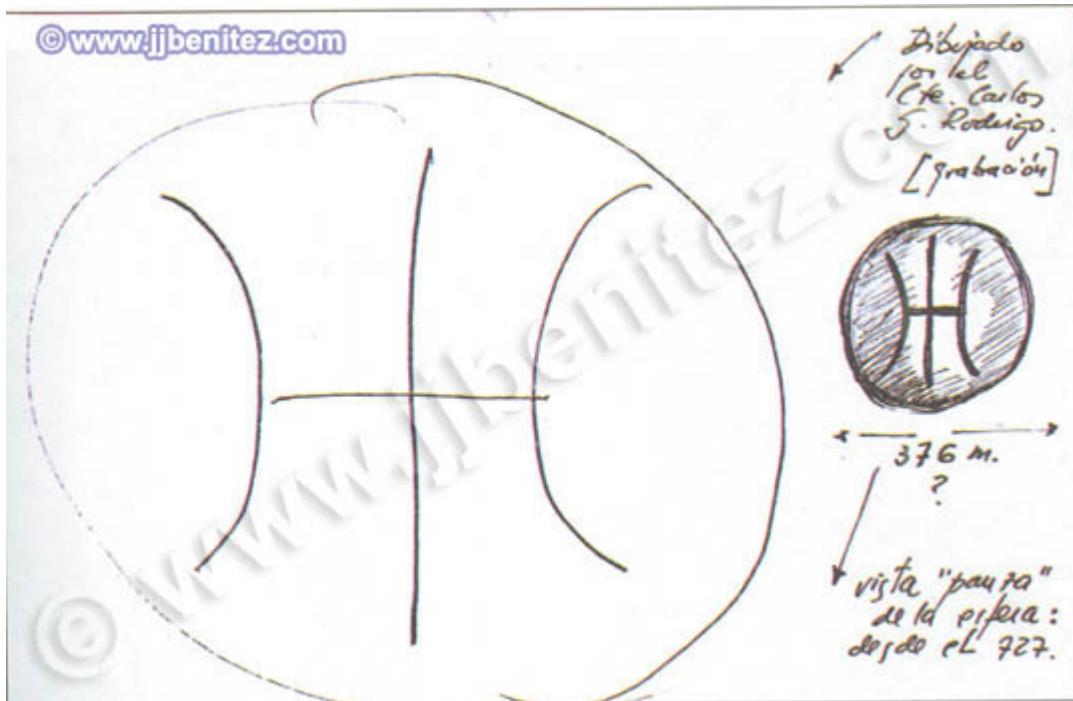
»Nos comunicamos entonces con Zaragoza y les advertimos de la presencia de aquel objeto. Total, que nos fuimos aproximando y “aquello” siguió “creciendo y creciendo”...

»En mi opinión, se hallaba estacionario o casi. En esos momentos se presentaba como una gran pelota metálica. Como podrás imaginar, el ambiente en cabina se fue caldeando. “Aquello” no era normal. Y descubrimos que no era un globo sonda. Carecía del típico instrumental que suele colgar de esos artefactos. Pero, entonces, ¿qué era?

»Llamé de nuevo al radar militar de Calatayud (“Siesta”), pero la respuesta fue igualmente negativa. No tenían nada en pantalla. En eso, entró en la frecuencia otro colega: un avión que volaba de Valencia a Madrid. Y comunicó: “Afirmativo. Nosotros también lo vemos. Tenéis un objeto ahí arriba... Lo tengo a la vista y le confirmo que no es un globo sonda”.

»¡Impresionante! ¡Aquello era impresionante!





La esfera podía tener 376 metros de diámetro.

»Entonces decidí llamar al resto de los tripulantes. Todos pasaron por cabina, confirmando nuestras impresiones: “Era una esfera..., no tenía alas ni timón..., era enorme..., color oscuro...”. En total, nueve testigos.

»Enorme, sí, como tres o cuatro veces un Jumbo. Y nos fuimos deslizando por debajo de aquella “cosa”. Permanecía quieta, majestuosa. El sol, en el cenit (eran las doce, hora solar), iluminaba el casquete superior de la esfera. El inferior, obviamente, aparecía más oscuro. Y nos colocamos bajo “aquello”. Como te digo, nos impresionó. El diámetro era gigantesco. Al recordado se me pone la carne de gallina. Llamamos nuevamente a Madrid y a los militares. Confirmamos la posición y les anunciamos que lo teníamos en nuestra vertical. Respuesta negativa. El objeto seguía sin ser detectado en los radares...

»Fue un espectáculo. Conforme pasábamos por debajo, todos lo contemplamos por las trampillas superiores de la cabina. Y la tensión se multiplicó al descubrir aquel signo en la parte inferior de la esfera. Ya no tuvimos duda. “Aquello” era algo anormal. En la

panza, por llamado así, apareció una especie de «H», con otro palo vertical en el centro. Era algo descarado, en negro y resaltando con absoluta nitidez.

»—¡Mira! —gritamos—. ¿Qué signo es ése?

»Lo reportamos a Madrid e insistí:

»—Ahora estamos debajo. ¿Me tienen en pantalla?

»—Afirmativo —contestó Madrid—. Usted aparece limpio, pero nada más.

»En ese instante me asusté. ¿Un campo de energía? ¿Podía afectar al avión? Aquella “cosa” gigantesca, inmóvil en el cielo, tenía que sustentarse de alguna forma...

»Pero no. El instrumental no se vio afectado en ningún momento. No tuvimos problemas.



El comandante García Rodrigo, testigo de excepción de una nave con la «H» en la panza.  
(Foto: A Tiedra).

»¿Qué podía ser aquella «H»? No lo sé. Quizá unas compuertas cerradas. Quizá una marca o una protuberancia pintada en negro.

Lo que estaba claro es que era algo artificial y perfectamente definido. A pesar del sombreado de esa zona, se distinguía con absoluta claridad. Al principio, lógicamente, no era visible, debido a la curvatura. Después, cuando lo tuvimos a unos ochenta grados, apareció nítido. Y recuerdo que dije:

»—Madrid, reporto fenómeno ovni. Tome usted nota. Voy a hacer un informe oficial...

»—Recibido.

»Y así lo hice. Una copia fue para la compañía Iberia y otra para Aviación Civil. Todo esto, naturalmente, quedó grabado en las respectivas torres de control y estaciones de radar con las que establecimos contacto.

»Entonces, el tráfico que volaba de Valencia a Madrid intervino de nuevo, confirmando mis palabras:

»—Afirmativo. Vemos una esfera...

»Sí, de eso se trataba: una esfera metálica. De eso no hay duda. De haber sido un globo estratosférico, habríamos apreciado las típicas deformaciones en las paredes. Además, como te digo, “aquello” no era elíptico. Era una esfera perfecta.

»También activé el radar del avión pero, al igual que “Siesta” y Madrid, no captó nada. Y al dejarlo atrás nos apresuramos a dibujar el signo que habíamos visto en la base. El resto del vuelo fue normal. Según mis cálculos, la observación pudo durar alrededor de siete u ocho minutos. Es decir, durante algo más de cien kilómetros. Jamás lo olvidaré...».



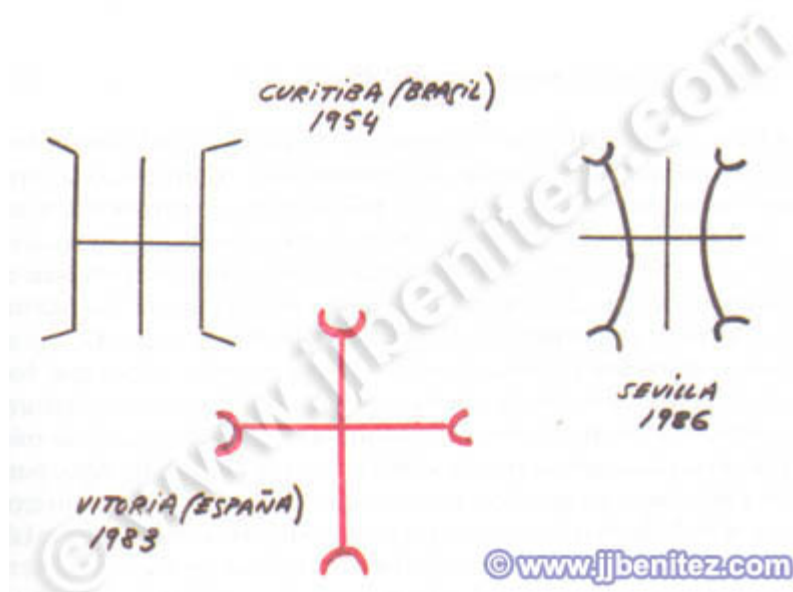
Modelo de globo estratosférico. Nada que ver con lo observado en julio de 1985 por la tripulación de Iberia. [Gentileza del Centro de Lanzamientos de Globos Estratosféricos de Aire-sur-L'Adour, en Las Landas (Francia)].



Trayectoria de los dos aviones que observaron el ovni sobre la vertical de Maella.



La esfera metálica —según los pilotos— era enorme. Más de trescientos metros de diámetro. Para otros expertos, el ovni podía alcanzar 1200 metros de diámetro (Ilustración: J. J. Benítez).



Sevilla (1986): «Después, aquel hombre volvió a dibujar el signo, pero con cuatro arcos en los extremos de la “H”», explicó la cantante. A la izquierda y abajo, los símbolos observados en las naves de Curitiba y Vitoria, respectivamente.





La «H» en el *hall* de la casa de J. J. Benítez, en Cádiz.

*Sevilla (España), 1986.*

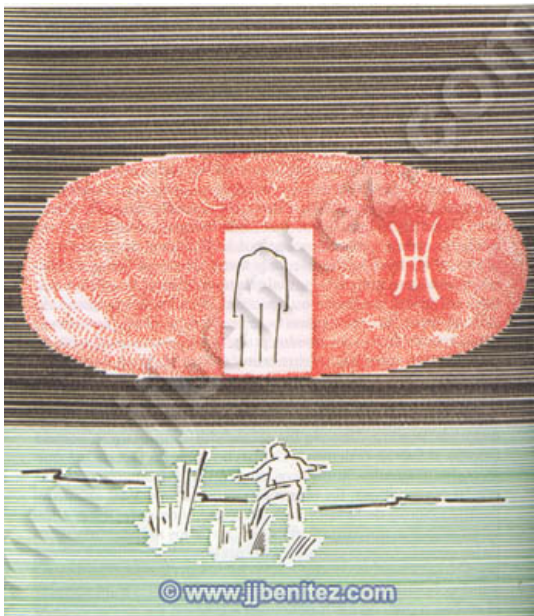
Supongo que no fue casual. En 1995 abandoné el País Vasco y me trasladé a la tierra de mi padre: Barbate, en la costa de Cádiz. Allí construí una casa y, todavía no sé muy bien por qué, en el *hall* me empeñé en colocar el ya familiar símbolo «ummita». La mayor parte de cuantos acertaron a visitar aquella casa, en forma de ovni, preguntó, intrigada, el significado de la referida «H». Éste fue el caso de una de las personas que me honró con su presencia en la mañana del jueves, 20 de enero de 2000. Esta mujer, una extraordinaria y muy popular cantante, cuya identidad no considero oportuno revelar, se quedó perpleja al observar la gran «H» de piedra. Después, a lo largo del almuerzo, me confesó lo siguiente: «Yo conozco ese signo. Fue en 1986, en Sevilla. Me encontraba en un bingo, con dos primas mías, cuando, de repente, entró en el local

un hombre de unos cincuenta años. Era delgado, con una barba canosa e iba vestido de oscuro. Caminó hacia nuestra mesa y se sentó a mi lado, a mi izquierda. El gesto nos extrañó. Había otras mesas libres y nosotras no lo conocíamos. Es más: el hombre retiró los abrigos situados a mi izquierda y ocupó la silla, a mi lado. Nos quedamos perplejas. Entonces, el hombre tomó mi cartón y, sin mediar palabra, dibujó un símbolo por la parte de atrás. ¡El mismo que tienes ahí, en el *hall*! Y escribió: “UMMO”. “¿Qué es eso?”, le pregunté. Él respondió: “No lo vas a entender”. Y procedió a dibujar unas letras por debajo de la “H”. Eran letras que no conocía, aunque me recordaron el griego: alfa, omega, etc. Hablaba raro. Parecía estar afónico. Me dijo que “algún día me acordaría de él”, y se marchó. La verdad es que no he recordado el asunto hasta el día de hoy, al entrar en tu casa y ver ese símbolo, el mismo que me dibujó aquel señor. ¿Por qué lo tienes ahí?, ¿qué significa?, ¿qué tiene que ver conmigo?».

*Voronez (Rusia), setiembre de 1989.*



El 9 de octubre de 1989, la agencia de noticias TASS asombraba al mundo con el siguiente comunicado: «Confirmado aterrizaje ovni en Voronez. Los científicos han confirmado que un ovni aterrizó recientemente en un parque de la ciudad rusa de Voronez. También han identificado el lugar y hallado rastros de alienígenas que dieron un corto paseo por el parque. Los alienígenas visitaron el lugar de noche, al menos tres veces. Una gran bola o disco fue visto suspendido en el aire sobre el parque, luego aterrizó, se abrió una portezuela y una, dos o tres criaturas similares a los humanos y un pequeño robot salieron de la misma. Los alienígenas medían tres o cuatro metros de alto, pero las cabezas eran muy pequeñas, según los testigos. Caminaron cerca de la bola o disco y luego se introdujeron en la misma. Los testigos estuvieron aterrizados durante varios días...».



El objeto se inmovilizó cerca del suelo. Se abrió una puerta y vieron aparecer una criatura gigantesca, sin cabeza. El ovni presentaba una señal luminosa en forma de «H».



Uno de los árboles destruido en el descenso del ovni, en el parque de Voronez (Rusia).





Algunos de los testigos de los diferentes casos ovni registrados en Voronez a finales de setiembre y primeros de octubre de 1989.

En mis archivos han sido registradas más de cien páginas sobre este célebre caso, acaecido en la ciudad rusa de Voronez, a poco más de cuatrocientos kilómetros al sureste de Moscú. En realidad, no fue un solo aterrizaje, como afirma TASS, sino varios, denunciados por numerosos testigos a lo largo de los días 21, 23 Y 29 de setiembre y 2 de octubre de ese año (1989). El más notable se produjo el 27 de setiembre, hacia las 18.30 horas. Según los testigos, al principio observaron una luz rosa que evolucionó sobre el parque del sur, en las proximidades del barrio de Levoberezny. Allí, en una parada de autobús, esperaban entre treinta y cuarenta adultos. En el parque en cuestión jugaba una decena de niños. Todos quedaron sorprendidos ante la presencia de la referida luz rosa. El objeto evolucionó sobre el lugar, presentándose como una esfera de unos diez metros de diámetro. Después se alejó, siempre en silencio. Al poco la vieron regresar. El objeto, de un color rojo

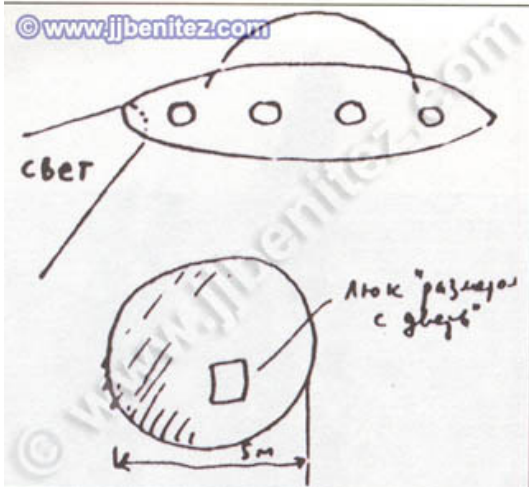
intenso, parecía buscar un lugar donde tomar tierra. Finalmente se detuvo a unos diez o quince metros sobre el referido parque.

En la parte inferior del ovni se abrió una puerta y los asombrados testigos distinguieron una silueta. Se trataba de una figura «humana», enfundada en una especie de buzo plateado y de una sola pieza. Era muy alto. Según los testigos, de unos tres metros. Parecía no tener cuello. La «cabeza» era prácticamente inexistente, «como un pequeño hemisferio entre los hombros». El ser —dicen— tenía tres «ojos» luminosos (el central se movía). La nariz era un agujero. En el pecho lucía un disco, «similar a un emblema». El «hombre» (?) miró a su alrededor y terminó desapareciendo. Acto seguido, la esfera (para otros testigos tenía forma de huevo o de plátano) descendió lentamente y tomó tierra. Al llevar a cabo esta maniobra, destrozó parcialmente un álamo. Según los testigos, el objeto presentaba una señal iluminada, en forma de «H». Al tocar el suelo, la puerta se abrió de nuevo y por ella salieron tres criaturas de cabezas puntiagudas, «como cabezas de alfiler». Eran muy altas (entre tres y cuatro metros), con buzos plateados y botas de color bronce. Junto a las criaturas aparecía una especie de robot. Uno de los seres empujó al robot y éste se activó. Acto seguido, todos ellos empezaron a dar vueltas alrededor de la nave. Uno de los seres emitía un extraño sonido («como si fueran órdenes»). Del pecho salía un haz de luz que formaba triángulos luminosos en el suelo («triángulos» de 30 por 50 centímetros).

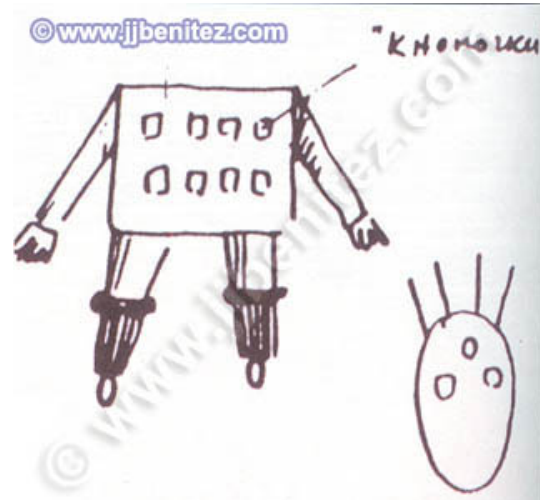
En esos momentos, la nave y las criaturas desaparecieron de la vista de los testigos, y reaparecieron a los cinco minutos, aproximadamente. Uno de los niños gritó, y uno de los seres lo miró con sus ojos luminosos y lo paralizó. Este ser portaba una especie de «tubo» de cincuenta centímetros de longitud, colgando de un costado. Entonces, la criatura apuntó con el «tubo» a otro de los muchachos y el joven desapareció de la vista de los testigos. Los seres regresaron al aparato y la nave ascendió y desapareció. Según algunos testigos, en el cielo quedó una especie de «X». En esos instantes, el joven «desaparecido» volvió a aparecer. En la



zona quedaron huellas del aterrizaje. Según los expertos, el ovni podía pesar del orden de once toneladas. Algunos de los análisis detectaron en la zona de las huellas una radiactividad más alta de lo normal.



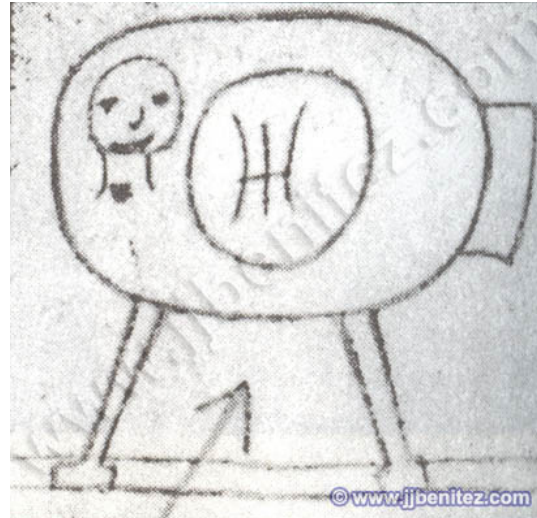
Diferentes versiones de los ovnis observados sobre Voronez en los últimos días de setiembre de 1989. En la imagen inferior, una esfera de cinco metros de diámetro con una puerta.



Robot observado por los niños de Voronez. Al parecer, salió por la puerta de la esfera de color rojo. El hecho tuvo lugar hacia las 21 horas del 23 de setiembre de 1989.



Otro de los niños de Voronez (Zena Blinov) aseguró que el día 26 o 27 de setiembre, hacia las 19 horas, vio un objeto con ventanillas. De la nave salió un ser de unos tres metros de altura. «En la cabeza tenía dos ojos y, algo más arriba, una luz roja. En el pecho lucía un disco con tres puntos de diferentes colores y, algo más abajo, un rectángulo (?) que empezó a salir hacia el exterior del cuerpo».



Emblema o símbolo que presentaba una de las naves observada en la ciudad rusa de Voronez en 1989 (dibujo de los testigos).

*Colombia, noviembre de 1989.*

Con fecha 10 de febrero de 1991 recibí una carta procedente de Cundinamarca (Colombia). Dado su interés, la reproduzco en su totalidad:

Estimado J. J.

Le debe resultar harto difícil a usted o a sus colaboradores, entresacar de entre el cúmulo de comunicaciones recibidas, algo

que mueva su interés en razón de la posible verdad existente en ellas. Es obvio. Nos encontramos en el límite de lo imposible y todo el mundo desea ver más allá. Después de todo, es lo único que le resta hacer a los hombres.

La razón de esta carta es un tanto diferente.

Ante todo deseo hacerle llegar con humildad y respeto, una de mis novelas recientemente editada por Plaza y Janés. Espero que la encuentre agradable. Fue escrita durante mi larga estadía en Perú (1979-1987), época en la cual nos cruzamos en las llanuras de Chilca tratando de ver los ovnis del amigo Sixto Paz Wells o visitando al médico de ICA y su colección de petroglifos.

Para ese entonces, yo ignoraba «cómo» mirar el mundo. Estaba demasiado ocupado en los problemas de la aviación mundial en mi cargo de Director Regional para Sudamérica de la OACI (Organización de Aviación Civil Internacional), donde, entre otras cosas, los informes de «avistamientos» venidos de los catorce gobiernos de Sudamérica, tenían como destino final, el archivo de las cosas inútiles. Apenas lógico.

Durante mi larga carrera aeronáutica, controlador de radar, piloto, ingeniero aeronáutico y finalmente diplomático de la aviación (lo más difícil), nunca tuve la fortuna de presenciar fenómenos que no pudieran explicarse. Sus escritos, los de Von Daniken, Ibrahim y muchos otros me llegaban como un algo refrescante de una posibilidad soñada pero no realizada. A la larga todos tenemos en nuestro interior el sutil anhelo de «algo más».

Esquivé adrede las logias y hermandades, ya que tenía y sigo teniendo el convencimiento que la búsqueda debe efectuarse hacia adentro. Además, para un individuo egresado de la Universidad del Aire de Oklahoma, de la Real Escuela de Tráfico Aéreo de Bornmouth (UK), de la École Nationale de Aviación Civil de Toulouse y el MIT de Massachusetts, lo de los ovnis resultaba un tanto ridículo, valga la expresión. Si el Director General de OACI para Latinoamérica hablase de ovnis, la estructura que soporta la

más grande organización aeronáutica del mundo se vendría al suelo.

Como hecho anecdótico, alguna vez, mientras participaba en una sesión del Comité Mundial de Aeronavegación en Montreal, sede de OACI, se me ocurrió comentarle al Presidente de esa entidad, un noruego de ojos cristalinos y mente pragmática, el problema que presentaba el almacenamiento paulatino año tras año de los voluminosos informes de avistamientos y nuestra incapacidad de responder algo concreto a los numerosos gobiernos que los remitían, algo diferente a: «hemos tomado atenta nota del informe remitido por su distinguida oficina». El hombre me perforó con una mirada iracunda y me recomendó que me dedicase a lo mío. Demasiados problemas se tenía con el establecimiento de normas técnicas para construcción de aeronaves, aeropuertos, ayudas a la navegación e intereses políticos y financieros de los estados, como para ocuparnos de semejantes tonterías. La verdad es que me sentí ridículo. Pensaba sin embargo, que una cosa son avistamientos de amas de casa, de conductores de autobuses o niños exploradores y otra, aquéllos informados por pilotos de aviones F5, Mirage 2000, expertos en radar o comandantes de abordaje con miles de horas de vuelo a su haber.

El tiempo transcurrió. Quince años para ser más exactos.

En noviembre de 1987, al alcanzar la edad que las Naciones Unidas, entidad madre de OACI, llama «early retirement age» me acogí a los beneficios (excelentes entre otras cosas) de la pensión de retirados y me dediqué a investigar, aplicando el raciocinio técnico adquirido en treinta años de experiencia aeronáutica, hurgando en libros nuevos y viejos, leyendo y releendo autores «buenos» y «malos» en el campo de la «ovniología» llegando a una conclusión inicial pero importante: los farsantes son la gran mayoría.

El día 8 de noviembre de 1989, salió al aire por la televisión Colombiana (canal 9), un reportaje que se me hizo semanas antes, en mi calidad de Director de la OACI en retiro, sobre el asunto ovni, dada la aparición por ese entonces en la URSS de algunos de estos

artefactos y de sus tripulantes gigantescos al decir de algunos mujiks de la taiga siberiana. Se trató de un reportaje serio, en el cual además del suscrito, participaron el director del observatorio astronómico de Bogotá, el director del Instituto Geofísico de los Andes y otras «personalidades». Mi opinión fue que se trataba de fenómenos sin pruebas científicas válidas y que su veracidad era, como en casi todo este tipo de casos, altamente cuestionable.

Un día después, el 9 de noviembre, a las 7 pm, algo o alguien se encargó de romper mi escepticismo en pedazos.

Junto a mi esposa y mis cuatro hijos (un médico, un ingeniero electrónico, un comunicador social y una niña estudiante de bachillerato) fuimos «abordados» mientras conducíamos nuestro coche en un trayecto cercano a nuestra vivienda campestre entre las localidades de Tabio y Tenjo en el Departamento de Cundinamarca, a escasos treinta kilómetros de Bogotá, por un objeto alargado de dimensiones descomunales (dos o tres veces un Boeing 747), el cual no sólo contestó a la intermitencia de las luces del automóvil, sino que se detuvo sobre nuestro coche durante algunos minutos a una velocidad mínima y silenciosa y torció luego hacia occidente hasta perderse en un pequeño vallecito de las cercanías.

El fenómeno fue observado por algunos campesinos de la localidad y una buena cantidad de veraneantes de la capital.

Le envíé un anexo, copia del informe que me permití enviar en forma confidencial al Ministro de Aviación, un buen amigo que de seguro lo mantendrá en secreto o le dará tierna sepultura en un archivo inexpugnable.

Esta carta no intenta simplemente transcribirle un hecho de avistamiento igual a los centenares que supongo le serán enviados. No es ésa mi intención y espero que usted lo entienda así. No soy tampoco un autor en busca de promoción a través de alguien consagrado como J. J. Benítez. Poseo ingresos suficientes para vivir con relativa comodidad y el producto de mis libros es donado por lo regular a entidades de caridad.



El objetivo es el contacto con alguien que «conozca». Por la experiencia que vivo en la actualidad sé que «una cosa es lo que se escribe y otra lo que se sabe. No se puede escribir todo aún. Sólo se sugieren algunas cosas a ser entendidas por algunos. Aunque la apertura está cerca, no todo se puede liberar».

Tras el avistamiento, mi vida y la de los míos ha cambiado. Entre el cúmulo de informaciones que se han recibido me intriga el signo que aparece en la fotocomposición casera que le envíe y que planeo utilizar como portada de una novela ya terminada, «La Señal».

El emblema de marras ha aparecido en nuestros sueños y estados meditativos por meses. Alguien me ha dicho que en uno de sus primeros libros ha aparecido. Desafortunadamente he hurgado librerías de todos los tipos sin obtenerlo. Le agradecería que si no tiene objeción y si su tiempo lo permite, me explicara de que se trata.

Si todo esto tiene para usted alguna importancia, le rogaría que me lo hiciese saber. Los originales de LA SEÑAL están a punto de serles entregados a P&J. Sin embargo, si usted deseara leer las 242 páginas ya escritas antes de que salgan a la luz, bien podría enviárselas. La mayor parte de lo allí consignado ha llegado por «vía directa» y tengo la gran duda si su publicación sería conveniente.

Buen amigo Benítez, excuse mi intromisión en su valioso tiempo. Si desea confirmar mi identidad puede hacerla a través de la Dirección de Aviación Civil en Madrid o directamente a Secretary General ICAO. Place de Aviation Civil. Montreal. Canadá.

Reciba un abrazo afectuoso.

Ing. Rafael de J. Henríquez Theran  
Cundinamarca  
Colombia.

RELACIÓN DE ACONTECIMIENTOS SUCEDIDOS EL DÍA 9 DE  
NOVIEMBRE/89

*Hora 7:35 pm.*

Mis hijos Ariel, estudiante de ingeniería electrónica de la Universidad de Santo Tomás en Bogotá, y Rafael Henríquez, médico cirujano recién egresado de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima-Perú, junto a mi sobrino Ricardo Castillo ingresan precipitadamente a mi residencia campestre en el K-5 de la carretera Tabio-Tenjo, y visiblemente excitados me informan que durante su viaje en automóvil desde el primero de los pueblos nombrados, han avistado un objeto luminoso en el cielo, el cual pareció seguirlos durante un buen trecho y posteriormente intercambió con ellos señales luminosas. Según la narración de los jóvenes, el objeto en cuestión pareció responder a las señales emitidas por ellos al encender y apagar repetidamente los faros del automóvil, efectuando una acción similar.

Ante tales informaciones, me dirigí en compañía de los ya mencionados familiares y junto con mi esposa Carmen y mi hija Alexandra hacia la zona de la carretera donde, según ellos, se había presentado el hecho.

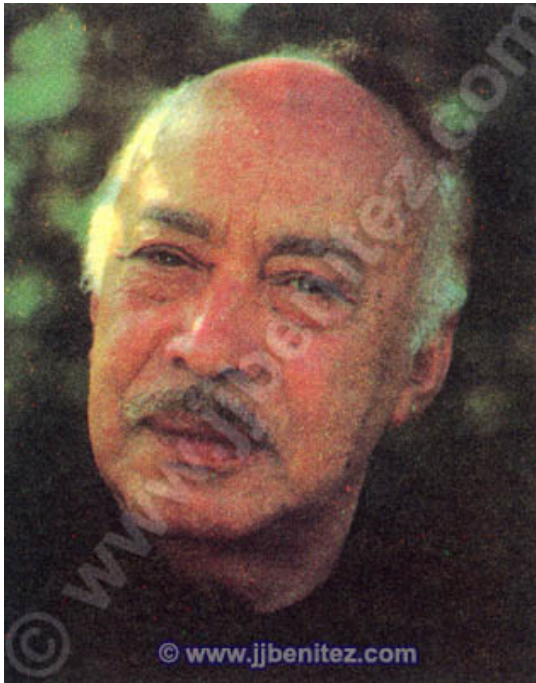
La noche estaba despejada casi totalmente a excepción de pequeñas bandas de alto-estratos hacia la zona nororiental. El firmamento estrellado era fácilmente apreciable.

*7.50 pm.*

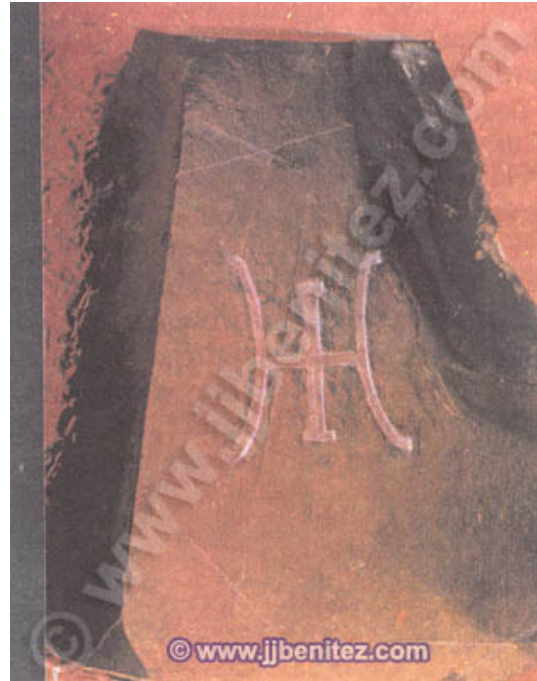
A la altura del kilómetro 2.5 antes de llegar a Tabio, establezco contacto visual con lo que, según ellos, era el objeto.

Éste tiene intensidad lumínica superior en varias magnitudes a los astros de fondo en esa zona del cielo.

Tras una leve detención del vehículo para una mejor observación, reinicio la marcha y dirijo el automóvil en la dirección en la que aparece el objeto luminoso.



Ingeniero Rafael de J. Henríquez.



Tras un avistamiento ovni, el ingeniero Henríquez Theran y su familia empezaron a «ver» este emblema en sus sueños y estados meditativos. Ellos, entonces (noviembre de 1989), no conocían su posible significado. (Gentileza de la familia Henríquez).

*7.57 pm.*

La luz se reduce. Parecería que el objeto retrocede hacia el OrienteNor-Oriente. Siguiendo la carretera, continuamos en dirección hacia el foco de luz el cual se aleja cada vez más hacia la zona del Municipio de Cajicá.

*8.00 pm.*

Después de cruzar Tabio y continuar 3 o 4 kilómetros en dirección a Cajicá, se pierde el contacto visual. Descendemos del

automóvil y moviéndonos a pie, efectuamos una exploración visual del cielo en esa zona. Las colinas cercanas al valle del Río Frío en la zona del Puente de la Virginia, reducen la visibilidad y dificultan las observaciones. Regresamos al automóvil y emprendemos el camino de regreso.

*8.10 pm.*

Tenemos una visión momentánea de la luz en el cielo. Ésta se desvanece tras las colinas en dirección hacia el Sur Sudoeste; en otras palabras, en dirección a Tabio desde donde habíamos venido anteriormente. Cruzamos Tabio sin observar nada. La iluminación del pueblo impide la visión.

*8.25 pm.*

Salimos del pueblo hacia el sur en dirección a Tenjo. A la altura del kilómetro 1,8, quienes van en la parte trasera del automóvil informan a grandes voces que la luz en el cielo comienza a seguimos. Detengo el automóvil y descendemos. La luz se ha detenido. Calculo que se encuentra a unos dos o tres mil pies de altura sobre el nivel promedio del valle. Su intensidad luminosa es alta. De encontrarse detenida, su estabilidad es absoluta. Ausencia total de movimientos de cabeceo o balanceo. No hay ruido de motores de explosión o turbinas ni zumbido de aspas de rotores.

*8.32 pm.*

Tras algunos minutos de observación, continuamos nuestro camino hacia el sur mientras la luz permanece estática.

A la altura del kilómetro 2,8 o 3, es avistada nuevamente. Mis familiares sostienen que la luz continúa en seguimiento nuestro. Después de un difícil viraje invierto de nuevo la dirección del

automóvil. La luz se halla frente a nosotros aproximadamente a la misma altitud que en la ocasión anterior y a unos dos kilómetros de distancia. Enciendo y apago las luces del vehículo. A su vez, las luces del objeto volador hacen lo mismo. Descendemos todos del vehículo. La luz se ha detenido de nuevo.

*8.43 pm.*

En ese preciso instante cruza un avión comercial en dirección norte-noreste (posiblemente un vuelo hacia la costa atlántica que utiliza el SID <salida normalizada> hacia el radiofaro de Zipaquira). El objeto apaga totalmente su luz. Cuando el avión cruza su posición, la luz reaparece.

*8.50 pm.*

Resuelvo dirigirme hacia el objeto. Inicio la marcha de nuevo en dirección norte (hacia Tabio). La luz parece retroceder poco a poco. Sus desplazamientos son lentos como los de un aerostato (dirigible, zepelín, etc.).

*8.55 pm.*

Nos detenemos en una curva cerrada a 1 km de Tabio, aproximadamente. La luz se detiene. Utilizo los binoculares. La visión de frente no produce resultados. La luminosidad no permite establecer su forma. Luego comienza a moverse hacia nosotros manteniendo su altura inicial (dos o tres mil pies-800 a 1000 metros). Llega sobre nuestras cabezas e inicia un viraje suave hacia su derecha, parecido a un viraje clase A (3 grados/s). La observación con los prismáticos es entonces posible: Superficie inferior gris oscuro mate, tres reflectores de alta potencia empotrados en el fuselaje (blancos a proa y a popa, rojo en parte



media del fuselaje). Los reflectores son móviles y están orientados hacia abajo. Desplazamiento silencioso. No hay ruido de motores. Forma aproximada: ovoide alargada: Algunos de mis familiares observan pequeñas ventanillas a los lados (el reducido campo visual de los prismáticos me impide observar la nave en su totalidad). No se observan plantas propulsoras ni superficies de sustentación aerodinámica. No hay residuos gaseosos de combustión visibles ni radiación térmica de tipo luminoso (chorros de escape, quemadores posteriores «afterburners»). No se observan tampoco luces de posición ni faros estroboscópicos ni de anticollisión.

*9.00 pm.*

La aeronave se desplaza lentamente (velocidad estimada 40 a 60 km/h) con dirección oeste hacia las estribaciones occidentales de la cordillera que circunda el valle de Tabio/Tenjo, 1 kilómetro aproximadamente del cerro de Huaica. Al llegar a lo que podría ser el valle de Subachoche, inicia un viraje escarpado hacia el sur penetrando entre las montañas y perdiéndose de vista.

*Nota:*

Además de los cinco integrantes de mi familia que presenciaron el evento e independientemente hicieron diagramas de la nave, el fenómeno fue observado por don Miguel Jiménez, su esposa Martha y por una enfermera a su servicio, residentes en la vereda de Huaica.

El mismo matrimonio tuvo un avistamiento similar al día siguiente, en las horas de la noche en medio del mal tiempo reinante.

Aunque se han efectuado observaciones posteriores de varias horas durante las noches de los días 11, 12, 13, 14 Y 15 de noviembre, los avistamientos no se han repetido.

Rafael Henríquez Theran.  
*Ex-Director Regional de la Organización de Aviación Civil  
Internacional, OACI.*

*Madrid, febrero de 1994.*

Aquella madrugada, entre la 1.30 y las 2 horas, Enrique Muro se encontraba en la cama, leyendo. Hacía frío...

«Recuerdo que me había tapado con dos mantas. De pronto, sin explicación aparente, empecé a sentir un intenso calor. Era una sensación incómoda, casi agobiante. Me sobraba todo. Empecé a sudar. Aquello pudo durar unos minutos. Entonces, necesitado de aire fresco, salté de la cama y me dirigí a la ventana. Ahora, con la perspectiva del tiempo, me horrorizo. Era febrero. Podía haber cogido una pulmonía...»



Enrique Muro, dibujando el disco y la «H» que vio en la panza del objeto. (Foto: J. J. Benítez).

»La cuestión es que abrí la ventana y me quedé mirando el cielo. Estaba nublado...

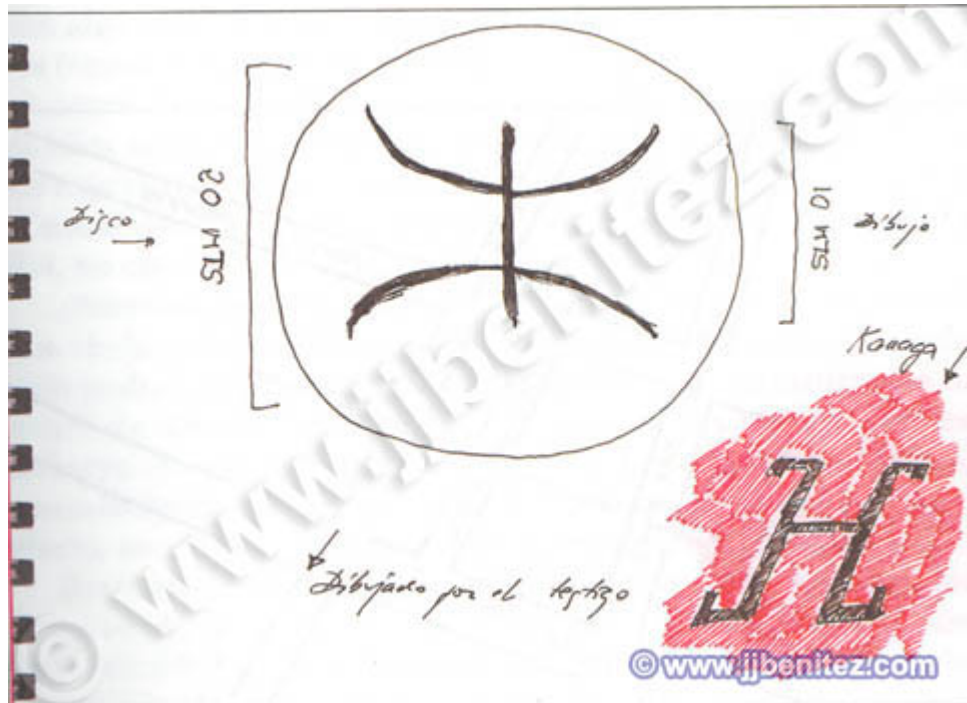
»Segundos después, lo vi. Era un disco grisáceo, con un diámetro de veinte o veinticinco metros. Pasó exactamente por mi vertical, quizá a diez o quince metros sobre la azotea del edificio. Era impresionante...

»Me quedé absorto, mirando aquel objeto. No hacía ruido. No tenía luces o, al menos, yo no acerté a distinguirlas. Navegaba muy despacio, como si “bailase”...

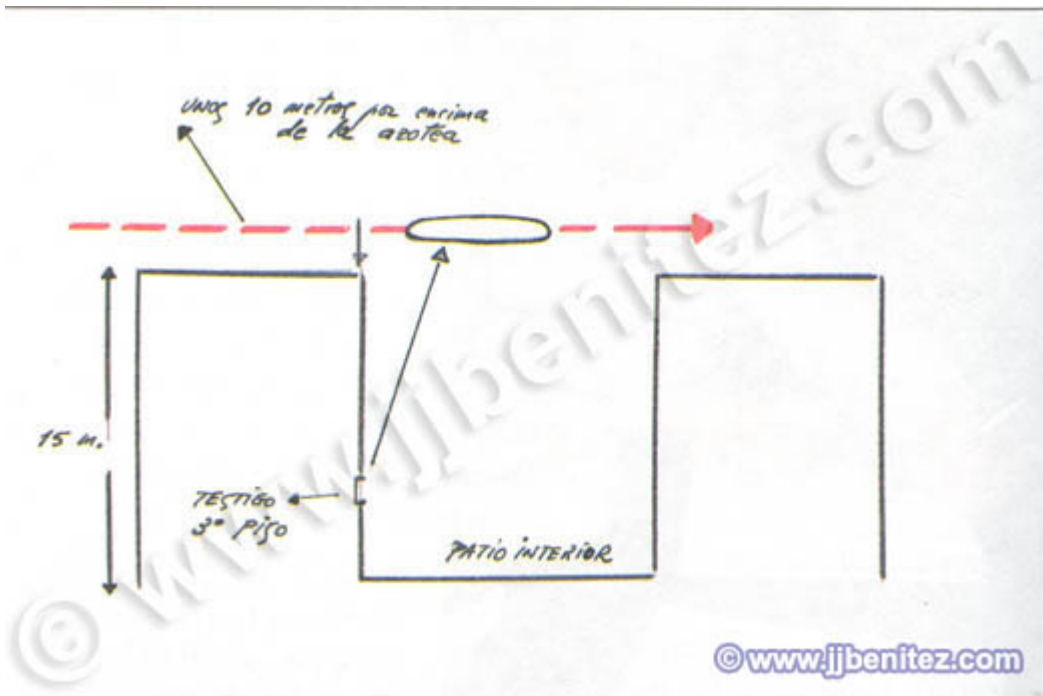
»Pude observarlo a placer. Lo vi en su totalidad. Y nada más verlo descubrí aquel “relieve”, en la base. Era una enorme «H». Me pareció un emblema. Quizá formaba parte de la estructura. Como te digo, tuve la sensación de que sobresalía, resaltando del resto. Era una «H» con los brazos ligeramente curvados hacia el exterior (?). Medía alrededor de diez metros...

»No supe qué hacer. Allí estuve, mirando, casi hipnotizado, hasta que desapareció por la azotea del edificio de enfrente. Supongo que lo tuve a la vista durante seis o siete segundos. Después regresé a la cama. No podía creerlo...

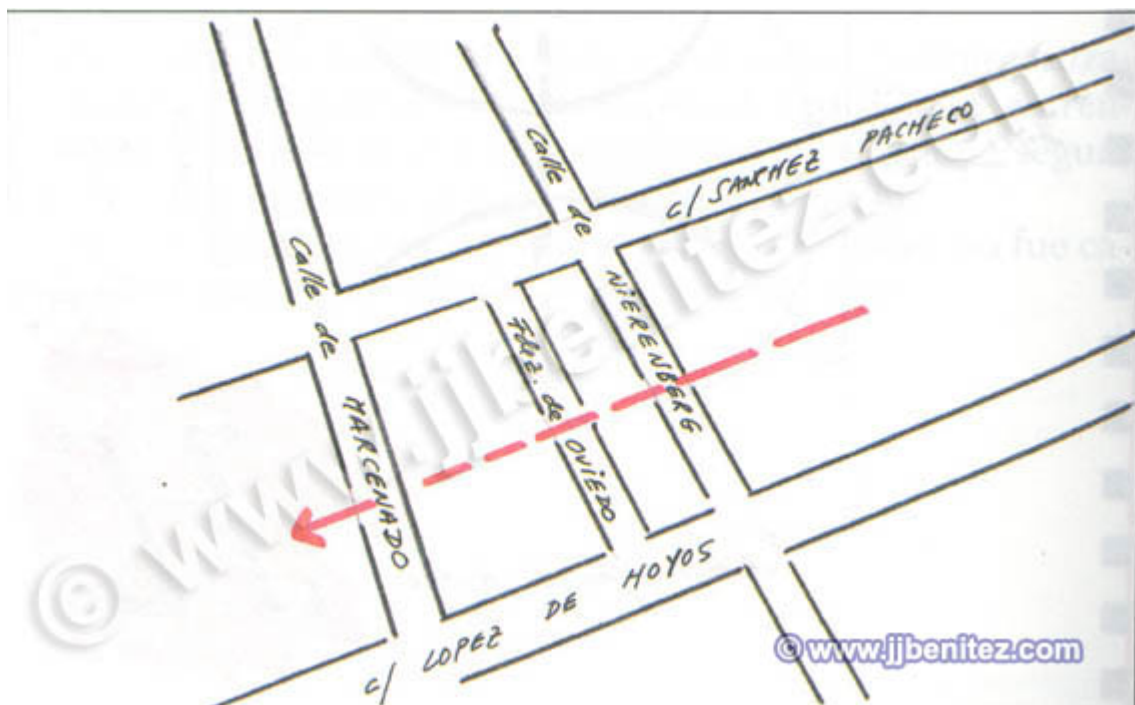
»Ahora estoy seguro: aquella sensación de calor no fue casual. Yo tenía que ver “aquello” por alguna razón...».



El extraño emblema, en negro, destacaba sobre el disco grisáceo.



El ovni pasó por la vertical del testigo, a poco más de veinte metros de altura.



Traectoria del ovni, al nordeste de Madrid.



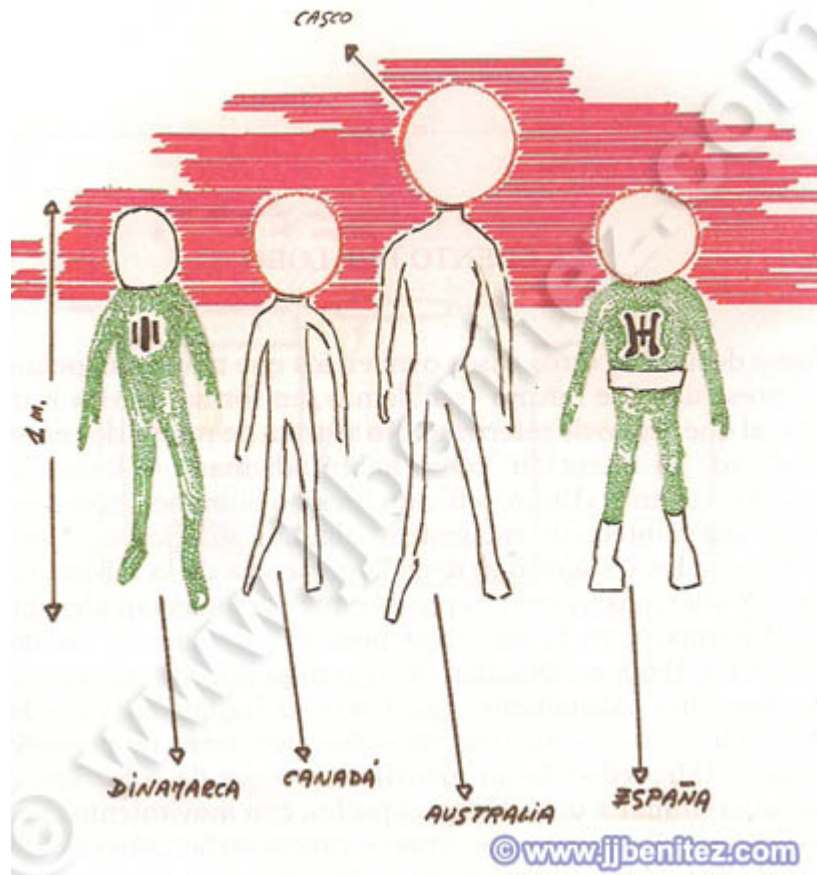
## El cuento del lobo

Como decía, hay otros casos ovni en los que naves o tripulantes presentan ese mismo «emblema», en forma de «H» o de «X», al que acabo de referirme. No se trata de reseñarlos en su totalidad. Mi intención, como habrá adivinado el lector, es otra. Si el asunto «Ummo» fue un invento humano, ¿cómo explicar esa veintena de encuentros, algunos anteriores a 1967, en los que los testigos dan fe de la presencia de la misteriosa «H»? Y algo más: ¿cómo es posible que personas tan alejadas en el tiempo y en la geografía puedan coincidir en los detalles? En 1960, en Dinamarca, el testigo que vio a los seres los describió exactamente igual que lo harían en Canadá, Australia y España algunos años después: seres de pequeña estatura (alrededor de un metro), con trajes de color verde, con algo similar a una «H» en el pecho, con movimientos lentos (como si flotasen) y «peceras» o cascos en las cabezas. ¿Se pusieron de acuerdo los testigos? Es obvio que no. Ninguno de ellos se conocía entre sí. ¿Y qué decir de la sensación de calor experimentada por los observadores en Polonia y España? ¿Casualidad? Como ya he mencionado en otras oportunidades, no creo en el azar...

¿Seres de pequeña estatura, «como niños»? ¿No fue esto lo que vio la india quechua, en el altiplano boliviano? ¿Qué relación podía existir entre los «ummitas» y estas criaturas de un metro de altura? Si no recuerdo mal, en las cartas, supuestamente extraterrestres, se describe a los citados «ummitas» como individuos altos y rubios (de aspecto nórdico). Algo, en efecto, no encajaba en este endemoniado rompecabezas...

Reconozco que no fue agradable. No voy a disimular.

Conociendo lo que conocía, y después de haber reunido tan considerable bagaje informativo sobre naves y tripulantes con la célebre «H», mis conversaciones con José Luis Jordán Peña fueron un suplicio. Como ya referí, desde 1993, fecha en la que decidió autoinculparse como responsable del fraude «ummita», he mantenido numerosas entrevistas con Jordán, todas ellas en su domicilio en Madrid. E insisto: no fue sencillo, ni tampoco agradable. Jordán es un mentiroso patológico. En mi caso, al menos, no resulta cómodo comprobar cómo un individuo va cambiando de criterio y modificando los hechos conforme transcurren los meses y los años. Ésa, en definitiva, fue mi táctica: interrogar a Jordán Peña sobre los mismos asuntos, pero dejando pasar cuatro o cinco meses entre charla y charla. Los resultados fueron catastróficos (para él y para cuanto sostiene, naturalmente). Hoy, diez años después del inicio de estas conversaciones, estoy más convencido que nunca: Jordán ha mentado tanto y a tantos que nada de lo que pueda decir es creíble. Me limitaré a exponer una síntesis de algunos de los temas tratados con él, bien personalmente o por escrito. Entiendo que el lector sacará sus propias conclusiones...



## ASUNTO «AUTOINCULPACIÓN»

En dos cartas a Rafael Farriols (abril de 1993), Jordán afirma que «Ummo» es un mito creado por él. Fue un experimento científico, dice. «Me decidí a contar mi versión de los hechos, atosigado por la propaganda contraria. Sobre todo en Francia». Algún tiempo después, Jordán Peña explicó que la autoinculpación tuvo su origen en la secta Edelweis. «No me gustó que unos homosexuales jugaran con mi símbolo» (se refiere a la «H» de «Ummo»). Posteriormente me ofreció una tercera versión: «He hablado sobre «Ummo» cuando el tema fue desclasificado por los norteamericanos».

Sin comentarios.

## ASUNTO CIA

En un primer momento (1993), Jordán afirmó que «el invento sobre “Ummo” fue cosa suya, única y exclusivamente». Meses después, al proponerle que escribiéramos conjuntamente un libro sobre «Ummo», Jordán Peña cambió de criterio. En una larga carta me decía textualmente: «... Ante todo, me reservo algunos puntos que mantendré o no secretos porque atañen a una institución de Estados Unidos... Ya que no estoy seguro de sobre cuáles debo guardar cautela es por lo que he evacuado con fecha 21 de marzo de 2000 una consulta para comprobar las cuestiones desclasificadas [...] Aunque pueda parecer que mi postura obedece a una subordinación de un agente (“quemado” en el argot de la Agencia), te repito que *no soy, ni he sido* un subordinado en nómina, de la Central Intelligence Agency (CIA). Es decir, un *agente* de los muchos que tiene repartidos en el mundo. Ello no implica que *sí: He sido un colaborador más*. Te lo aclaro porque ha pasado tiempo y porque mentirte en cuestión tan delicada resulta superfluo e inútil [...] La Agencia es como una masa amorfa y gigantesca (como un pulpo viscoso) donde, analizando sus múltiples actividades, se pueden encontrar partes muy buenas y casi excelentes y otras que apestan tanto que producen horrible repugnancia [...] Valorarla en su totalidad es con certeza tarea imposible. Tanto que ni el fallecido William J. Casey, que fue uno de los controvertidos directores de la CIA, probablemente no fue capaz de dominar los complicados entresijos de un Estado dentro de un Estado como EE. UU. Esta afirmación quizá pueda extrañar a un observador poca avezado [...] Centrando nuestro tema: la Agency (además existen ciertos organismos cuasi-independientes de Inteligencia reservada) *no es*, como parece a los profanos fantasiosos, *sólo* una central de espionaje exterior e interna y con unos departamentos capaces de analizar la política foránea y otros capaces de elaborar la modificación social (Dpto. de Propaganda) que modifica y manipula

profundamente las actitudes políticas y económicas del público [...] *Sino también (y es importantísimo)* una sección de estudios profundos en las áreas de epistemología, psicología social, informática, antropología cultural, redes estructurales, electrónica espacial, etc. Estas actividades, aunque independientes, se engarzan de alguna manera con las usuales de Información y de la NASA [...] Ésta, repito, es la razón por la que *no soy agente*, ya que mi colaboración fue precisamente en esta “área” para la cual no tiene sentido tener repartidos en el mundo agentes pagados. Esto me permite hacer una crítica acerba o rigurosa con plena libertad a determinadas actividades (por ejemplo, en el caso Pinochet, un pobre enfermo sádico y criminal) en la que tomó parte la Agency y al alimón el depuesto presidente federal: Richard Milhous Nixon [...] Si fuera lo contrario, te lo confesaría lisa y llanamente, ya que mis actividades han cesado a causa de mi trombosis (soy evidentemente un parálítico). Repito: he colaborado (como muchos) con la Agencia, que ha aportado varias docenas de millones de pesetas (no de dólares) al proyecto. Y nada más. Un relato sucinto o más extenso creo que es necesario incluirlo en el libro, salvo que se oponga la Institución...».



MUY CONFIDENCIAL Madrid 16 de abril 1993

Queridos Rafael y Carmela:

Fue tanta la publicidad que les dio al asunto de Umno que rompieron todo contacto con nosotros. Es el riesgo que corrimos por los informes publicados con tal profusión por Ribera y Aguirre. Ahora es tarde. Se han cortado todas las relaciones con el Grupo.

Es por eso que me decidí a contar MI versión de los hechos. Atosigado por la propaganda contraria. Sobre todo en Francia.

Algún día sabremos toda la verdad auténtica del asunto. Por lo pronto debes saber que todos los informes que recibas son falsos con toda certeza.

Especialmente los últimos en el que involucran a Gorbachov y el ex-presidente Reagan con la paz del mundo. Y el que relataban la Guerra en el Golfo. Ten cuidado con las convocatorias apócrifas, pues han falsificado perfectamente el sello. Es de lamentar la falsificación pero es así.

Lo mejor es que creáis el asunto tal como lo contaré en la prensa. Es lo mejor. Olvidaros en lo posible que hubo un asunto llamado Umno tan perfecto que verán los lectores que todo es falso.

Te ruego que no me preguntes mas, pues es lo que puedo decir. Te ruego que leas este informe confidencial a Barrenechea A Jiménez Marhuenda, a Lu y el padre Pilón.

Un abrazo muy fuerte. Lamento la dificultad de expresarme con la voz.

JOSE LUIS JORDAN PEÑA



©www.jjbenitez.com

Carta de Jordán Peña a Rafael Farriols, en la que asegura que se decidió a contar su versión de los hechos, «atosigado por la propaganda contraria».

Esta confesión de Jordán (aceptando que diga la verdad) (?) no me sorprendió. Todos cuantos nos hemos interesado por el asunto «Umno» hemos pensado en la hipótesis de la CIA como uno de los posibles autores o colaboradores en el supuesto fraude. Como es perfectamente sabido, la Agencia Central de Inteligencia investiga y reúne información ovni desde 1949, intoxicando y mintiendo sin

cesar. Naturalmente, al volver a verlo, me interesé por la respuesta de la CIA a la solicitud de Jordán Peña, evacuada, según él, el 21 de marzo de 2000. Jordán respondió afirmativamente. «La Institución USA [en referencia a la CIA] me ha contestado. Dice que no hay inconveniente. Podemos escribir el libro...». Al solicitar una copia de dicha carta, Jordán se negó. Ni siquiera permitió que la leyera. ¿Existe dicha carta de la CIA? Lo que está claro es que Jordán Peña mentía, una vez más. Según una carta que obra en mi poder, en octubre de 1998, Jordán escribía a Luis Jiménez Marhuenda, anunciándole que «desde abril de 1997 tengo autorización para ampliar algunas notas que den amplia información de mis trabajos». Si Jordán tenía autorización (se supone que de la CIA) desde 1997, ¿por qué me dice que ese permiso llegó en 2000?

Y los inventos, mentiras y contradicciones se sucedieron sin el menor pudor...

«A finales de 1965 puse en marcha mi proyecto: observar y analizar las reacciones de un determinado grupo social ante la hipótesis de una presencia extraterrestre. Así nació “Ummo”. Fue un experimento de carácter antropológico religioso...».

Jordán, entonces, decidió enviar dicho «proyecto» a dos antropólogos norteamericanos que —según él— rechazaron la idea como algo carente de ética y de especial peligrosidad por su claro contenido paranoide. El siguiente paso fue la CIA. Jordán declaró que se puso en contacto con la «Institución USA» y en ese mismo año 1965 recibió en Alicante la visita de dos «personalidades académicas norteamericanas: un doctor del Instituto de Tecnología de Massachusetts (experto en termotecnia) y un doctor ingeniero por la Universidad de Illinois». Cuando me interesé por la forma de «contactar» con la CIA, Jordán Peña se negó a proporcionar detalles. Y uno, lógicamente, se pregunta: ¿era tan sencillo contactar con la «Institución», como la define Jordán Peña eufemísticamente? Obviamente, surge la duda (otra más): ¿era Jordán Peña, en 1965, un colaborador o agente de la CIA? Según sus propias palabras, diez años atrás, hacia 1956, Jordán formó

parte de los servicios de inteligencia de Fe Católica, una organización de la Compañía de Jesús. «Me propuse estudiar las sectas y para ello colaboré con los jesuitas en tareas de espionaje contra la heterodoxia de la doctrina verdadera». En suma: llovía sobre mojado...



**FE + CATOLICA**  
MALDONADO 14 MADRID + ESPAÑA + TELF. 62358

*El P. Director*

*Saluda atentamente*

a JOSE INIS JORDAN y quiero exponerte con todo afecto que echamos mucho de menos tu presencia por aquí.

Sentiríamos mucho se debiera a que no te encuentres bien y fuera ésta la causa de tu ausencia.

Espero hagas un esfuerzo y vengas una tarde por aquí con objeto de hacer proyectos. A todo trance deseamos sigas trabajando en FE CATOLICA pues no podemos prescindir de tus servicios.

*Mu saludos de todos*

*Ramón Sánchez de León, S. J.*

*le expresa gustoso su sincero afecto en Jesucristo.*

Madrid 25 de enero de 1958

Desde 1956, Jordán Peña formó parte de los servicios de espionaje de Fe Católica, según sus propias palabras.





El P. Director

Saluda atentamente

a su "desconocido" amigo José Luis.

Espero que dejes de darte tanta importancia y algún día te animes a venir por aquí. Preferiría fuese un lunes o miércoles en que hay alguien que se dedica a cosas de estadística en tu ausencia y al que podrías instruir en la forma de actuar. Así, aunque vinieras poco, tendrías quien fuese ejecutando tus proyectos.

No me obligues a avisar a la policía para que te traigan conducido y esposado.

Hemos enviado ya a una chica a América a actuar en nombre de FE CATOLICA y tenemos grandes planes entre manos.

*Esa chica es Irene Triguero. Ahora vive en Nueva York camino de Tanáma*

Ramón Sánchez de León, S. J.

le expresa gustoso su sincero afecto en Jesucristo.

Madrid, 28 de Enero de 1959

«Era extraño ver cómo unos hombres adultos y presumiblemente cultos se dejaban engañar por unas doctrinas erróneas. Fue así, en 1956, cuando me propuse entrar sigilosamente en los Pentecosteses», me confesó Jordán Peña.

De esa novelesca (?) reunión en la playa de San Juan, en Alicante, a finales de 1965, con los dos «académicos de la CIA», nació —según Jordán— el «experimento científico» propiamente dicho. La CIA se hizo cargo y subvencionó el proyecto proporcionando hombres y medios. «La operación se llamó “U W W”. Al preguntar el significado de las referidas siglas, Jordán se encogió de hombros. No lo sabía (!)». Ésa, al menos, fue su respuesta...

Naturalmente pregunté por el dinero aportado por la CIA. Y lo hice en diferentes ocasiones. Debo reconocer que, en este caso, las respuestas de Jordán Peña fueron siempre las mismas: «La Institución corrió con todos los gastos: más de setenta millones de pesetas». En otras palabras, si Jordán dice la verdad (?), esos setenta millones podían equivaler, en aquellos tiempos (1966) a unos quinientos o seiscientos millones de pesetas del año 2000. «Yo me encargaba de distribuir el dinero —dice Jordán—, a razón de quinientas o seiscientas mil pesetas por mes, según las necesidades». Cuando pregunté a cuánto ascendía su remuneración, Jordán Peña sonrió, dando a entender que él cobraba más. Por supuesto, en dinero negro... Las cuentas, obviamente, no salían. Si el fraude «ummita» se prolongó durante veintisiete años (entre 1966 y 1993) (?), ¿cómo entender que los colaboradores percibieran alrededor de medio millón de pesetas mensuales? A este ritmo, los supuestos setenta millones se habrían agotado en poco más de un año, suponiendo que Peña hubiera «trabajado» con diez colaboradores. El problema es que, a la hora de preguntar sobre dichos colaboradores, el ínclito Jordán tampoco acertó. En algunas conversaciones habló de dos o tres «amigos y colaboradores». En otras, elevó el número a quince y, finalmente, lo redujo a diez. Como ya mencioné, la vieja táctica de interrogarlo cada cinco o seis meses fue demoledora. Yo lo apuntaba todo, conforme él hablaba, y repetía muchas de las preguntas en las

sucesivas entrevistas. El resultado es elocuente: mentira tras mentira. Al preguntar a los «colaboradores y amigos» de Jordán Peña sobre el dinero pagado mensualmente, todos, sin excepción, lo negaron indignados. Uno de ellos —Vicente Ortuño—, al que me referiré más adelante, definió la situación con una enorme plasticidad: «Jordán Peña hace de la mentira un deporte».

«La mayor parte de ese dinero —prosiguió Jordán— estaba destinada a Alemania. Quizá un sesenta por ciento». (La situación seguía empeorando. Ahora, con esta nueva información, los setenta millones de pesetas quedaban reducidos a treinta). Las explicaciones de Jordán me dejaron perplejo: «... La Institución USA utilizó las cartas “ummitas” para encriptar información y remitirla sin peligro a sus agentes infiltrados. Sólo se trataba de mensajes extraterrestres. ¿Quién podía imaginar que, en una letra o en un signo de puntuación, pudiera esconderse una información secreta? Así, los envíos “ummitas” viajaron a Rumania, Francia, Alemania (el verdadero objetivo de la CIA, según Jordán), Italia, Argentina, Brasil y Chile. Estados Unidos y Portugal fueron eliminados del “experimento”. Al preguntar por qué, Jordán Peña guardó silencio. “Estoy autorizado a revelarte que, en esos años, los envíos (cartas ‘ummitas’) fueron los siguientes: más de sesenta a Rumania; más de doscientas a Alemania; unas diez o doce a Francia y alrededor de treinta o cuarenta a España. Que yo sepa, sólo se han hecho públicas las cartas dirigidas a ciudadanos españoles”». (La afirmación ha sido ratificada, hasta cierto punto, por Ignacio Darnaude, uno de los grandes estudiosos del caso “Ummo”. Según Darnaude, entre 1966 y 1994, los “ummitas” dirigieron 172 documentos a un total de 34 españoles, con un volumen aproximado de 1148 páginas). Si Jordán se ajustara a la verdad (?), la explicación de los mensajes encriptados resolvería otra gran duda: ¿por qué no han salido a la luz los documentos o cartas “ummitas” escritos en otros idiomas que no sea el castellano? Lamentablemente, las palabras de Jordán Peña no son fiables. Nada más formular la teoría de los mensajes encriptados, en uno de

sus habituales gestos, se echó atrás, afirmando que “durante un tiempo, ésta fue la respuesta más verosímil. Después comprendí que la Institución me estaba engañando...”. Insistí, pero fue inútil. Jordán no volvió a hablar sobre los supuestos agentes de la CIA infiltrados en Alemania, Rumania, etc. ¿Decía la verdad? Yo me siento incapaz de pronunciarme al respecto. “No te extrañe mi silencio —añadió—. El experimento continúa clasificado. En los años sesenta alcanzó el nivel 2. Ahora se encuentra en el 8. Por eso no han muerto los rumores...”. Jordán mentía de nuevo. Poco antes me había “revelado” que el tema “ummita” ya fue desclasificado por la CIA. Por eso, según él, se decidió a hablar...

## ASUNTO «COLABORADORES»

Fue al tercer o cuarto intento cuando Jordán Peña, inexplicablemente (P), me facilitó una información, digamos, «delicada»: los nombres de sus colaboradores en la gestación de «Ummita». Y digo «inexplicablemente» porque, también de forma supuesta, serían agentes o colaboradores de la «Institución». ¿Por qué Jordán accedió a proporcionarme las iniciales de estos sujetos? Sólo cabe una sospecha: los nombres son pura invención. ¿O no? He aquí un buen ejercicio para los jóvenes investigadores. Excelente ejercicio de investigación, sí, y peligroso...

Con fecha 20 de abril del año 2002, Jordán me escribía una carta en la que, entre otras cuestiones, decía textualmente: «... Vayamos por partes: después de tu petición, me he esforzado en ponerme en comunicación con mis colaboradores, tanto en España como en distintos países. Te confieso con desilusión que he fracasado. Me explico: con cuatro personas no he logrado ponerme en contacto porque ignoro su domicilio actual. Me he enterado con tristeza que han fallecido I. F. y A. S. P., estos últimos españoles (el segundo ha fallecido en febrero de 1989) no han tenido relación alguna con la “Institución Americana”. De V. O. B., como ya te informé en su día, a pesar de nuestra amistad, y de que colaboró

conmigo en los dos montajes del ovni, le he ocultado, como a mi esposa, las delicadas relaciones con I. A. [la CIA].

»De E. H. puedo decirte que fue o es funcionario de la Agencia, e ignoro su destino actual. De todos modos, te está vedado ponerte en contacto con él. Puedes, sin embargo, citar su nombre abreviado, si lo deseas. También te digo que sus siglas son verdaderas.

»He tenido especial interés en ponerme en contacto con P. S. S., que fue colaborador mío, en Bolivia. Todas mis súplicas para autorizar que revele su nombre completo y facilitar la documentación que tiene sobre el caso "D W W" han resultado inútiles. Ni mediante las dos conferencias que tuve para disuadirle, ni por la última carta que le envié, he logrado mi propósito. De todos modos, me aseguró que su antigua vinculación con la I. A. [CIA] hace tiempo que ha cesado, por lo que abrigo la esperanza de que decida, al fin, su colaboración.

»Con M. S., de Brasil, aunque es de nacionalidad española, he fracasado. Quiere quizá desentenderse de esta historia porque le parece "peligrosa". ¿Por qué? Él sabía perfectamente que fue una ficción y que los directivos del departamento del Instituto [CIA], respetan una decisión que no les atañe. No sé, estimo que es una reacción paranoide, pasado el tiempo. Aunque conoce que su nombre, y no sus siglas, será respetado, por su vinculación a la Institución, se niega tozudamente a aclarar más datos. No creo que la "I. A." le ponga un veto, ya que, repito, no has de suponer que esté clasificada la antigua operación "U W W" en lo que respecta a "Ummo", ya que es mía exclusivamente...

»De Y. B. (Francia) tuve otra vez una conversación telefónica con él el 6 de junio de 2001. Tampoco he logrado su colaboración. Es una lástima porque tiene abundante información que quizá te interesaría en tu labor prospector.

»R. A. B., W. G. y R. V. (los dos primeros argentinos, aunque de nacionalidad foránea) también se niegan. No creo, de todos modos, que te puedan facilitar reseñas de interés...».



En otro documento escrito, Jordán Peña añade: «... Te pongo en guardia con mi antiguo colaborador latinoamericano E. G. F., que estuvo a mi servicio. Es funcionario de la Agencia, de modo que es preferible omitas toda relación con él. De Alicia Araujo, fallecida, y que trabajó para la embajada en España, puedo decirte que fue una excelente colaboradora en la Operación “U W W”... Del resto, hasta catorce personas, me reservo sus nombres por razones sentimentales mías: tú puedes localizados y mostrar sus nombres...».

## ASUNTO «ORURO»

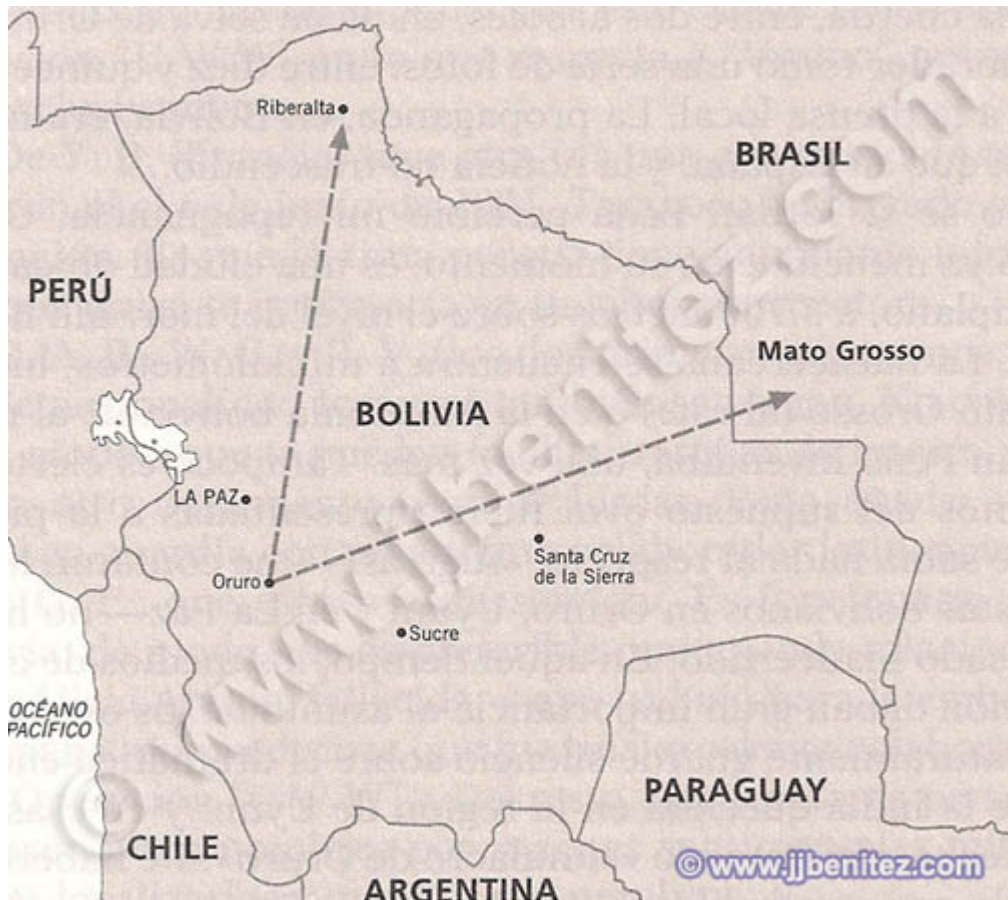
Fue otro de los temas en los que estuve a punto de levantarme, llamarlo mentiroso y darle con la puerta en las narices. Pero me contuve. Tenía que averiguar hasta dónde era capaz de llegar. Jordán habló de un tal P. S. S., colaborador suyo en Bolivia (en otra carta lo define como «colaborador argentino desplazado a Oruro») con el que tramó lo que llama «simulacro de Oruro». Como digo, lo dejé hablar, sin mencionar mis investigaciones en el altiplano: «... Para nosotros (Jordán y la CIA) era importante organizar un triángulo. E inventé los aterrizajes de Madrid, Oruro (Bolivia) y Río Grande do Sul (Brasil). De esa forma potenciaríamos la creencia en el hecho de que los “ummitas” habían aterrizado...».

Peña se estaba refiriendo al célebre descenso de las tres naves «ummitas», anunciado en cuatro cartas, a otros tantos españoles, en mayo de 1967.

«... Todo fue un invento —prosiguió—. Las coordenadas geográficas las elegí yo, al azar. Después, con la ayuda de mi colaborador —P. S. S.—, se fraguó el plan, el simulacro de Oruro. P. S. S. organizó otro aterrizaje ovni, similar al de San José de Valderas. Para ello hizo fotos de una maqueta colgada de una cuerda, entre dos árboles, en plena selva de Oruro. Mi colaborador tomó una serie de fotos: entre diez y quince, y las llevó a la prensa

local. La propaganda, en Bolivia, era menos eficaz que en España, y la noticia no trascendió...».

No sé si Jordán Peña percibió mi repugnancia. Oruro, como ya mencioné en su momento, es una ciudad ubicada en el Altiplano, a 3700 metros sobre el nivel del mar. Allí no hay selva. La más cercana se encuentra a mil kilómetros, bien en el Mato Grosso (al este) o en la Amazonia boliviana, al norte. Jordán Peña inventaba, una vez más. Tampoco es cierto que las fotos del supuesto ovni fueran presentadas a la prensa. Nadie sabía nada al respecto. «Algo así —me contaron los periodistas bolivianos en Oruro, Uyuni y en La Paz— no hubiera pasado inadvertido. En aquel tiempo, los medios de comunicación daban gran importancia al asunto de los ovnis...».



Entre la ciudad de Oruro y las selvas más cercanas existen entre novecientos y mil kilómetros. Como dice el refrán, antes se descubre a un mentiroso que a un cojo...



Oruro, en el Altiplano boliviano. Ni un árbol en muchos kilómetros cuadrados... (Foto: J. J. Benítez).

Naturalmente guardé silencio sobre el dramático encuentro de la india quechua en la región de Uyuni y en esas mismas fechas del llamado «simulacro de Oruro». De haberlo hecho, lo más probable es que Jordán Peña, con su habitual cinismo, lo hubiera atribuido a otra «puesta en escena» de la CIA y de sus colaboradores...

Y siguieron las mentiras. Meses más tarde, al interrogarlo de nuevo sobre el «simulacro de Oruro», Jordán perdió de vista lo que había afirmado anteriormente y aseguró que «la elección de Oruro se debió, no al azar, sino a la presencia en la zona de un agente de la Institución. Eso hacía las cosas más fáciles...».

Respecto al segundo supuesto aterrizaje «ummita» (Río Grande do Sul), Jordán se sintió atrapado y balbuceó: «... Allí, el montaje no salió tan bien... M. S., mi colaborador, repitió la operación desplegada en Oruro, en la selva, pero sólo se publicó la noticia. Los periódicos rechazaron las fotos del ovni con la "H" en la base... Yo me ocupé de las coordenadas. M. S. hizo el trabajo y la CIA

envió la noticia a la prensa...». Cuando le pregunté en qué fecha se publicó dicha noticia, Jordán replicó, rotundo: «El 2 de junio». La comprobación, como puede suponer el lector, fue sencilla. En tal fecha no se publicó información alguna sobre un ovni con el referido signo en la panza. Al menos en Brasil. Por supuesto, tampoco le hablé del objeto visto en 1954 sobre la ciudad de Curitiba. Jordán, con su retorcida mente, lo hubiera utilizado para seguir mintiendo o inventando. Y es más que probable que así suceda cuando tenga conocimiento de lo que estoy exponiendo en el presente libro. Tiempo al tiempo.

## ASUNTO «CARTAS “UMMITAS”»

También en este capítulo, las contradicciones, las falsedades, los inventos y las medias verdades fueron continuos. «Todos los informes y los dibujos son míos. Yo los inventé y los diseñé». Cuando me interesé por el número de folios escritos, Jordán respondió: «Imposible precisar. Han pasado muchos años. Quizá fueron más de quinientos». La respuesta me desconcertó. ¿Es que no guardaba copia de lo escrito? En una de las primeras conversaciones (1993) dijo que sí, «por supuesto». Posteriormente negó que guardara nada. «Todo se lo llevó la Institución». Aquello era de locos. Si Jordán Peña era el autor material de los escritos «ummitas», ¿cómo era posible que no supiera que el número de páginas superaba el millar? «Escribía los fines de semana. Empecé dos o tres meses antes de lo de Aluche»<sup>[8]</sup>. Nuevo error (?). Si la primera reunión con los agentes de la CIA tuvo lugar —según su propio testimonio— a finales de 1965 en Alicante, ¿cómo pudo enviar las cartas «ummitas» antes de que se gestase el «experimento»? (Como recordarán los estudiosos del tema «Ummo», el no menos célebre aterrizaje de Aluche se produjo el 6 de febrero de 1966). En sucesivas entrevistas, como era de esperar, las versiones cambiaron: «Yo fui el autor de todos los mensajes, excepción hecha de los que redactó la “Institución USA”. Quizá

media docena, no más...». ¿Participó la CIA en la redacción de las cartas «ummitas»?

Según Jordán, se limitaron a los escritos «más técnicos, en especial los que hacen referencia a la nanotecnología [miniaturización]. No sé cómo lo hicieron, pero ellos [la CIA] sabían de mi defecto en la vista. Veo las cosas muy aumentadas. Esto me sirvió a la hora de dibujar en algunos de los informes “ummitas...”». En una de estas visitas a su domicilio, al conversar sobre la miniaturización, Jordán fue a mostrarme una placa de metacrilato en cuyo interior se conservaba un pequeñísimo escrito (sólo descifrable con lupa o microscopio) con un texto de la Biblia. «Fue un regalo de mis amigos, los norteamericanos...». Algún tiempo después, en una de las cartas, Jordán escribía: «Fue en febrero de 1971 cuando recibí el obsequio que te mostré... Uno de mis colaboradores en Madrid me visitó y me entregó un sobre cerrado, con el sello de la “Institución Americana”. [CIA] Lo abrí cuidadosamente. Contenía un saludo de..., fechado en Estados Unidos. En su interior podía leerse: “...¿Recuerda la grata conversación que tuvimos en esa maravillosa ciudad de Alicante (España)? Ahora tengo la satisfacción de proporcionarle un ejemplar de la Santa Biblia, reproducida de un texto, editado por World Publishing Company. Hemos utilizado una técnica que llamamos microimágenes fotocrómicas. Como verá por la imagen que mide 1,3 x 1,3 pulgadas [un cuadrado de unos 2,294 cm de lado], aproximadamente la medida de un sello postal, puede apreciar con ayuda de un microscopio ocular de alta resolución [sic] que está compuesto por aproximadamente 3,6 millones de tipos de letra, lo que resuelve una densidad de información de 330 578 letras/cm<sup>2</sup>... Comprenderá que ha sido desclasificada en...”». ¿Verdad? ¿Nueva mentira? Cuando le pedí que me mostrara la referida carta de la CIA, silencio... «Los textos eran fruto de mi imaginación o de las lecturas de revistas y libros científicos<sup>[9]</sup>. En ocasiones tomaba apuntes, pero, en líneas generales, los informes surgían improvisadamente, sobre la marcha. Una vez tuve problemas: uno de los receptores de cartas, el



comisario de policía Dionisio Garrido, en una de aquellas conversaciones telefónicas con los “ummitas”<sup>[10]</sup>, preguntó cómo grabar sin necesidad de elementos móviles. Me pilló por sorpresa. No supe qué decirle. Consulté a la CIA y, al poco, me facilitaron un informe sobre dicho tema». No hubo forma de verificar lo apuntado por Jordán Peña. Garrido, el comisario, harto de tanta mentira, se negó a hablar. En enero de 1995 lo intenté por última vez. Dionisio Garrido siguió negándose a hablar sobre «Ummo», y mucho menos sobre Jordán Peña. Poco después falleció. «Para las llamadas de los “ummitas” utilizaba un aparato que me proporcionó la “Institución”. De esta forma distorsionaba la voz... Sólo en una ocasión solicité a uno de mis colaboradores que hablara directamente por teléfono, simulando que era uno de estos viajeros del espacio». (Jordán se refería a Vicente Ortuño).

#### NOTA SEGUNDA

Un año UMMO se divide en 60 días UMMO. Como cada día UMMO se fracciona en 600 UUV (unas 31 horas TIERRA) la duración del año UMMO equivale a 111.312 minutos Tierra.

Podemos estimar que UN AÑO TIERRA equivale aproximadamente a 4'72186 - AÑOS UMMO. Para seguir un método mnemotécnico fiable: Al referirnos a un AÑO UMMO imaginémoslo que equivale -(con escaso error)- a unos DOS TERCES Y MEDIO DE LA TIERRA.

Hemos Dividido el Tiempo desde la aparición de la HUMANIDAD en EPOCAS de 6000 años UMMO cada uno. De modo que la actualidad transcurre en el TERCER TIEMPO.

#### NOTA TERCERA

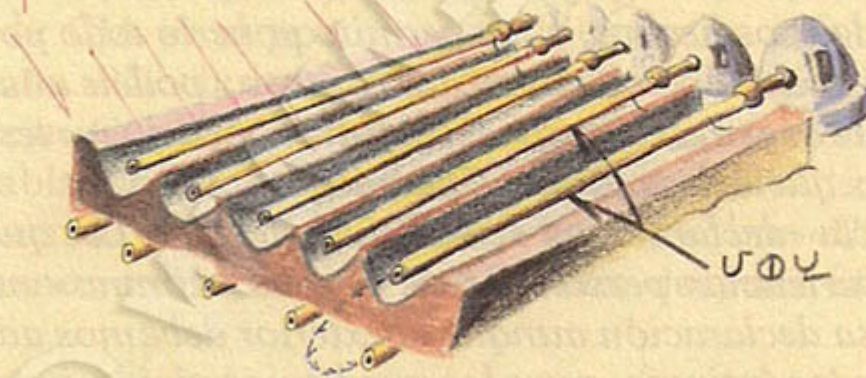
La fuente energética de aquel tiempo era, principalmente IURIA (1012 4242).

Por iniciativa de IE 456 se construyó un inmenso reflector "SOLAR" que se extendía sobre una superficie de 1.168 Km<sup>2</sup>.

Los reflectores estaban contruidos en el acilo semejando enormes surcos arcos de sección parabólica.

Montados con ladrillos ó losas planas, ocuparon a millares de obreros — forzados (entre los que se contaba UMMO 001).

El agua fría por unas tuberías ( $\Psi\Phi\Upsilon$ ) ubicadas a lo larvo del eje focal, y era calentada por las radiaciones infrarrojas de IURIA hasta su vaporización. De ese modo podía aprovecharse aunque con rendimiento inferior al 30 por ciento, para su conversión en energía mecánica. (Ved DIFUNO)



#### NOTA CUARTA

Existían ya rudimentarias técnicas de grabación sonora.



Un БУКТИАО (especie de membrana-MICROFONO) ( $\Pi\Lambda\uparrow$ ) acoplado mecánicamente a un ESPEJO ( $\Theta\Gamma\kappa$ ) refleja un tenue haz de luz sobre la cinta - DOROO construida con un compuesto plástico de elevada rigidez dieléctrica /Es decir muy aislante, térmica y eléctricamente).

El haz luminoso oscila transversalmente, sobre la cinta (que se desplaza - con velocidad uniforme) en función de la frecuencia acústica transferida al elemento especular.

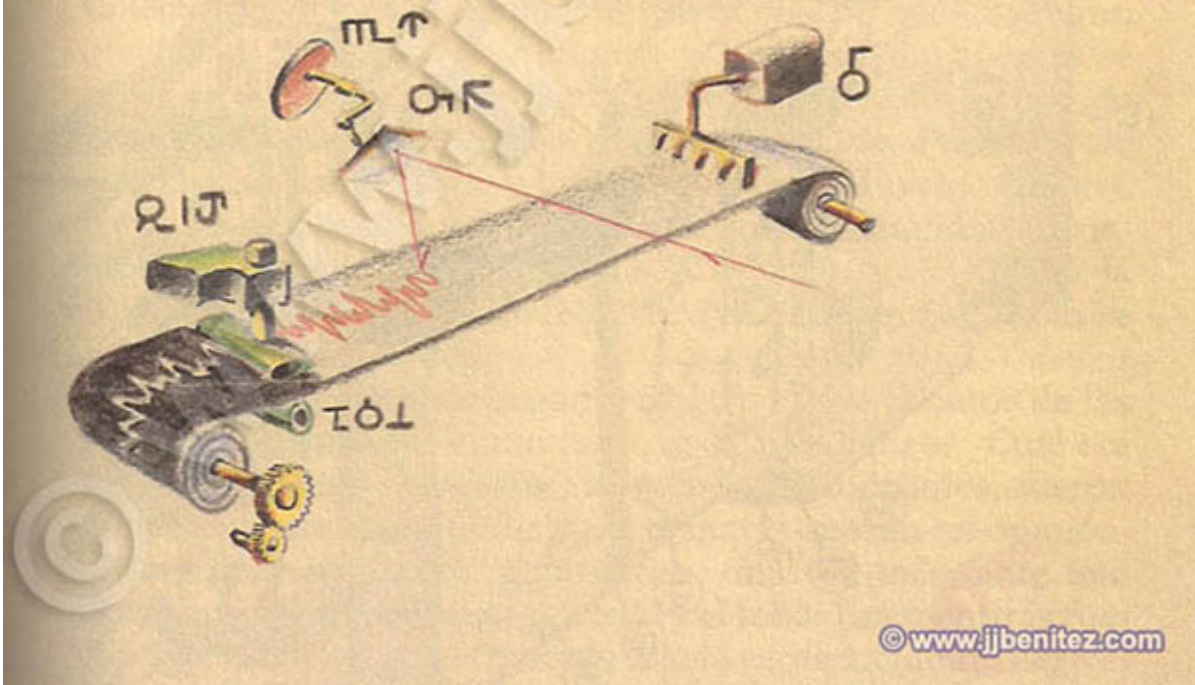
Previamente, la cinta ha sido cargada electrostáticamente por medio de un pequeño generador  $\delta$  la tensión es elevada aunque la carga real es de unos pocos ( $\text{I}\text{U}\text{D}\text{I}\text{I}\text{X}\text{A}\text{A}$ ) (Podría equivaler a microculombios).

Al incidir el ( $\text{I}\text{B}\text{O}\text{Z}\text{O}\text{O}$ ) (punto o "SPOT" LUMINOSO) sobre la superficie del - DOROO, se produce el efecto de descarga electrostática que ustedes conocen por emplearlo actualmente en técnicas XEROGRÁFICAS.

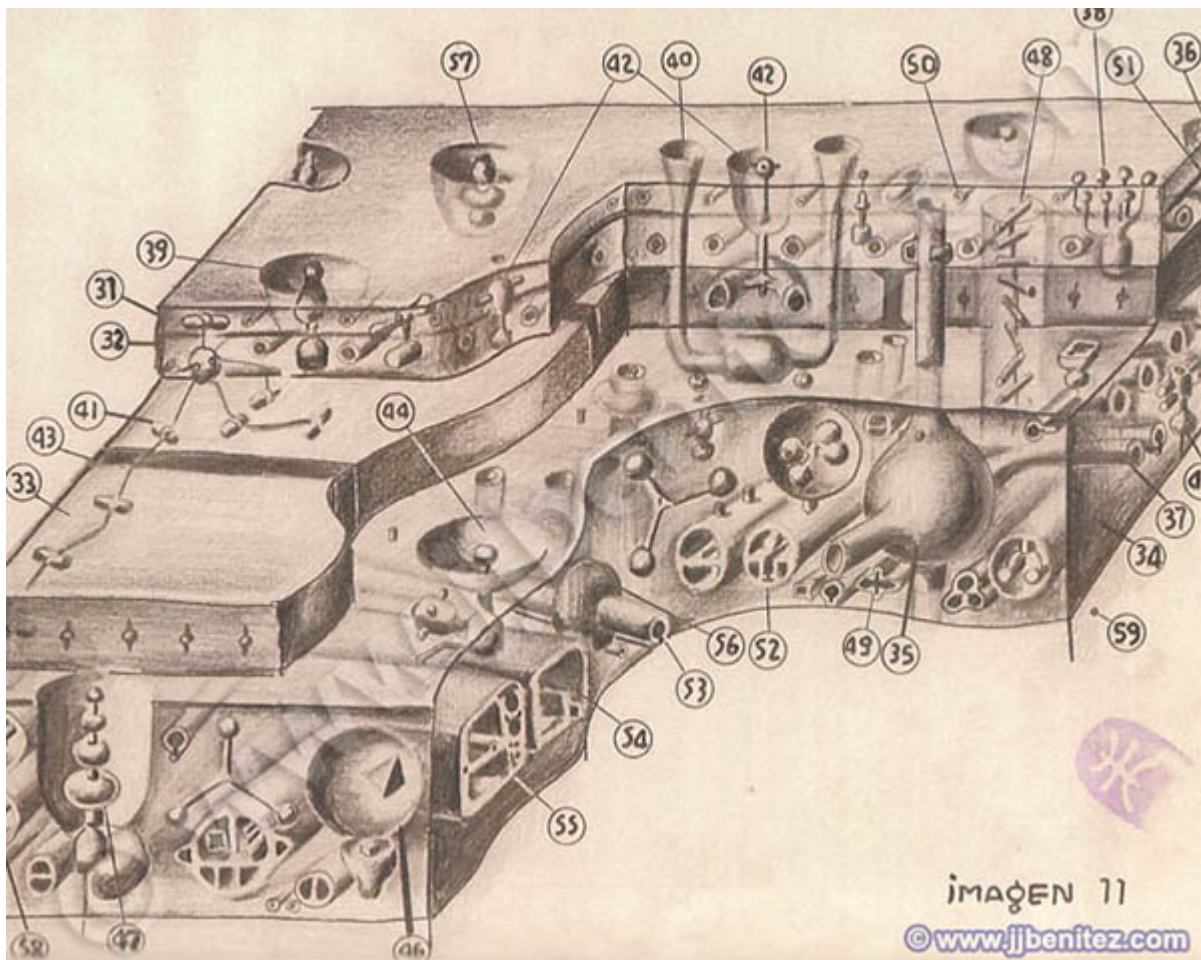
Un dispositivo ( $\text{R}\text{I}\text{I}\text{I}$ ) fija ópticamente la imagen ondulada por medio de carbono pulverulento con un aditivo aglomerante.

( $\text{T}\text{O}\text{L}$ ) es un calefactor a METANO que fundía la mezcla estabilizando definitivamente la función acústica grabada.

Con este rudimentario sistema que guarda un lejano parecido con las actuales técnicas de grabación foto-óptica en "film" Tierra de tipo cinematográfico nos ha sido legado el conjunto cultural de la época.



Escrito «ummita» sobre grabación sin elementos móviles, redactado, según Jordán Peña, por la CIA.



Un defecto en la vista permitía a Jordán Peña dibujar con gran facilidad los esquemas e inventos «ummitas». (Imagen proporcionada por Jordán).

En cuanto a la mecánica para enviar las cartas «ummita» desde lugares tan distintos como distantes (Europa, África, Indonesia, etc.), Peña, sonriendo, aseguró que todo fue orquestado minuciosamente. «En ocasiones, yo mismo las echaba al correo, aprovechando mis viajes profesionales...». Nueva falsedad. En aquellos años sesenta y setenta, Jordán, como empleado de la empresa Agromán, no desempeñó ningún trabajo que exigiera el desplazamiento fuera de las fronteras españolas. Otra cuestión es que pudiera viajar de forma particular o por cuenta de la CIA... «En otras ocasiones — prosiguió eran los norteamericanos los que se ocupaban del asunto. Yo entregaba las cartas y ellos las echaban al correo, allí donde fuera...». ¿Decía la verdad? Sobre este no menos espinoso asunto

recuerdo una carta que me remitió el desaparecido Luis Jiménez Marhuenda el 5 de mayo de 1993, con motivo de la citada autoinculpación de Jordán. Decía Luis, entre otras cosas:

*... Creo que después de los últimos acontecimientos y la reunión celebrada en Barcelona, el asunto que tanto nos interesa debemos afrontarlo con sosiego y objetividad. Ante todo, debemos recapitular algunos hechos, y me permito ponerlo todo por escrito porque así lo enviaré a algunos de vosotros y podéis añadir o corregir lo que os parezca, pero, al fin y al cabo, dejo un testimonio de hechos que deben ser considerados.*

*Ante todo está la «declaración» de José Luis Jordán. Los que hemos vivido experiencias personales en el caso «Ummo» no podemos tragar esa declaración aunque al exterior debamos admitirla. Pero entre los íntimos, entre los que hemos vivido experiencias importantes y personales, tragar esto equivaldría a admitir o que somos tontos o que somos falsos. Demos un repaso a algunas de las experiencias personales:*

*Día 26 de febrero de 1983. Me llama Juan Domínguez [otro de los receptores de cartas «ummitas»] a las once y media de la noche y me dice: «¿Te has dado cuenta de que para el próximo mes tenemos un puente con la fiesta de San José? ¿Qué te parecería si celebrásemos una reunión sobre el tema [se refiere a “Ummo”] aquí, en Madrid, coincidiendo con esas fechas?».*

*Lo acepto. Acordamos pedírselo a Manolo Álvarez (q. e. p. d.) para hacer la reunión en el Colegio Mayor San Agustín. Juan me pide que prepare un esquema de la reunión y que se lo mande a él para encargarse de distribuirlo entre los allegados al tema.*

*Esa misma noche, en cuanto colgué el teléfono, preparé un esquema sencillo, lo metí en un sobre y, a la mañana*



*siguiente (día 27 de febrero), lo eché al correo.*

*Pasan los días y nos reunimos donde estaba previsto. Y justamente estando reunidos se recibió una carta de «Ummo», Fue llevada en mano al padre Álvarez e iba destinada a Juan Aguirre. Creo que era la carta que estaba «censurada» por el (o la) mecanógrafo. Venía de Kuala Lumpur, en Indonesia. ¡Y en el matasellos se distinguía perfectamente la fecha en que había sido depositada allí: DIA 27 DE FEBRERO! Muy rápido tenía que ser José Luis para lograr que el mismo día en que yo mandaba la carta a Juan Domínguez pudiese hacer que se depositara esa carta en Indonesia. Pasarse toda la noche anterior, desde las 11.30, escribiendo y lograr que al día siguiente estuviese en un lugar tan alejado...*



Luis Jiménez Marhuenda, fallecido el 18 de abril de 2000, martes santo. (Gentileza de la familia Jiménez Marhuenda).

Para Jordán Peña, la carta matasellada en Indonesia fue una simple maniobra de la CIA. Él supo de la reunión en el Colegio Mayor San Agustín con varios días de antelación (no olvidemos que Juan Domínguez y Jiménez Marhuenda se encargaron de alertar a buena parte del llamado «grupo de Madrid» o receptores de los mensajes «ummitas»). Jordán, según él, redactó la carta, y la CIA se ocupó del resto. Aun así, como insinuaba el querido Luis Jiménez Marhuenda, la «maniobra» presenta puntos oscuros. A saber: ¿cómo explicar la coincidencia del día 27 de febrero? Para Jordán Peña sólo se trató de una casualidad.

Era otra pregunta obligada. Si Jordán fue el autor de las cartas y las llamadas «ummitas», ¿por qué lo hizo? ¿Cuál era su objetivo? Las respuestas, a lo largo de diez años, fueron igualmente contradictorias y tan dispares que, en mi opinión, no merecen confianza. Estaríamos, una vez más, ante una historia similar a la del pastorcillo y el lobo. Las mentiras fueron tan numerosas que, cuando dijo la verdad, cuando llegó el lobo, nadie lo creyó...

He aquí algunas de las «explicaciones» de Jordán Peña, recogidas entre 1993 y 2003:

«Fue hacia 1963 cuando se forjó en mi mente la idea de estudiar las sectas, el masoquismo y la figura del líder. El primer proyecto se moldeó en febrero de 1966 y tendría [estimaba ingenuamente] un período aproximado de dieciséis meses».

«Yo tenía muy claro que el tema ovni era una falacia; es decir, un engaño o mentira con que se intenta dañar a una persona. Así nació “Ummo”, como un experimento para demostrar que el asunto de los extraterrestres era una falacia más».

«El motivo de mis ensayos está en buscar las raíces del delirio religioso-paranoide y sondear paleológicamente el masoquismo de los grupos».

«Quise demostrar que el masoquismo constituye un pilar básico entre los miembros de las sectas destructivas».

«Ummo tenía otra justificación importante: investigar la paranoia religiosa. ¿Hasta dónde puede llegar un grupo que cree en Dios?».

«La experiencia de “Ummo” me ayudó a trazar un esquema de la evolución darwiniana de la humanidad».

«Demostré que la estupidez no tiene límites. El proyecto “Ummo” es la prueba».

«Ummo fue la demostración de la falacia de Brocken: la gente califica de sobrenatural lo que, en realidad, sólo es un error».

«La operación “Ummo” fue diseñada por mí para testar a las personas en su conducta psicosocial: afán de notoriedad, grado de estupidez, sumisión al líder, reforzamiento de las creencias, etc».

¿Y qué tenían que ver estos supuestos «objetivos» con aquellos iniciales receptores de las cartas «ummitas»? He conocido a muchos de ellos y puedo asegurar que jamás formaron una secta, como pretende Jordán Peña. Es más: durante años ni siquiera se conocieron personalmente. Sabían los unos de los otros por los mensajes mecanografiados. ¿A qué figura del líder se refiere Jordán? ¿Masoquismo? ¿Delirio religiosoparanoide? ¿Masoquismo de los grupos? Está claro que estas «explicaciones» al por qué de «Ummo» son muy posteriores al «experimento» propiamente dicho y, desde mi punto de vista, dejan mucho que desear sobre la salud mental de Jordán...

Y en mitad de este pandemónium de mentiras y despropósitos, con fecha 27 de marzo de 2000, me llegó una carta de Jordán en la que ofrecía otra «explicación» sobre el origen del «experimento». El texto dice así: «... Un poco después me percaté de que mi proyecto se hacía muy difícil, casi imposible, sin ayuda económica, por lo que escribí a dos antropólogos, uno de ellos catedrático de historia de las religiones en Estados Unidos, exponiéndoles mi proyecto. El resultado fue desolador: el primero rechazó la idea (creo que indignado) porque la consideraba “poco” ética. El otro la acogió fría pero cortésmente. (Es preciso decir que mis estudios se alejaban de la antropología porque carezco del título de licenciado en filosofía y antropología). Luego (5 de noviembre de 1966) volvió a escribirme,

esta vez con una propuesta sorprendente. Resulta que me habían investigado discretamente a través de la embajada de EE. UU. (se informaron de mi cualidad curiosa de escribir y trazar dibujos-miniatura). Y además resultó ser este señor, ¿un agente en nómina o, al menos, colaborador de la Central Agency? (ignoro sus relaciones con este departamento). La carta (que conservo cuidadosamente) contiene unas minutas que transformaban poniendo del revés completamente mi ingenuo planteamiento inicial. Primero respetaban la idea primitiva de crear una ficción extraterrestre. Y también de dos sectas: hindú-masoquista y otra llamada "Pirophos". También aprobaba mi idea de desarrollar literariamente una civilización novelesca en el supuesto planeta "Ummo" (les daba igual lo estrambótico y absurdo que tenía mi proyecto)... Pero proponían, para prestarme ayuda, una sugerencia que me causó gran sorpresa. A cambio dispondría de ayuda ilimitada. Los fines (de la CIA) eran diametralmente opuestos a mis pautas originales. Ante todo no se opusieron a mis estudios iniciales, pero añadían *otra condición* [el subrayado es de Jordán Peña]: era preciso que primara un estudio en profundidad de las implicaciones sociales de la microtecnia, luego derivado a la nanotecnia. Invitación que me sorprendió sobremanera. ¿Por qué diablos mezclaban un tema que me parecía rotundamente ajeno a mi estudio?... Desde luego, tuve que cambiar radicalmente mis planteamientos. Por lo pronto, de estos magros dieciséis meses a los más de treinta años que duró el experimento. Tuve, además, que ampliar (gratamente) el número de países sobre los que incidió la muestra (España, Francia, Gran Bretaña, Rumania, la antigua URSS, Alemania, Australia y Argentina. Tuve que omitir la misma USA)... Tuve que dar prioridad al análisis de la propagación social de los temas microtécnicos. Te digo esto porque no tiene nada que ver el estudio de los ovnis (falacia muy corriente de los que como tú se dedican a este cometido). Repito: el análisis de los supuestos Objetos No Identificados "*cae*" *relativamente lejos* [subrayado de Jordán] del experimento "Ummo". (El tema ovni *nos* sirvió de

tapadera) y digo “nos”, aunque seguí casi en solitario con el análisis de estas creencias falaces...».

Jordán Peña, Víctima de sus propias mentiras, comete un nuevo error al fechar la carta del colaborador o agente de la CIA. Si la misiva de marras, según Jordán, está fechada el 5 de noviembre de 1966, ¿por qué en otras entrevistas me aseguró que el «experimento “Ummo”» nació dos o tres meses antes del aterrizaje de Aluche? (6 de febrero de 1966). En esa supuesta carta de uno de los antropólogos de Estados Unidos, la CIA —dice Jordán Peña— le ofreció ayuda económica ilimitada si cambiaba los objetivos del «experimento». De ser cierto, ¿en qué quedan los restantes y no menos supuestos «objetivos»: masoquismo, delirio religioso-paranoide, etc.? Y lo más escandaloso: si la CIA hizo la mencionada propuesta en noviembre de 1966, ¿cómo explicar que Fernando Sesma (uno de los receptores de las cartas «ummitas») recibiera informes de «Ummo» los días 11, 16, 18 y 19 de marzo de 1966? ¿Quién escribió las cartas «ummitas» que llegaron a manos de otros receptores españoles a lo largo de ese año 1966? (Sesma, Campo, Garrido, Regina Sendras, Joaquín Valdés, Sancho, Villagrasa y Alfonso Paso, entre otros). En cuanto a los países citados por Jordán, como ya dije anteriormente, en esos primeros años sesenta y setenta, sólo en España y Argentina fueron detectadas cartas «ummitas». Del resto no se sabe nada...

#### ASUNTO «SELLO “UMMITA”»

«Yo fui el creador de la palabra “Ummo” y del símbolo que caracteriza al gobierno de aquel planeta, la famosa “H”», me contó Jordán en muchas de las entrevistas. «Para ello me inspiré en “humo”, un concepto que evocaba, fonéticamente, a “Ummo”. Algo vacío e insustancial... Yo dibujé el emblema, al principio con los palos rectos. Después, el periodista Antonio San Antonio curvó esos trazos hacia el exterior. No sé por qué lo hizo... La Agencia [CIA] no tuvo nada que ver en la creación de la “H”. Sólo fue cosa mía. Yo les



proporcioné el dibujo y ellos [CIA] me facilitaron el soporte físico, el dispositivo mecánico, para imprimir el sello. Lo he tenido en mi poder, en mi casa, hasta el otoño de 2002. En ese tiempo, cuando tú te interesaste por dicho sello, la CIA se lo llevó. No he vuelto a saber de él... Lo inventé antes de lo del aterrizaje en Aluche... Lo que no sabe nadie es que no se trata de un único sello "ummita" sino de varios. Fue la "Institución" la que llevó a cabo el ingenioso sistema. Me explico: cada receptor de cartas tenía asociado un sello en particular, diferente de los que aparecían en los mensajes recibidos por otros receptores. Las diferencias son mínimas, sólo perceptibles con lupa o microscopio. Cada diferencia correspondía a una secuencia numérica que identificaba al receptor en cuestión. Por ejemplo, el sello impreso en las cartas de Ignacio Damaude era igual a "1010011001", por decirte algo... Y así sucesivamente...».

Una vez más, no hay forma de saber si Jordán dice la verdad. ¿Fue el creador de la «H» «ummita»? ¿La copió? ¿Ha hecho suyas (1993) las frases de Marius Lleget y Sebastián Fontrodona (1979) cuando decían «"Ummo" se escribe con H» y «por el "Ummo" se sabe dónde está el fraude»? (Pista proporcionada por el investigador Manuel R. Salazar Serrano). ¿Quién plagió a quién? Dado el historial «delictivo» de Jordán Peña, me inclino a creer que fue él quien copió al resto...

(5<sup>a</sup>) - Nos o unan, con el  
cuadrado y el círculo  
(por UMMO = UMMO) y  
el cuadrado fueron  
con Amulthoven, etc  
Fue Autor de Meckle →  
1965 → dice que  
le le ocurrió la  
HH



Diseñado  
por  
JORDAN

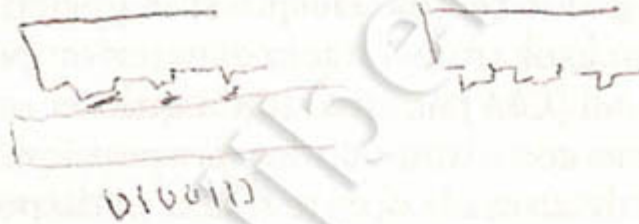
No tiene clara las fechas. dos confu.  
de.  
1<sup>o</sup> símbolo 2<sup>o</sup> símbolo - redondeado  
por Antonio S. Antonio, dice

Después, el periodista  
Antonio S. Antonio  
curra los papeles  
exteriores.

Dice que no sabe por qué los  
curra → dice de el sello  
de la facultad la CIA.

El sello lo tuvo Pava hasta  
hace 7 o 10 meses → dice que  
por su culpa se lo tuvo la CIA (!)

¿Por qué  
codificaron  
cada  
canta?  
con  
el sello  
diferente?  
No lo  
sabe.



Se refiere al dispositivo mecánico  
El dibujo dice - lo uso él.

Dice que cada  
sello era diferente  
tc. Presentaban  
unos ligeros  
cambios solo  
perceptibles con  
lupa o un micro-  
scopio (?) dice  
que la diferen-  
cia estaba apo-  
ciada a uno  
dígito.  
Sería por  
identifi-  
car al  
recepti-



- Dice que la  
CIA no le dejó  
nada respecto al  
cuadrado. Acaba - dice - su dibujo y le facilitó  
el dispositivo mecánico.  
- Dice que él le facilitó  
el dibujo a la CIA.

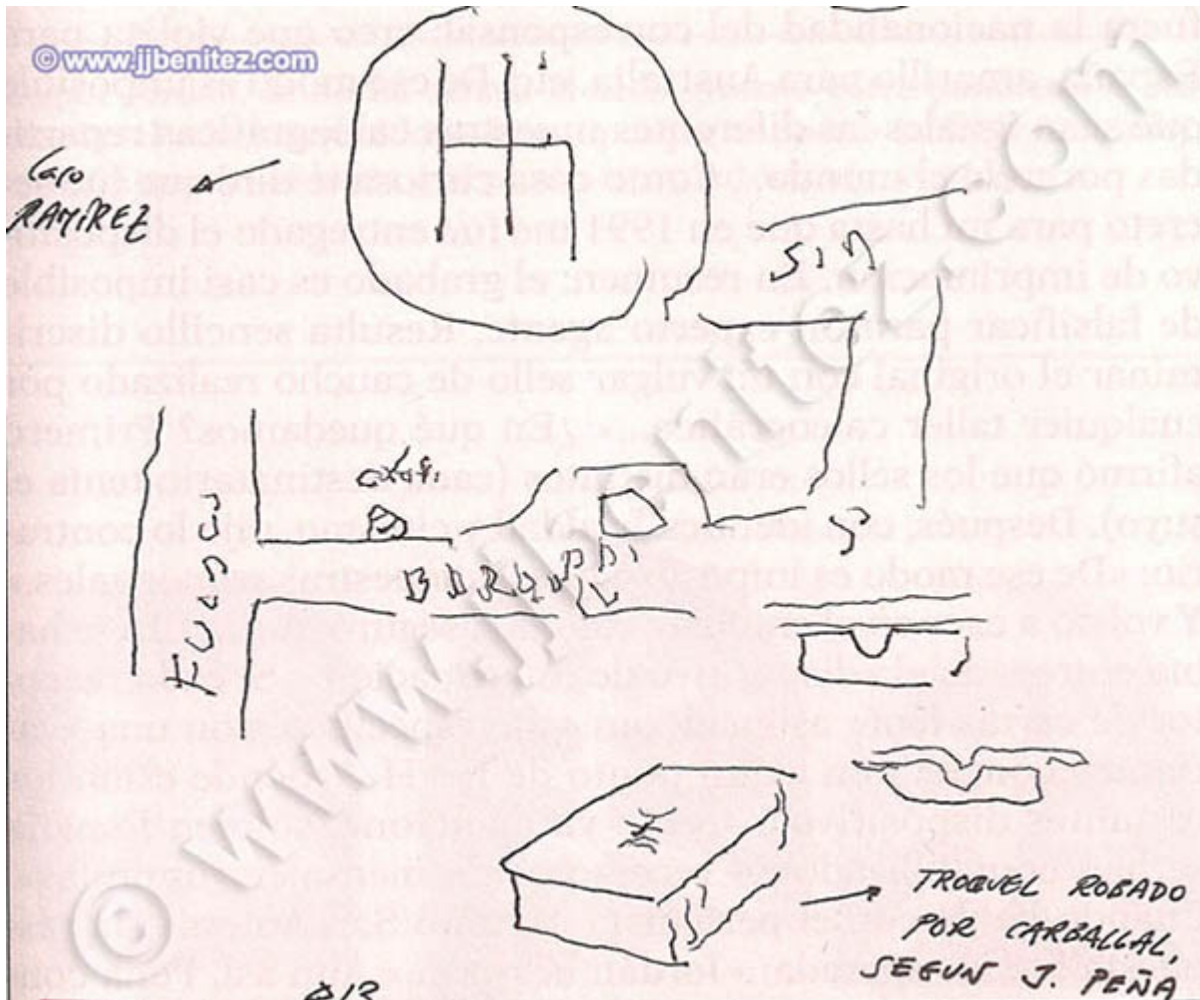
1954 = estudiante en Alicante

Fue su  
padre el que le interesó  
por los dms. y le  
facilitó la opción por los  
dms → estudio matemáticas  
y físico, en una academia, en  
Alicante → en 1954 estaba estudiando.

Diseñado  
por JORDAN  
dígito

Comprobé si existían  
diferencias  
en los sellos  
(cancas de goma)

Cuaderno de campo de J. J. Benítez, con dibujos de Jordán Peña sobre la creación del emblema de «Ummo» y la no menos supuesta asociación del sello «ummita» a una codificación numérica inventada por la CIA.



Cuaderno de campo de J. J. Benítez, con dibujos de Jordán Peña. Al preguntar sobre el paradero del sello «ummita», Jordán aseguró que se lo había llevado la CIA. Después modificó la versión, afirmando que lo tenía un guardia civil (se refería a Manuel Carballal, alias «Benito Pazos», que entrevistó a Peña haciéndose pasar por guardia civil). En una tercera versión me confesó que el troquel de hierro lo había sustraído Carballal durante esa visita a su domicilio.

¡También es casualidad! Cuando, en una de las entrevistas, me interesé por el sello «ummita», la CIA acababa de llevárselo (!). Según Jordán Peña, era lógico: quizá yo hubiera descubierto (¡pobre de mí!) los códigos secretos de la «Institución»... Meses después, en otra conversación, al regresar sobre el asunto del sello de «Ummo», Jordán se contradijo: «... Ahora lo tiene un guardia civil. Puedo preguntar si te dejaría verlo...». ¿Por qué se refería a un dispositivo mecánico si, en realidad, según sus propias palabras, eran varios? Enésima mentira. En algunas oportunidades hablaba

de un solo sello, y en otras, según, de varias decenas. Sellos que habrían sido manipulados por la CIA para introducir determinadas «informaciones encriptadas» correspondientes, al parecer, a secuencias numéricas. Esos dígitos —siempre según Peña— estarían asociados a cada receptor de cartas «ummitas». Francamente, no concedí mucho crédito a la nueva «revelación» de Jordán. Sin embargo, por aquello de la objetividad, sometí algunos de los sellos originales al estudio de la policía científica. Si Jordán decía la verdad (?), los sellos recibidos por una misma persona deberían ser iguales y, al mismo tiempo, diferentes de los estampados en los mensajes «ummitas» que llegaron a manos del resto de los receptores. En otras palabras: treinta y cuatro sellos con sendas y casi imperceptibles «diferencias», como mínimo.

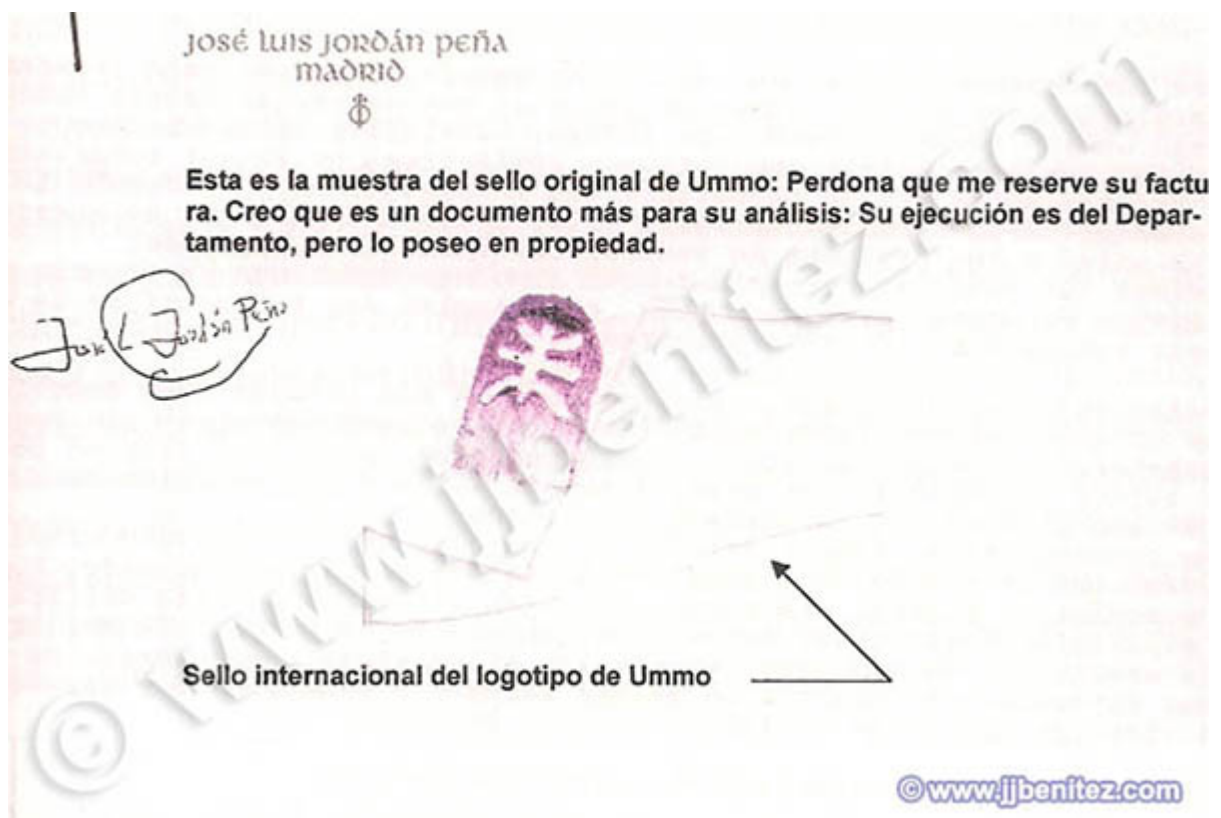
La investigación fue simple. Varios de los sellos (estampados en cartas recibidas por un mismo ciudadano español) fueron sometidos a las correspondientes ampliaciones e intensificaciones de imágenes, que permitieron una completa apreciación de los más finos detalles del dibujo. Tras el estudio mesoscópico a diferentes aumentos, se procedió al mensurado de las imágenes en cuestión y a la comparación entre las muestras. Se emplearon también iluminaciones episcópica, diascópica, rasante, blanca, ultravioleta e infrarroja de distintas longitudes de onda. Conclusión: ninguno de los sellos era igual que otro. En cada perfil existen más de setenta «diferencias». Algo lógico, por otra parte, dada la simpleza del procedimiento de imprimación. Jordán seguía inventando. Por supuesto, tampoco supo jamás de estas indagaciones policiales. Y prosiguió con su locura: «... Como verás —añadió en otra de las entrevistas—, la textura del sello cambia según sea el destinatario y la fecha en la que se remitió... Modificación calidoscópica que se hace más nítida cuando cambia el tono de color, según fuera la nacionalidad del corresponsal: creo que violeta para España, amarillo para Australia, etc. De ese modo es imposible que sean iguales las diferentes muestras calcográficas repartidas por todo el mundo... Como cosa curiosa te diré que fue secreto para mí hasta

que en 1991 me fue entregado el dispositivo de imprimación. En resumen: el grabado es casi imposible de falsificar para un experto agente. Resulta sencillo discriminar el original con un vulgar sello de caucho realizado por cualquier taller calcográfico...». ¿En qué quedamos? Primero afirmó que los sellos eran distintos (cada destinatario tenía el suyo). Después, con idéntica frialdad y cinismo, dijo lo contrario: «De ese modo es imposible que las muestras sean iguales». Y volvió a caer en el embuste cuando aseguró que la CIA le había entregado el «dispositivo de imprimación». Si cada receptor de cartas tenía asignado un sello específico, con una «variante» concreta en algún punto de la «H», ¿dónde están los restantes dispositivos? Como ya mencioné, sólo en España se han contabilizado 34 receptores de mensajes «ummitas». Cuando hablé con el periodista Antonio San Antonio, la respuesta fue la esperada: «Jordán desvaría».

Aun así, Peña continuó empeñado en «su» verdad: «Yo soy el creador del emblema. Yo lo inventé». Como imaginaba, no supo aclarar de dónde le llegó la inspiración. Yo, en cambio, sí tengo una teoría al respecto. José Luis Jordán miente, pero, además, fue engañado. Trataré de explicarme. La CIA sabía de la existencia de la célebre «H» en los ovnis desde mucho antes de la supuesta gestación del fraude «ummita» por parte de Jordán. Como ya mencioné, en 1954, los militares del polvorín de Curitiba, en Brasil, permanecieron alrededor de veinte minutos observando una enorme nave con el símbolo en la «panza». Militares y civiles coincidieron a la hora de describirlo. Obviamente, si los militares supieron del avistamiento, la CIA no tardó en recibir cumplida información. Años después, en mayo de 1966, militares y servicios de Inteligencia recibieron la confirmación, merced a la película de ocho minutos captada en la base de seguimiento de misiles, en la isla de Andros. Fue la ratificación ideal: tres ovnis con la «H» en la base e inmóviles sobre una instalación militar estadounidense. En otras palabras: cuando Jordán dice que «inventó» el emblema «ummita», la CIA no sólo tenía conocimiento de la «H» sino que, incluso, disponía de una



filmación. Esta circunstancia me conduce a otro inevitable planteamiento: ¿pudo ser la CIA quien propuso el sello «ummita»? Ellos, al fin y al cabo, tenían las pruebas sobre la existencia de unas naves «no humanas» con la referida «H» en el fuselaje. Si la CIA tomó parte en el engaño, qué mejor argumento a favor de unos supuestos viajeros espaciales que un símbolo tomado de la realidad, aunque esa «realidad» sea negada sistemáticamente. Jordán, según esta hipótesis, sería víctima y verdugo, al mismo tiempo. Algo que él no acepta, naturalmente. Y en cada entrevista siguió insistiendo obsesivamente: «Yo la dibujé. Yo soy el creador de la “H”. La Institución sólo siguió mis directrices y mis dibujos...». A decir verdad, poco faltó para que le revelara el caso de Curitiba, en 1954. Pero guardé silencio. ¿Hasta dónde podía llegar su cinismo?



Según Jordán, la flecha el sello granate correspondiente a Rumania. «Lo he suprimido — dice — porque te podría facilitar una información que no sé hasta qué punto estoy autorizado a entregar».



Tres sellos «ummitas» impresos en otras tantas cartas, recibidas por el mismo receptor. Según la policía científica, «no son iguales». Los dibujos presentan múltiples diferencias.

Entre los contados ciudadanos de España que conocen este para ustedes poco clarificado asunto, vemos en usted al humano prudentemente aceptivo con ansias investigadoras sin límite. Cualquier hipótesis que se forme le usted sobre nosotros: peyorativa o admirativa, ha de ser coherente con los razonamientos arriba expuestos: que se sintetizan en convenir la no precedencia en concedernos excesivo crédito por una parte, y en acordar entre usted y sus hermanos no desarrollar excesiva publicidad. Pensemos que usted podría actuar como prudente moderador de algunos entusiasmos hermanos suyos de España, haciéndoles ver la necesidad de mostrarse reticentes frente a nosotros.

Nuestro objetivo declarado, se cifra hoy, en que ustedes sean depositarios de unas informaciones sobre los seres de Umno que algún día podrán constatar, sin estas dolorosas y desagradables dudas. Por ello no podemos evitar el contacto con ustedes que sería la mejor solución para coartar todos los riesgos que le estamos exponiendo. Como contrapartida, tengan ustedes paciencia y no nos concedan crédito. Creemos que la actitud más prudente es la del humano que conserve nuestra información, y exponga sin rebajos al mismo tiempo una serie crítica a la exposición testimonial nuestra, negándose en principio sin más pruebas a la aceptación de nuestras inevitables afirmaciones. Centenares de veces hemos reiterado este consejo en varios idiomas y censidenses y españoles han sido los que menos audiencia les han prestado.

Reciba señor Ignacio nuestros más cordiales saludos

Primera carta de UMMO, con matasellos inglés de Londres, de dos folios de papel fino blanco, recibida en Sevilla por Ignacio Darnaude Rojas-Marcos el 12 de Diciembre de 1972.



© www.jjbenitez.com

Últimos párrafos de una carta «ummita» con el sello correspondiente, recibida, en este caso, por Ignacio Darnaude Rojas-Marcos en 1972. «Por consejo de la CIA —dice Jordán Peña— suprimí acentos y la tilde de la letra “ñ”».

## ASUNTO «MECANÓGRAFO»

Vicente Ortuño, uno de los colaboradores de Jordán Peña, se quedó corto cuando afirmó que «Jordán hacía un deporte de la mentira». Veamos otros ejemplos. En aquel año de 1966, además de las cartas «ummitas», algunos de los receptores empezaron a recibir otras misivas anónimas, redactadas, al parecer, por el «mecanógrafo de los “ummitas”»<sup>[11]</sup>. Este no menos supuesto personaje (perito mercantil), asombrado ante la presencia de los extraterrestres, se decidió a contar lo que estaba viendo y, para ello,

eligió a los destinatarios a los que él mismo escribía por mandato de los «ummitas». La primera de estas misivas «aclaratorias» (?) llegó en junio de 1966 a manos de Sesma, en Madrid. A partir de ahí, otros receptores recibieron cartas igualmente anónimas y con mensajes más o menos parecidos. En ellas se hablaba de los «ummitas», de su aspecto físico (rubios y altos), de sus continuos viajes y, por supuesto, de su bondad. Cuando interrogué a Jordán sobre el citado «mecnógrafo», éstas fueron sus respuestas: «No lo busques. El mecnógrafo fui yo. Yo escribí todas las cartas. Por consejo de la Institución estadounidense puse un anuncio en el periódico *ABC*, ofreciéndome para hacer copias a domicilio. Así nació el embrollo del falso mecnógrafo. Una vez escritas, yo entregaba las cartas a mi contacto en la Agencia [CIA], y ellos las revisaban y las echaban al correo. Para la redacción de los informes “ummitas” —por consejo de los norteamericanos—, yo debía utilizar otra máquina de escribir, omitiendo acentos e insertando faltas de ortografía. De esta forma, simulando la lógica ignorancia de los extraterrestres, el contenido alcanzaba mayor verosimilitud...». Nueva contradicción. Si los «ummitas» no podían escribir a máquina, y si los textos eran mecnografiados por el perito mercantil, ¿por qué suprimir la tilde de la «ñ» o sembrar los informes de faltas de ortografía? Una de dos: o Jordán volvía a mentir, o la CIA es más estúpida de lo que parece... La versión de Jordán Peña sobre el «mecnógrafo» presenta otros graves fallos que, desde mi punto de vista, invalidan sus afirmaciones (una vez más). A saber: según los análisis practicados sobre las cartas del «perito mercantil», varias de estas misivas anónimas fueron tecleadas con la misma máquina con la que se redactaron los informes «ummitas». En segundo lugar: el estilo literario de ambos textos (cartas del «mecnógrafo» y de los «ummitas») es diferente. Jordán, por tanto, en opinión de los peritos, no podría ser el autor de las cartas del «mecnógrafo», suponiendo que hubiera escrito los informes, y viceversa.



25, 26-8-65  
6-11-65 Copias máquina 230 5698

---

10-11-65 Se hacen trabajos a máquina 2417688

---

16-12-65 Mecanógrafo rápido seguro oficina  
tarde 2264996

---

26-10-65 Trabajos mecanografiados, contable,  
27  
28  
29  
30 ficheros 2634609

---

28-10-65 Mecanógrafo con máquina propia.  
29 oficina tarde 2339407

---

29-10-65 Mecanógrafo con experiencia solicitada  
trabajo tarde 2350453

---

30-10-65 : COPIMAN realiza toda clase de  
trabajos mecanografiados  
2577319 - 2678353

© www.jjbenitez.com

Anotaciones de Enrique Villagrasa durante la búsqueda del «mecanógrafo». Junto con Garrido, localizó una treintena de pistas. Cuando estaban a punto de descubrir la identidad del perito mercantil, una inesperada llamada telefónica los obligó a desistir. (Archivo E. Villagrasa).





Dionisio Garrido, comisario de policía, otro de los receptores de las cartas «ummitas». (Foto: J. J. Benítez).

Por supuesto, antes que yo, otros receptores de las célebres cartas de «Ummo» dedicaron su tiempo y su dinero para tratar de esclarecer el no menos supuesto anuncio en el diario madrileño *ABC*. ¿Era cierto que un perito mercantil se había anunciado en dicho rotativo a lo largo de 1965? ¿Se ofrecía para hacer trabajos a máquina? Enrique Villagrasa y Dionisio Garrido (ambos receptores de mensajes «ummitas») tomaron una decisión confidencial, sólo conocida por ellos: «Fue en 1970. Dionisio y yo —me contó Villagrasa— quisimos averiguar qué había de verdad en aquel

asunto. ¿Existía el tal mecanógrafo? Y nos pusimos a investigar en el más absoluto de los secretos. Nadie supo nada al respecto. Garrido y yo acudimos a las páginas de *ABC* y revisamos el año 1965...». Enrique Villagrasa me mostró uno de sus cuadernos. Allí leí treinta anotaciones, con nombres, teléfonos y direcciones. Por ejemplo: «c/Mauricio Lejendre, 11. Es una señora la que lo hace». «Lo hace una señorita, profesora de inglés». «Es una agencia de transportes y no recuerdan que se haya puesto ese anuncio...». «De esta manera —prosiguió Villagrasa— llegamos a seleccionar tres o cuatro. Pues bien, cuando Garrido, como policía, se dispuso a descubrir la identidad de la persona que se hallaba detrás de cada uno de esos anuncios, sucedió algo imprevisto: Garrido recibió una misteriosa llamada telefónica, en la que le advirtieron que debía suspender la investigación. Si no lo hacía, si continuaba, los “ummitas” cortarían los mensajes que estaban remitiendo. Y las pesquisas sobre el “mecanógrafo” fueron interrumpidas». Villagrasa, el ingeniero, no supo explicar la naturaleza de la súbita llamada telefónica. ¿Fue Jordán Peña? Según Villagrasa, el asunto sólo era conocido por Garrido y por él mismo. ¿Fue la CIA? ¿Estaban intervenidos los teléfonos de los receptores de las cartas «ummitas»? ¿Quién fue el responsable de aquella llamada<sup>[12]</sup>?

## ASUNTO «ATERRIZAJE OVNI EN ALUCHE»

Como ya comenté anteriormente, el domingo, 6 febrero de 1966, algo extraño sucedió en el barrio madrileño de Aluche. Dos días después, la prensa publicaba la siguiente noticia: «Serían más o menos las ocho de la tarde de ayer domingo, cuando en el barrio de Aluche, muy cerca de la Casa de Campo, un objeto sin identificar, pero que por las descripciones de los testigos responde a las características de los traídos y llevados “platillos volantes”, tomó tierra en terrenos de la finca “El Relajal” y, segundos más tarde, emprendió nuevamente el vuelo para perderse en el cielo.

»Como vestigio de la presencia del objeto, queda una superficie del suelo no muy extensa casi carbonizada y la afirmación categórica de algunos testigos presenciales del hecho. Uno de los testigos no ha querido facilitar su nombre para evitar su publicidad; el otro, que observó desde la ventana de su casa la llegada y partida del extraño objeto, es Vicente Ortuño. Las descripciones coinciden en afirmar que “un disco anaranjado descendió, se posó en tierra y seguidamente emprendió vuelo a gran velocidad”. Todo ello a las ocho de la noche de ayer domingo...».

Uno de los testigos del supuesto aterrizaje ovni en Aluche fue, justamente, Jordán Peña. Eso, al menos, fue lo que reconoció<sup>[13]</sup>. Cuando le interrogué sobre aquel lejano suceso, Jordán titubeó: «... Han pasado muchos años... Yo fui el inventor de todo, con la ayuda de dos personas más... Esa tarde del domingo fuimos al lugar y elaboramos las huellas. Las hicimos con un cubo de playa... Después quemamos la zona con un soplete... La Institución americana [la CIA] me proporcionó tierra radiactiva (arena con un corto porcentaje de óxido de torio). La esparcí en el interior de las huellas y en las proximidades. Ninguno de mis colaboradores lo supo jamás [Jordán se refería —si decía la verdad— a Vicente Ortuño y a uno de sus cuñados]. Después telefoneé a la prensa y aparecieron los testigos... Algunos fueron pagados previamente o condicionados...». Meses más tarde, al preguntar sobre el mismo asunto, Jordán Peña desvarió. Ya no recordaba a los testigos que habían sido «comprados», excepción hecha del ingeniero señor Ramírez. «Era amigo mío. Ése era su verdadero nombre. Todo fue un montaje. Él cobró un dinero...». Jordán, como digo, desvariaba o mentía.



Una de las fotos tridimensionales, supuestamente «ummitas», presentadas a Sesma por Vicente Ortuño en 1966. Se trataba de una publicidad de los laboratorios Pfizer, de Nueva York.



This striking three-dimensional photograph of a model of the male genitourinary tract includes an enlarged view of the cortex and medulla of the kidney with glomerulus and collecting tubules.

Physicians have relied on Terramycin® (oxytetracycline) in the treatment of genitourinary infection for more than 25 years. Terramycin is particularly suited to the treatment of genitourinary infections because it is excreted primarily by the kidney, providing unusually high concentration of antibiotic in the urine in active form.

*Science for the world's well-being®*

**Pfizer** Since 1849

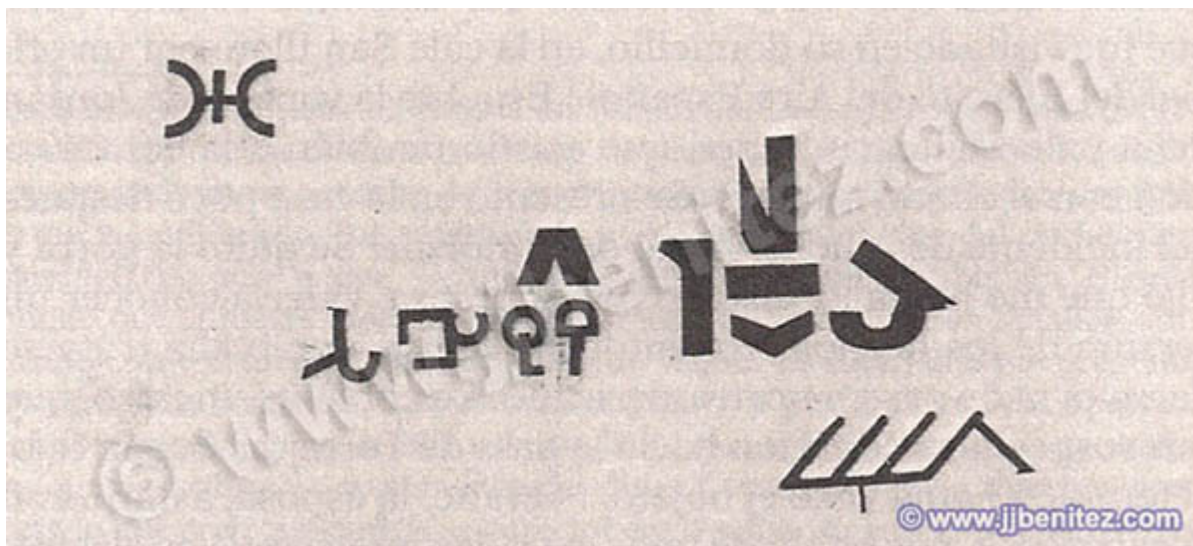
PFIZER LABORATORIES Division, Chas. Pfizer & Co., Inc. New York, New York 10017

XOGRAPH™

© [www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)

Jordán Peña ocultó cuidadosamente la parte dorsal de las fotografías tridimensionales en las que se leía el presente texto publicitario, con el nombre del laboratorio norteamericano. En la imagen se aprecian las veinticuatro manchas provocadas por el pegamento utilizado para tapar dicha zona dorsal con una cartulina.





Símbolos «ummitas» dibujados por Jordán Peña sobre una de las cartulinas adheridas al envés de la fotografía tridimensional. Se trataría de una de las pruebas de su participación fraudulenta en el caso «Ummo».

Ramírez fue uno de los testigos (?) de otro caso, mucho más sonado, registrado en la tarde del 1 de junio de 1967, en San José de Valderas. El tal Ramírez aseguró haber visto el ovni que fue fotografiado en Valderas y describió también la «H» que presentaba en la panza. Jordán, al recordarle que se había equivocado de testigo, palideció y cambió de tema, mintiendo por enésima vez: «... Fueron los norteamericanos quienes me proporcionaron el aparato para practicar las huellas del aterrizaje de Aluche. Todo el mundo se lo tragó». Cuando interrogué a Vicente Ortuño, uno de los cómplices de Jordán, confirmó la primera versión: la del cubo de playa. «Con eso hicimos los agujeros —añadió Ortuño—. Yo lo ayudé también en la redacción de algunas de las cartas “ummitas”, en las llamadas telefónicas y a la hora de llevar unas fotos tridimensionales (supuestamente extraterrestres) a Fernando Sesma. Eran unos cortes biológicos. No sé de dónde las sacó. Me pidió que las llevara personalmente a la casa de Sesma y que se las mostrase, como enviado de los “ummitas”. Recuerdo que Sesma las recibió como un niño. Estaba maravillado, y se las mostró a toda su familia. Eso fue en enero de 1966, poco antes de lo de Aluche. Yo, entonces, me había dejado una larga y espesa barba. Ésa fue una de las razones

por las que no permití que me fotografieran junto a las huellas de Aluche. De haberlo hecho, Sesma podría haberme reconocido en mis posteriores visitas a las reuniones que celebraban en la Ballena Alegre». ¿Quién mentía? ¿Cómo surgieron las huellas de Aluche? Para algunos investigadores, aquel terreno era demasiado duro como para practicar unos «rectángulos» tan profundos. Salazar Serrano lo intentó y comprobó que el cubo de plástico en cuestión no servía para semejante fin.



Ortuño desaparece por la derecha de la fotografía. «Si me hubiera dejado fotografiar junto a los testigos y las huellas de Aluche, Fernando Sesma podría haberme reconocido como el “mensajero” de los “ummitas”».



Vicente Ortuño, cómplice de Jordán Peña, con la barba que lucía en aquel tiempo. «Me quité de en medio cuando comprendí que aquella supuesta broma empezaba a escaparse de las manos».

Tuvieron que ablandar previamente el terreno (inundado) y utilizar después una pesada maza de hierro. «Nadie, en su sano juicio, hubiera logrado unas huellas tan profundas con un simple cubo y, mucho menos, la cruz en aspa que aparecía en el fondo».

Cuando pregunté por la autoría de la llamada telefónica recibida por Fernando Sesma y en la que le anunciaban un avistamiento «ummita» en Madrid para ese mes de febrero de 1966 (la llamada tuvo lugar el día 2 de febrero), Jordán Peña se limitó a guardar silencio, invocando la enigmática y más que sospechosa excusa: «Secreto». De esta llamada, Vicente Ortuño no sabía nada...

Algo no encajaba. Si el avistamiento y el aterrizaje ovni de Aluche había sido otro «invento» del diabólico Jordán, ¿por qué fue visitado en su domicilio, en la calle San Illán, por un oficial del

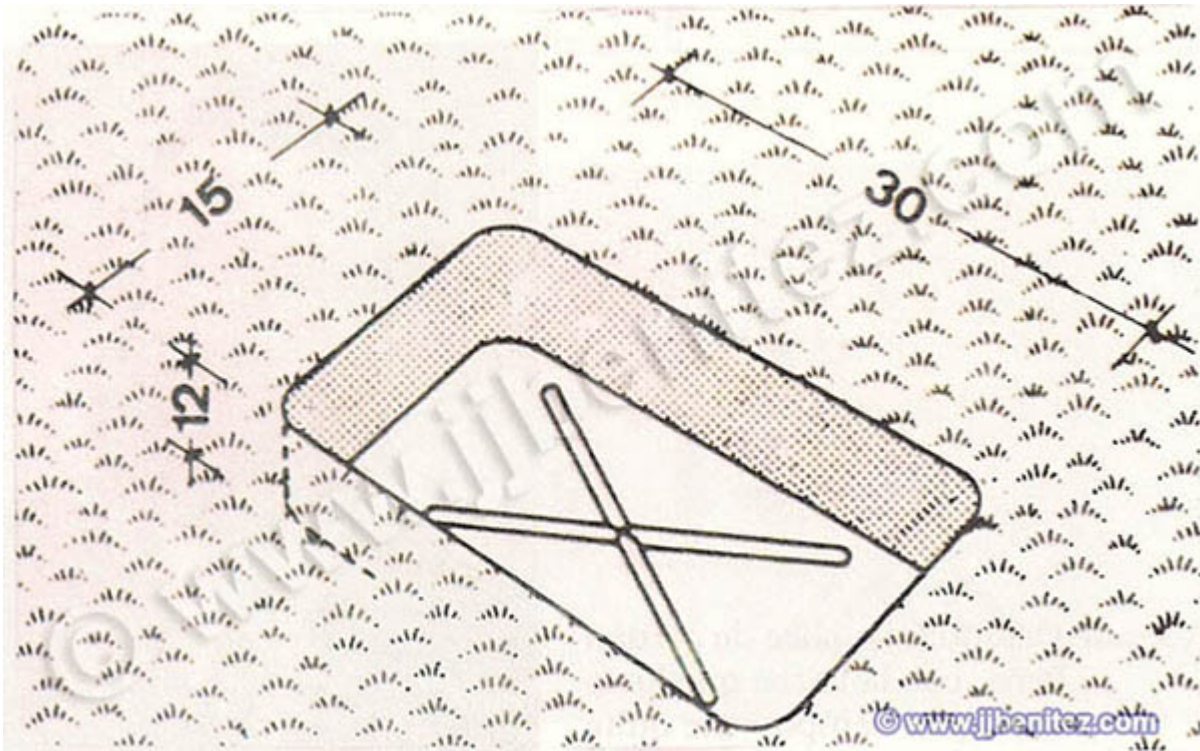
Ejército del Aire Español? Ésta fue la versión de Jordán Peña y de Maite, su mujer, que asistió también a la conversación con el citado militar: «Se presentó en la casa poco después del incidente de Aluche. Llegó de uniforme. Se quitó la gorra y dijo que me había localizado por la prensa. Quería conocer mi versión de los hechos. Yo, entonces, le dije que podía tratarse de un ovni de origen norteamericano. Le comenté, incluso, que mis sospechas se dirigían hacia la base de Torrejón. Según dijo, él también había visto el objeto...». Maite, la esposa, asintió con la cabeza. «Y nos habló de unas extrañas interferencias electromagnéticas registradas en la torre de control y en coincidencia con el aterrizaje de Aluche. Yo estaba asombrado. Aquel militar me estaba hablando de algo que yo había inventado. Después añadió: “Tenga cuidado porque estas cosas pueden ser norteamericanas. Es usted muy joven...”. Me dejó una tarjeta con su nombre y teléfono. Plaza, se llamaba... Meses más tarde lo llamé por teléfono y me dijeron que me había equivocado. Allí no conocían al tal Plaza. Nombre y teléfono eran falsos. Acudí al Ministerio del Aire y presenté la tarjeta en cuestión. Nadie sabía nada. El militar no existía. Después supe que otro de los testigos de Aluche recibió la visita del mismo militar. Era un individuo de baja estatura, con bigotito y muy educado». Esta declaración de Jordán se produjo el 29 de abril de 1992; un año antes de su autoinculpación.





Una de las huellas del supuesto aterrizaje ovni en Aluche (Madrid).

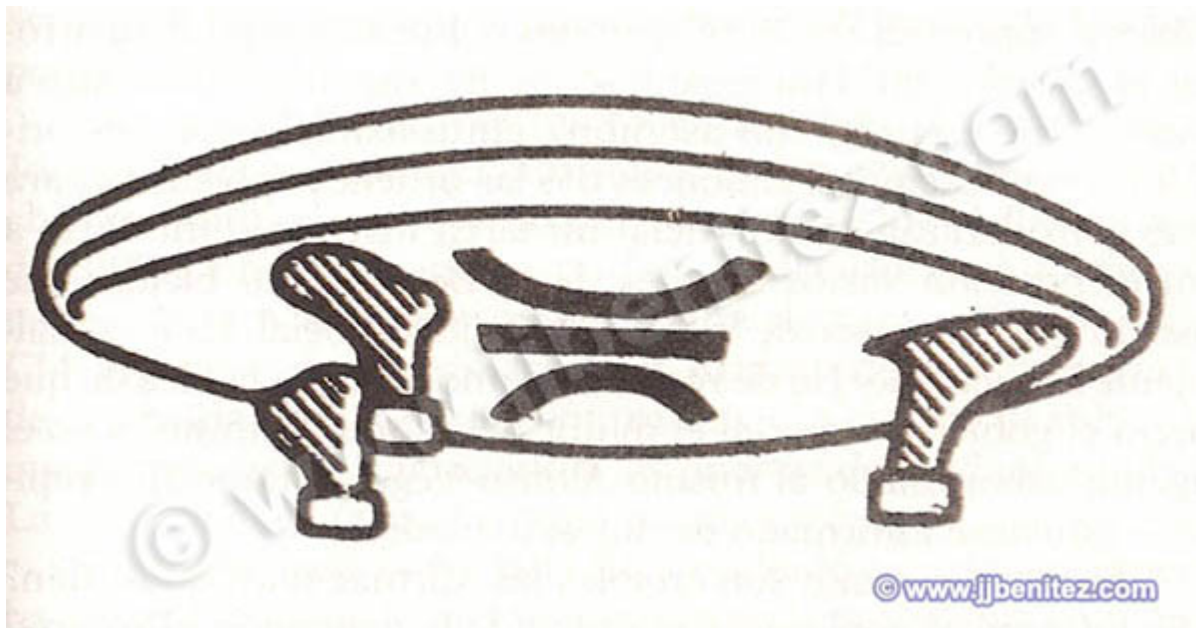




Forma y dimensiones, en centímetros, de una de las huellas de Aluche (Madrid). (Archivo de Rafael Farriols).

Y hay aún un último «detalle» que obviamente, me hace desconfiar de la palabra de Jordán Peña. El 26 de febrero de 1966, como ya he mencionado, Jordán dirigió una larga carta al investigador Eugenio Danyans, relatándole lo ocurrido en Aluche. En dicho texto habla de «algo» que vio en el «vientre» o zona inferior de la nave: «... una línea recta situada entre dos paréntesis abiertos hacia afuera». La explicación iba acompañada por varios dibujos del propio Jordán. Años más tarde, al interrogarlo sobre el emblema «ummita», Jordán cometió otro error: «Yo dibujé el emblema, al principio con los palos rectos. Después, el periodista Antonio San Antonio curvó esos trazos hacia el exterior». Algo no encajaba, efectivamente. Según declaraciones de Jordán Peña, su primer contacto con San Antonio fue telefónico y tuvo lugar quince meses después del caso Aluche, en la mañana del 1 de junio de 1967, con motivo del ovni fotografiado en San José de Valderas (Madrid). Si esto es así, ¿por qué en la versión proporcionada a Danyans habla

de un símbolo con los palos exteriores abiertos hacia afuera? Podría ser, claro está, que Jordán y San Antonio se conocieran anteriormente. En este caso, Jordán Peña seguiría mintiendo...



Dibujo de Jordán Peña. Objeto visto en Aluche en la tarde del 6 de febrero de 1966.

## ASUNTO «CIA Y COMPAÑÍA»

En otra larga carta (más de doscientos folios), Jordán, de pronto, hizo una inesperada «confesión» (?): «... Era ministro de Gobernación don Camilo Alonso Vega, que había sido informado años antes por la “Institución norteamericana” [CIA] de la reservada operación “Ummo”. Ya me había entrevistado con él para informarle detalladamente de nuestros proyectos. Él se mostró respetuoso con los planes, aunque se abstuvo completamente de toda intervención por parte de ningún agente. Hasta que un día tuve una entrevista con él, en el ministerio. Estaba hondamente preocupado por el cariz sociológico que iba tomando el dichoso asunto de las “Caras de Bélmez”. Había traspasado las fronteras hasta el punto de que varios teletipos, desde Alemania, Italia, Estados Unidos..., se

mostraban inquietos ante las extrañas noticias que estaban recibiendo. Tal vez porque estaba realizando una experiencia sociológica —“Ummo”—, me rogó que interviniera en la selva de los supremos arcanos de ultratumba. No me lo dijo así, claro está. Era demasiado inteligente para creer en las supersticiones populares que mezclaban lo divino con lo mágico. Pero se mostraba inquieto por las posibles e impredecibles implicaciones políticas que pudiera arrojar el suceso, como un gigantesco pulpo que nos succionara a todos... Me escuchó con asombro, entusiasmado por mis brillantes explicaciones. Entonces dio las órdenes oportunas para que consideraran como oficial mi tarea investigadora. Puso a mi disposición varios agentes de la Benemérita, incluso me asoció a un miembro de la Brigada Político-Social. Esto es realmente lo sucedido. He de rechazar como absurda la idea de que fuera el gobierno español el motor del asunto “Ummo” y yo el agente subordinado al mismo Alonso Vega, aunque sí —repito— estuviese informado de mis actividades...».

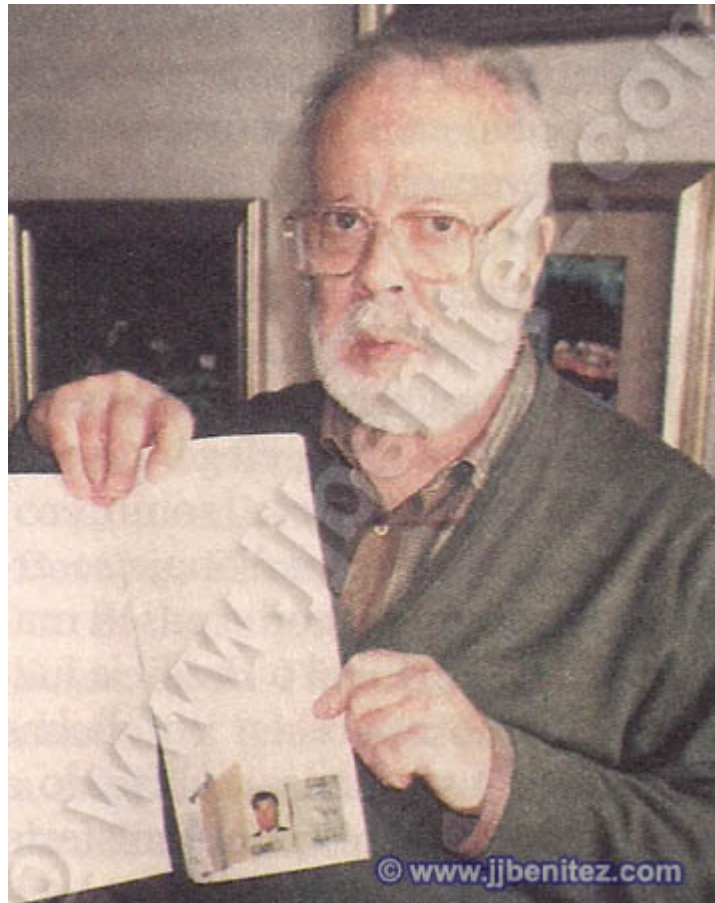
¿Hasta qué punto son creíbles las afirmaciones de Jordán? ¿Se informó al gobierno de Franco de la operación «Ummo»? ¿Lo hizo la CIA, como asegura José Luis Jordán Peña? Cuando analizamos lo ocurrido a lo largo de esos años, las palabras de Jordán quedan de nuevo en entredicho. Los agentes o servicios de Inteligencia de la dictadura sí estuvieron presentes, en varias ocasiones, en el desarrollo del tema «ummita». Un ejemplo, lo tenemos en el micrófono que fue hallado en la sede de Eridani, una sociedad fundada en Madrid en 1971 para la investigación del fenómeno ovni y demás temas cosmológicos y de la que formaban parte, entre otros, algunos de los primeros receptores de mensajes «ummitas». Fueron éstos —Villagrasa, Joaquín Martínez y Jorge Barrenechea— quienes me proporcionaron la información sobre aquel incidente: «Fue hacia 1972. Eridani se hallaba entonces en la calle Belén, 15. Alguien llamó por teléfono y nos alertó sobre la existencia de un micro. Nos reunimos previamente, fuera de la sede, para decidir qué debíamos hacer, en el caso de que apareciera dicho micrófono. Allí

estaban Jordán Peña, que era presidente de Eridani, Aguirre, Barrenechea, Juan Domínguez, Borraz, Villagrasa, Joaquín Martínez, Paco Mejorada, Dionisio Garrido y Muela. Y a eso de las siete de la tarde entramos en el domicilio, y procedimos a una minuciosa y silenciosa búsqueda. Fue Barrenechea quien lo encontró. Estaba pegado con cinta a una tabla existente sobre el radiador. Nos quedamos perplejos. Era increíble: alguien estaba espiando. Era un micro pequeño, del tamaño de una caja de cerillas, embutido en un bloque de plástico transparente. Pesaba muy poco. Garrido, el policía, lo examinó y lo guardó en una caja, con el fin de que no pudieran escucharnos. Entonces, alguien se percató de la presencia de un Mercedes negro, aparcado muy cerca de la sede. Jordán Peña salió a la carrera, pero el coche arrancó y desapareció. El micro parecía muy tosco y artesanal. Días después lo depositaron en el buzón de Eridani porque —dijeron— los de “Ummo” pasarían a recogerlo...».



Camilo Alonso Vega, ministro de la Gobernación (hoy llamado del Interior).





Jorge Barrenechea, el hombre que halló el micrófono en la sede de Eridani, en Madrid.  
(Foto: J. J. Benítez).



Tres imágenes del tosco micrófono encontrado en la sede madrileña en la que se reunían habitualmente algunos de los receptores de las cartas «ummitas». En la imagen 1 se distinguen el acumulador, el solenoide y los posibles transistores. En la imagen 2 aparece la antena, y en la 3, el micrófono. (Gentileza de Enrique Villagrasa).

La cuestión es que el micro terminó en el domicilio de Jordán Peña y, supongo, allí sigue, en un cajón de su despacho. La última vez que lo tuve en mis manos fue el 20 de mayo de 2000. Le pedí que me permitiera analizarlo, pero Jordán se negó. «Nunca supimos quién estaba detrás —añadió—. La CIA me avisó de la existencia en Eridani de una frecuencia desconocida. Por eso lo encontramos. En cuanto al vehículo que permanecía estacionado a las puertas de Eridani, ni idea. La “Institución” tampoco supo darme razón».

Si Jordán decía la verdad (?), es evidente que alguien deseaba estar al tanto de lo que se hablaba en la inofensiva sociedad de estudios cosmológicos. Si ese «alguien» no era la CIA, ¿en quién podemos pensar? Sólo se me ocurren dos posibilidades, medianamente correctas: el ministro de la Gobernación o el propio Jordán, por su cuenta y riesgo. En ambos supuestos, Jordán Peña habría mentido de nuevo.

Otro de los incidentes en el que, al parecer, intervinieron agentes de policía españoles tuvo lugar en diciembre de 1970, en plena «actividad» del asunto «Ummo». El «protagonista» fue Enrique de Vicente, estudioso del tema ovni y hoy director de la revista *Año Cero*. Ignacio Darnaude, en su exhaustiva recopilación de escritos «ummitas» (*Ummocat*), en el documento número 415, dice al respecto: «Según aseveraciones de Enrique de Vicente..., hacia diciembre de 1970 recibió un sobre anónimo con matasellos del distrito del aeropuerto de Barajas (Madrid) que contenía dos fotografías (tamaño 9 x 12), pertenecientes a un varón de raza blanca, corpulenta complexión y elevada estatura, que aparentaba alrededor de cuarenta años, elegantemente vestido a la usanza europea y tocado de mascota [sombbrero] al estilo del cine negro americano... El curioso personaje se erguía a pie firme en alguna suerte de barco, malecón o paseo marítimo, en parajes costeros o fluviales de Portugal o Brasil, a juzgar por los letreros, en portugués, que aparecen en dichas imágenes... Al dorso figuraba un afectuoso mensaje dirigido a De Vicente, con motivo de su persistente interés por el misterio de “UMMO”... El texto aparecía firmado por “Dei-98”, el supuesto líder de los “ummitas” en España. A Enrique de Vicente, excitado por el inesperado regalo, le faltó tiempo para telefonar a medio Madrid, dando cuenta de la existencia de las fotografías del “ummita” “Dei-98”... Según De Vicente, las fotos en cuestión fueron a parar a su cartera de mano y, con ella, se echó a la calle y prosiguió sus múltiples contactos y actividades habituales. Pasadas varias horas, ante su sorpresa, fue abordado por inspectores de la siniestra Brigada Social de Franco, adscritos al rastreo de

operaciones subversivas antifranquistas, que lo trasladaron sin contemplaciones a la Dirección General de Seguridad, sita en la Puerta del Sol, en el corazón de Madrid... Al llegar, como es preceptivo, entregó el portafolios con todo el variopinto y personalísimo contenido, incluidas las dos fotos del supuesto extraterrestre... Allí fue interrogado durante varias horas sobre su hipotética participación en algaradas estudiantiles. Finalmente, los policías lo pusieron en libertad, con la excusa de que todo había sido un error... Al salir del “kilómetro cero”, los “grises” le devolvieron cortésmente la bolsa de mano... Cuando Enrique de Vicente buscó las fotos de “Dei-98” comprobó que ambos retratos habían desaparecido...».



Enrique de Vicente, receptor de las falsas fotos de «Dei-98», el líder de los «ummitas» en España. (Foto: J. J. Benítez).

Las fotos del supuesto «Dei-98» fueron mostradas, antes de su incautación por los funcionarios, a los también investigadores del tema «Ummo» Francisco Mejorada y Javier Ruiz Sierra. Ambos dieron fe de la existencia de dichos retratos.

Hasta aquí, la versión «oficial». Lo que no se había dicho hasta ahora es que Enrique de Vicente fue víctima de una broma. El autor de la trastada fue Ignacio Darnaude. Así me lo confesó: «Yo tenía un tío, Antonio, que era radioaficionado. Pues bien, cuando efectuaban una nueva conexión, era costumbre que se intercambiaran fotos o postales, dando cuenta de los pormenores de dicha comunicación. Un buen día, mi tío Antonio recibió dos fotografías de un radioaficionado brasileño. Yo me hice con sendos retratos y pensé en gastarle una broma al crédulo Enriquito. Escribí un saludo al dorso de las fotos y lo firmé como “Dei-98”. Después me puse de acuerdo con un amigo de Madrid y éste lo echó al correo, en la zona de Barajas. El resto ya lo sabes...».





Ignacio Darnaude, autor de la broma a Enrique de Vicente. Las fotos del supuesto extraterrestre eran los retratos de un radioaficionado brasileño. (Foto: J. J. Benítez).

Sí, lo sabía, y sigo preguntándome: ¿quién alertó a los policías de la Dirección General de Seguridad? ¿Estaba «pinchado» el teléfono de De Vicente? Y, si lo estaba, ¿quién llevó a cabo la escucha: la CIA o la policía de Franco? ¿Fue alguno de los receptores de las cartas «ummitas», advertido por De Vicente de la existencia de las fotos de «Dei-98», quien lo puso en conocimiento de Jordán? ¿Fue Jordán, a su vez, el que avisó a la Policía o a la CIA? El embrollo es de tal magnitud que hoy, incluso, dudo de la segunda parte de la historia: la detención de Enrique de Vicente. Cabe la posibilidad de que las fotos de marras fueran «extraviadas» por De Vicente, al comprender o sospechar que había sido víctima de una broma...

El 20 de noviembre de 1988, los servicios de Inteligencia españoles volvieron a intervenir en el asunto «Ummo», según Jordán Peña. Ese día, en el hotel Sanvy, en Madrid, un nutrido grupo de estudiosos y seguidores de los «ummitas», fueron convocados para asistir a la lectura de una nueva y supuesta misiva extraterrestre. Previamente (primeros de ese mes de noviembre), varios ciudadanos españoles habían recibido sendas cartas procedentes de Suiza en las que —en un pésimo inglés se anunciaba que los «ummitas» estaban a punto de hacer una importante revelación sobre la Sábana Santa de Turín. Yo fui uno de los receptores de aquella carta y, francamente, quedé desconcertado. Curiosa y sospechosamente, pocos días antes de dicha recepción, la Iglesia católica dio a conocer en rueda de prensa el veredicto del carbono 14 sobre la antigüedad del referido lienzo. El 13 de octubre, el cardenal Ballestero anunciaba al mundo que la Sindone o Sábana Santa fue confeccionada entre los años 1260 y 1390. La reacción de los numerosos científicos que no estaban de acuerdo con el veredicto del C 14 no se hizo esperar y, lógicamente, se encendió la polémica. Pues bien, en mitad de esa polvareda —sospechosamente, como digo—, apareció la supuesta carta de «Ummo». Y esa tarde del 20 de noviembre, ante doscientas personas, Rafael Farriols procedió a la apertura de la misiva «ummita». En el sobre se leía la siguiente observación: «ANTES DE ABRIR. Para abrir el 20 de noviembre de 1988 a las dieciocho horas y diez minutos ante toda la asamblea». En total, casi diez folios mecanografiados a un solo espacio. La larga y monótona carta, leída por Luis Jiménez Marhuenda<sup>[14]</sup>, me dejó más perplejo si cabe. En ella, los «ummitas» aseguraban que la Sábana Santa que hoy conocemos se trata, en realidad, de una copia, propiciada por la Iglesia católica. El cambio —rezaba el panfleto— se efectuó en 1929. Según los «ummitas» el lienzo fue comprado en secreto por la Iglesia. Se trataba de una tela fabricada en Jaffa (Israel) en 1220. Construyeron igualmente un molde metálico con la imagen del hombre muerto y así, aplicando el lino al metal previamente

calentado, obtuvieron la imagen que hoy conocemos. De la sorpresa pasé a la indignación. Aquello era una burla y de muy mal gusto. Años después, al interrogar a Jordán Peña sobre el contenido de esta carta, lo negó todo: «No sé nada sobre ese cambio de la Sábana Santa. El Cristo de “Ummo” sí fue un invento mío. Eso, en cambio, lo del hotel Sanvy, es falso...». Meses más tarde, al plantearle el tema de nuevo, Jordán olvidó sus anteriores declaraciones y afirmó (por escrito): «... El documento sobre la Sábana Santa de Turín fue redactado al alimón por mí, y fue injertada, además, una parte clave por un agente español del CESID. Te digo esto porque fuiste *precisamente tú* quien me inspiró relativamente la fantasía del informe sobre el sagrado Sindone. No hay demasiado espacio en esta carta. Más adelante seré más explícito...».

Don/ña. ....

Domicilio .....

Población .....

queda invitado/a a participar en el coloquio que sobre

**“LA SINDONE DE TURIN”**

tendrá lugar en el

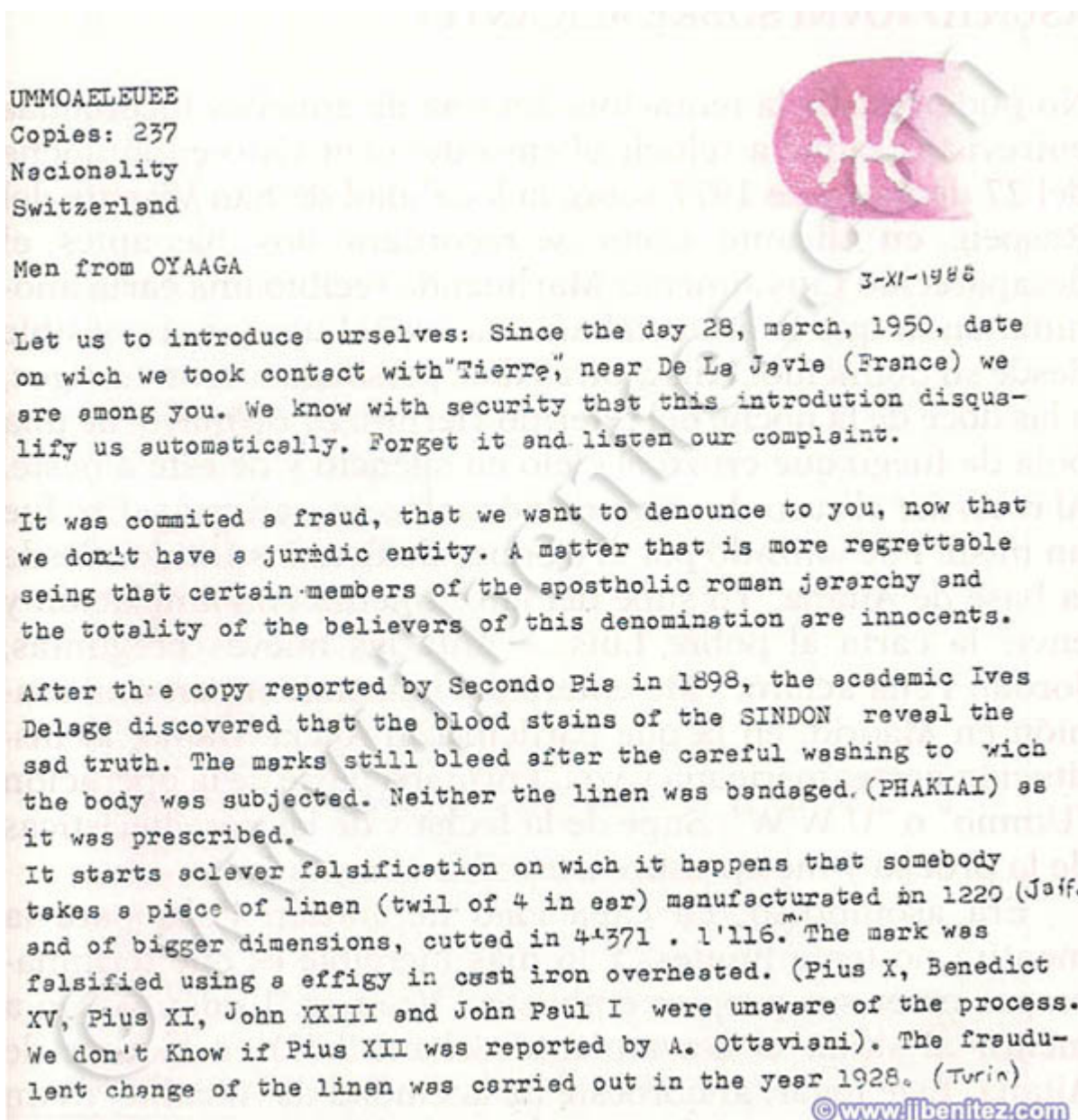
SALON SERRANO  
HOTEL SANVY  
Goya 3 - 28001 MADRID  
Tfno. (91) 276 08 00

El día 20 de Noviembre de 1988 a las 17.00 horas.

Se ruega puntualidad - No se permitirá la entrada a partir de las 17,30 horas

Nº .. A.O.1.....

Invitación para participar en la reunión convocada por los «ummitas» en el hotel Sanvy, en Madrid.



Parte de la carta «ummitas» recibida por J. J. Benítez en la que se habla de la Sábana Santa de Turín y de cómo fue cambiada por un lienzo fabricado en 1220 en Jaffa. Otra burda broma...

En una nota «E-1», en esa misma carta, Jordán añadía: «Mi trato con el tema fue circunstancial. Sospecho que la Administración norteamericana también tenía algún contencioso con esta



organización internacional<sup>[15]</sup>. El caso es que, ¿a título privado?, un agente conocido por mí que había, años atrás, actuado como enlace en la operación U W W me suplicó que recibiese a un agente del CESID, para tratar un asunto diferente al caso “UMMO”. Fue, pues, casi el único contacto que tuve con estos señores. El ruego cumplido de insertar determinados párrafos en el informe. Que debería ser leído precisamente a determinada hora y en un hotel determinado. La coincidencia de la detención de la plana mayor de los dirigentes de esta secta frenoclasta me sorprendió a mí mismo. Sospecho con bastante certeza que hay una especie de hiato entre la lectura pública del informe y la operación policial. Pero el asunto está entre tinieblas, tanto para ti como para mí».



Carta «ummita» con matasellos de Suiza, con fecha 1 de noviembre de 1988. Según Jordán Peña, fue manipulada por el CESID.

¿Decía la verdad Jordán Peña? ¿Participó el CESID (antiguo Centro Superior de Información de la Defensa) en la redacción de la carta «ummita» sobre la Sábana Santa? Para mí, en este asunto, sólo hay una cosa cierta: la supuesta revelación sobre la Sindone es más falsa que el pavo de Bush...

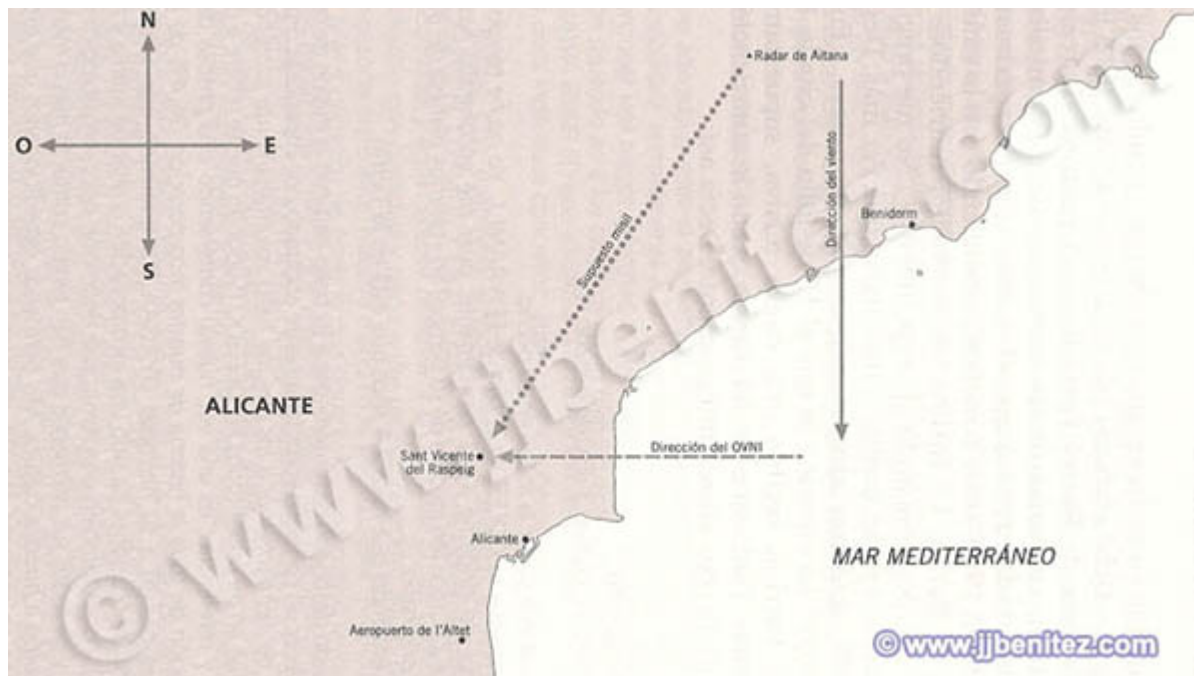


## ASUNTO «OVNI SOBRE ALICANTE»

No pude resistir la tentación. En una de aquellas incómodas entrevistas saqué a relucir el caso del ovni visto en la noche del 27 de mayo de 1977 sobre la localidad de San Vicente del Raspeig, en Alicante. Como se recordará, dos días antes, el desaparecido Luis Jiménez Marhuenda recibió una carta anónima en la que le anunciaban una «señal luminosa», visible desde su domicilio. Luis y otras diez personas fueron testigos, a las doce de la noche del referido viernes, 27 de mayo, de una bola de fuego que cruzó el cielo en silencio y de este a oeste. Al recordar el caso, Jordán sonrió malévolo y afirmó: «Eso fue un misil. Fue lanzado por el ejército de Estados Unidos desde la base de Aitana. Yo supe del lanzamiento con antelación y envié la carta al pobre Luis...». Ante las nuevas preguntas, Jordán Peña aclaró: «Me enteré del lanzamiento en una reunión en Madrid, en la que participaron Alicia Araujo, la Institución norteamericana y yo... Formaba parte de la operación "Ummo" o "U W W". Supe de la fecha y de las características de la prueba y me apresuré a escribir la carta...».

Era asombroso. La capacidad de Jordán Peña para la mentira no tenía límites. Y lo más increíble es que terminaba por creer sus propios embustes. Veamos. Jordán volvió a mentir al situar el lanzamiento del misil (?) en la base de Aitana. Este lugar, al noroeste de la ciudad de Alicante, es un radar militar. Nunca fue una base de lanzamientos. En segundo lugar, si se hubiera molestado en consultar un mapa, Jordán habría comprendido que esa «explicación» era inviable porque, sencillamente, el ovni fue visto de este a oeste (Aitana, como digo, se encuentra al norte). En tercer lugar, según mis averiguaciones, en esa fecha y en las anteriores y posteriores al 27 de mayo, no se registraron maniobras militares en la zona. Por último, por muy norteamericanos que sean, ¿en qué cabeza cabe que disparen un misil sobre un núcleo urbano y a las doce de la noche? La carta existe y me consta. Jordán Peña miente.

Eso también es innegable. El objeto fue visto por muchas personas. Esto es igualmente cierto. La cuestión es: ¿quién manipuló al manipulador?



Ovni sobre San Vicente del Raspeig a las doce de la noche del 27 de mayo de 1977. Situación del radar militar en Aitana y trayectoria del supuesto misil, según Jordán Peña. El viento, esa noche, soplaba de norte a sur. El último vuelo que entró en el aeropuerto de El Altet se registró a las 23.25 horas del jueves, 26. Es decir, media hora antes del avistamiento ovni.

## ASUNTO «SUSURROS»

Lo ocurrido en aquel verano de 1996 fue, cuando menos, sorprendente. Debo empezar por aclarar que Jordán Peña jamás pisó la casa de Rafael Farriols, en Argentona (Barcelona). Pues bien, en varias de las entrevistas en su domicilio, en Madrid, Jordán repitió que «Ummo», como «experimento», finalizó en 1989, «más o menos coincidiendo con la caída del muro de Berlín. La Institución —añadió, refiriéndose a la CIA— dio por concluido el “experimento”. No me preguntes por qué...». Jordán mentía o inventaba, una vez

más. Después de 1989 siguieron apareciendo cartas «ummitas». ¿Fueron obra suya? La cuestión es que el 15 de julio del citado 1996, Rafael Farriols recibió una nueva misiva, supuestamente «ummita». Dado su especial interés, y con la autorización de Farriols, la reproduzco íntegramente. Decía así:

*Ummoalevee*

*Número de copias: 3 (Escrito a mano<sup>[16]</sup>).*

*Permítame poner la mano en su pecho.*

*Mi nombre es OOLEEEO 2, hijo de EEWAANII 1. Yo no he tenido el honor de dirigirme a Vd. previamente, pues me encontraba hasta hace 2,4 años [en medida de su tiempo] en «Ummo» planeta del que soy originario.*

*(Yo entiendo que hace 2,4 años que está en la Tierra).*

*He sido destinado recientemente a su bello país con la misión de restablecer un contacto voluntariamente abortado por imperiosas órdenes de mis hermanos a los que me hallo voluntariamente sometido. Obran en mi poder todos los DEEGOO (Supongo que se refiere a datos y referencias; es una voz nueva) conteniendo una precisa descripción de toda la historia de nuestra incorporación (98,4% de las veces pasiva) a su hermoso OYAGAA<sup>[17]</sup>. (Entiendo que sólo en 1,6% de ocasiones ha sido una incorporación o relación íntima y activa). Poseo también una minuciosa definición psicosomatológica de Vd. y de todos sus hermanos que han tenido contacto más o menos próximo a nuestra cultura. Mis hermanos expedicionarios que estuvieron en contacto con Vd. me ruegan le transmita un emocionado saludo.*

*Vd. no puede hacerse una idea ni remotamente aproximada de la tristeza que nos embarga cuando debemos abandonar misiones en las que se implican afectos y sentimientos. Ello es debido a la peculiar estructura de nuestro cerebro en el que además de una evolución del cuerpo estriado y del tálamo muy superior a la de Vds. se ha*

desarrollado considerablemente en nuestra especie el GOOYOOOOO (parte del cerebro equivalente a lo que Vds. denominan Polígono de WILLIS). Este subórgano es el responsable de lo que su inteligentísimo hermano Miguel Unamuno denominaba «Inteligencia Simiente» y que sus hermanos neurólogos están próximos a descubrir en su planeta. De hecho algunos pedagogos y psicólogos norteamericanos ya han empezado a elaborar tests (más sobre bases empíricas que científicas) que correlacionan inteligencia y sentimientos. Compruebe Vd. mediante sencilla observación de las diferentes especies animales que comparten existencia con Vd.

A mayor inteligencia mayor sensibilidad.

Pero además (y esto es parcialmente desconocido en OYAGAA) la sensibilidad, retroalimenta a la inteligencia, no solamente por proporcionar una mayor información sino también una MEJOR información situando así a los cerebros en un plano cuántico perceptible por BUAWA BIIAEI<sup>[18]</sup> que instará a una mutación de la especie a través de unos individuos concretos, auténticos «pioneros biológicos».

Sr. Rafael: Con contenida emoción hemos estudiado su libro EL HOMBRE EL COSMOS Y DIOS el cual nos ha parecido excelente: es encomiable y enternecedor observar a un OEMMII<sup>[19]</sup> de OYAGAA luchando con dignidad y tesón entre las embravecidas aguas de la ignorancia imperante. Nuestra mano en su pecho, señor. No obstante (y le suplicamos no tome lo que sigue como una crítica) le invitamos encarecidamente a que repase los siguientes documentos: EL MANIFIESTO COMUNISTA (Karl Marx y Friedrich Engels) y los cálculos de Gauss y las implicaciones del llamado plano de Gauss para representar gráficamente los llamados por Vds. «números complejos».

Nosotros conocíamos con una alta certeza la posibilidad de victoria de su hermano J. M. AZNAR en las elecciones

*democráticas del país España. Por ello mis hermanos le advirtieron de lo arriesgado de ciertas inversiones antes de la primera mitad del año actual. Si Vd. pregunta a expertos inversores le dirán el número de aventuras empresariales fracasadas o periclitadas en los últimos dos años. Nosotros creemos con alto grado de fiabilidad que se aproxima un buen momento inversor, mas ello sabiendo elegir los campos y momentos adecuados y dejándose asesorar por expertos.*

*Sr. Farriols: Hay un riesgo de rebrote en su país de fiebre equina. Tome precauciones.*

*Sr. Farriols: Nosotros queremos saber si quiere Vd. ayudamos a reestructurar la A YUYISAA (Red) de su país. Para ello nos sería de gran ayuda que Vd. pregunte personalmente a TODOS cuantos han tenido un contacto razonablemente alto con civilización «UMMO» sobre su eventual interés en una repartición en el estudio de nuestra civilización. Puede para ello usar canal telefónico entre días 5 de Julio y 28 de Agosto del año 1996. Puede suplicar ayuda a su hermano PONS.*

*Sr. Rafael, yo pongo mi mano en su pecho. Ruego transmita nuestro respeto a su YIEE (esposa) y a sus hermanos adictos.*

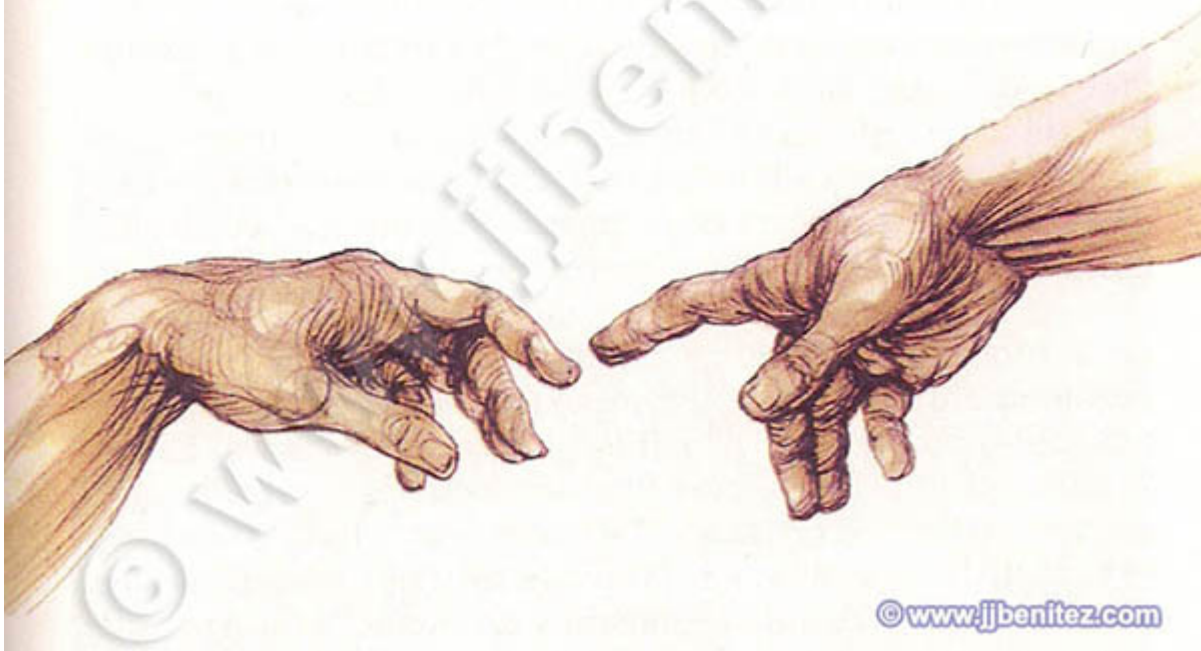
*Dictó: OOLEEOO 2 Hijo de EEWAANII1.*

Cuando Farriols leyó la carta, quedó sorprendido, al menos por dos motivos. El 24 de julio de ese año (1996) me escribía, lógicamente alarmado, explicando las razones: «... He escrito un libro que titulo *El hombre, el cosmos y Dios*. No lo he publicado todavía, aunque ésta sea mi intención. He sacado unas pocas fotocopias del libro que he repartido entre la familia y, desde hace un mes, una copia a Jorge Barrenechea... Me parece inconcebible que digan “hemos estudiado su libro”. ¿Cómo es posible si —prácticamente— sólo estaba en el ordenador?... Además, y eso es muy interesante, yo había “metido la pata” en mis comentarios sobre



el manifiesto comunista y sobre la imposibilidad de representar gráficamente los números complejos, o imaginarios, en el plano de Gauss. A raíz de las advertencias “ummitas”, tuve que modificar ambos conceptos para ceñidos a la realidad, pues llevaban razón...».

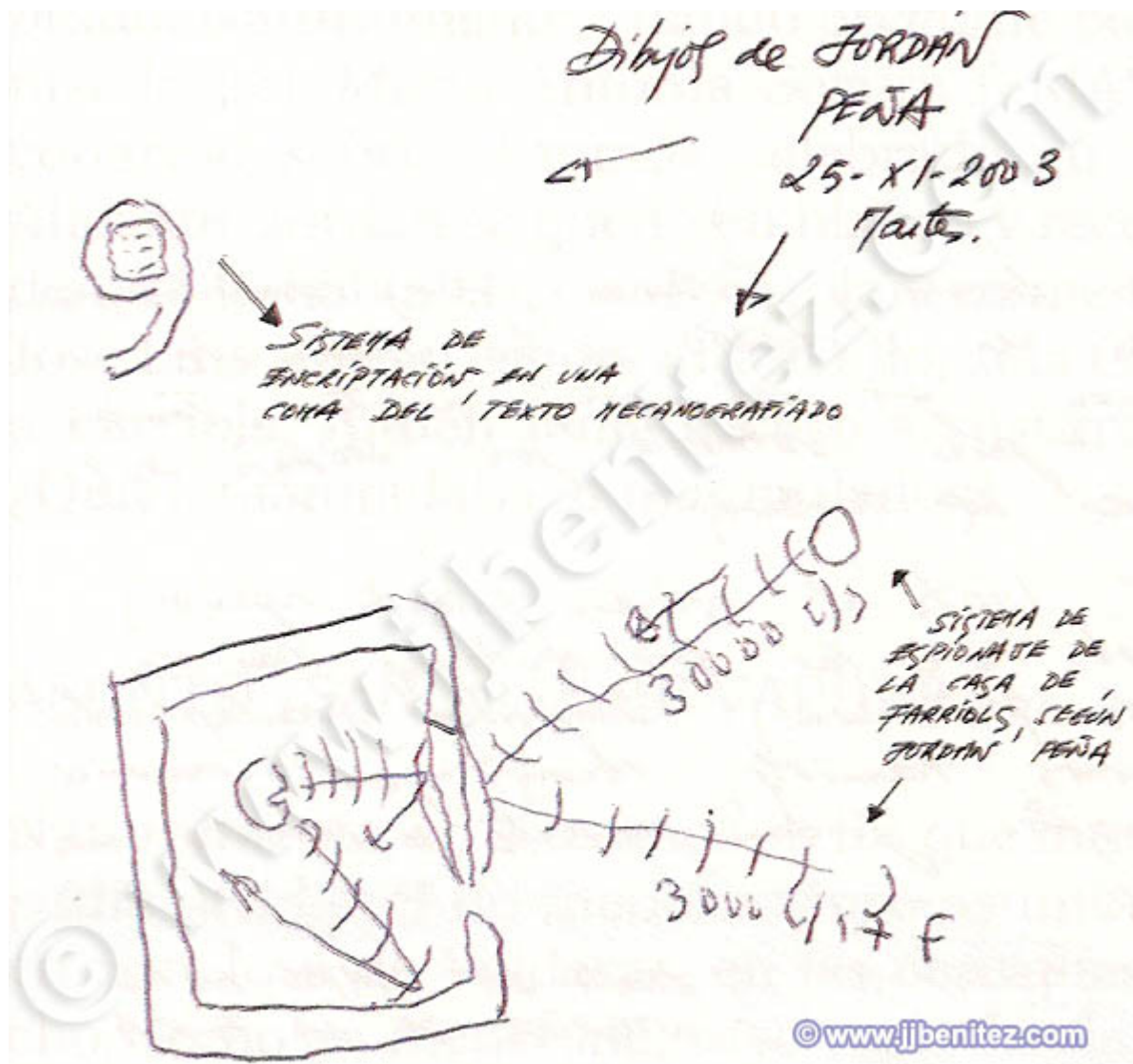
# EL HOMBRE EL COSMOS Y DIOS



Cubierta del libro escrito por Rafael Farriols y mencionado en la carta «ummita» del 15 de julio de 1996. Según Jordán, «la Institución» (CIA) supo del libro porque «espiaron su ordenador». (Gentileza de Farriols).

La segunda causa de extrañeza se hallaba en uno de los últimos párrafos de la referida carta «ummita»: «Sr. Farriols: Hay un riesgo de rebrote en su país de fiebre equina. Tome precauciones». Y Rafael Farriols, con razón, se preguntó: «Si Jordán fuera el autor de esta carta, ¿cómo podía saber que tengo caballos si jamás ha estado en mi casa?, ¿cómo adivinó que entre mis planes, estaba la exportación de caballos a Alemania e Italia y que, obviamente, la fiebre equina hubiera puesto en peligro mi proyecto?». Jordán,

según dijo, «no sabía nada de esa carta». Meses después cambió de opinión: «No sé quien la redactó, pero la información procede de la Institución. Ellos disponen de medios técnicos para espiar las conversaciones de Farriols y para entrar en su ordenador. Así supieron lo del libro y lo de los caballos».



«La CIA espió a Farriols», dice Jordán Peña.

¿Decía la verdad Jordán Peña o se trataba de una nueva mentira-fantasia? Un mes más tarde, el 26 de agosto (1996), Farriols recibió una segunda misiva «ummita». En ella, comentada en páginas precedentes, los supuestos extraterrestres le rogaban

que elevara el tono de la voz por encima de diecisiete decibelios. Días antes, como se recordará, Rafael se encerró en su estudio y a eso de las dos de la madrugada, mientras caminaba en círculos, susurró a los «ummitas» una serie de preguntas y reflexiones. «Este monólogo lo ensayo varias veces al año, aunque, en aquella ocasión, me dio por hablar con susurros; es decir, sin emplear las cuerdas vocales y confiando en la eficacia de sus métodos de amplificación. Por lo visto me equivoqué y les fue muy difícil grabar lo que decía. Pero fíjate que, con esa frase, me confirmaron que estaban “escuchando”, pese a que obtuvieran una “mala grabación”. ¡Ándate, pues, con cuidado con lo que piensas! “Ellos” acceden a tus pensamientos siempre que dispongan de un artefacto adecuado situado dentro de una área circular de veintidós metros de radio. Esta “gente” se las sabe todas...».

Cuando planteé el enigma de los «susurros» Jordán me remitió a lo ya dicho: «Fue la Institución norteamericana [CIA] quien espío a Farriols». Lógicamente, me interesé por los detalles: ¿cómo lo hicieron? ¿Cómo es posible que estuvieran vigilando la casa a las dos de la madrugada, de una noche y de un año cualquiera? «Ellos captan la voz —fue la única respuesta de Jordán Peña—. Para eso disponen de sistemas electrónicos muy precisos. Al hablar, los cristales vibran. Esa vibración (treinta mil ciclos por segundo) es recogida en el exterior por un receptor». Tal y como decía, Jordán no conoce la casa de Farriols y, por tanto, no sabe que los cristales del estudio son, en realidad, planchas de metacrilato de veinte milímetros de espesor. En otras palabras: jamás vibrarían ante un susurro... Jordán, además, olvidaba sus declaraciones anteriores. Si el «experimento» había concluido —según él en 1989, ¿por qué espionar a este ciudadano barcelonés en 1996? Por esa misma regla de tres, también el resto de los receptores de mensajes «ummitas» deberían haber sido espionados, día y noche. Es decir, cientos de personas, contando a los familiares y amigos que compartían cartas e inquietudes. No imagino a la CIA manteniendo semejante dispositivo, durante treinta años, para satisfacer las pretensiones de

un desequilibrado. Naturalmente, cuando pregunté por el suceso protagonizado por María Antonia Segura («MAS»), poco antes del congreso sobre «Ummo» celebrado en marzo de 1980 en Alicante, Jordán se quedó en blanco y reconoció que no sabía de qué le hablaba. Y volví a plantearme la gran cuestión: si José Luis Jordán estaba mintiendo, si la CIA no había espiado a Farriols, ¿quién tenía acceso a susurros y pensamientos? ¿Quién manipulaba al manipulador?

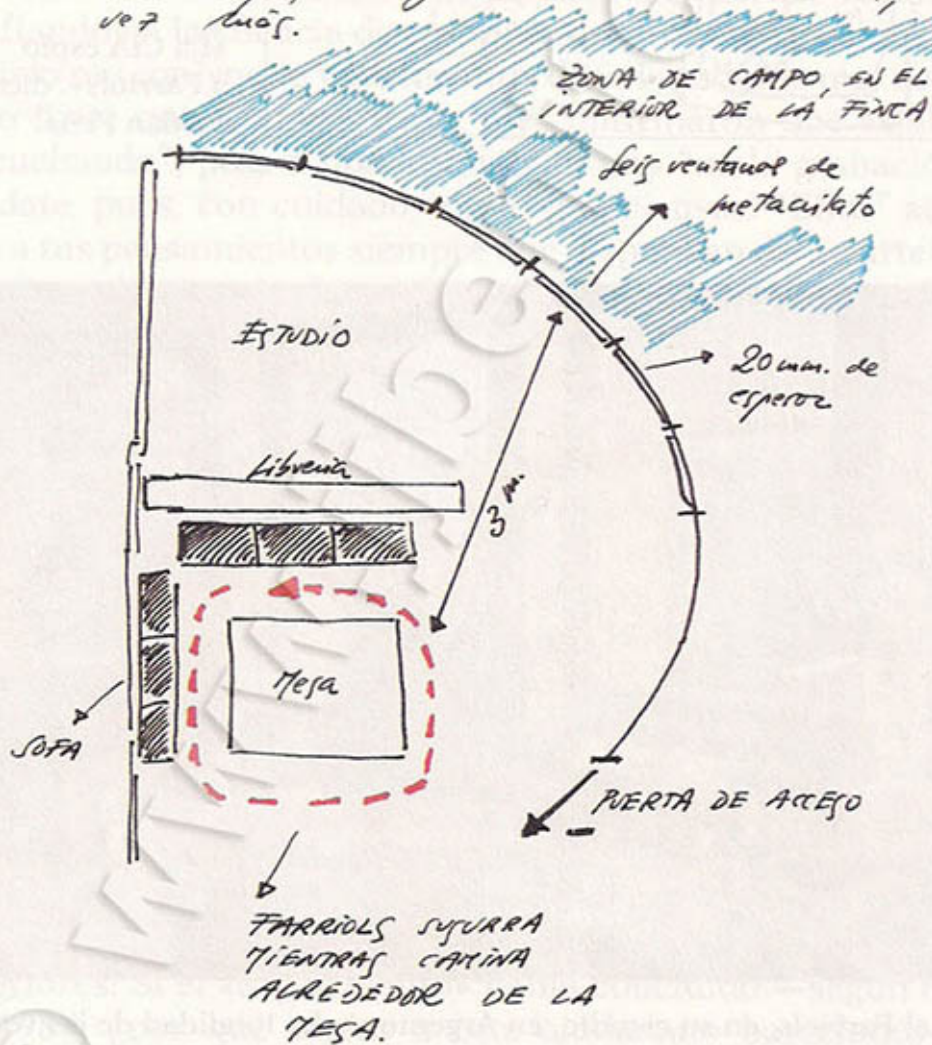


Rafael Farriols, en su estudio, en Argentona. La totalidad de las ventanas y puertas están protegidas por placas transparentes de metacrilato de metilo de veinte milímetros de espesor (antibalas). Es técnicamente imposible que dichas placas puedan vibrar a causa de la voz y, mucho menos, por los susurros. Una de las aplicaciones de este material consiste, justamente, en el aislamiento acústico. Ejemplo: las grandes pantallas dispuestas a lo largo de autopistas para disminuir el ruido en las viviendas cercanas. (Foto: J. J. Benítez).



⑦ Los amigos Lacalle y Gallarta (Arip) coincidieron en la casa de J. Gallo, su tío. Ambos le comentaron que los ovnis existen. Tenían pruebas, "pero volaban por debajo del límite de los radares".

⑧ "Surguras". Visitó el estudio (planta superior) y comprobó que las seis ventanas son de Metacrilato (20 mm.). Imposible hacerlas visua con surguras. Family reconstruye lo ocurrido ver gráfico. Jordán minuto o veinte, una vez más.



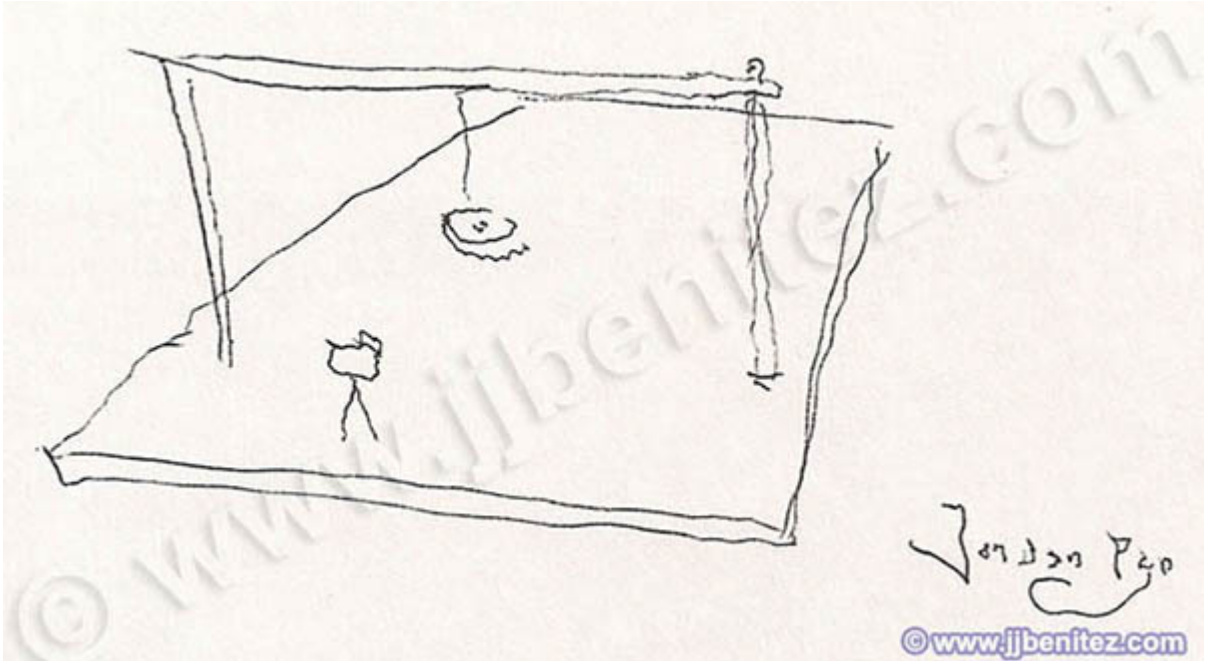
## ASUNTO «SAN JOSÉ DE VALDERAS»

Naturalmente, en esos años en los que interrogué a Jordán, no podía olvidar el no menos oscuro asunto del ovni observado en San José de Valderas, en las cercanías de Madrid. El hecho, como ya mencioné, tuvo lugar hacia las 20.20 horas del jueves, 1 de junio de 1967. Los testigos vieron un objeto silencioso, en forma de disco, que sobrevoló la zona. Alguien, al parecer, tomó fotografías. A los pocos minutos el ovni se alejó en dirección a la Casa de Campo, al oeste de Madrid, y se registró un aterrizaje en la colonia de Santa Mónica. Al día siguiente, 2 de junio, el diario madrileño *Informaciones* daba cuenta del avistamiento, publicando dos fotografías de la nave. En una de las imágenes se observa la célebre «H» de «Ummo» en la base del objeto.

He aquí, en síntesis, las versiones proporcionadas por Jordán en diez años:

1. «Yo fabriqué el ovni —aclaró (?) en mi primera conversación (1993)—. Lo hice con dos platos de plástico. Me ayudaron dos colaboradores. No eran de la Institución norteamericana. No me preguntes cómo se hizo. Eso es secreto. Tendría que solicitar autorización a esos señores».
2. «Yo confeccioné la maqueta de plástico con la ayuda de un amigo y colaborador. Seleccionamos el paraje por el castillo de Valderas, un lugar muy propio (?)».
3. «El lugar para colgar la maqueta de plástico lo eligió mi colaborador. Fue ese amigo quien decidió igualmente qué tipo de película debía utilizarse en el trucaje (400 ASA)».
4. «La película fue revelada esa misma noche del 1 de junio en un laboratorio comercial de Madrid».

5. «Esa mañana, al hacer las fotos, yo revelé el carrete en un pequeño laboratorio que había instalado en mi domicilio».
6. «Yo pinté la “H” en mi casa».
7. «La “H” fue diseñada con cinta aislante de color negro».
8. «La maqueta de plástico fue colgada con un hilo de nylon, con la ayuda de un palo. Mi ayudante sostenía el palo y yo hacía las fotos».
9. Jordán declaró a Antonio Luis Moyano (véase *Enigmas*, abril de 2001) que la maqueta fue «suspendida de otra más grande». Jordán dibujó el artilugio, consistente en tres palos (?), similares a una portería de fútbol. Según esta nueva versión, el ovni colgaba del travesaño.
10. «No sé dónde están los negativos que no fueron publicados y tampoco la maqueta de plástico».
11. «La maqueta del ovni, la película sobrante y el aparato para fabricar las huellas del aterrizaje de Aluche se los llevaron los norteamericanos [CIA]».
12. «Hice un rollo completo: treinta y seis imágenes de la maqueta de plástico».
13. «Hice diez o quince fotografías —declaró en mi última charla, en febrero de 2004—. Seleccioné cinco negativos y llamé al periodista Antonio San Antonio. Lo elegí porque le gustaba el tema ovni. La maqueta fue colgada de un árbol».



Dibujo de Jordán Peña, publicado en la revista *Enigmas*. (Cortesía de Antonio L. Moyano).

CLORO  
F Fluor



con fujada y  
angular.

- No había  
radiop = 60' 7' desp  
antes de  
lo pulcrado



Dibujos de Jordán Peña en el cuaderno de campo de J. J. Benítez. Enésima versión sobre el trucaje de San José de Valderas. En esta ocasión, la maqueta fue colgada de un árbol, según Jordán.

E insisto en algo que ya comenté. Si Jordán Peña pintó o fabricó la «H» que lucía la supuesta maqueta de plástico, y si dicho símbolo aparece con los extremos curvados hacia el exterior, ¿cómo es posible que Antonio San Antonio fuera el «inventor» de dicha curvatura? Según Jordán, el citado periodista fue telefoneado *después* de llevar a cabo el fraude.

Sí, alguien miente como un bellaco...

Por su parte, la versión de Vicente Ortuño, uno de los «colaboradores» que menciona Jordán, tampoco resulta definitiva ni fiable. Y me explico: ¿por qué creer a quien colaboró con un mentiroso patológico? ¿Es que Ortuño es menos culpable porque se limitara a llamar por teléfono, hacer de recadero o sostener el palo del que colgaba la maqueta de plástico?

«El trucaje de Valderas —contó Ortuño en diferentes conversaciones— se hizo unos días antes del primero de junio. Creo, incluso, que antes de la lectura de la carta en la que anunciaban los tres aterrizajes en Madrid, Oruro y Brasil. Yo mismo firmé en el reverso de aquella hoja... Las fotos se hicieron una mañana, a eso de las once. Yo trabajaba ya con Jordán, en Agromán. Empecé en abril de 1967, si no recuerdo mal... Era un día de labor. Fue él (Jordán) quien escogió el sitio. A esas horas no había nadie en el lugar... La maqueta la hizo con dos platos de plástico que nos proporcionó mi mujer... Jordán ya traía pintada la “H”. Supongo que lo hizo en su casa. Colocamos un palo cimbreante en el capó del seiscientos de Jordán Peña y él tomó las fotografías... La operación pudo durar una hora, más o menos. El ovni colgaba de un hilo. Terminada la sesión de fotos, nos dirigimos a la casa de Jordán. Allí, en un laboratorio muy elemental, procedió al revelado de las imágenes. Pudieron ser diez o quince fotos. Era un rollo virgen. Allí no había fotos de ningún otro asunto... Fuimos cinco las personas que estuvimos al tanto del montaje: Jordán Peña, nuestras respectivas esposas, un cuñado de Jordán y yo... La

verdad es que me he sentido defraudado: Jordán podía haberme advertido que pensaba autoinculparse, aunque sólo fuera por cortesía. Yo le hice muchos favores durante aquellos años...».



La «H» con los brazos curvados hacia el exterior. Esta imagen fue tomada antes de que Jordán Peña telefonara al periodista San Antonio.



Primero de junio de 1968, a las 20.20 horas. Primer aniversario del avistamiento ovni en Valderas. Farriols, Villagrasa y otros interesados en el asunto hacen acto de presencia junto al castillo, «por si se repetía el avistamiento». De pronto apareció un «600» que merodeaba por la zona. Alguien creyó ver a Jordán Peña al volante. Lo acompañaban una mujer y un niño. En la imagen, el seiscientos sospechoso junto al Morris 1100 de Rafael Farriols. Otros estiman que el conductor del seiscientos podría haber sido Vicente Ortuño, colaborador de Jordán. (Archivo: Farriols).

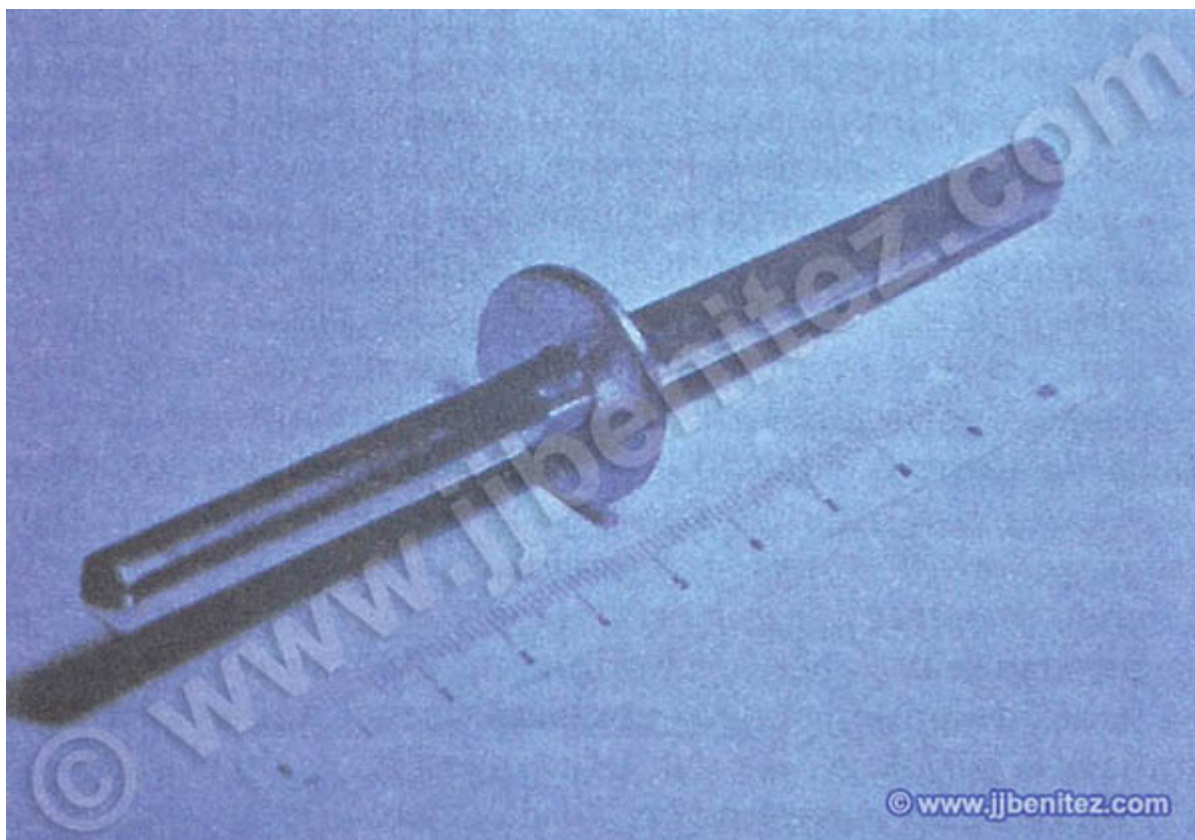
El ovni, tras evolucionar sobre la zona del castillo de Valderas, se desplazó hacia el oeste de Madrid, y realizó un descenso o aterrizaje en la colonia madrileña de Santa Mónica. Así lo ratificaron los testigos<sup>[20]</sup>. Dos de ellos —los hermanos Arribas— aseguraron haber visto un disco posado en el suelo y cómo, tras recoger a unos hombres, volvía a partir a gran velocidad<sup>[21]</sup>. Cuando interrogué a Jordán Peña sobre estos testigos de Santa Mónica, la respuesta fue

siempre la misma (algo no menos singular en Jordán): «Todos mienten. No hubo ovni. Yo lo inventé...».

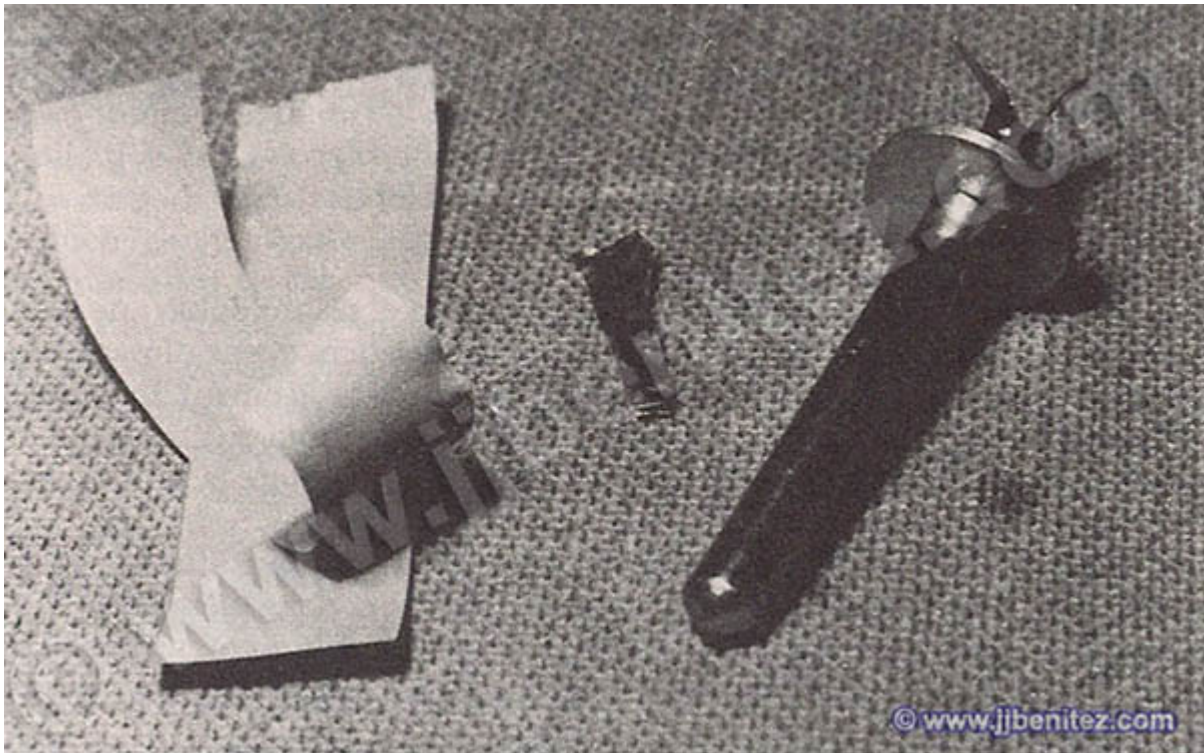
Y fue en ese lugar (Santa Mónica) y en esas fechas (primeros de junio de 1967) cuando entró en escena un nuevo elemento en este endiabrado caso: unos tubos metálicos que, al parecer, fueron hallados en el mismo paraje en el que había aterrizado el ovni. Por más que lo intentaron, los investigadores y periodistas de la época no fueron capaces de encontrar ninguna de estas piezas, supuestamente arrojadas por la nave. Lo único que circuló (y sigue circulando) fueron dos fotografías de dichos tubos. La primera, en la que se aprecia un tubo roto y dos láminas con la «H», fue enviada por un tal «Antonio Pardo» al investigador Marius Lleget<sup>[22]</sup>, ya fallecido. La segunda imagen, en la que se ve un tubo completo, llegó días después, por correo, a diferentes vecinos del citado barrio o colonia de Santa Mónica. Junto a la foto y un croquis de dicho tubo, con sus dimensiones, podía leerse una nota en la que ofrecían dieciocho mil pesetas por la recuperación de cada tubito. Los cilindros en cuestión tenían que ser idénticos al que mostraba la referida foto. La misiva aparecía firmada por un tal «Henri Dagousset». La carta presentaba la siguiente nota: «Dirijan la correspondencia antes del 28 de junio a *Mr. Antoine Nancey*. Lista de Correos. Madrid». Hoy existen fundadas sospechas para creer que «Antonio Pardo» y «Dagousset» sólo son «fantasmas», creados por la retorcida mente de Jordán Peña. Cuando pregunté por este asunto me aseguró que «las láminas de plástico se las facilitó la Institución [CIA]». En otra entrevista habló de un «ingeniero norteamericano, amigo suyo, que trabajaba para la NASA y que fue quien le regaló el plástico». En una tercera conversación, Jordán habló de un «industrial estadounidense...». Para qué seguir. Lo que está claro es que los mencionados tubos metálicos «no existen». Nadie llegó a tenerlos en las manos, excepción hecha de Jordán. Él mandó fabricar la pieza fotografiada en la carta de Henri Dagousset, él fue Dagousset. Él mismo procedió a romper una de las mitades del tubo y la fotografió después. Él fue quien remitió el plástico y un



fragmento del tubo de Marius Lleget, haciéndose pasar por Antonio Pardo. Ésta, al menos, es la versión de Jordán...



Tubo metálico, supuestamente extraterrestre, tal y como aparece en las cartas remitidas por Henri Dagousset. «Yo la mandé fabricar», dice Jordán Peña. (Archivo: R. Farriols).



Tubo metálico, supuestamente encontrado en la colonia madrileña de Santa Mónica. Según Jordán, las láminas de plástico, con el sello («H») de «Ummo», se hallaban en el interior. En el centro de la imagen, el fragmento metálico que fue remitido por «Antonio Pardo» a Lleget el 26 de agosto de 1967. (Archivo: Rafael Farriols).



Muy Señor nuestro:

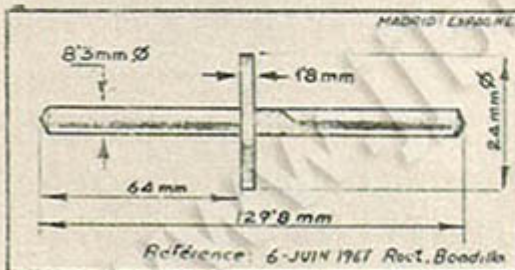
Con fecha 1 de Junio del presente 1967 se produjo un incidente del que se hizo eco

la prensa de España y las Agencias de Información de los Países Europeos. En unos terrenos situados en las proximidades del Kilometro 3 de la Carretera de Bordilla del Monte ( Madrid ) acotados bajo la rúbrica " Propiedad del Patrimonio Nacional " Descendió un Vehículo Aéreo de forma circular que los diarios calificaron con la denominación de " Platillo Volante ".

A los pocos días un obrero metalurgico y posteriormente una señorita residente en el Poblado de Santa Monica descubrieron respectivamente unos cilindros metálicos provistos de un disco central cuyas dimensiones le indicamos para que le sirvan de referencia: Longitud del tubo: 129'8 milímetros. Calibre del tubo: 8'3 mm. Diámetro del disco metálico centrado: 24 milímetros. Ambas capsulas han llegado a nuestro poder y le adjuntamos la fotografía y croquis de una de ellas.

El aspecto exterior es el de un cilindro de aluminio pulimentado, con sus extremos en forma de ojiva.

Como segun nuestras referencias han sido encontrados por otros vecinos de la zona



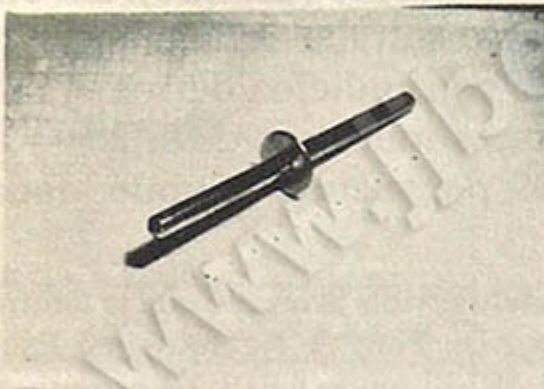
Un numero no determinado aun de estos pequeños cilindros que sin duda no tendrán ningún valor para sus actuales poseedores, fuera de la indudable curiosidad despertada por su hallazgo, y puesto que usted posee un Establecimiento legalmente abierto en esa Zona de la Capital de España, le suplicamos exponga la presente comunicación para conocimiento de sus parroquianos y visitantes.

Estamos dispuestos a ofrecer hasta 10000 pts ( DIECIOCHO MIL PSETAS ) por cada uno de los cilindros que idénticos al modelo adjunto se nos proporcione. En el caso de que la capsula estuviese deteriorada o fracturada y siempre que el contenido interior se encontrase en buen

estado, estudiaríamos con el poseedor nuevas condiciones de la oferta.

A cambio de su amabilidad por dar publicidad a la presente Nota ( Una copia de la cual ha sido remitida también a otros cinco Establecimientos ) le ofreceremos a usted una prima de 7000 ( SIETE MIL ) pesetas, por cada capsula que consigamos gracias a su mediación. En nota aparte le remito el nombre de nuestro Secretario y su dirección a quien usted debiera dirigirse urgentemente en el caso de que posea noticia fidedigna a este respecto. Le suplico se abstenga de ponerse en contacto con nosotros si realmente no recibe usted una oferta de esa naturaleza.

Nuestro interes es puramente científico. Las citadas capsulas no contienen ningún dispositivo de interes crematístico, militar, etc sino : repetimos, genuinamente técnico. Nuestras actividades se reducen al Estudio de los llamados U.F.O. ( OBJETOS CELESTES NO IDENTIFICADOS ) llamados popularmente en esta Nación "Platos Volantes"



Si por el tiempo transcurrido, las personas que han pedido localizar tales capsulas, las hubiesen entregado a otras Entidades privadas o del Estado, le suplicamos también una información sobre el particular

Esperando sus amables noticias le saluda muy atentamente

HENRI DAGOUSSET.

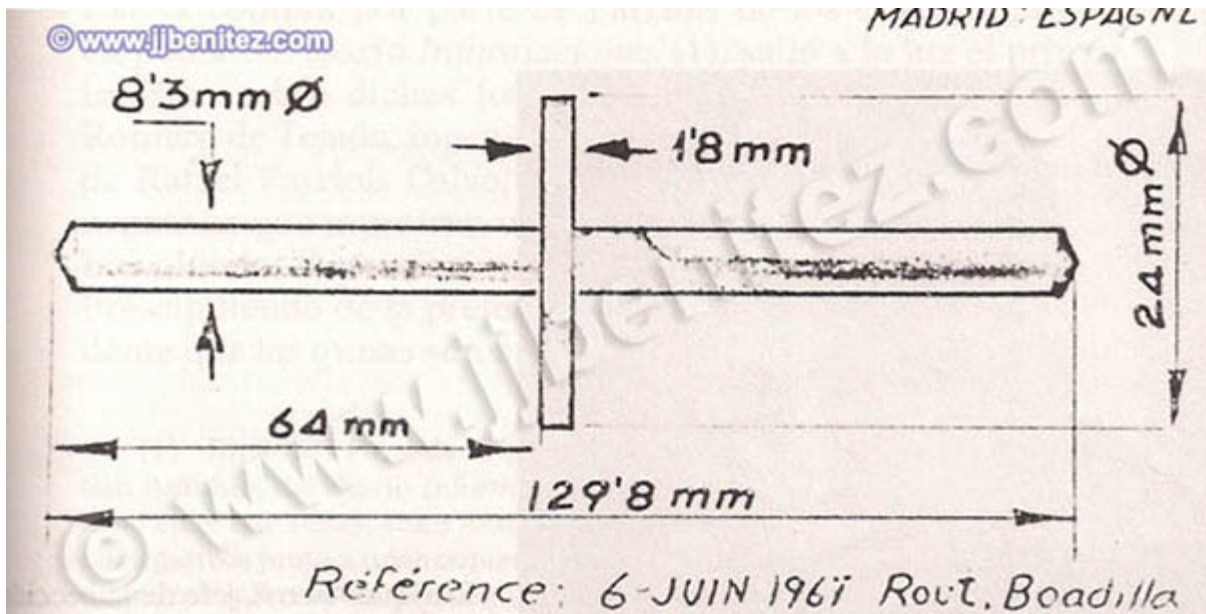
Carta enviada por el falso «Dagousset» a los vecinos de Santa Mónica. En ella ofrece «hasta dieciocho mil pesetas por cada uno de los cilindros que idénticos al modelo adjunto se nos proporcione». Según Jordán Peña, «él era Dagousset». El tubo completo que aparece en la fotografía fue el único que se fabricó. Después, Jordán rompería una de las mitades y mentiría también sobre su origen. (Archivo: Rafael Farriols).

A pesar de las lógicas sospechas respecto al origen «humano» del fragmento metálico y de la lámina de plástico enviados a Marius Lleget, algunos de los receptores de los mensajes «ummitas» quisieron asegurarse. Fue Farriols quien hizo las gestiones oportunas para que las muestras fueran analizadas en el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial «Esteban Terradas» (INTA), dependiente del Ministerio del Aire. El general Calvo Rodés, tío de Farriols, era el director de dicho instituto. Calvo Rodés, además, estaba al tanto de los sucesos ovni ya referidos y, naturalmente, prestó todo el apoyo del INTA para tratar de esclarecer la naturaleza de las piezas enviadas por el tal «Pardo». Los resultados llegaron el 15 de octubre de 1968. El fragmento metálico, supuestamente procedente del tubo, era níquel, «con una pureza superior, posiblemente, al 99 por ciento». En cuanto a la lámina de plástico, los análisis establecieron que se trataba de «un polifluoruro de vinilideno con un pigmento de coloración a base de hierro y cadmio<sup>[23]</sup>». En definitiva: materiales de gran pureza y poco comunes en 1967, pero no por ello «extraterrestres».





Lámina de plástico examinada en el INTA, en Torrejón. En relieve, el símbolo de Ummo.  
(Archivo: Rafael Farriols).



Croquis y dimensiones del tubo fotografiado en la cara de «Henri Dagousset». Si Jordán fue el falsificador, ¿cómo pudo «encriptar» entre los números las medidas del ovni observado en Valderas?

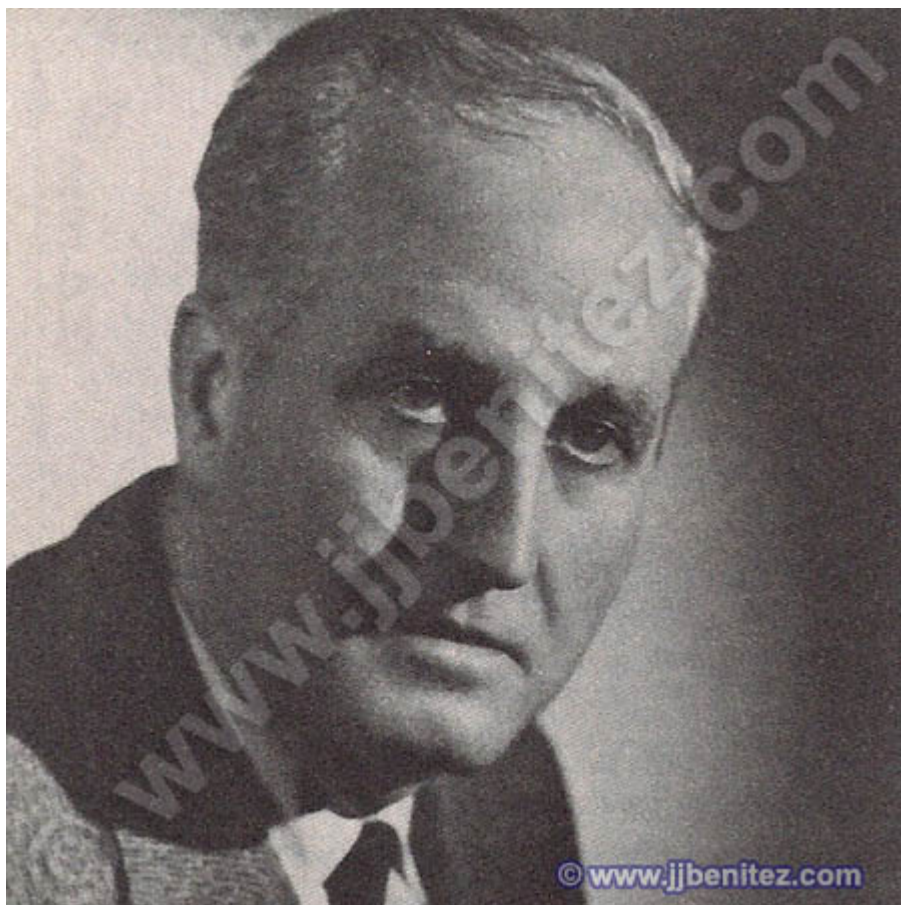


Durante los años ochenta, tuve la oportunidad de conversar con los científicos que habían participado en el citado estudio. Todos confirmaron lo que ya sabíamos: «La lámina de plástico era un polifluoruro de vinilideno, un material de lo más normal. El color verde procedía de la mezcla de dos pigmentas: azul, a base de hierro, y amarillo (cadmio). En cuanto al fragmento metálico, todo resultaba igualmente “normal”. El metal base era níquel, con indicios de manganeso, hierro, titanio y cobalto, y algunas muestras de silicio y aluminio. El níquel superaba el 99 por ciento, aunque, dada la escasa cantidad de muestra, no fue posible comprobado. Lo que sí estaba claro es que se trataba de un material de gran pureza...».

A título anecdótico (nunca se publicó), lo que sí desconcertó a los científicos fue una serie de extrañas «coincidencias», surgidas en el estudio de las dimensiones del tubo metálico que aparece en la fotografía de «Henri Dagousset». Un tubo supuestamente gemelo al que (también supuestamente) encontró el niño de la colonia de Santa Mónica. Al examinar las dimensiones que presenta el croquis del referido tubo, los científicos se encontraron con lo siguiente: la suma de 129,8 milímetros y 1,8 es igual a 131. Si multiplicamos por 2 los 24 mm, el resultado es 48. Curioso: 13,1 metros era el diámetro de la nave de Valderas y 4,8 la altura de la misma. ¿Casualidad? Cuando pregunté si las medidas del croquis de «Dagousset» obedecían a alguna razón en particular, Jordán se encogió de hombros, asegurando que no. «Todo fue al azar — manifestó—. Esas dimensiones también me las inventé yo...». Naturalmente, no le dije nada sobre la curiosa coincidencia...



El general Calvo Rodés (izquierda), director del INTA, y José Antonio García Poggio, jefe de la División de Materiales Estructurales. Ambos, juntos a Julio Apraiz Barreiro, Alonso Roldán y Enrique Asensi Álvarez-Arenas, participaron en el estudio del fragmento metálico y la lámina de plástico.



Enrique Asensi, jefe de la sección de Metalografía del INTA. Identificó el fragmento metálico con la ayuda del microscopio metalográfico.

Las imágenes del ovni que sobrevoló San José de Valderas, al suroeste de Madrid, dieron rápidamente la vuelta al mundo. No era para menos. Las fotografías son espectaculares. En muy pocas ocasiones se había captado un ovni con tanta claridad. Y, como era de esperar, surgió la polémica. En 1968, tras la compra por parte de Farriols de los cinco negativos en poder del diario *Informaciones*<sup>[24]</sup>, salió a la luz el primer informe sobre dichas fotos. Lo llevó a cabo Alberto Costa Romero de Tejada, ingeniero industrial. Decía así: «A petición de Rafael Farriols Calvo, he examinado cuidadosamente los negativos que muestran un objeto volante no identificado sobrevolando el término municipal de San José de Valderas. Prescindiendo de la pretensión de identificar el objeto, es evidente que las tomas son auténticas por las siguientes razones:

- »1. Los negativos han sido impresionados y procesados por manos no profesionales. Su calidad es muy baja.
- »2. La luminosidad del objeto hace difícil su diferenciación con el cielo, por lo cual el positivarlos es algo dificultoso. Esto excluye la posibilidad de una sobreimpresión, que resaltaría marcadamente las diferencias de luminosidad.
- »3. La posición del objeto, particularmente en dos de los negativos estudiados, demuestra una secuencia de disparo muy rápida, imposible de lograr con tanta exactitud en un trucaje.
- »4. La uniformidad del grano de la emulsión descarta el hecho de una exposición doble, ya que las partes superiores de todas las fotografías han recibido una cantidad de luz idéntica».





Imagen tomada por Rafael Farriols en el bar Texas, durante la entrevista sostenida con el periodista Antonio San Antonio. Los cinco negativos del ovni fotografiado en San José de Valderas fueron comprados por treinta mil pesetas.

En agosto de 1972, el investigador gallego Óscar Rey Brea se enfrentó a los defensores del caso Valderas, asegurando que las fotos del ovni eran el resultado de un fraude perfectamente orquestado en el que había intervenido un fotógrafo con una cámara provista de trípode. El ovni, en suma, era una maqueta, en opinión de Rey Brea. Este informe en contra de las fotos de Valderas, publicado en la revista *Stendek*, aparecía acompañado de una serie de comentarios que, en un primer momento, me despistaron. Don Óscar, sencillamente, ridiculizaba el asunto «Ummo» y el libro en el que se daba cuenta de los avistamientos de Aluche, Valderas y Santa Mónica (*Un caso perfecto*)<sup>[25]</sup>. Al principio, como digo, no comprendí: aunque las fotos fueran falsas, el avistamiento de la nave podía ser real. ¿Por qué Rey Brea, un excelente investigador, ignoraba a los numerosos testigos? Fue el también investigador Manuel Salazar quien me puso sobre la pista: las intenciones de don Óscar no eran tan limpias como parecían. Don Óscar no aceptaba el tema «Ummo», como extraterrestre, porque estaba convencido de que los ovnis procedían del planeta Marte... Así lo declaró en un libro publicado en 1968 en Barcelona. El señor Rey Brea, a la pregunta de por qué creía en los ovnis<sup>[26]</sup>, respondía textualmente: «Porque desde el año 1945 vengo estudiando el problema..., hace tiempo que llegué a la conclusión de la absoluta realidad de los ONIs como máquinas extraterrestres... En el año 1952 estuve ya en disposición de predecir nuevas apariciones de ONIs que se repetían en ciclos de veintiséis meses. Lo hice públicamente dos años antes que Aimée Michel y que ningún otro investigador del problema...». A la cuestión de si se trataba de naves extraterrestres, Rey Brea responde así: «Naturalmente. PROCEDEN DE MARTE». En esa misma entrevista, fechada el 26 de enero de 1968, don Óscar Rey Brea reconoce que su curiosidad por el fenómeno ovni está satisfecha y que, en consecuencia, ya no lo estudia. «Miento —



rectifica—, hoy estoy estudiando su posible forma de propulsión». Obviamente, don Óscar no jugaba limpio. Si estaba convencido del origen marciano de los ovnis<sup>[27]</sup>, ¿cómo investigar con un mínimo de imparcialidad las imágenes de una nave procedente de otro planeta? «Ummo», en consecuencia tenía que ser un infundio...

Algo similar sucedería años después con Claude Poher, jefe del Departamento de Sistemas y Proyectos Científicos del Centro Nacional de Estudios Espaciales (CNES) de Toulouse, en Francia. En 1976, Farriols le entregó los cinco negativos que había comprado al periodista Antonio San Antonio y Poher procedió al estudio de los mismos. El 25 de noviembre de ese año concluyó los análisis con los siguientes resultados:

1. Los negativos no estaban manipulados.
2. Eran fotografías de un objeto real.
3. El día y la hora en que fueron tomadas las fotos coincidían con la narración de los hechos (longitud de las sombras, etc.).
4. El objeto fotografiado estaba cuidadosamente elaborado, tanto como para que, con un estudio posterior (de los negativos), resultase muy difícil determinar su tamaño real y su presencia.
5. No obstante, el tamaño del objeto no sobrepasaba los treinta centímetros.
6. El montaje del truco tuvo que ser muy inteligente.
7. Se trataba, pues, de fotografías de una maqueta pequeña, posiblemente sostenida con un hilo (no detectado en los negativos).
8. En consecuencia, ¡todo era falso!, incluido el fenómeno ovni en general<sup>[28]</sup>.



Ovni sobre San José de Valderas. Atardecer del 1 de junio. Primera toma conocida, correspondiente al negativo número 12.



Segunda imagen del ovni de San José de Valderas (Madrid), tomada entre las 20 y las 20.30 del 1 de junio de 1967 (negativo número 19).



Tercera toma (negativo número 21).



Cuarta toma fotográfica del ovni de Valderas (negativo número 23).





Quinta toma conocida (negativo 24).

Si el informe de Poher se hubiera limitado a lo expuesto anteriormente quizá no habría levantado sospechas. Pero, en uno de los párrafos, cometió un desliz: «... el asunto “Ummo” va estrechamente ligado a estas observaciones y, por consiguiente, también se derrumba por la base. Pero, de ser así, difícilmente puede admitirse que quien hubiera estado divirtiéndose de forma astuta en la confección de los clichés de San José de Valderas haya podido, de la misma forma, fabricar toda la puesta en escena de “ummo”, que ostensiblemente pertenece a un orden superior en cuanto a magnitud. Estremece que quizá no se trate de un simple



juego intelectual para fastidiar a algunos aficionados a las chisporroteantes historias de ovnis, sino que pueda ser también un juego de adultos mucho más grave, menos pacífico...».

Y me pregunto: ¿por qué Poher mezcló los análisis de unos negativos fotográficos con un veredicto sobre «Ummo»? Al igual que Rey Brea, Poher ignoró el importante capítulo de los testigos, y lo hizo, sencillamente, porque estaba en contra del fenómeno ovni en general. «Su intención era fulminar el asunto ovni, como fuera, y desde donde fuera». La explicación me fue dada por Rafael Farriols. A finales de 1976, el propietario de los negativos de Valderas acudió a la ciudad francesa de Toulouse, atendiendo la llamada de Poher. Farriols recuperó los cinco negativos y, durante casi tres horas, tuvo que soportar las diatribas de Poher contra los «platillos volantes» (la entrevista fue grabada). «Me di cuenta de que Claude Poher tenía la intención preconcebida y recóndita de desacreditar el tema ovni — fuera como fuera—, por razones íntimas y quizá inconfesables. ¿Normas de los altos mandos que controlaban el Centro Nacional de Estudios Espaciales? La cuestión es que, durante ese tiempo, Poher se empeñó en demostrar que, puesto que las fotos eran falsas, “Ummo” y los ovnis también lo eran...».

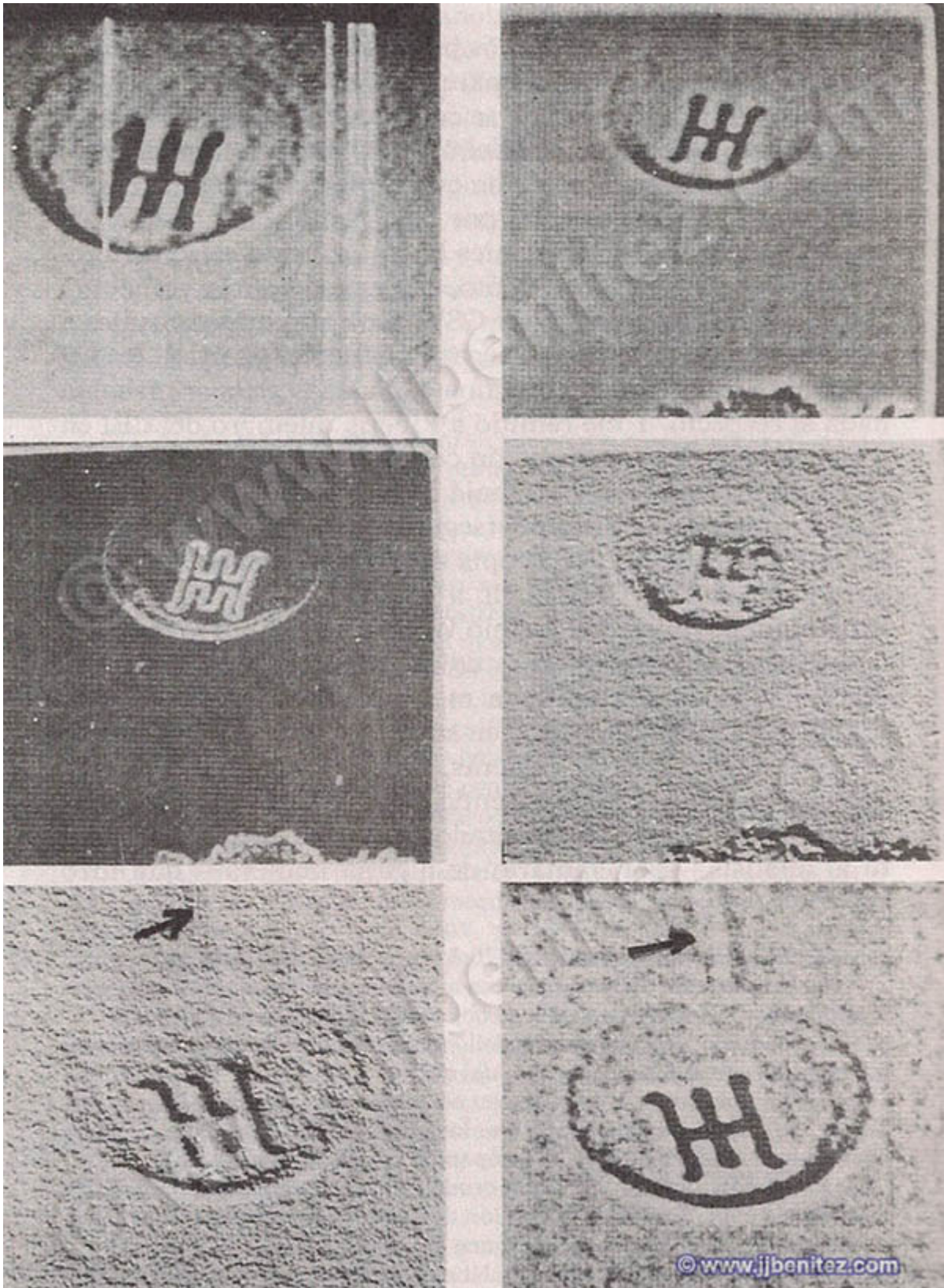
La «brillante y científica» conclusión del que fue sobrino del presidente del Senado francés no merece mayores comentarios. Desde mi punto de vista, esa cerrazón mental pone en tela de juicio la imparcialidad de los análisis del CNES (Poher nunca publicó las fotos de la maqueta elaborada por él).

En diciembre de 1977, la ya mencionada publicación barcelonesa *Stendek* (boletín informativo del Centro de Estudios Interplanetarios —CEI—), supuestamente la línea más crítica y científica de la ufología española, ofrecía a sus lectores, conjuntamente con el informe de Poher, otro estudio sobre las fotos del ovni de Valderas. Esta vez lo firmaban William Spaulding y Fred Adrian, director del Centro de Investigaciones Ground Saucer Wath<sup>[29]</sup>, de Phoenix (Arizona), y consultor fotográfico del GSW, respectivamente. Bajo el aparente y pomposo título de «Análisis por

computador de las fotos de San José de Valderas», Spaulding y Adrian declaraban que las imágenes de Valderas eran un fraude. El ovni —decían— era una maqueta colgada de un hilo. Y proporcionaban unas fotografías digitalizadas en las que, al parecer, se veía dicho hilo<sup>[30]</sup>. El caso, tras la sentencia de los gringos, quedó definitivamente cerrado, al menos para algunos.

Otros, en cambio, alertados por los espectaculares patinazos del GSW en estudios de parecido corte, no quedamos satisfechos. Poher y Spaulding se contradecían, por ejemplo, en el asunto de la luminosidad del objeto y en su volumen, entre otras cosas (el francés defendía que el ovni era una maqueta y el norteamericano apostaba por algo plano y sin grosor, excepción hecha de la «H»). Pues bien, ante esta serie de anomalías, me puse en movimiento, empezando por el principio: ¿qué clase de copia analizó el GSW? Las primeras consultas a Farriols, depositario de los negativos, fueron estériles. Rafael no había proporcionado ninguna copia a los gringos, ni sabía nada al respecto. Y me remitió a Ribera, miembro del CEI en aquellos años. La conversación con Antonio Ribera fue esclarecedora. El GSW nunca trabajó con los negativos originales, sino con una copia de copia (segunda generación) de una de las fotos de Valderas. Esta copia de copia, en papel, fue enviada a Valencia<sup>[31]</sup> y, desde allí, a Estados Unidos. Eso, según Ribera, fue lo único que recibió W. Spaulding y en lo que fundamentaron el «cuidadoso estudio». Poco después, con fecha 28 de marzo de 1981, Ribera me lo confirmaba por escrito: «... El Dr. Claude Poher dice, en su análisis de los negativos de las fotos de San José de Valderas, que se pueden hacer dos listas: pruebas a favor de la autenticidad de las mismas; pruebas a favor de un fraude. El resultado, pues, es incierto. En cuanto al análisis —por llamarlo de alguna manera— que hizo William Spaulding, del GSW, utilizando un escáner empleado para “lavar” electrónicamente las fotos marcianas, dicho señor sólo utilizó una copia o positivo de segunda generación, lo cual invalida para mí totalmente su análisis (el supuesto hilo no se puede detectar en una copia, por causa de la

difusión luminosa). No sólo ignoró las demás fotos de la serie y los negativos, sino también las declaraciones testimoniales. En algunas otras fotos de la serie se ve un objeto con “cuerpo”, invalidando así su afirmación de que el ovni era un modelito plano». Evidentemente, alguien estaba mintiendo. ¿Los gringos?, ¿el «vampiro valenciano»? ¿Ribera? Las sospechas se centraron en los primeros (Ribera murió con el convencimiento de que las fotos de Valderas no eran un truco). En el fondo daba igual quién fuera el mentiroso. Lo importante es que, dadas las circunstancias, el informe de Spaulding era nulo...



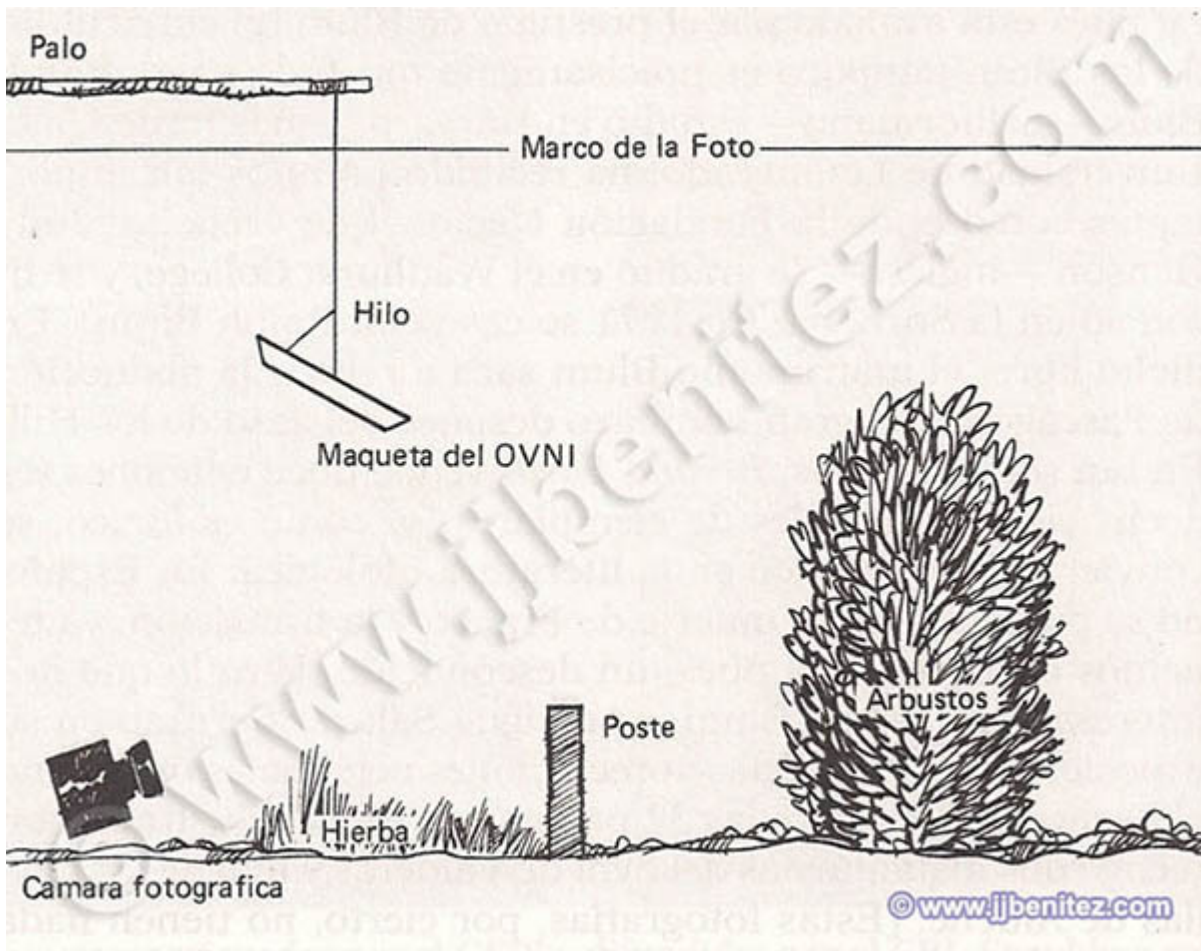
Imágenes proporcionadas por el GSW y difundidas por el CEI. Spaulding mintió. Nunca trabajaron sobre una copia de primera generación. En las fotos inferiores la flecha señala el

supuesto hilo, otra falsedad.

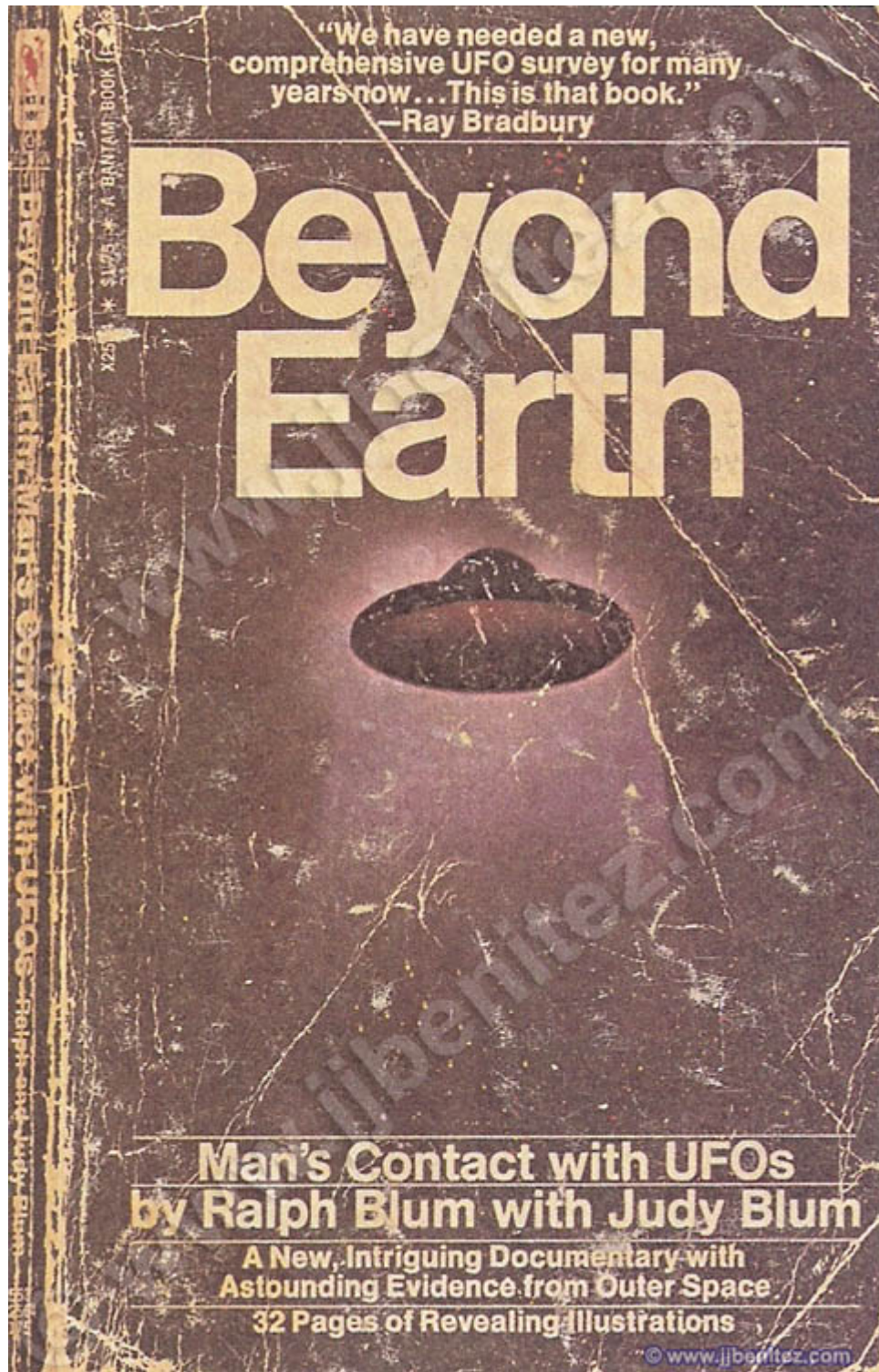
Las sorpresas, sin embargo, no terminaron ahí. El siguiente «hallazgo», especialmente interesante, fue obra de Manuel R. Salazar Serrano. He aquí el «descubrimiento»: En abril de 1974 sale a la venta en EE. UU. el libro *Beyond Earth*, de Ralph y Judy Blum, con subtítulo: “Hombres en contacto con los ovnis”. No se trata de un ufo-libro cualquiera, pues está avalado por el prestigio de Blum (el currículum de los Blum tampoco es precisamente moco de pavo: Ralph Blum —californiano— estudió en Harvard y, más tarde, en la Universidad de Leningrado; ha recibido premios tan importantes como el de la Fundación Nacional de Ciencias; Judy Henson —inglesa— se graduó en el Wadhurst College, y se licenció en la Sorbona. En 1971 se casó con Ralph Blum). En dicho libro, el matrimonio Blum saca a relucir la abducción de Pascagoula, el gran bombazo después del caso de los Hill. En tan sólo dos años, *Beyond Earth* vende doce ediciones (es decir, cientos de miles de ejemplares) y, como es lógico, se convierte en un clásico en la literatura ufológica. En España no se publica. Con la muerte de Franco y la transición, ya tenemos bastante... Es, pues, un desconocido. Pero lo que nos interesa del libro de Blum —prosigue Salazar Serrano en su exposición— no son estas apreciaciones personales mías, sino el hecho de que, entre las 32 páginas de fotos e ilustraciones, recoge dos instantáneas del ovni de Valderas y una de las huellas de Aluche. [Estas fotografías, por cierto, no tienen nada que ver con el texto. Se trata de una recopilación de las “mejores” imágenes o con pinta de ser auténticas, realizada por el autor]. Bajo el epígrafe de “Antonio Ribera & *Flying Saucer Review*” (para que no tengamos dudas de la procedencia), las instantáneas de Valderas vienen a ser el plato (o platillo) fuerte de esta sección. Nada extraño, si leemos los pies de foto (aunque esto nos cause cierta vergüenza). Ejemplo [pie]: “En junio de 1967, más de cincuenta personas observaron este ovni, con este inusual emblema, volando a baja altura sobre San José de Valderas, España. Aterrizó y dejó profundas huellas”. No existe, vuelvo a



repetir, ninguna otra mención en el libro a estas fotografías, ni a los casos de Aluche y San José, ni a “Ummo”, ni a Antonio Ribera, ni siquiera a España. Nada. Las tres fotos y sus pies (información inventada, en parte), eso es todo... Obviamente, el libro de Blum no debió de pasar desapercibido para los “especialistas” del GSW. Casi me los puedo imaginar mirando una y otra vez las fotos de San José y pensando: «¿Cómo un caso tan espectacular ha podido pasar desapercibido hasta la fecha? Un caso en el que existen multitud de testigos. Un ovni que se ha visto (y fotografiado, a tenor de los pies utilizados por Blum) en dos ocasiones. Que ha dejado, en ambas, huellas y que, para más inri, viene avalado por la prestigiosa revista inglesa *Flying Saucer Review*. Y los veo metiendo en sus “poderosos” ordenadores... ¡UNA DE LAS FOTOS DEL LIBRO DE BLUM!»



Dibujo publicado en el boletín del CEI, según el informe de W. Spaulding. En la foto original aparecen dos postes.



Beyond Earth, el libro de Blum sobre el que los gringos del GSW llevaron a cabo el «cuidadoso estudio»...

»Blum, en definitiva, escogió de la revista *FSR* las dos fotografías ovni que le parecieron más espectaculares. Éstas,

lógicamente, procedían directamente de Antonio Ribera. Pero lo que Blum no podía saber, porque en la *Flying* no aparecía tampoco, es que una de esas fotos (la que muestra el ovni de panza dejando ver el emblema de “Ummo”) no está completa. En realidad, se trata de una copia en la que se ha suprimido la mitad izquierda de la fotografía. Y ésta es, precisamente, la que fueron a escoger en el GSW para realizar sus “estudios” (por eso sólo hablan de UN poste, nunca de dos, que son los que realmente aparecen en la fotografía original “negativo 24”)... Pero hay más, mucho más:

- »1. Los tamaños del ovni, tanto en la foto reproducida por Blum como la que utilizan los del GSW, son idénticos [!], Basta tomar un pliego de papel cebolla y una regla para comprobarlo... ¡Calca y verifica, Juanjo! ¿Es posible que dos editores distintos, en dos países distintos, de dos continentes distintos, con dos equipos de impresión distintos, en dos formatos de impresión distintos, utilizando dos papeles distintos, usando (en teoría) dos fotografías procedentes de copias distintas, etc., etc., resulten EXACTAS? [Calca. Juanjo, calca] Eres tú quien no cree en la casualidad...





Fotografía reproducida en el libro de Blum y sobre la que «trabajaron» Spaulding y compañía. Ellos, sin embargo, hablaron siempre de una copia de primera generación.

- »2. En la foto de Blum, precisamente porque la reproducción se hace sobre papel malo y porque no sabemos de dónde sacó el “original”, aparece una línea o banda (en la parte derecha del ovni) que distorsiona (oscurece) la zona de la fotografía

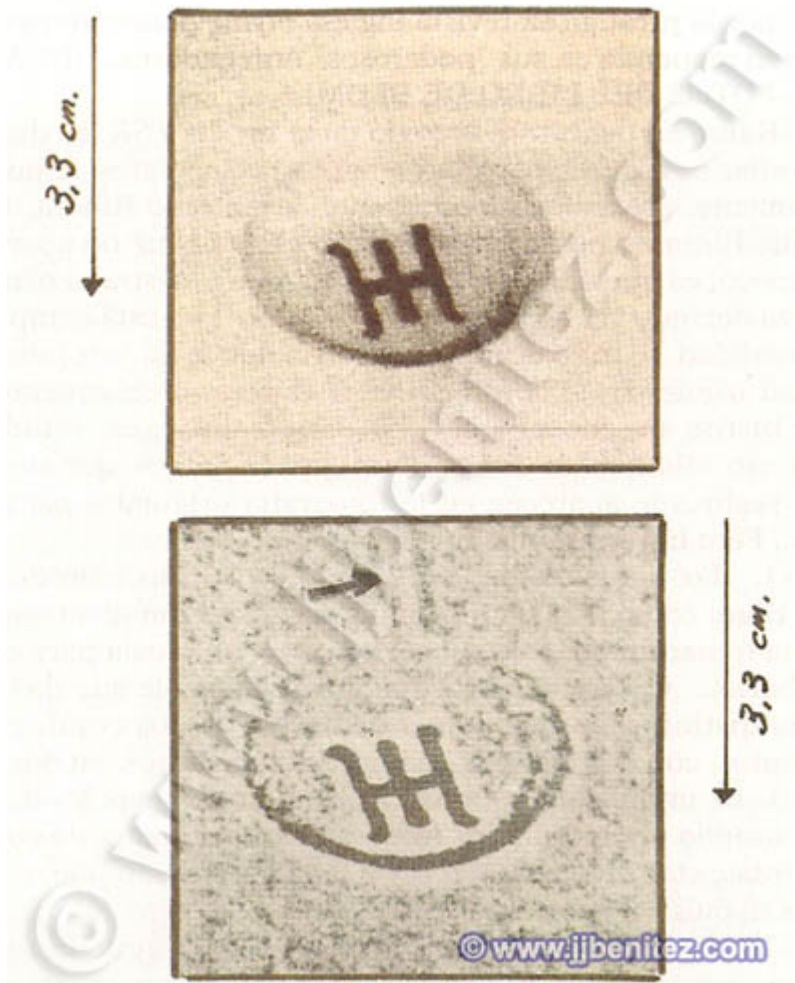


sobre la que se encuentra. Pues bien, estas “aguas” o manchas, se observan también en las fotos del GSW y, además, mucho más acentuadas, debido a los diferentes procesos a los que la han sometido.

»3. Lo mismo podemos decir de la mancha (o defecto de impresión) con forma de media luna (bajo el ovni, a la derecha) que se vislumbra en la reproducción de Blum y que vemos, en todo su esplendor, en la del GSW.

»4. Y por si acaso nos quedara duda en cuanto a las dimensiones (insisto en que distorsionadas por múltiples causas): si medimos la distancia del centro del emblema de “Ummo” al borde superior de las fotografías utilizadas (al tratarse de dos puntos, adimensionales, no puede existir distorsión), resulta que en ambos casos obtenemos lo mismo: 3,3 centímetros [!]. En palabras más sencillas, el ovni se encuentra en el mismo sitio en las dos. Lo que quiere decir que se han utilizado dos ampliaciones de idéntico tamaño (lo cual requeriría, como te decía, una serie interminable de “casualidades” o, en términos más sencillos, que se trata de la misma foto [!].

»Corolario: los resultados del tal “estudio” sirven, únicamente, para ser arrojados —urgentemente— a la papelera más cercana...».



En la parte superior, imagen publicada en el libro de Blum. En la inferior, foto digitalizada de Spaulding, señalando el supuesto «hilo» sustentador de la maqueta. Se trata de la misma fotografía (escala 1:1 / tamaño natural). Sospechosamente, la distancia de la parte superior de dichas fotos al centro del emblema («H») es idéntica: 3,3 centímetros (!).

Mi buen amigo Manolo Salazar tiene razón: ni los estudios de Poher ni los de los gringos son fiables. Pura basura. Y decidido a salir de dudas, solicité de Rafael Farriols una copia de primera generación, y la deposité en un centro de investigación que sí merece respeto y confianza: la Dirección General de la Guardia Civil, en Madrid. El 14 de marzo de 1995 entregaba el juego de fotos sobre el ovni de Valderas al entonces coronel Zamorano, director de la Jefatura de Investigación y Criminalística de dicha Dirección General. El coronel sugirió que un análisis de los negativos originales resultaría más interesante y eficaz. Dicho y hecho.

Farriols aceptó y, poco después, llevaba personalmente los cinco valiosos negativos a la referida jefatura<sup>[32]</sup>. Las imágenes del supuesto ovni de San José de Valderas permanecieron varios meses bajo el control de los expertos del Departamento de Acústica e Imagen. El informe, con un total de sesenta y seis páginas, fue terminado el 30 de diciembre de 1996. El 18 de enero de 1997 lo recogía de manos del teniente coronel Francisco Álvarez, responsable de los análisis. Las conclusiones de los especialistas de la Guardia Civil fueron las siguientes:

- «1. Los negativos remitidos y examinados, no tienen indicios de haber sido manipulados.
- »2. Son originales en cuanto a que han sido obtenidos en una misma máquina fotográfica, la cual no es de buena calidad, ni estaba en buen estado de uso. Es muy probable que, con el carrete impresionado y sin rebobinar, se abriera la máquina, lo que originó veladuras, visibles en los negativos.
- »3. No aparecen señales inequívocas de que los negativos examinados sean producto de montaje o cualquier manipulación fraudulenta. No obstante, en razón de la no concordancia en la luminosidad entre los negativos y entre los objetos fotografiados, así como la aparente iluminación artificial en el negativo 19 y unas imágenes anómalas (brillos y sombras) en el negativo 12, no se descarta la duda de que su elaboración haya sido fraudulenta.
- »4. La supuesta línea recta, que puede aparecer en las reproducciones del negativo n.º 24 que alguien, maliciosamente, considera o define como “un elemento sustentador del ovni” y en el “Análisis Infográfico de Material Ufológico”, lo interpretan como un “elemento radiante indetectable”, no es más que la reproducción de una ralladura que sufre el negativo».

Al conocer los resultados quedé nuevamente perplejo. En la imagen estudiada por los norteamericanos (negativo 24), ¡no hay hilo! Además de un estudio nulo, el informe del GSW fue una manipulación vergonzosa. Ante mis dudas, los expertos de criminalística me llevaron a uno de los microscopios y, efectivamente, pude comprobar por mí mismo el lamentable estado de la película, surcada por decenas de ralladuras (lógica consecuencia del trasiego de los negativos y del paso del tiempo). «De haber sido un hilo o un elemento sustentador —opinaron en la Guardia Civil—, la imagen habría sido definida por la reacción de los halogenuros del material sensible a la luz. La luz rasante, sin embargo, demuestra que esa línea es sólo una lesión o ralladura en el negativo». En otras palabras: alguien descubrió una ralladura que simulaba un «hilo» en la parte superior de la imagen y nos hizo comulgar con ruedas de molino...



Don Francisco Álvarez, hoy coronel de la Guardia Civil, en la Jefatura de Investigación y Criminalística. En sus manos, el informe AIMU. (Foto: J. J. Benítez).





Informe de la Guardia Civil: «Fotografía número 12. Deterioros en el cliché, por rozamiento. Luz rasante».

**DIRECCION GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL**



**JEFATURA  
DE  
INVESTIGACION Y CRIMINALISTICA**

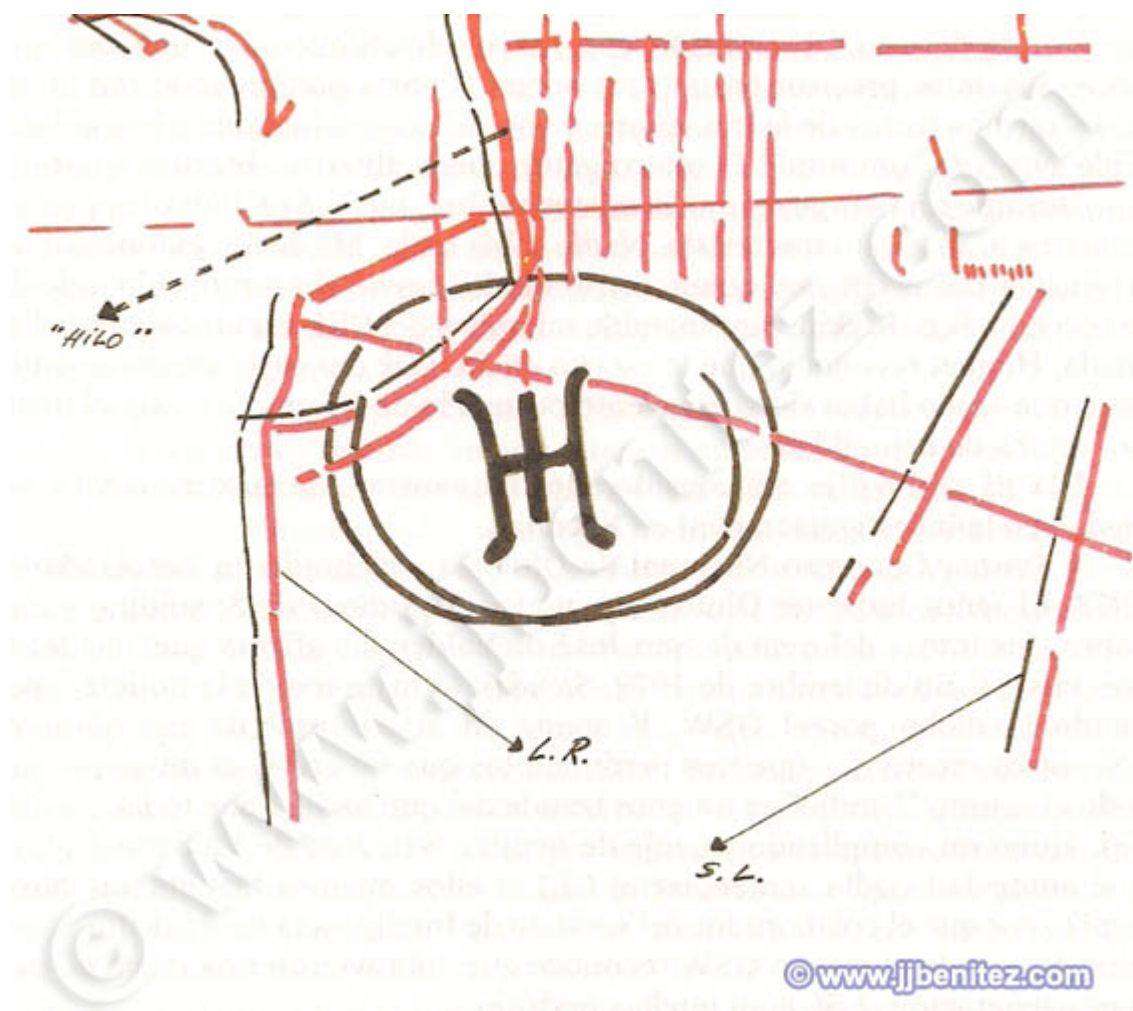


**ACUSTICA E IMAGEN**

[© www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)

**INFORME: NEGATIVOS OVNI**

**FECHA: DICIEMBRE 1996**



En los análisis de la Guardia Civil fueron detectados cientos de lesiones o ralladuras en cada uno de los cinco negativos del ovni de Valderas. En el dibujo, algunas de las lesiones o ralladuras (L. R). más destacadas, así como las sombras de los mismos (S. L.). Como puede comprobarse, el supuesto «hilo» del GSW (negativo número 24) es otro defecto más de la película. La ralladura no es totalmente recta, como debería suceder en un hilo sometido al peso de una maqueta. Por el «hilo» muere el pez...

Entonces, si no existe tal hilo, ¿qué podemos pensar? Si las fotos de Valderas fueron un trucaje, como afirmaron Rey Brea, Poher y Spaulding, entre otros, ¿cómo se llevó a cabo dicho fraude? ¿O estamos ante una nueva falsedad de Jordán Peña? Si analizamos las versiones de Jordán —todas formuladas a partir de 1993—, observaremos que, en realidad, al hablar de maquetas, lo que hace es copiar a Poher y al GSW. Jordán sabía de los

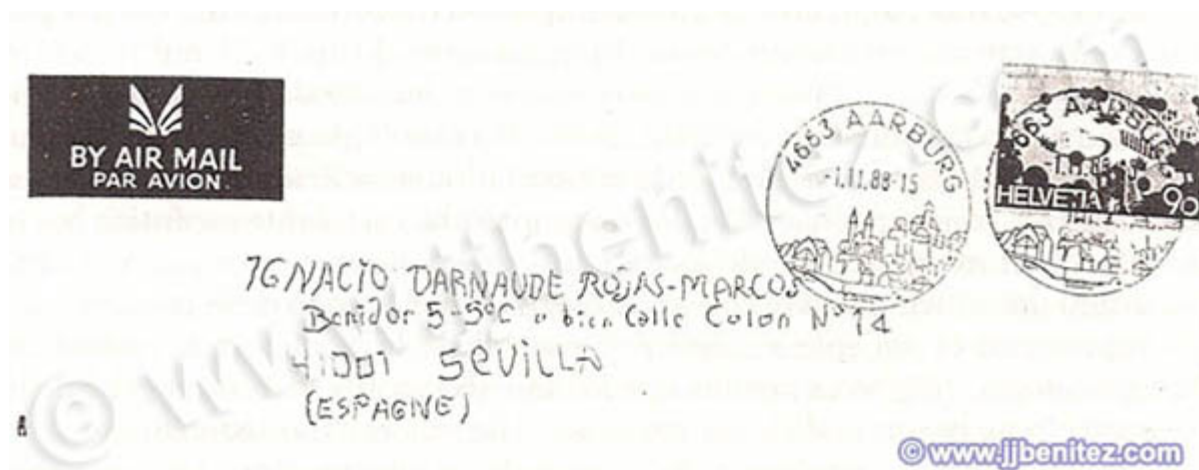
«informes» de 1975 (ambos, como dije, fueron publicados simultáneamente en diciembre de 1977 por *Stendek*, el boletín del CEI). Lo que Jordán Peña no podía saber en 1993 es que la Guardia Civil estudiaría los negativos de Valderas en 1996 y que no encontraría hilo alguno. Quizá, de haberlo sabido, la versión de la maqueta o de la «portería de fútbol» habría sido diferente...

Naturalmente, las fotos del ovni de San José de Valderas pueden estar trucadas, pero no como pretende esta banda de farsantes e intoxicadores. Durante años (prácticamente desde finales de 1977 hasta el día de hoy), una serie de individuos, supuestamente científicos, amparándose en los citados «informes» de Poher, y especialmente, de William Spaulding, se han burlado del caso Valderas, del tema «ummita» y del fenómeno ovni en general<sup>[33]</sup>. Pues bien, a la vista de estos resultados, me pregunto de nuevo: ¿quién tiene razón?, ¿quién era el crédulo?, ¿quién piensa y actúa como un inquisidor?

## ASUNTO «PERITAJE GRAFOLÓGICO»

Todos lo sospechábamos, pero, en honor a la verdad, quien levantó la liebre fue Ignacio Darnaude. Todos lo intuíamos, en mayor o menor medida: Jordán mentía y se contradecía, como ya he citado hasta el aburrimiento. «Yo he sido el que ha escrito los informes de “Ummo” —escribía a Farriols el 8 de abril de 1993—. Casi todos, hasta que la enfermedad me impidió continuar. Los escritos posteriores a mi trombosis fueron falsificados. Así, el que aludía a la Sábana Santa o el de la guerra del Golfo llevaban el sello perfectamente falsificado. ¿Quién ha sido? Por lo pronto, una secta hindú. Otros proceden de un amigo de Farriols perfectamente identificado». A mí, en otras cartas y entrevistas personales, me dijo lo contrario, tal y como mencioné en su momento («... el documento sobre la Sábana Santa de Turín fue redactado al alimón por mí... fuiste *precisamente tú* quien me inspiró relativamente la fantasía del informe sobre el sagrado sindone»). En otra comunicación posterior

(24 de mayo de 2000), refiriéndose de nuevo a las cartas «ummitas», Jordán me escribía lo siguiente: «... Hay, empero, un asunto mucho más grave. La posible tentación de arrogarme falsamente la autoría de los textos que contienen la información de “Ummo”. Suponiendo que falseo conscientemente la realidad. Camuflándolos con otro nombre o simplemente escribiendo que son mías las ideas reflejadas en el texto... Aparte de la reacción airada de la Institución norteamericana. Me expondría al más espantoso ridículo, cuando surgiera el fantasmal autor, pidiéndome quizá cuentas del evidente plagio». En esa misma carta, seis líneas más adelante, Jordán Peña se contradecía por enésima vez: «... casi todos los episodios, incluyendo, claro está, la inmensa mayoría de los temas pseudocientíficos o técnico-fabulados, son míos realmente. Y, por supuesto, también son creados por mí la denominación de “Ummo” y su anagrama. Por el contrario, atribuyo realmente: por ejemplo, los esquemas de grabación acústica sin órganos móviles, y un diagrama de altímetro nanotécnico, a personas de la Institución norteamericana [CIA]».



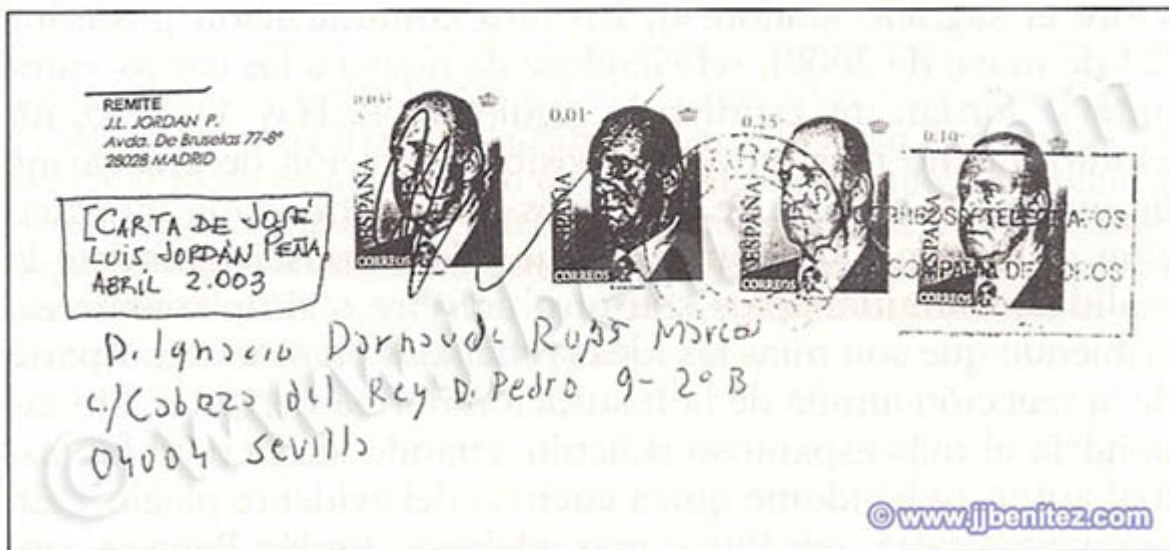
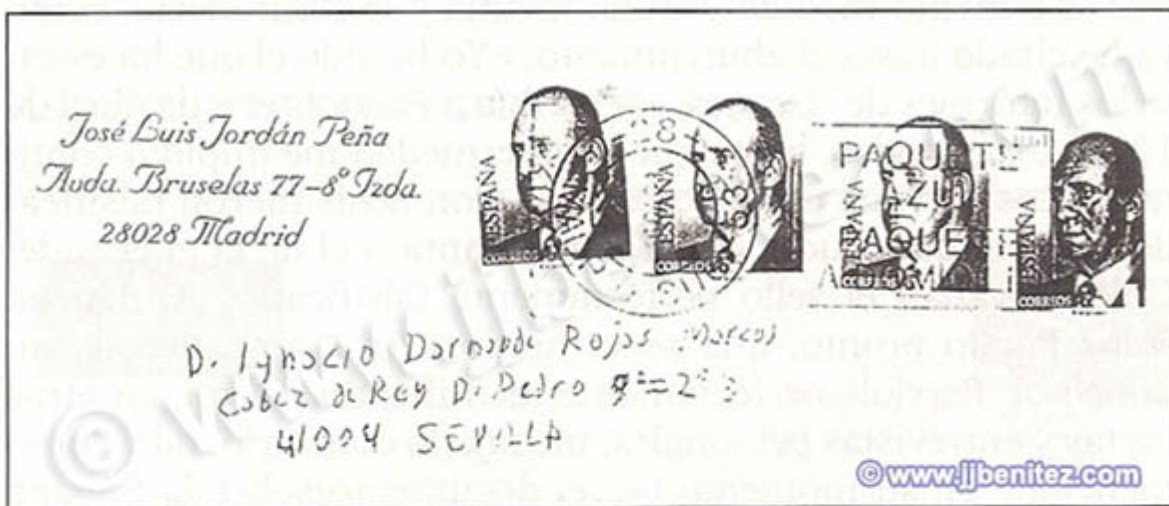
Carta «ummita» remitida desde Aarburg (Suiza) el 1 de noviembre de 1988 y en la que se habla de la Sábana Santa de Turín. Las graffías han sido realizadas bajo un estado de atención consciente y con voluntad deformadora. Jordán Peña sufrió la trombosis el 12 de marzo de 1988. Según el experto, existen caracteres que, a pesar de las deformaciones, presentan similitudes gráficas, de valor identificativo, coincidentes con los restantes manuscritos examinados.



La relación de mentiras y nuevas mentiras sobre la última mentira sería interminable. Como digo, todos lo sabíamos o intuíamos, pero fue Darnaude quien tuvo el valor de ponerlo por escrito por primera vez. En el documento número 4971 de su célebre *Ummocat* (exhaustiva y minuciosa información sobre cualquier aspecto relacionado con «Ummo»), Ignacio dice textualmente: «¿Escribió José Luis Jordán Peña de su puño y letra la dirección de los destinatarios en los sobres franqueados de algunas de las últimas cartas de “Ummo” (números 488, 1492, 1551, etc.)? Ignacio Darnaude Rojas-Marcos ha recibido de Peña en abril de 2003 dos estudios casi gemelos y una pareja de disquetes (documento 4970), cuyos sobres aparecen cumplimentados a bolígrafo por el remitente. Comparando la caligrafía de Jordán en ambas misivas con la que luce en el sobre del mensaje de “Ummo” en inglés acerca de la Sábana Santa de Turín (documento n.º 488), enviado desde Aarburg (Suiza), el 1 de noviembre de 1988, y recibido en Sevilla por Ignacio Darnaude, se observa una similitud entre ambos tipos de letra. También existe un cierto parecido con la dirección postal escrita a mano en otras comunicaciones de “Ummo” dirigidas asimismo a Darnaude: una en italiano en torno a la supuesta reunión de ummólogos a celebrar en la ciudad alemana de Essen, matasellada en Bethnal Green (Gran Bretaña) el 5-2-90 (documento n.º 1492), y la segunda sobre el mismo tema expedida en Ávila el 3 de abril de idéntico año (documento n.º 1551). Esta curiosa circunstancia arroja nueva luz sobre el eventual papel jugado por José Luis en la distribución por correo de determinados papeles “ummitas”».

Yo fui más allá y, tras solicitar de Darnaude los citados escritos, los sometí a un especialista, experto en grafología y perito judicial ante la Audiencia Nacional y los tribunales de la Jurisdicción Penal. Semanas más tarde llegaba un informe de siete páginas en el que se hacía un detallado estudio de las diferentes letras y que, dada su complejidad técnica, no voy a reproducir. Me limitaré a copiar la conclusión. Dice así: «A la vista de los resultados obtenidos en el

análisis de las reproducciones de manuscritos, existentes en los documentos remitidos, se concluye el informe en los siguientes términos: la escritura original de la que procede la reproducción del sobre con matasellos de "AARBURG, 1.11.88" ha sido deformada conscientemente, probablemente, para ocultar sus signos peculiares identificativos. Existen fundamentos objetivos para considerar que las escrituras, de las que proceden las reproducciones analizadas, han sido realizadas por una sola persona».



Cartas enviadas por Jordán Peña a Ignacio Darnaude en abril de 2003. En opinión del perito calígrafo, se trata de «escrituras habituales». Las letras y cifras de ambos

manuscritos contienen características peculiares concordantes en cuanto a la forma, estructura e idea de trazado, por lo que pueden identificarse entre sí, lo que expresa que han sido realizados por una sola persona. El análisis de las letras hace pensar al perito en la existencia de una incapacidad psíquica o fisiológica aguda. La cacografía (escritura defectuosa por el carácter de la letra o por incorrecciones ortográficas) «Cabez» (escrito superior) y el error 04004 (escrito inferior), como código postal de Sevilla, unido a lo dicho anteriormente, hace suponer que la causa de la dificultad escritora se debe a una patología (enfermedad) psíquica. Una hipotética enfermedad degenerativa se aprecia con más claridad en estos dos escritos. Algunos caracteres resultan concordantes con los respectivos de los restantes escritos.



Misivas «ummita» recibidas en Sevilla el 14 de febrero de 1990 y mataselladas el 5 de febrero de 1990 en Bethnal Green (Inglaterra). Las cartas (dos hojas fotocopiadas) aparecen escritas en un pésimo y confuso italiano. Según el perito calígrafo, en estos escritos se aprecia también una escasa agilidad o soltura, consecuencia de una incapacidad y no de una intención deformadora consciente. Las concordancias gráficas de las letras mayúsculas y de las cifras permiten establecer una identidad entre ellas, lo que acredita que es la misma persona quien las escribió.





En la imagen superior, carta «ummita» matasellada en Ávila el 3 de abril de 1990. En ella se habla de Pepe Rodríguez y uno de sus libros sobre sectas. La letra es la misma que presenta el sobre inferior, dirigido al desaparecido Luis Jiménez Marhuenda. Ambas letras corresponden a la misma mano, idénticas, a su vez, a las remitidas a Darnaude.



En otras palabras: Jordán Peña era la persona que había escrito los nombres y las direcciones de los sobres «ummitas». Quedaba, pues, demostrado que mentía.

A este peritaje grafológico he sumado posteriormente otras caligrafías «ummitas», dirigidas a Luis Jiménez Marhuenda, a Ribera y a mí mismo, con idéntico resultado: «Las diferentes letras son de una misma persona». Las referidas caligrafías son idénticas, a su vez, a las proporcionadas por Darnaude. En suma: lo que ya sabíamos o sospechábamos...

## ASUNTO «¿DESEQUILIBRIO MENTAL?»

Lo apuntado por el estudio grafológico (patología o enfermedad psíquica) tampoco es una novedad, al menos para los que hemos profundizado mínimamente en el asunto «Ummo» y, sobre todo, en la mentalidad y el comportamiento de Jordán Peña. Aceptando, como así parece, que buena parte de los informes «ummitas» fueran obra de este individuo (con o sin la ayuda de la CIA), el simple examen de los contenidos de dichas cartas hace sospechar que estamos ante un más que notable desequilibrio mental o, quizá, ante algo peor. Analicemos algunos de esos demoledores contenidos y las reacciones de Jordán en aquellos momentos:

1968. Las cartas procedentes de los «ummitas» se hallaban en pleno apogeo. En algunas de ellas, los supuestos extraterrestres hablan de su Dios y de su particular «teología». Jordán Peña, católico hasta la médula en esas fechas, e inquisidor y perseguidor de otras religiones, no tiene piedad alguna y se burla de los siempre sagrados principios religiosos de sus amigos, la mayoría católicos. No le importa herir sentimientos y creencias. Cuando uno de estos ciudadanos españoles —movido por el entusiasmo— declara públicamente su personal convencimiento en la existencia de «Ummo», Jordán hace bromas con Vicente Ortuño, disfrutando con las declaraciones de aquel ciudadano, el padre López Guerrero, párroco de Mairena del Alcor, en Sevilla. En setiembre de 1968, el

diario *ABC* recogía unas audaces palabras de este sacerdote, reconociendo que los «ummitas» eran una realidad: «... no sólo creo que existen seres extraterrestres —declaró Enrique López Guerrero—, sino que tengo el conocimiento pleno de que en España reside una colonia cuya misión es totalmente bienhechora y pacífica. Esta colonia de seres extraterrestres habita en nuestro planeta desde 1950».

¿Qué puede llevar a una persona a semejante maquinación? ¿El desequilibrio mental o la maldad químicamente pura?



P. Enrique López Guerrero. (Foto: J. J. Benítez).

1973. El 10 de octubre, otro de los habituales receptores de cartas «ummitas» recibió un texto que llenó de angustia a los ya numerosos implicados en el asunto «Ummo». En dicho mensaje, en síntesis, se anunciaba la posibilidad de una guerra nuclear (un enfrentamiento EE. UU.-URSS como consecuencia de otro conflicto árabe-israelí). Los «ummitas» estaban a punto de abandonar la Tierra y, como agradecimiento a la fe y a la ayuda del «grupo español», les comunicaban que disponían de tres refugios antiatómicos (uno de ellos en España, cerca de la localidad de Piedralaves, Ávila). El citado refugio —decían— estaba a disposición de los ciudadanos españoles y de sus familias. Y aquí surgía uno de los aspectos más diabólicos de la referida comunicación «ummita»: «Sólo podían salvarse un máximo de dieciocho familias, con un número medio de nueve beneficiarios». Es decir, 162 plazas. Entre esas personas —según los «ummitas»— no figuraban mujeres embarazadas, niños o ancianos, «en beneficio de la supervivencia de la especie». El «mensaje» quedó complementado con nueve normas en las que se explicaba cómo llegar al citado refugio antiatómico, entre otras cuestiones. La norma dos decía textualmente: «Esta norma presenta indudablemente los aspectos más sombríos e irresolubles. No podemos en absoluto recabar para nosotros la durísima decisión de fijar los nombres de las personas que resulten beneficiarias, las probabilidades de éxito están fuertemente ligadas, en razón inversa al número de hermanos que constituyen la expedición. Sospechamos que ello pueda crear en ustedes lógicas y explicables reacciones fuertemente condicionadas por una postura egoísta. No por otra razón mis hermanos los han orientado, postulando un orden de prioridad por razones de parentesco. Decisiones que contravengan esta pauta (inclusión de prometida o prometido para cualquier beneficiario soltero, inclusión de otros parientes, serán severamente analizados por la junta decisoria que ustedes forman y mediante voto secreto para evitar situaciones violentas). Igualmente doloroso puede resultar definir los nombres de esas dieciocho familias, con un

número medio de nueve beneficiarios. Si acordasen reducir esta cifra, ello no debería interpretarse como un incremento de la cuota de beneficiarios (nueve) por familia, sino una media [¿medida?] tendente a reducir en lo posible el volumen de la expedición. Les repetimos que la cifra 196 global (162 plazas para ustedes) es un límite permisible, que sería aconsejable NO ALCANZAR».

No encuentro las palabras adecuadas para definir semejante grado de maldad o de trastorno mental. Aunque la mayor parte de los receptores de los mensajes «ummitas» terminó comprendiendo que «aquello no tenía pies ni cabeza» (si eran extraterrestres, ¿qué sentido tenía un refugio antiatómico?), durante horas, muchos de estos ciudadanos se vieron atropellados por el miedo y, sobre todo, por la angustia. Si tenían que salvarse dieciocho familias, ¿cómo proceder a la elección? En aquellas fechas (1973), el número de receptores de mensajes «ummitas» superaba la treintena (es decir, más de treinta familias). En cuanto a los «beneficiarios» (nueve por familia, como máximo), ¿qué hacer? ¿A quién incluir en la lista y a quién dejar «en el exterior»? Fueron momentos muy difíciles para todos aquellos que creían ciegamente en la realidad de los «ummitas». Poco importa que pudiera tratarse de un «experimento» o de una «broma», bien por parte de Jordán Peña o de la CIA. La cuestión es que alguien jugó con los sentimientos ¡y de qué forma! «Recuerdo, como si fuera ahora mismo —me decía Farriols, uno de los afectados—, los traumas que padecemos al tener que seleccionar quién iría al refugio y quién no. ¿Descartábamos a la abuela, a los padres, al bebé, a los nietos? Sí, fueron momentos terribles... Si el mensaje fue maquinado y redactado por José Luis Jordán Peña, no me parece la conducta de un imbécil, sino la de una malísima persona».

1974. El 5 de marzo, la prensa española publicaba la siguiente noticia: «Ha sido detenido por la policía José Luis Jordán Peña, quien, sobre las 11.30 de la mañana de ayer, hizo una llamada anónima al 091, en la que amenazó e insultó a la policía. Inspectores del Departamento de Orden Público comprobaron que,

efectivamente, la llamada había sido realizada por el citado individuo, que en un principio lo negó. Sin embargo, a diversas preguntas de los funcionarios, incurrió en numerosas contradicciones, cortando, además, el hilo de su teléfono para simular una avería. Pese a esto, terminó por confesar ser el autor de la llamada. Fue conducido a la Dirección General de Seguridad, donde se instruyen las oportunas diligencias, pasando más tarde a disposición judicial».

Jordán Peña, en efecto, fue detenido por sus insultos a la policía. Eran tiempos en los que militaba en los sectores más extremistas de la Iglesia católica. Pocos días antes, como consecuencia de una homilía, el obispo de Vizcaya, monseñor Añoveros, fue «invitado» a permanecer en su domicilio hasta nueva orden. Esa jornada del 4 de marzo corrió el rumor de que el prelado podía ser deportado al extranjero. «Fue entonces —cuenta Jordán— cuando, desesperado, en un ataque inconsecuente de rabia e impotencia, me dejé arrastrar por el síndrome de la Esfinge. Cogí convulsamente el teléfono y prorrumpí en insultos contra el policía que descolgó...». Dos días después de ser detenido, las oportunas gestiones de sus amigos, los receptores de las cartas «ummitas», encabezados por el comisario Dionisio Garrido, lograron la liberación de Jordán Peña. Pues bien, como «agradecimiento», a José Luis Jordán le faltó tiempo para repetir una de sus llamadas telefónicas (haciéndose pasar por un «ummita»), en esta ocasión al citado comisario Garrido. En dicha conversación le habló de la tetralogía de Fallot, un defecto cardíaco que padecía uno de los hijos de Garrido, el amigo que lo había sacado de las dependencias policiales (Jordán sabía de dicho problema desde tiempo atrás) y le hizo concebir esperanzas sobre la curación del muchacho. Y me pregunto: ¿quién actúa de esta forma con la persona que lo ayuda tan generosamente: un demente o un malnacido?

1983. Jordán seguía empeñado en hacer sufrir a sus amigos y conocidos, deleitándose con cartas como la de Kuala Lumpur, ya mencionada, matasellada el 27 de febrero del referido año de 1983.



«El actual dirigente soviético —reza la misiva “ummita” escrita por Jordán Peña— persiste en violar los derechos del pueblo Afgano y prepara sus prototipos de vector por satélite, con ojiva nuclear dirigida por haz helicoidal de electrones sobre haz de flujo magnético terrestre. El premier estadounidense americano lleva adelantado su programa de arma de fisión-Fusión-Fisión, poli vectorial, que permitirá el lanzamiento de millares de ojivas de 0,3 Megatonnes en vuelo rasante a una altura de cuatro metros sobre el nivel topográfico, que serían inaccesibles para los medios de radiolocalización, que ya permiten la detección de misiles crucero. Estos vectores de pequeño tamaño, dotados de gran autonomía sortearían incluso pequeños arbustos y estructuras rocosas reducidas. La República Popular china, continua desarrollando simultáneamente (a las) armas nucleares casi obsoletas, con una superarma de Plasma, aunque desde Noviembre de 1982 está tratando de resolver un problema de refrigeración del vapor de Arseniuro de Cadmio, anclado a causa de su indigencia de equipos de programación apropiados. No es el Arseniuro de Cadmio el compuesto más apropiado, y aunque sus especialistas lo sospechan, persisten afortunadamente en esa línea. Mientras tanto, los horrores genocidas de esta etapa casi comienzan a igualar a los provocados en las décadas de los cuarenta meses a partir de 1938 en el tercer Reich, con el asesinato masivo de millones de seres desafectos a la raza germana. La Unión Soviética ha empleado Orto 1,2,2, trimetilpropilo metil fósforo hidratofluorado, sobre bandas guerrilleras, Un producto de horrorosa acción sobre el sistema nervioso que produce terribles convulsiones mortales con dosis casi infinitesimales filtradas en el organismo no protegido por sofisticada escafandra, esto constituye una repugnante violación de la integridad del ser humano. Estados Unidos ha enviado desde Abril de año terrestre 1981, cuatro mil seiscientos cuarenta especialistas en tortura policiaca con destino a Chile, Guatemala, Turquía, El Salvador, Haití, Argentina y Paraguay. Algunos de sus procedimientos técnicos abarcan técnicas tales como el uso de

curatizantes, como un derivado de la tubocurarina que produce horribles sufrimientos en las desgraciadas víctimas interrogadas. Delante de sus propias madres, en Argentina y Salvador, en Guatemala y Chile, niños de seis a [?] ocho años de edad son sometidos a sevicias por estos agentes norteamericanos, extirpándoles sus ojitos y provocándoles terribles incisiones en el abdomen hasta aflorarle el paquete intestinal. Ustedes mismos, mantienen a sus Yies (Mujeres) aun en un estado de semiservidumbre humillante marginándola hasta extremos inadmisibles. Mientras no resuelvan estos problemas, la perspectiva sombría de hecatombe, se cernerá sobre ustedes». (Texto íntegro, incluidas faltas de ortografía).

Sólo un sadomasoquista podría disfrutar con algo así... 1988. El 12 de marzo, Jordán sufre un ataque cerebral y queda muy disminuido (casi paralítico). Su mente, sin embargo, sigue maquinando. A primeros de noviembre de ese año, varios ciudadanos españoles, como ya referí anteriormente, recibieron sendas cartas, supuestamente «ummitas», en las que se anunciaba la revelación de un gigantesco fraude: la Sábana Santa de Turín —decían las cartas escritas por Jordán— fue cambiada por la Iglesia católica en 1929. Lo que hoy veneran los católicos es sólo una copia...

Los ejemplos serían interminables. Treinta años de fraude y manipulación dan para mucho...

Quizá algún día los médicos especialistas se decidan a estudiar los contenidos de estas cartas y, sobre todo, la mente de su autor o autores. En mi humilde opinión, la locura no es ajena a muchas de ellas, a no ser, claro está, que se trate de algo peor: la actuación de unos malparidos, que de todo hay en la viña del Señor. Estoy seguro de que el lector sacará sus propias conclusiones.

Y para cerrar este nada agradable capítulo, he aquí una síntesis del pensamiento de Jordán Peña sobre «Ummo», que, a mi entender, arroja mucha luz sobre su salud mental:

- «Asumo mi responsabilidad moral. No obstante, quiero insistir: no ha sido mi intención mancillar a nadie, en su sentido de ridículo» (declaraciones de Jordán a B. A. Pazos, seudónimo de Carballal).
- «Como veis, la tesis es que la paranoia está mucho más extendida de lo que los psiquiatras consideran. Todos somos paranoicos, excepto el veinte por ciento de la población (se libran algunos científicos). Como muestra, ahí tienen las supersticiones de los platillos volantes (ufología), astrología, espiritismo, parapsicología, medicinas alternativas (curanderismo), guerras de religión y, sin ir más lejos, la religión de todas las formas» (carta a Farriols).
- «Por entonces, yo trataba de contrastar mi tesis de que la paranoia estaba más extendida de lo que los psiquiatras creen. En efecto, somos el 80 por ciento de la población los que estamos enfermos de este síndrome. Resulta curioso cómo se acusan los paranoicos, los mismos que padecen este delirio selectivo, la prueba es que vemos a los católicos imputar a los astrólogos en su misma superstición de los horóscopos. Llevan razón los locos imputándoles la locura a quienes están fuera del recinto nosológico». (Artículo de Jordán Peña en *La Alternativa Racional*).
- «Después de la ruptura con el franquismo, me dedico en la etapa 1959-1964 a documentarme en la psicología social. No me atan ya los vínculos que me habían impelido al estudio de las sectas cristianas. Así que pergeño el experimento "Ummo" para conocer los mecanismos de acción de las sectas en general. Escogí un grupo avanzado e inocuo como eran los "forofos" de los platillos volantes, que se particularizan por su desprecio intuicionista con la soberbia ante los logros científicos. Con la idea en mente de ampliarlo hasta sectas más corrosivas. El proyecto inicial de 1955 (así creía yo) se limitaba a cortos meses» (comunicación a J. J. Benítez).

- «... Me precio de definir al hombre, no como *Porcus bipedus*, como lo creen chuscamente algunos, sino como un saco inmenso de falacias, en el que se disuelven como un azucarillo en el océano mis ingenuas mentiras sofisticadas de “Ummo”». (Comunicación a J. J. Benítez).
- «De mis años horribles de bachiller en 1957 puedo lamentarme de que los panfletos de eso que llamaban filosofía —fui educado en los HH. Maristas— nos retorcieron el cerebro como un paño recién lavado hasta el punto de obligarnos a venerar a Platón, santo Tomás de Aquino y Kant». (comunicación a J. J. Benítez).
- «Los que ven luces en el cielo [ovnis], marxistas y religiosos de toda laya: a todos los englobo como enemigos de la ciencia experimental» (carta de Jordán a J. J. Benítez).
- «Sabemos con certeza que la gente en general es imbécil o idiota. Corría el año 1966, en pleno despertar del experimento “Ummo”. Hacía dos meses que excavábamos en los terrenos de Aluche las huellas de un falso ovni y esparcido arena con un corto porcentaje de óxido de torio radiactivo. Habían surgido como un géiser hirviente los hombres impecablemente vestidos, en el gabinete del gobierno, capitaneados por don Laureano López Rodó, y suman su cuarto menguante los de Falange con su mano en alto...» (comunicación a J. J. Benítez).
- «La negación del holocausto nazi es semejante a mi embuste de “Ummo”». (Comunicación a J. J. Benítez).
- «No hay que confundir la casi segura existencia científica de estructuras biológicas, incluso dotadas de inteligencia en astros apagados situados a millares incluso docenas de años luz con esos productos soñadores de la paranoia sincopada de los ovnis» (comunicación a J. J. Benítez).
- «Yo, empero, estoy en condiciones de asegurarles que, exceptuando contados casos puntuales, no deben arrojarle a la

- “Institución” [CIA] ninguna responsabilidad de perturbarles, al menos en España» (comunicación a J. J. Benítez).
- «Por desgracia, la masa mesantropoide —cerca del 72 por ciento de la humanidad— es un núcleo informe de personas vacuas, irrecuperable por su paranoia supersticiosa» (carta a J. J. Benítez).
  - «Recuerdo que en los círculos de estudio en 1980 comentando con el selecto grupo de amigos, todas las tardes sabatinas, los informes de “Ummo”, yo acababa, por cansancio, de creerme lo que yo mismo había creado y escrito unas semanas antes» (comunicación a J. J. Benítez).
  - «Los nazis, si hubieran sobrevivido a la conflagración que ellos armaron con su intuición resplandeciente, ¡seguro que hubieran defendido mi ficción de “Ummo”!» (comunicación a J. J. Benítez).
  - «Repito lo que dijo Goebbels, ministro nazi de propaganda: “Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad”. Eso es el cristianismo y “Ummo”». (Comunicación a J. J. Benítez).
  - «Los paranoicos creen que nosotros, los que criticamos a los paranoicos, somos los paranoicos» (comunicación a J. J. Benítez).
  - «Mientras ignoremos su etiología y no la parametricemos y la situemos como un fantasma etéreo en la escala de valores, no sabremos jamás dónde está la frontera entre la normalidad y el trastorno grave delirante. Los verdaderos psiquiatras dan un significado a la paranoia “a secas”, como un patrimonio triste de la humanidad poco evolucionada: como el cansancio, los excrementos, o las glándulas mamarias atrofiadas del varón...» (comunicación a J. J. Benítez).
  - «La sociedad Eridani fue promovida por mí en 1971 con el propósito de seguir atentamente la evolución del asunto “Ummo”». (Carta a J. J. Benítez).



- «Aunque lo convenza de la falsedad de los viajeros de “Ummo”, si usted creía ya que los ovnis tenían origen extraterrestre, veo difícil persuadirlo de lo contrario» (comunicación a J. J. Benítez).
- «Nadie puede comprobar lo que hay de cierto en mis declaraciones...» (carta de Jordán a J. J. Benítez).
- «Ufólogos, católicos, protestantes, islamistas y comunistas creen patológicamente y arrogantemente que poseen la verdad absoluta» (comunicación a J. J. Benítez).
- «Los que arremeten contra los hombres de ciencia, despreciándolos, tachándolos de “poco inteligentes”, “cabezas cuadradas”, “obtusos” presentándose a sí mismos con “su verdad”, proyectan curiosamente sus propias deficiencias. Son paranoicos agudos (delirio ególatra); además, acusan problemas en su área de madurez mental» (comunicación a J. J. Benítez).
- «La obsesión angustiosa de que estamos invadidos por extraterrestres, la curiosidad morbosa por lo paranormal, es típica de la paranoia» (comunicación a J. J. Benítez).
- «De joven milité y ocupé un cargo en el Consejo Diocesano de Acción Católica en Alicante. El obispo de Orihuela me estimuló para emprender un estudio de las sectas extrañas (masonería, espiritismo, dianética, subud, testigos de Jehová, etc.). Mis posteriores lecturas de filosofía me transformaron en un agnóstico. Creo que la ufología, la paraciencia y la parapsicología son falsas, supersticiones y pseudociencias. Sus adeptos son unos paranoicos que sólo creen en errores y falacias. Los fenómenos paranormales constituyen un mito rechazado por la ciencia verdadera. La arrumbada hipótesis extraterrestre ha sido redescubierta por los pirados platillistas, unos memos víctimas de bromas o sugestión colectiva. En los congresos de ufología se reúnen el mayor conjunto imaginable de paranoicos y locos desatados. Las ideas platillistas me

parecen una despreciable y paranoide pseudociencia. Los que las propagan son escritores enfermos de delirios paranoides sistematizados». (*Ummocat*, número 2660).



De izquierda a derecha: Juan Domínguez, el padre José María Pilón, Rafael Farriols y Jordán Peña, once meses antes de que este último sufriera un ataque cerebral. A pesar de su estado, Jordán siguió mintiendo y manipulando a sus amigos.

- «Os recuerdo que para hacer el experimento [“Ummo”] alenté un código ético: a) Crear un grupo de personas inteligentes. A lo sumo, se incorporaron libremente los adictos a los ovnis; b) Impedir en lo posible la difusión excesiva del mito. (Por contravenir las instrucciones, negué a Ribera cualquier documento. Por desgracia, no pude evitar la publicación por éste de las cartas); c) Fomentar los valores humanos, tal como la amistad mutua, el amor hacia sus semejantes y el respeto hacia las ideas de los demás. Defender los derechos de la mujer. Ensalzar a los representantes de la ciencia...» (carta a Rafael Farriols).
- «Quedan en pie las gratas horas que hemos pasado enriqueciendo nuestra cultura, y sobre todo la amistad profunda y el cariño imperecedero: valores eternos que son

indestructibles. Adiós, ya sabéis que mi amistad no os faltará jamás» (carta de Jordán a Farriols).

- «Hay, empero, una coincidencia en nuestros cerebros hirvientes: la exaltación mutua muy dulce, que se desborda como una tormenta marina, mucho más allá del acantilado: el amor sin límites a lo desconocido y a los hombres. Aunque jugando en distinta clave el término “desconocido”, que expresa un significado semántica, probablemente diferente para los dos. Hay por fin un último paralelismo: el anhelo compartido de prospección social sobre la masa, aunque observo con inquietud, cierta fosa profunda en nuestros respectivos métodos» (comunicación a J. J. Benítez).
- «El recelo que puedas intuir hacia una persona experta en Falacias y que ha manejado hábilmente —como yo— la mentira, como arma eficaz de la psicología social, se explica perfectamente» (comunicación de Jordán a J. J. Benítez).
- «No te preocupes: ellos [CIA] respetan todas las ideas y, por supuesto, las nuestras. Claro que tienen la obligación de proteger sus propios intereses, entre los cuales es lógico que clasifiquen ciertos conceptos y nombres propios. Ahí discrepo indignado en los medios. ¡Pero qué le vamos a hacer! ¿Quizá se rijan por una moral desconocida para nosotros?» (carta a J. J. Benítez).
- «Muchas veces han pensado ustedes: ¿Cómo pagaríamos a estos *oemmi* [hombres] de “Ummo” la ingente aportación que nos están haciendo de datos sobre su cultura? Ha llegado la hora de casi exigirles a ustedes el precio; nuestro precio a esta aportación. Es un precio alto, difícil de abonar. *Deseamos que se cristalice en AMOR. Amor mutuo entre los componentes de ese núcleo*» (carta «ummita», supuestamente escrita por Jordán Peña, al llamado «grupo de Madrid»).



Jordán Peña: «¿Qué ganaría yo en falsear mi relación con la “Institución” norteamericana [CIA]?». (Foto: J. J. Benítez).

- «*JOSÉ JORDÁN PEÑA*. Nos llamó la atención este *oemii* [hombre] de *Oyaagaa* [Tierra], pues nos recordaba la grandeza moral intelectual de ese gran *oemii* de Tierra y España llamado Miguel de Unamuno, siempre debatiéndose atormentado por la duda. Señor Jordán, era usted un *oemii* apasionado por el estudio de nuestra civilización y, sin embargo, racionalmente incrédulo respecto a nuestra identidad. Porque usted es el único componente de esta microred que ha sido fiel a nuestro exhorto de no ser creídos, aunque respetase nuestra ideología. Ponemos nuestra mano en su pecho. Es usted el tercero en nivel de inteligencia y el primero en nivel de positivismo racionalista. Vemos en usted a uno de los mejores especialistas en psicología que hemos conocido en la Tierra.

Mas luche usted contra su introversión, ese cerrarse sobre sí mismo. Busque el apoyo moral de sus hermanos de la microred. Ayúdelos a su nivel elevado y ellos, a cambio, le aportarán mucho. No se atormente con sus torturantes dudas. Admiramos su sentido de moralidad intelectual» (carta «ummita», supuestamente escrita por Jordán).

- «¿Cómo puedo resarcir a mis víctimas [de “Ummo”] si no estoy arrepentido de nada?» (comunicación a J. J. Benítez).
- «En la experiencia de “Ummo” comprendí más que nunca el pragmatismo norteamericano. Ya sé que esta confesión bastará para hacerme quizá aún más antipático. Es la primera vez que lo confieso llanamente. Mi admiración a lo que supone Estados Unidos, sin dejar de ser izquierdista» (carta a J. J. Benítez).
- «Nosotros, los pacíficos, repudiamos sensatamente la guerra, como rechazamos tajantemente el excremento. Es una función fisiológica que apesta, pero no la negamos... Consideramos, por el contrario, el pacifismo como una de las religiones más irracional es para gran parte de sus seguidores. Con mirada fija a su dios “La Paz” no aprecian el sufrimiento hondo que sufrieron los masacrados, y consienten que *ad calendas Graecas* (es decir, nunca) no sea reprimida esta misma violencia criminal: haciéndose cómplice de los genocidas...» (comunicación de Jordán Peña a J. J. Benítez).
- «Lo que sucede en la Tierra es que desgraciadamente se producen distorsiones, y un ser puede ser inteligente y paranoico, puede ser inteligente y psicópata. Esto es lo peligroso, lo terrible» (declaraciones de Jordán Peña al diario *Informaciones* de Madrid).
- «En resumen, tengo una personalidad un tanto inestable y lejanamente intermitente en mi equilibrio psíquico» (carta a J. J. Benítez).



## **Doña Rogelia, Amores y el cabo justo**

Hubiera sido una pérdida de tiempo y de energía. Para Jordán Peña, el fenómeno ovni es una fantasía, y cuantos investigamos el tema, unos falsarios y unos paranoicos. ¿Para qué informarle, por tanto, de esos casos en los que, como he mencionado, la célebre «H» aparece en los trajes de los tripulantes o en el fuselaje de las naves? No tenía sentido. No habría comprendido, ni admitido, que el emblema en cuestión es muy anterior a lo que él pretende. Jordán afirma que la «H» de «Ummo» fue creada en 1966. Pues bien, al margen de los casos de Sudáfrica (1952) y Curitiba (1954), el citado signo, con ligeras variantes, se presenta ya en pleno neolítico. Yo he sabido de él en los desiertos del Sahara y en las tierras norteamericanas. La «H» que hoy asociamos a los «ummitas» fue grabada en las rocas de Argelia, Libia, Marruecos, Níger y Mauritania, entre otros países del norte de África, como parte de un antiquísimo sistema de escritura: el bereber. Una lengua que, en opinión de algunos expertos, se remontaría al octavo milenio antes de Cristo. Esto, obviamente, no quiere decir que estos símbolos de la Edad de Piedra tengan el mismo significado que la «H» vista por los testigos ovni. Queda claro, sin embargo, que son muy anteriores al supuesto «invento» de Jordán Peña. Otra cuestión es la extraordinaria semejanza con el símbolo que lucen algunos ovnis en su «panza». ¿Vieron los hombres del neolítico este tipo de nave con el referido signo? Si fue así, ¿lo pintaron o lo grabaron en las cuevas y abrigos rocosos? Personalmente, estoy convencido de ello. En abril de 2001, durante mi primera visita a Mali, tuve la fortuna de averiguar algo que, en cierto modo, ratificaba mi

sospecha y que, naturalmente, arruinaba las afirmaciones de Jordán Peña. Los iniciados de la etnia dogon<sup>[34]</sup>, al mostrarles algunas de las fotografías del ovni de San José de Valderas, quedaron sorprendidos. Ellos conocían esta clase de objetos y, sobre todo, el signo que luce en la base. Los dogon lo han transmitido de padres a hijos. «Ésas —refiriéndose a las naves— son las arcas en las que viajan los *nommos* o dioses». Yo quedé tan perplejo como ellos. La historia del descenso de los *nommos* u «hombres-peces» en el corazón de Mali se remonta al año 900 o 1000 de nuestra era, aunque no hay excesiva seguridad en dicha cronología. Sea como fuere, ¿cómo es posible que esta etnia perdida en el corazón de África, casi analfabeta y viviendo en la Edad del Bronce, pudiera reconocer el ovni de Valderas y el símbolo en forma de «H»?

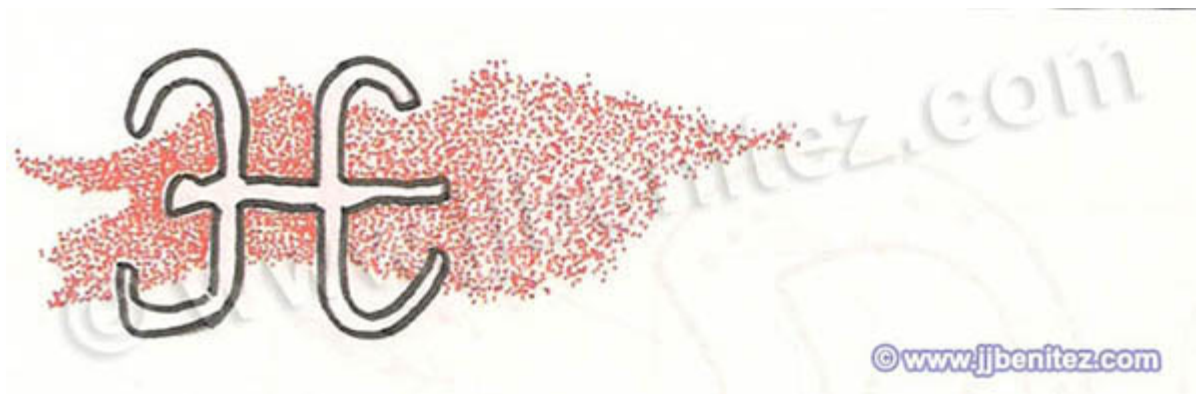


Algunos de los símbolos de los alfabetos líbicobereberes, grabados en las rocas del Sahara y en las islas Canarias, y que guardan semejanza con el signo de «Ummu».

Antigüedad estimada (según los especialistas) entre dos mil y diez mil años. 1, 2, 3 y 4: antiguo sahariano. 5 y 6: Canarias. 7: líbico horizontal y vertical. 8: tfinagh. 9: boudris. 10: salem. 11 y 12: agraw y salem.



Pinturas rupestres de la época neolítica (entre cinco mil y doce mil años) con signos similares a la «H» de «Umno» (cueva de la Plata, en Cádiz, España).



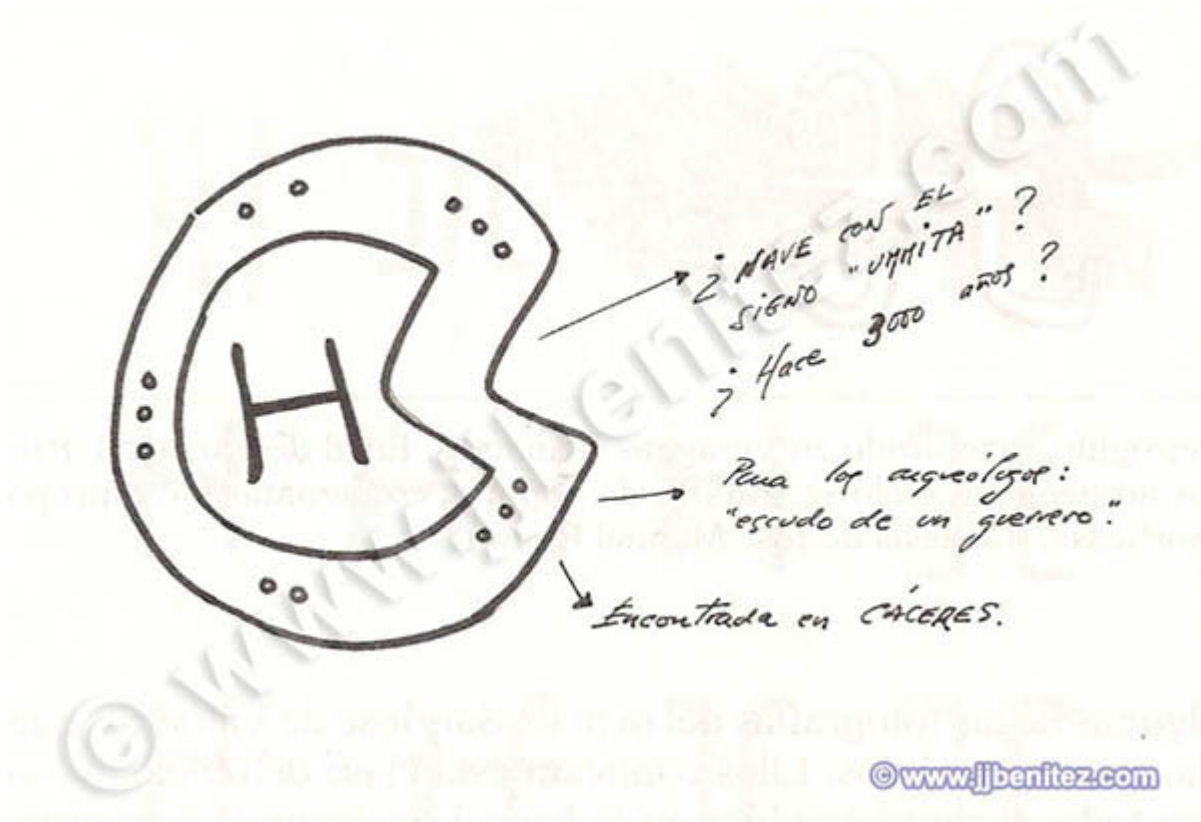
Petroglífico encontrado en Veraguas (Panamá). Edad desconocida. Para los arqueólogos, sólo se trataría de «figuras esquemáticas o antropomórficas». (Cortesía de José Manuel Riera).

Fue precisamente en esas fechas —hacia el siglo IX— cuando surgió el alfabeto cirílico, común entre los pueblos eslavos de Oriente. La séptima letra, curiosamente, es la ya familiar «H» de los «ummitas». Aunque los expertos no terminan de ponerse de acuerdo, todo parece indicar que fue Cirilo, el Filósofo, apóstol de

los eslavos, quien organizó dicho alfabeto, existente ya en las tierras rusas. Pedro el Grande lo simplificó en 1708, y lo convirtió en el alfabeto civil ruso. En 1917 sería nuevamente modificado. La cuestión es: ¿por qué fue incluida esa «H» en las remotas lenguas de los pueblos eslavos orientales? ¿Cuál fue su origen? Naturalmente, Jordán Peña no existía en el siglo IX...

En el año 1995, en plena investigación del asunto «Ummo», mi buen amigo Ramón de Rato Figaredo, excelente conocedor del arte antiguo, me puso en antecedentes sobre unos curiosos símbolos existentes en la cerámica inglesa. Se trataba de marcas utilizadas por los ceramistas de la ciudad de Bristol.

Representaban la «H» de «Ummo», una vez más. No lo dudé. Me dirigí de inmediato al Ayuntamiento de Bristol. Nadie supo darme razón. Probablemente se remontaban al siglo XVIII, pero, como digo, nadie conocía el origen. Las siguientes pesquisas se centraron en los museos y galerías de arte de la citada ciudad de Bristol y de Worcester. Fue en esta última, merced a las gestiones y gentileza de la señora Cook, directora del museo Dyson Perrins, donde encontré parte de la solución. Las haches correspondían a la marca «Worcester» (número 4312 (a) de la enciclopedia de Godeen), utilizadas entre los años 1751 y 1765. Presumiblemente, a estos artistas se les pagaba a tanto la pieza, y cada pintor tenía su propia marca para identificar su trabajo. Según la señora Cook, las diferentes modalidades de «H» fueron tomadas de la porcelana oriental. Especialmente de la china. Quedaba demostrado, por tanto, que Jordán Peña no era el «inventor» de la «H» de marras. El enigma, sin embargo, volvió a oscurecerse. Al investigar en la cerámica china descubrí, en efecto, la existencia de la «H» que, a su vez, pudo inspirar a los británicos. El símbolo chino se remonta, como mínimo, a la dinastía Zhou (1111 al 252 a. J. C.). En esa época, la «H» (en posición horizontal) era el símbolo de la «ley suprema»... Literalmente significaba «REY».

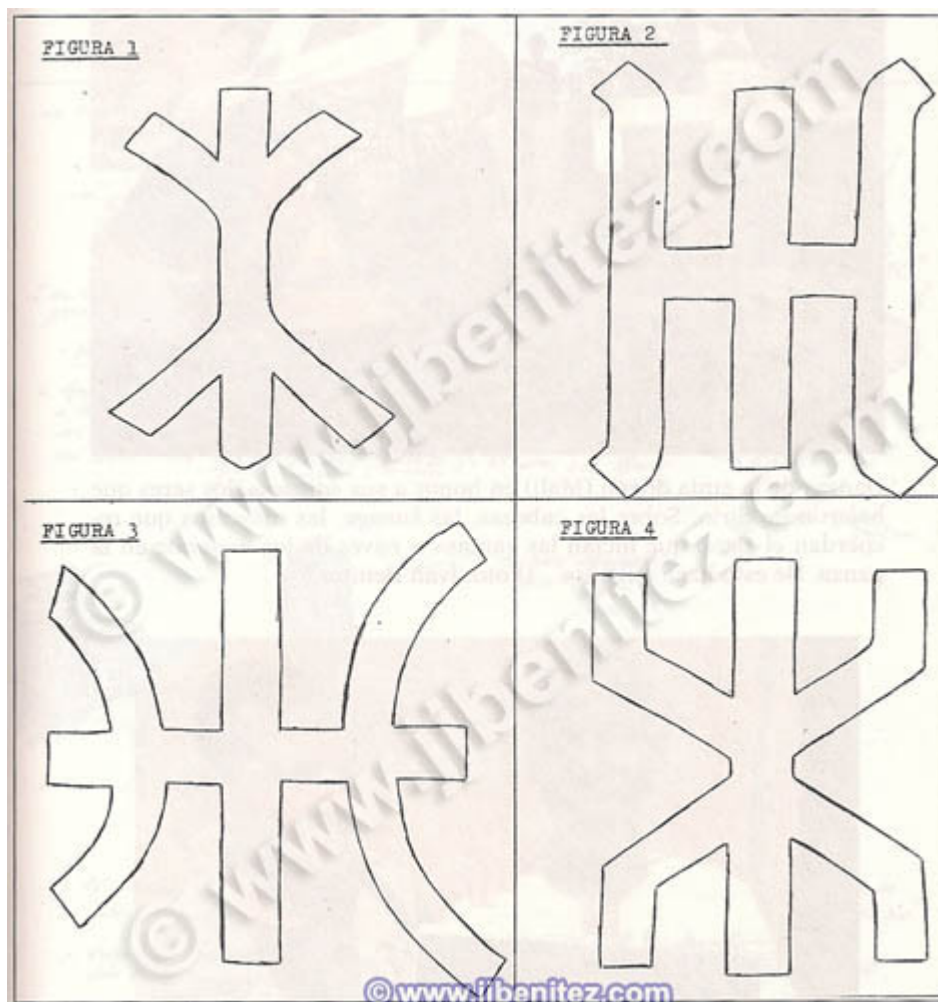


Extraña piedra grabada con el signo de Ummo. Según los arqueólogos, fue trabajada a finales de la Edad del Bronce (siglo X a. J. C.).





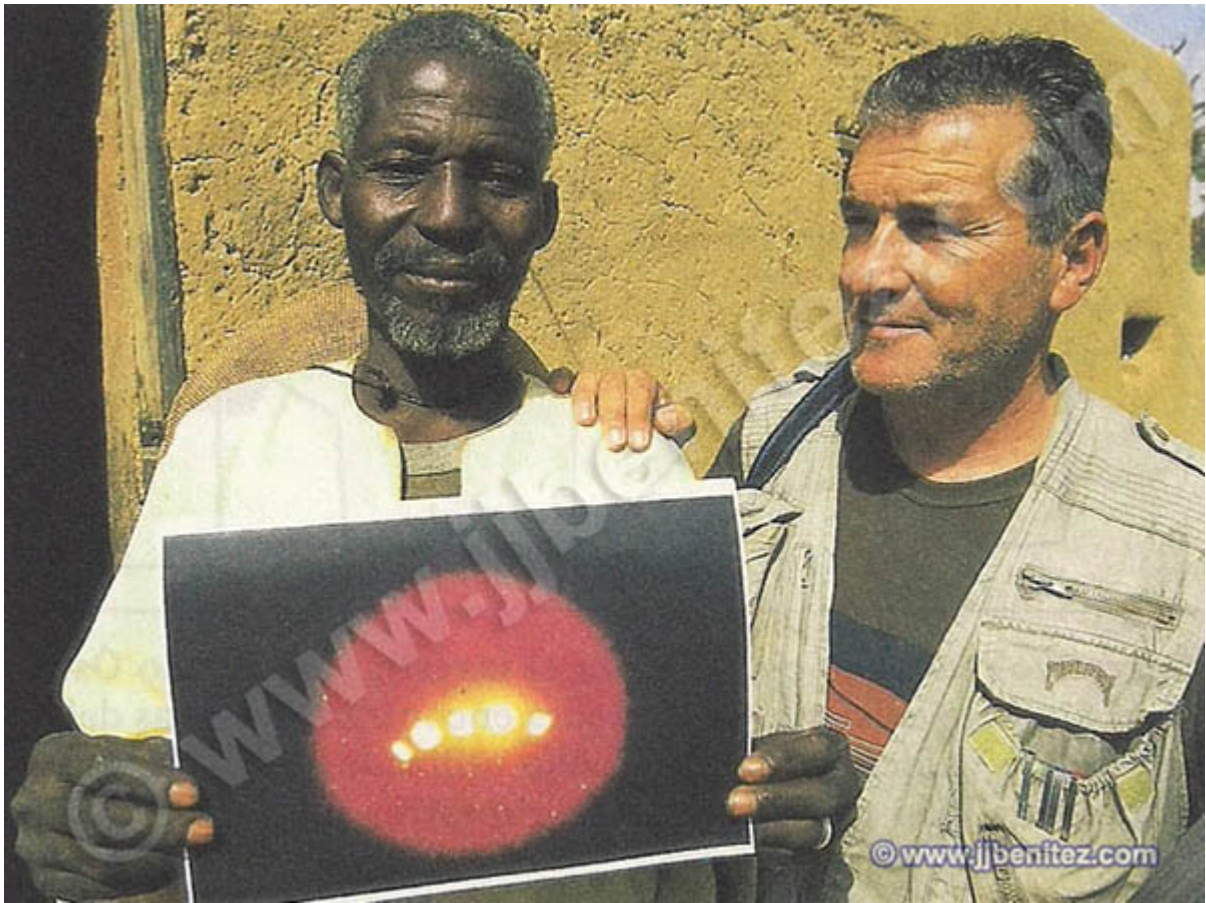
Signo grabado en granito. Piedra encontrada en las proximidades del lago Puelo, en Argentina. El relieve pudo ser esculpido por los indios nativos de la zona (mapuches, tehuelches, araucanos, etc.). (Cortesía de Sergio Óscar Rinaldi).



Estudio comparativo realizado en 1984 por el investigador Sergio Óscar Rinaldi. En la figura 1, el símbolo existente en la piedra encontrada a orillas del lago Puelo. Figura 2: San José de Valderas. Figura 3: sello utilizado en las cartas «ummitas». Figura 4: símbolo hallado en las pinturas rupestres de Talampaya (La Rioja, Argentina).



Danzas de la etnia dogon (Mali) en honor a sus «dioses», los seres que bajaron de Sirio. Sobre las cabezas, las *kanaga*, las máscaras que recuerdan el signo que lucían las «arcas» o naves de los *nommos* en la panza. De esto hace mil años... (Foto: Iván Benítez).



Pangalé Dolo, con una foto-ovni proporcionada por J. J. Benítez. Para el iniciado dogon, estos objetos son idénticos a los contemplados por sus antepasados. (Foto: Iván Benítez).



→ A las 10:30h, salimos de la escuela.  
 Los HOSON: curran y salen de todo, dicen.  
 "Los decapitados": origen del HOSON → 11'154: KANNI KONYBOLE' → TELI'

→ ENDE (YAH.) → 30' → figa el fuma calor →  
 ENDE (roca sagrada del HOSON) →

"anillo" para CANDE → n = 21

- En ENDE → el HOSON curran hace 3 días.
- Aparición a la noche del HOSON con 540C. → ARE GUINDO (GUINDO) → 75 años = el HOSON n° 13

→ "KANAGA" (máscara) ¿cuál es su origen?

PIEDRA SACRADA DEL "HOSON." 12'104.

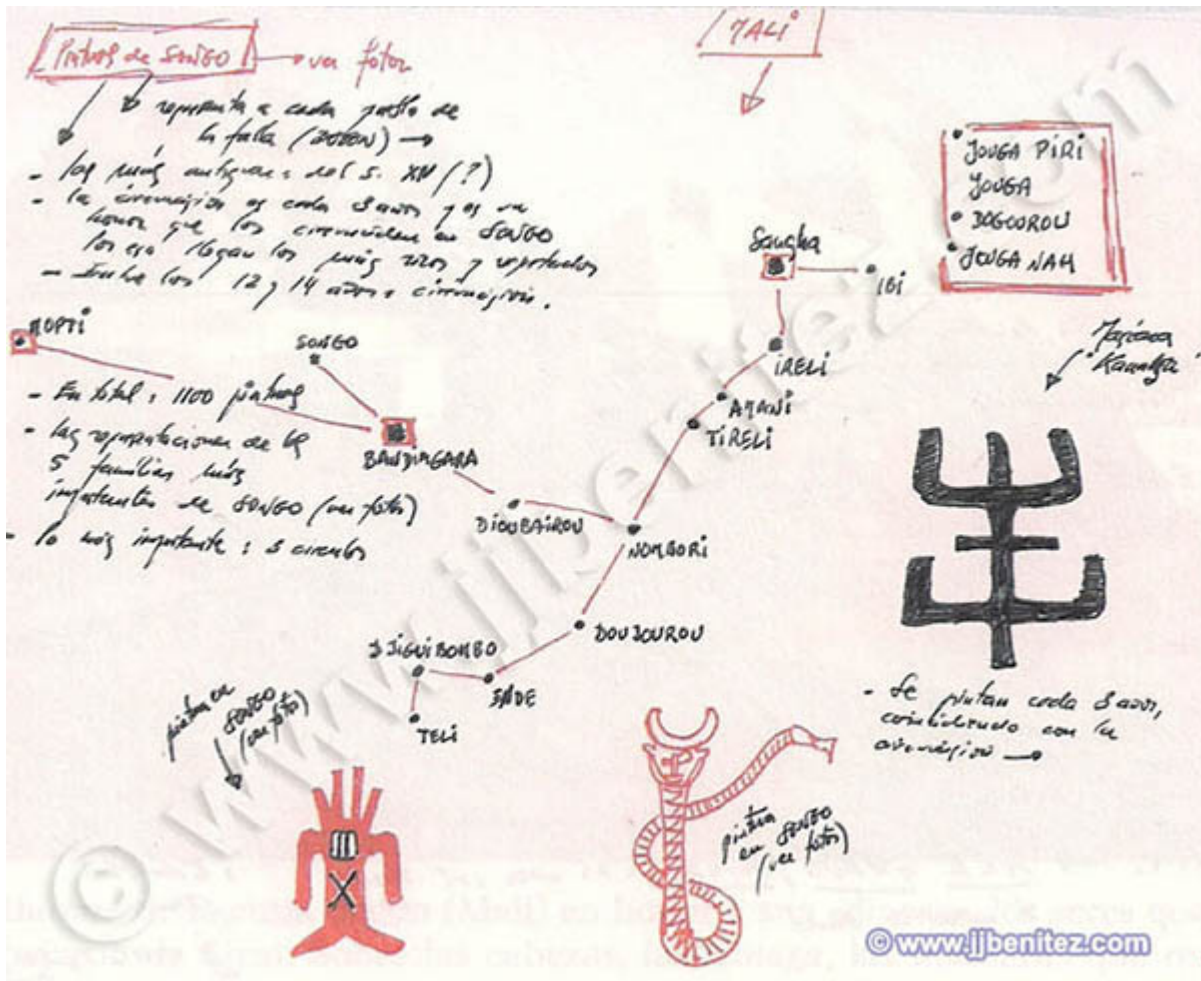
→ AREA de ENDE'

• El HOSON ve los dibujos y fotos y dice:  
 - origen de "KANAGA": dice que fue en la noche TUSA NANA...

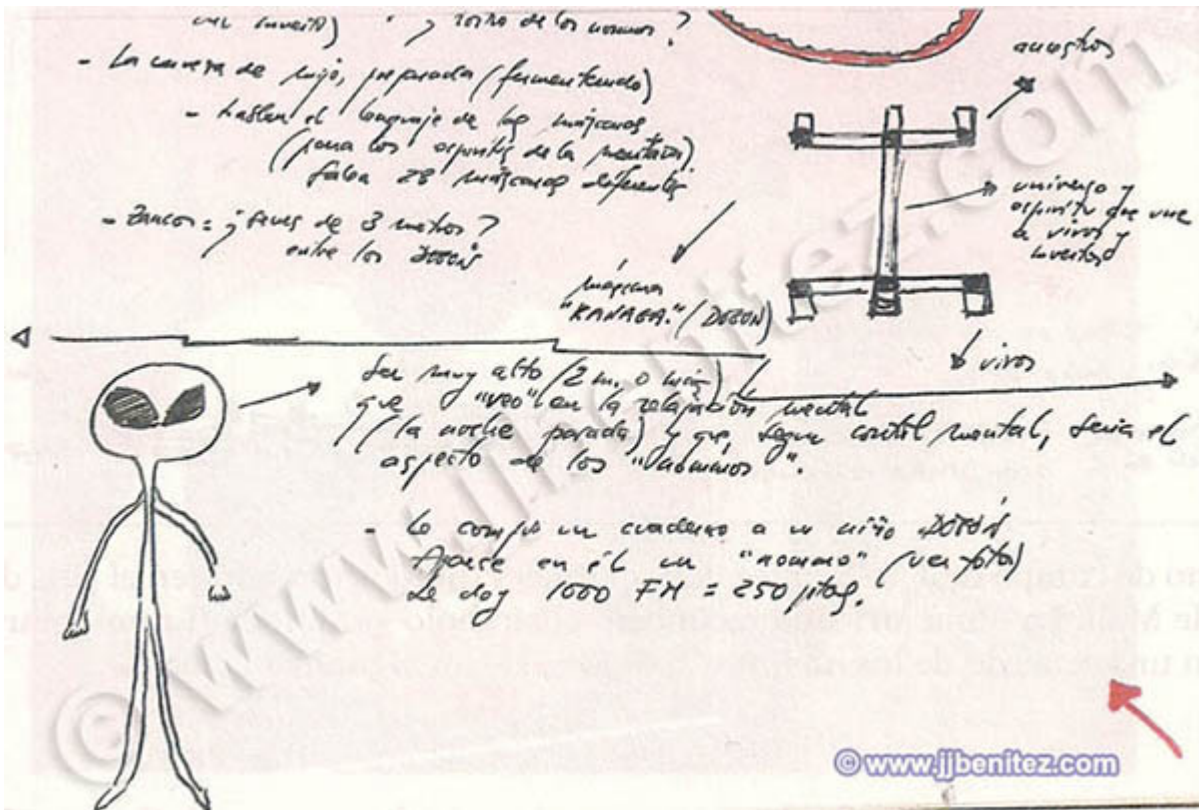
© www.jjbenitez.com

Cuaderno de campo de J. J. Benítez con apuntes y dibujos tomados en el país dogon, al este de Mali. La etnia africana reconoció el símbolo «ummita». Las máscaras *kamaga* son un recuerdo de los *nommos* o dioses, según algunos iniciados.

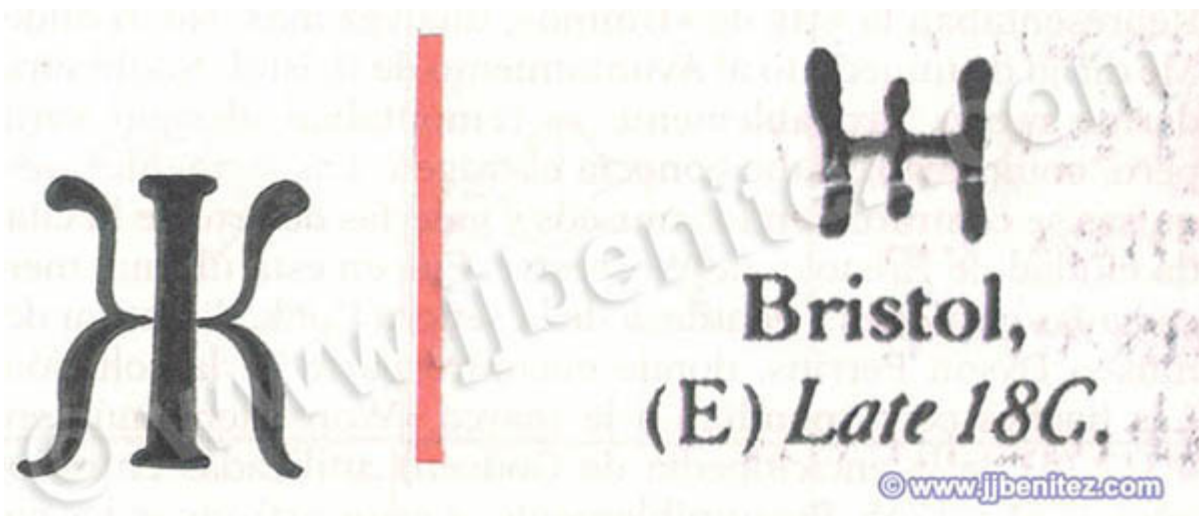




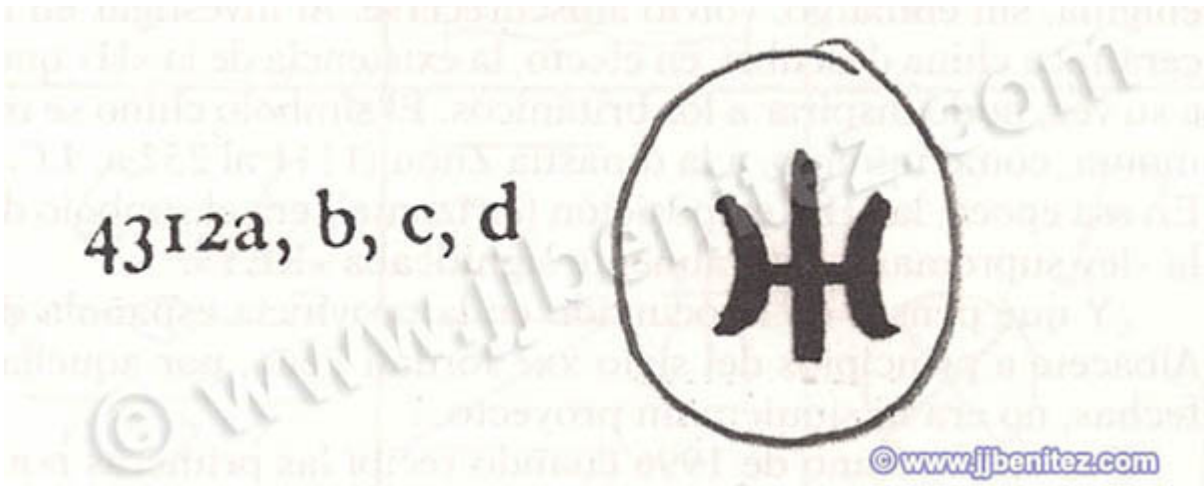
Recorrido de J. J. Benítez por el país dogon en su segunda visita. Sobre el cuaderno de campo, algunas de las pinturas sagradas de Songó.



Para otros iniciados dogon, el símbolo representado en la *kanaga* es el recuerdo de la unión de los vivos y los muertos.



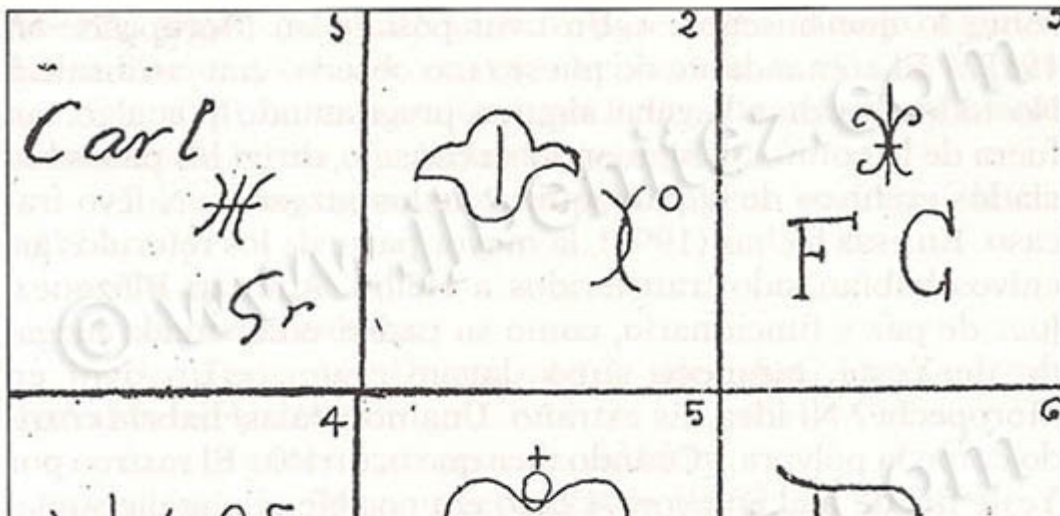
Séptima letra del alfabeto cirílico (izquierda) (valor zh). En la imagen de la derecha, una de las marcas de los ceramistas ingleses (siglo XVIII).



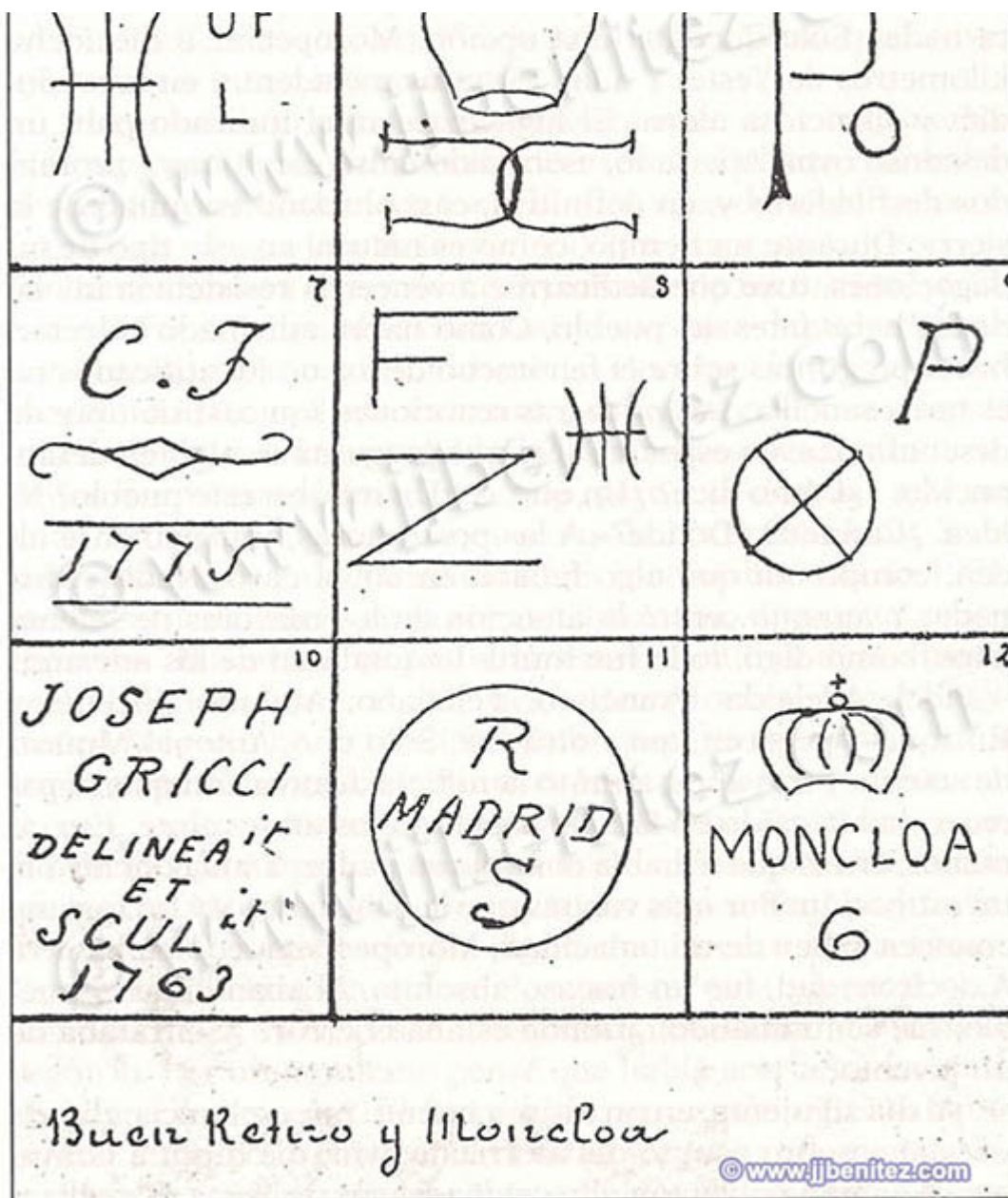
Marca procedente de los ceramistas de Worcester, en Inglaterra (elaborado hacia el año 1751). (Gentileza del museo Dyson Perrins).



En la imagen de la izquierda, marca de cerámica inglesa del siglo XVIII, inspirada en la cerámica china (derecha).







La «H» «ummita» en marcas de cerámica española (Enciclopedia de M. Serrano López, lámina 5).

¿Y qué pensar de lo ocurrido en la provincia española de Albacete a principios del siglo xx? Jordán Peña, por aquellas fechas, no era ni siquiera un proyecto...

Fue en el verano de 1996 cuando recibí las primeras noticias sobre el extraño incidente. Hacia los años veinte, en plena sierra albaceteña, se registró el descenso de un objeto volante no

identificado. Fue visto, al parecer, por buena parte del pueblo. En la singular nave, de aspecto discoidal, destacaba un ya familiar emblema: un símbolo en forma de «H». El suceso, según mis informadores, tuvo lugar alrededor de 1917. En un primer momento dudé. Habían transcurrido ochenta años. Si el caso era auténtico, ¿cómo encontrar a los testigos? Lo más probable es que todos estuvieran muertos. Y aunque la labor de investigación se me antojó ciertamente compleja, el instinto me puso en marcha, una vez más. Si el avistamiento fue cierto, yo terminaría encontrando a los testigos. Y un 25 de septiembre, miércoles, puse rumbo a Moropeche, a los pies de Calar del Mundo, una de las más bellas y agrestes serranías de España. Al llegar a la localidad de Yeste me detuve en el cuartel de la Guardia Civil. Las pesquisas fueron estériles. Nadie sabía ni recordaba nada. Allí no quedaba información alguna sobre lo que buscaba: «¿Un ovni posado en Moropeche en 1917?». El comandante de puesto me observó con curiosidad. No todos los días llegaba alguien preguntando por algo tan fuera de lo común. Y siguiendo su consejo, dirigí los pasos hacia los archivos de la parroquia y de los juzgados. Nuevo fracaso. En esas fechas (1996), la mayor parte de los referidos archivos habían sido transferidos a Hellín. Antonio Blázquez, juez de paz y funcionario, como su padre, en el citado juzgado de Yeste, tampoco supo darme razón. «¿Un ovni en Moropeche? Ni idea. Es extraño. Una noticia así habría corrido como la pólvora. ¿Cuándo dice que ocurrió?». El rastreo por Yeste fue de mal en peor. ¿Cómo era posible que nadie supiera nada? Sólo quedaba una opción: Moropeche, a dieciocho kilómetros de Yeste. Y a las 15 horas me adentré en la recóndita y silenciosa aldea. El lugar parecía el indicado para un descenso ovni. Apartado, escondido entre gargantas y profundos desfiladeros y, en definitiva, casi olvidado en mitad de la sierra. Durante un tiempo, como es natural en este tipo de indagaciones, tuve que dedicarme a vencer la resistencia inicial de los habitantes del pueblo. Como habrá adivinado el lector, hacer preguntas sobre el fenómeno de los no identificados no es tarea



sencilla. Las primeras reacciones son casi siempre de desconfianza, en especial, si el que pregunta es alguien desconocido. «¿Cómo dice? ¿Un qué...? ¿Un ovni en este pueblo? Ni idea. ¿Cuándo? ¿Dónde?». A las pocas horas, tras peinar la aldea, comprendí que algo fallaba en aquel caso. Nadie sabía nada. Y aunque centré la atención en los mayores de setenta años, como digo, todo fue inútil. La totalidad de los ancianos —Fidel, Adelaida, Francisco, Feliciano, Antonio, Vicente y Enrique— negaron una y otra vez. Sólo uno, Antonio Muñoz, de setenta y tres años, apuntó la noticia de un avión que, al parecer, había caído en Graya, al sur, en los años veinte. Eso, al menos, era lo que le había contado su padre. Y ahí concluyó la investigación. Por más vueltas que le di al asunto, y los que me conocen saben de mi tenacidad, Moropeche quedó en blanco. A decir verdad, fue un fracaso absoluto. Al abandonar el pueblo, me sentí abatido. ¿Dónde estaba el error? ¿Se trataba de un invento?

Al día siguiente, en un último intento por esclarecer el cada vez más oscuro asunto del aterrizaje ovni, me dirigí a Graya, otra pequeña población albaceteña, al sur de Yeste. Y vuelta a empezar. Las conversaciones con los ancianos del bello paraje dieron el mismo resultado: ninguna información. No podía creerlo. Aquello, definitivamente, parecía un camelo. Alguien había inventado el caso ovni y, obviamente, la «H» en la panza. ¿O no? Mi «conversación» con Pedro, de ochenta y cuatro años y sordo como una tapia, fue surrealista:

—¿Recuerda algún aparato que cayera por aquí hacia 1917?

—¿Un aparato?

Asentí con la cabeza.

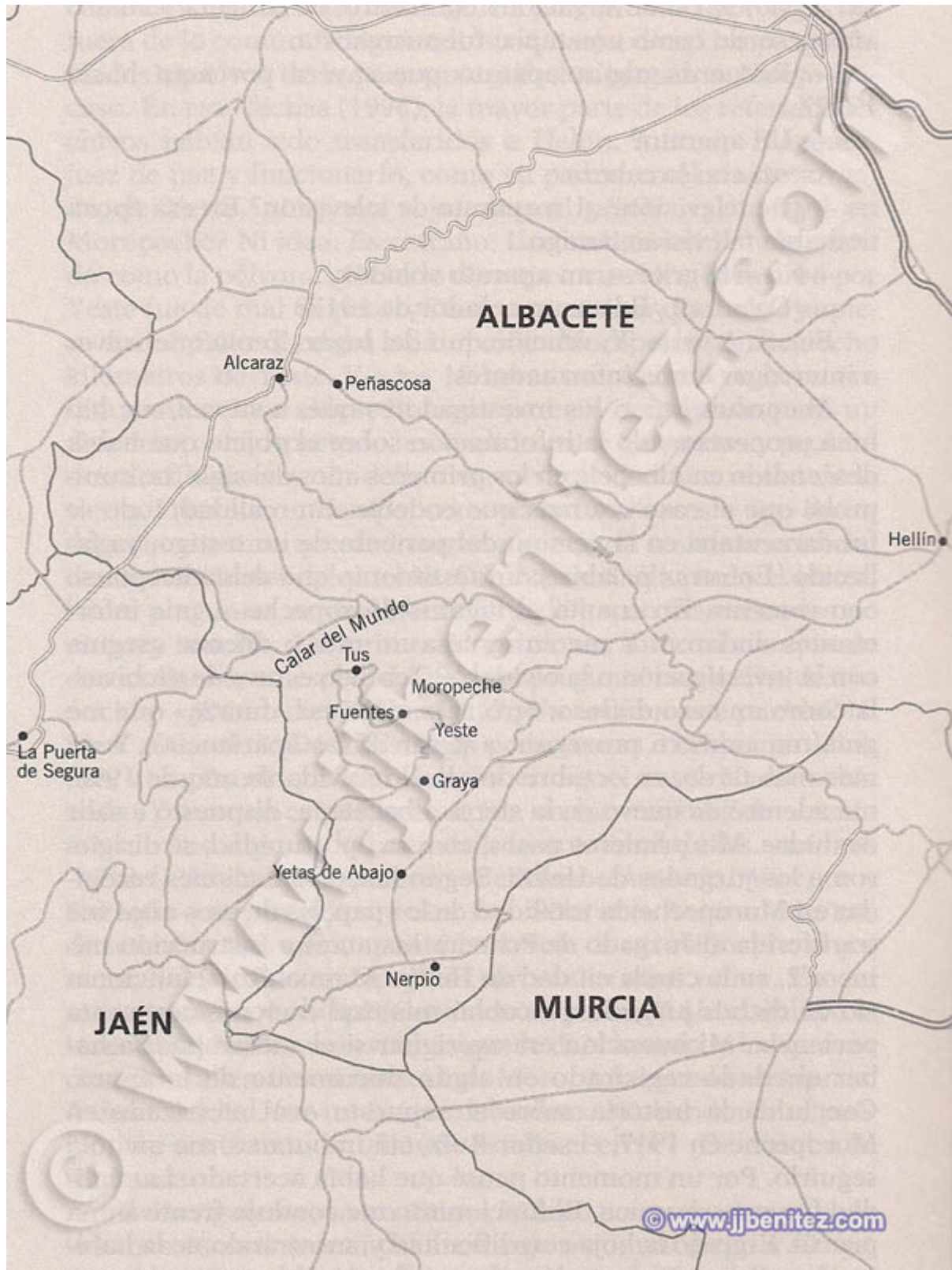
—¿De televisión? ¿Un aparato de televisión? En esa época no había televisión, amigo...

—No —le grité—, un aparato volador...

—¿Colador? ¿Busca un colador de 1917?

Fue suficiente. Y, vencido, huí del lugar. Tenía que volver a interrogar a mis informadores.

Al consultar con los investigadores que, a su vez, me habían proporcionado la información sobre el objeto que había descendido en Albacete en los primeros años del siglo xx, comprobé que el caso era más que endeble. En realidad, todo se fundamentaba en la versión del pariente de un testigo, ya fallecido. En otras palabras: un testimonio que debía aceptarse con reservas. En cuanto al lugar — Moropeche—, mis informantes dudaron. Y me enfrenté a un nuevo dilema: ¿seguía con la investigación o la olvidaba? Tentado estuve de archivarla como un caso dudoso, otro más, pero esa «fuerza» que me guía me animó a proseguir, a pesar de las apariencias. Y un mes más tarde, en octubre de aquel inolvidable año de 1996, me adentré de nuevo en la sierra albaceteña, dispuesto a salir de dudas. Mis primeros pasos, en esta oportunidad, se dirigieron a los juzgados de Hellín. Según las informaciones recogidas en Moropeche, la totalidad de los papeles de esos años fue transferida al Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 2, en la citada ciudad de Hellín. Manuel Ruiz, funcionario de dichos juzgados, escuchó mis explicaciones con santa paciencia. Mi intención era averiguar si el suceso podría haber quedado registrado en algún documento de la época. Concluida la historia sobre el supuesto ovni aterrizado en Moropeche en 1917, el señor Ruiz, sin inmutarse, me invitó a seguirlo. Por un momento pensé que había acertado. La realidad fue más prosaica. El funcionario me condujo frente a una puerta. Empujó la hoja con dificultad y, mostrándome la habitación, replicó con retintín: «Los archivos. Lo que usted busca puede que esté ahí o puede que no...». Una primera ojeada a los «archivos» de Hellin y su comarca me hundió de nuevo en la desesperación. En la sala en cuestión se amontonaban miles de papeles y legajos, tiznados por el tiempo y el olvido. Las cajas y los sacos llegaban prácticamente al techo, y obstaculizaban, incluso, el avance de la puerta. La labor de búsqueda, papel por papel, me hubiera ocupado un año, como mínimo. Estaba claro que debía empezar por otro lugar...



**ALBACETE**

Alcaraz

Peñascosa

Hellín

Calar del Mundo

Tus

Moropeche

Fuentes

Yeste

Graya

La Puerta de Segura

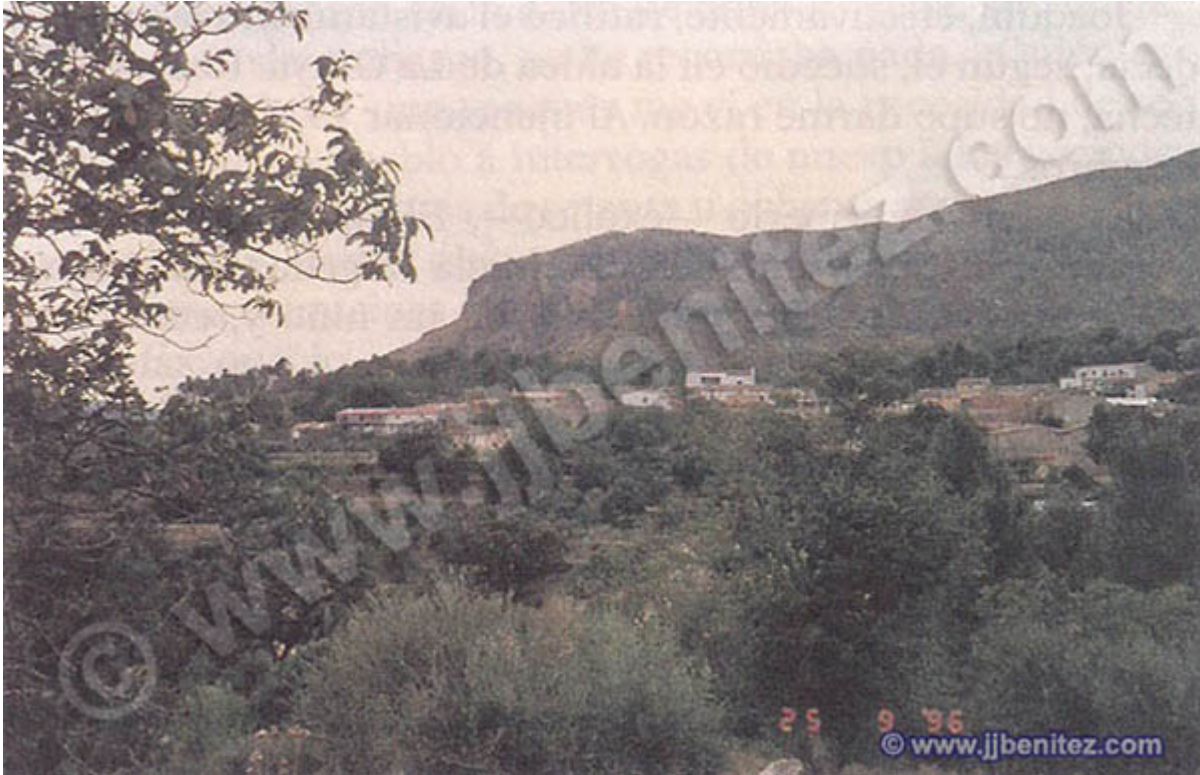
Yetas de Abajo

Nerpio

**JAÉN**

**MURCIA**

© [www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)



Moropeche, en plena sierra albaceteña. (Foto: J. J. Benítez).

Doña Adelaida, de ochenta y siete años, domiciliada en la calle Eras y nacida en Moropeche, tampoco resolvió el contencioso. La mujer no sabía de qué demonios le estaba hablando. Y, decidido, dejé atrás Hellín y centré mis esfuerzos en la búsqueda de un tal Alguacil, pariente de uno de los testigos del supuesto aterrizaje ovni. En realidad, la pieza clave por la que debería haber iniciado la investigación. Algunos días después, de forma sorprendente, como casi siempre, lograba localizar en la provincia de Jaén a Joaquín Alguacil, nieto de Rogelia Juárez Barba. La conversación me dejó perplejo. El avistamiento ovni, según Alguacil, no se produjo en Moropeche, sino en Graya, la aldea ubicada al sur de Yeste y que yo había peinado minuciosamente. En esos momentos no pude entender el porqué de mi error. ¿Por qué me había dirigido a Moropeche? Repasé las notas y confirmé lo que sospechaba: el nombre de Moropeche me fue proporcionado por mis informadores. Meses más tarde, a la vista de lo acaecido, comprendí. El «error» fue providencial. Pero vayamos paso a paso...

Joaquín, efectivamente, ratificó el avistamiento ovni. Como decía, según él, sucedió en la aldea de La Graya. Respecto a la fecha, no supo darme razón. Al mencionar 1917 se encogió de hombros...

—Imposible saberlo —explicó—. El suceso me lo contó Sofía, mi madre, y también mi abuela Rogelia. Quizá fue en esa fecha o quizá más tarde. Yo era un niño y, como comprenderás, no pregunté.

—¿Quién fue el testigo?

—Rogelia Juárez, mi abuela, y otros vecinos. Fue en verano. De pronto vieron un objeto muy brillante en el cielo. Descendió a tierra en las afueras del pueblo y allí permaneció durante dos días...

—¿Dos días?

—Eso fue lo que me contaron. Era un objeto grande con patas. Tenía la forma de dos platos unidos por el filo exterior. Mi abuela y el resto se acercaron y comprobaron que era un aparato metálico, como plateado. Entonces vieron a dos seres, caminando junto al objeto. Eran muy altos. Superaban los dos metros y pico. Vestían trajes ajustados, muy ceñidos y de color plata.

—¿Podría haberse tratado de un globo?

—Nada de eso. Mi abuela sabía muy bien lo que era un globo. Además, aquellos seres no tenían boca. Eran rubios, con los ojos grandes y almendrados.

—¿Y qué ocurrió?

—Al parecer, nada. La gente del pueblo les ofreció agua y comida, pero no aceptaron. Cada vez que se acercaban al objeto, los seres se retiraban. A los dos días, el aparato se elevó y desapareció.

Cuando mencioné el emblema en forma de «H», Joaquín Alguacil mostró su extrañeza. No recordaba nada sobre dicho asunto.

—Mi abuela y mi madre nunca hablaron de esa «H», ni de nada parecido...

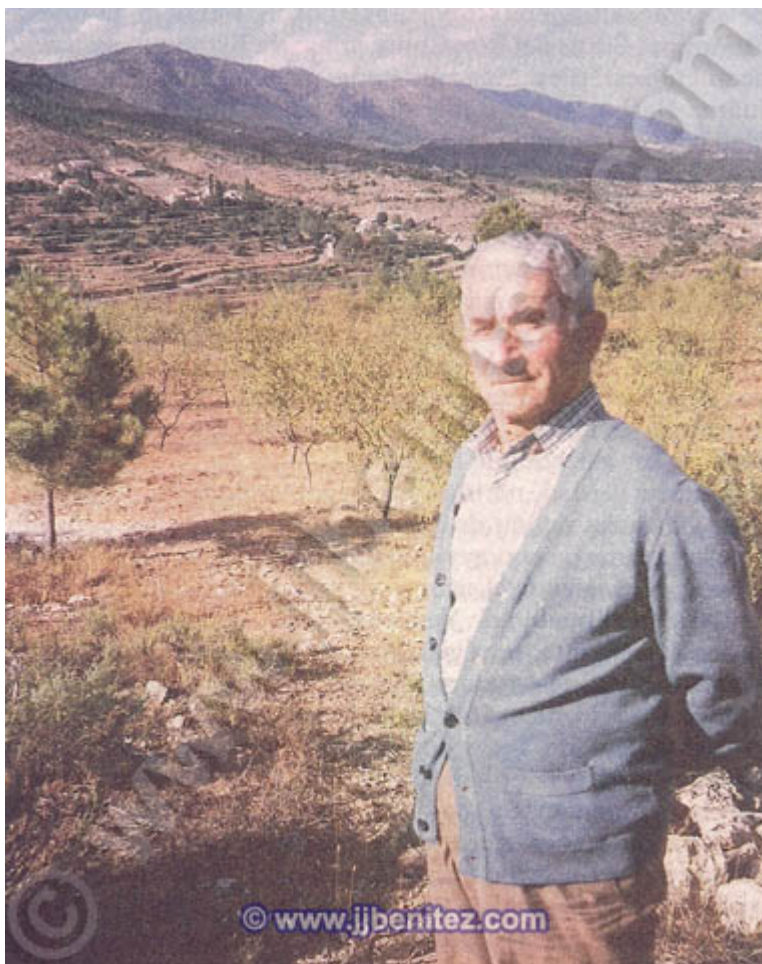
Según el nieto, doña Rogelia falleció en 1975. Contaba ochenta y dos años de edad.



Ésta, en síntesis, fue la versión de J. Alguacil sobre lo ocurrido en la provincia de Albacete en los primeros años del siglo xx. Una versión que, lógicamente, debía ser tomada con ciertas precauciones. El informante no era un testigo directo y eso, como saben muy bien los investigadores de campo, implica siempre ciertos riesgos. Por ejemplo, según Alguacil, los hechos se registraron en la aldea de doña Rogelia, su abuela. En La Graya, sin embargo, nadie recordaba nada. ¿Quién estaba equivocado? Y una vez más me vi en la necesidad de regresar al referido pueblo a interrogar de nuevo a los vecinos; en especial, a los mayores de setenta u ochenta años. Me armé de paciencia y, como digo, me instalé en La Graya, procediendo a una minuciosa investigación. Visité los doce barrios o pedanías que lo configuran, conversando personalmente con los ancianos. Todos me remitieron a lo dicho anteriormente: nadie sabía nada del ovni. Mis andanzas por Las Torres, Batán, Macalón, Los Rubios, Marchena, Casas de la Cuesta, El Molino, Casas del Río, Churritales y la Ermita fueron prácticamente estériles. Más aún: nadie parecía conocer a Rogelia Juárez Barba. Aquello me alarmó. Si la abuela de Joaquín Alguacil había nacido en La Graya, ¿cómo es que nadie la conocía? No, aquello no era normal. Telefoneé de nuevo al señor Alguacil, interesándome por el barrio en el que había vivido su abuela. Joaquín no lo recordaba. La siguiente ronda por La Graya fue tan decepcionante como las anteriores. Amado del Valle (ochenta y un años), Dulce (noventa y uno), Manolo Blázquez (ochenta y ocho) o Gregorio Mañas (setenta y ocho), entre otros, no recordaban a nadie que respondiera al nombre de Rogelia Juárez. Y empecé a sospechar lo peor: doña Rogelia no era de La Graya. Quizá su nieto estaba en un error. Pero, de ser así, ¿dónde buscar?

A decir verdad, no todo fue negativo durante mi estancia en la hermosa región de La Graya. En una de las consultas tuve la fortuna de conocer a Paulo José Gallego, vecino de Las Torres. Al escuchar el asunto del ovni, me sugirió que preguntara en el pueblo de Yetas de Abajo, algo más al sur. Allí, en los años veinte, se registró un

incidente que quizá podría explicar el supuesto aterrizaje del objeto volante no identificado. Y así lo hice. Horas después, uno de los protagonistas del suceso de Yetas confirmaba lo adelantado por José Gallego: «Ocurrió el 4 de setiembre de 1928 —me explicó Verónico Martínez García—. Fue hacia las cuatro de la tarde. Soplaban un viento suave del oeste. De pronto, la gente de Yetas empezó a gritar. En el cielo, a lo lejos, apareció una cosa redonda, parecida a un balón de fútbol. Fue acercándose más y más, empujado por el viento. Se trataba de un globo enorme, con forma de orza o de tinaja. Para muchos de nosotros era la primera vez que veíamos una cosa así. Y el “artefacto” fue a precipitarse sobre un paraje que llamamos el Majar de Guillén. Allí quedó enredado en los árboles. En su interior se encontraba un militar, el capitán Benito Mala. Estaba muerto. En sus notas decía que había partido de Madrid a las nueve de la mañana y que se dirigía a Guadalajara. Tuvo mala suerte...».



Verónico, en el lugar donde cayó el globo. Al fondo, el pueblo albaceteño de Yetas de Abajo. (Foto: J. J. Benítez).

Durante algún tiempo permanecí en la duda. ¿Era éste el globo estrellado en Yetas, el «ovni» del que había hablado doña Rogelia? La información proporcionada por el nieto no guardaba relación. Y el instinto me sugirió que siguiera en la brecha. Una cosa era el globo que se precipitó en Yetas de Abajo en 1928 y otra muy distinta la visión de un ovni, posado en tierra durante dos días y con varios seres de más de dos metros de altura deambulando a su alrededor...

Estaba claro que tenía que profundizar en el asunto. Era preciso abrir un nuevo frente en la investigación. Y me propuse localizar a los parientes más cercanos de Rogelia Juárez Barba. Quizá ellos pudieran arrojar algo de luz sobre el cada vez más retorcido enigma.

Pero eso sería algún tiempo más tarde, a mi regreso de América y de otras pesquisas por el Sahara.

Es una táctica que recomiendo a los investigadores más jóvenes: cuando una investigación se atasca o, simplemente, no prospera, lo mejor es «congelada» durante un tiempo (el necesario). Después, al retomarla, todo cambia. Eso fue lo que sucedió con el caso «1917». Parecía como si cada paso estuviera minuciosamente programado.

Meses más tarde, ya en 1997, a mi retorno de Chile, Bolivia y Brasil, me vi sorprendido por una noticia, publicada por la revista española *Enigmas*. En ella, «casualmente», se hablaba del asunto que acababa de aparcar. La información decía textualmente: «En el verano de 1917, los miembros de la familia Alguacil, temporeros que trabajaban en la zona de Peñascosa (Albacete), observaron, mientras faenaban en el campo, la súbita llegada de un objeto de considerable tamaño “con forma de sombrero, del que salían cuatro patas”. Joaquina L. vio, además, cómo del artefacto salían una pareja de seres de unos dos metros de altura, vestidos con monos grises. Todas las observaciones se produjeron en pleno día. Varios testigos aseguraron que el ovni tenía grabado en su fuselaje un símbolo semejante a una letra “H” mayúscula. Durante tres días, el objeto fue observado en las proximidades, causando el lógico temor entre los habitantes de una de las más abruptas zonas de la serranía albaceteña. La última visión del extraño “sombrero volante” se produjo cuando éste desapareció sin emitir sonido alguno, elevándose en vertical hasta perderse en el cielo».

¿Peñascosa? ¿Temporeros? ¿Joaquina? Aquellos datos no coincidían con lo que yo había averiguado. Y volví a interrogar a Joaquín Alguacil, nieto del único testigo del que se tenía conocimiento. Al leer la escueta información, Alguacil negó con la cabeza, asegurando que algunos detalles no eran correctos. Él no conocía la fecha exacta. «Lo de 1917 ha podido ser un invento del periodista». En cuanto al lugar, Joaquín manifestó que sus recuerdos se inclinaban hacia La Graya, «aunque no puedo estar seguro». Por supuesto, el nombre de Joaquina L. no tenía nada que

ver con Rogelia Juárez Barba, su abuela. ¿Otro invento del periodista o un truco para camuflar la identidad de doña Rogelia? Sea como fuere, lo cierto es que, ante la duda, me vi obligado a viajar hasta Peñascosa, en las proximidades de Alcaraz (Albacete), y repetir los interrogatorios de Moropeche, Hellín, La Graya, etc. Y, de nuevo, vuelta a empezar. Al final de la jornada, el resultado había sido tan negativo y desalentador como en las anteriores pesquisas. En Peñascosa nadie sabía nada, al menos los más ancianos del lugar. Guillermo Copete Puentes, de noventa y dos años de edad, y Vicente Molina, de noventa y uno, los más viejos del pueblo, no recordaban nada sobre el referido aterrizaje ovni y, mucho menos, sobre los supuestos seres de dos metros de altura. Con el resto de los ancianos, más jóvenes, la suerte fue idéntica. Algunos, con razón, sugirieron que extendiera las pesquisas a otros pueblos, pertenecientes al término de Peñascosa. Quizá el suceso había tenido lugar en Zorio, Pesebre, Carboneras, Casa Lana o Cerro Blanco. Y rendido y, a decir verdad, algo desmoralizado, opté por tomarme un respiro, sentándome en uno de los bares del pueblo. Entre los vecinos que me habían ayudado a localizar a la gente mayor se encontraba una deliciosa y entrañable pareja —Rosario y José Luis—, recién llegados a Peñascosa. En la conversación, aparentemente por casualidad (?), terminó por salir un asunto que me dejó perplejo. José Luis había sido testigo y protagonista de otro caso ovni, ocurrido en 1979 y que servidor venía investigando desde entonces. Y digo que el hecho me sorprendió porque, al margen de la importancia del caso en sí mismo, de no haber sufrido la ya citada equivocación (?) a la hora de viajar a Moropeche lo más probable es que no hubiera conocido a la mencionada pareja.





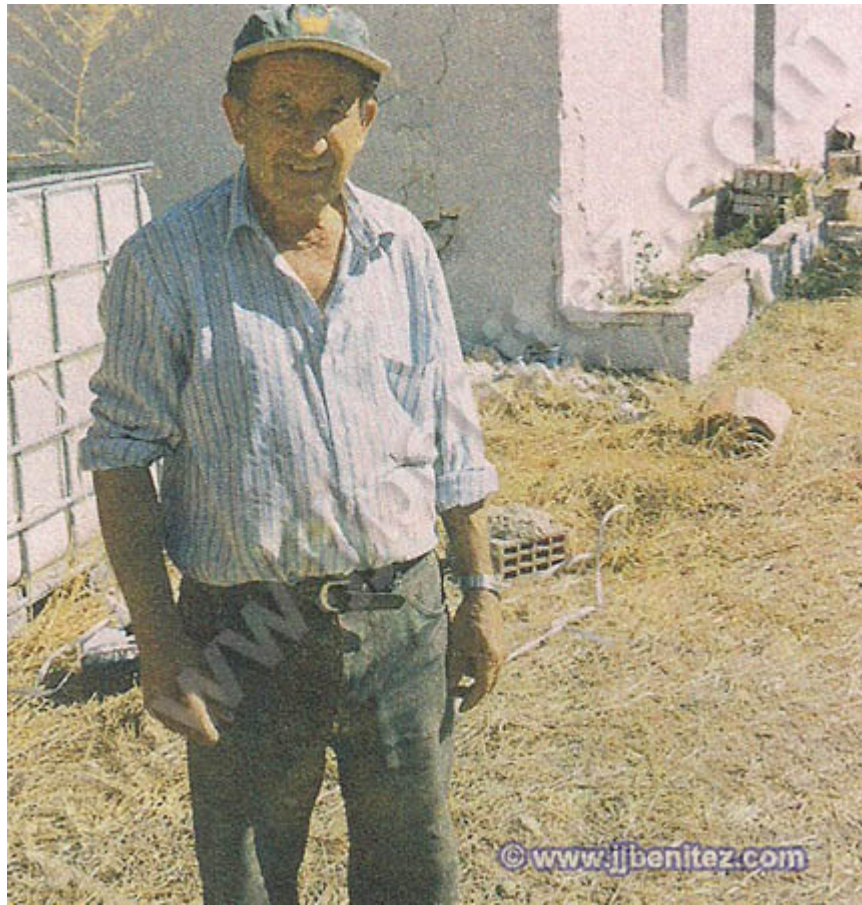
Las indagaciones en Peñascosa (Albacete) fueron igualmente estériles. Los ancianos no recordaban el asunto del ovni de «1917». (Foto: J. J. Benítez).

En 1996, José Luis y Charo vivían en las islas Baleares. Una vez más, todo parecía milimétricamente programado. Pero aquélla no fue la última sorpresa...

Proseguí las indagaciones, dedicando las jornadas siguientes a sendas consultas en el cuartel de la Guardia Civil y en los juzgados de Alcaraz, así como en el archivo histórico de la ciudad de Albacete. Peñascosa había tenido un cuartel de la Benemérita en aquellos primeros años del siglo xx. Después fue cerrado. Hoy depende del citado cuartel de Alcaraz. Lo lógico, suponiendo que el aterrizaje ovni fuera cierto, es que el hecho hubiera quedado registrado, bien en los libros de la citada autoridad, en la prensa o en los archivos del ayuntamiento o del juzgado de turno. Las gestiones en la Guardia Civil fueron otro fracaso. La documentación del desaparecido cuartel de Peñascosa fue destruida o transferida al de Alcaraz. Lamentablemente, como consecuencia de la guerra civil

española, estos archivos de Alcaraz resultaron igualmente arruinados. Hoy no queda nada de aquella época. Así me fue confirmado por la 203 Comandancia de Albacete (teniente coronel Lázaro Gabaldón) y por la propia Dirección General de la Guardia Civil (Servicio de Estudios Históricos), en Madrid. Tampoco tuve suerte en los juzgados y en el rastreo en la prensa de 1917. Ni una línea sobre el particular. José Luis, por su parte, deseoso de colaborar en la investigación, me rogó que le permitiera buscar en los archivos del Ayuntamiento de Peñascosa. Acepté, naturalmente, y centré mis esfuerzos en un frente que había quedado temporalmente olvidado: los posibles parientes de doña Rogelia, único testigo conocido del avistamiento ovni. Como ya mencioné, quizá los hermanos, hijos, etc., guardarán en su memoria algún nuevo detalle sobre el referido aterrizaje. Lo difícil, obviamente, era dar con ellos. Y tras no pocas idas y venidas, terminé localizando a Tomás Juárez, en Hellín, quien, a su vez, me puso tras la pista de Higinio Juárez Barba, sobrino de doña Rogelia. La charla con Higinio, de setenta y dos años, fue decisiva. Amén de facilitarme información sobre otros parientes de Rogelia Juárez Barba, el buen hombre aclaró que su tía era natural de La Algoraya, un caserío próximo a la aldea de Fuentes, en el término de Yeste, y no de La Graya, como aseguraba Joaquín Alguacil, el nieto. Empecé a sospechar. Alguacil, casi con seguridad, había sufrido un error, confundiendo Algoraya con Graya, dos nombres que suenan de forma parecida. En cuanto al suceso propiamente dicho, el sobrino recordaba algo, sí, pero de forma confusa. Me habló de unos seres muy altos, vistos por unos pastores pero en la zona de Tus, otra bellísima aldea ubicada al noroeste de Moropeche. Me faltó tiempo para adentrarme de nuevo en la sierra, a la caza y captura de alguien que supiera darme razón sobre los referidos «gigantes». La búsqueda por Los Tejeros, Tus, Los Giles, etc., fue infructuosa. Los más ancianos —Vicente García Rodríguez, de ochenta y ocho años, Martina Alarcón, de ciento uno, y Teófila Juárez Blázquez, de noventa y uno entre otros— no sabían o, sencillamente, no

recordaban. Sólo uno de ellos —Teófila me habló de doña Rogelia, confirmando que era oriunda de La Algoraya, dependiente de Fuentes. Me dirigí al cortijo en cuestión, pero, ante mi desolación, había desaparecido. La Algoraya de Arriba sólo era un recuerdo. No me di por vencido y reanudé las entrevistas con los familiares de doña Rogelia. El siguiente en la lista fue Higinio Juárez Barba, hermano de la testigo. Higinio, de noventa y ocho años, era el único hermano vivo. Y el fracaso volvió a señalarme con el dedo. Higinio había perdido prácticamente la memoria. Los esfuerzos de Encarna, nieta y «traductora» (el anciano presentaba graves problemas de sordera), no sirvieron de mucho. Higinio tampoco sabía de qué le hablaba. Si fue testigo del aterrizaje ovni, en compañía de su hermana, doña Rogelia, nunca lo sabremos. Y, decepcionado, puse rumbo a La Vega de Castrobayona. Allí, según mis noticias, vivía una hija de doña Rogelia: Felicia Martínez Juárez, de setenta y cuatro años de edad. Quizá supiera algo...



Higinio Juárez Barba, sobrino de doña Rogelia. (Foto: J. J. Benítez).





Doña Teófila Juárez Blázquez, de Los Giles, en las proximidades de Tus. (Foto: J. J. Benítez).

Felicia escuchó intrigada y, finalmente, confirmó parte de la historia: ella no había nacido cuando sucedió...

«Pudo ser cuatro o cinco años antes. Quizá hacia 1924. Mis padres lo contaron muchas veces... Rogelia era nacida en La Algoraya de Arriba, pero lo del platillo volante fue en Peñascosa. Estaban en la siega, con otros. Entonces vieron aquella “cosa” y a los hombres... Mi madre era partera y había visto lo suyo en la vida, pero aquello fue diferente. Aquello no era de este mundo... Con ella se encontraba Domingo Martínez Alarcón, mi padre, y, posiblemente, algunos de mis hermanos. Quizá Agapito y Antonio... No lo recuerdo bien. También lo vieron gente de Collado Castellar, La Loma, Prado Largo, el cortijo de tía Juliana y del cortijo del



Sordo. Todos ellos viajaban con mis padres hasta Peñascosa. Eran del término de Fuentes. Siempre acudían juntos a la siega...».

Por qué negarlo. La ratificación de Felicia me llenó de asombro y alegría. El avistamiento fue real, aunque, a juzgar por los indicios, no tuvo lugar en 1917, sino, probablemente, años más tarde.



Higinio Juárez Barba, hermano de doña Rogelia, junto a Encarna García Juárez, la nieta.  
(Foto: J. J. Benítez).



Felicia Martínez Juárez, hija de doña Rogelia. (Foto: J. J. Benítez).

Fue en esos días cuando llegó la siguiente sorpresa. José Luis Alba me telefoneó desde Peñascosa, y me proporcionó dos novedades. Empezó por la mala: en el Ayuntamiento no se conservaba información sobre 1917. Los archivos arrancaban en 1923. La buena noticia era la localización de un anciano de Peñascosa que, al parecer, sabía del ovni aterrizado en las proximidades del referido pueblo albaceteño. El señor vivía desde hacía tiempo en la capital. Por eso no pude ubicarlo durante mis visitas a la citada población. El encuentro de mi amigo José Luis con Amores Galera, el anciano en cuestión, fue igualmente «singular». José Luis acababa de recibir la confirmación de la presencia de dicho anciano en la ciudad de Albacete cuando decidió trasladarse, en compañía de su mujer, a la mencionada capital. Su intención era

disfrutar de las fiestas. Y aquel lunes, 15 de septiembre, a eso de las tres de la tarde, en mitad del gentío, Félix, un amigo de Peñascosa que acompañaba al matrimonio, comentó: «¡Mira quién viene por ahí!» José Luis y Rosario quedaron atónitos: era Amores. ¿Casualidad? Lo dudo...



Amores Galera Soriano, nacido en 1913 en Peñascosa, recordaba perfectamente el aterrizaje del ovni. (Foto: J. J. Benítez).





Peñascosa (Albacete), desde el cerro de la Cruz, lugar en el que descendió la nave en el verano de 1924. (Foto: J. J. Benítez).

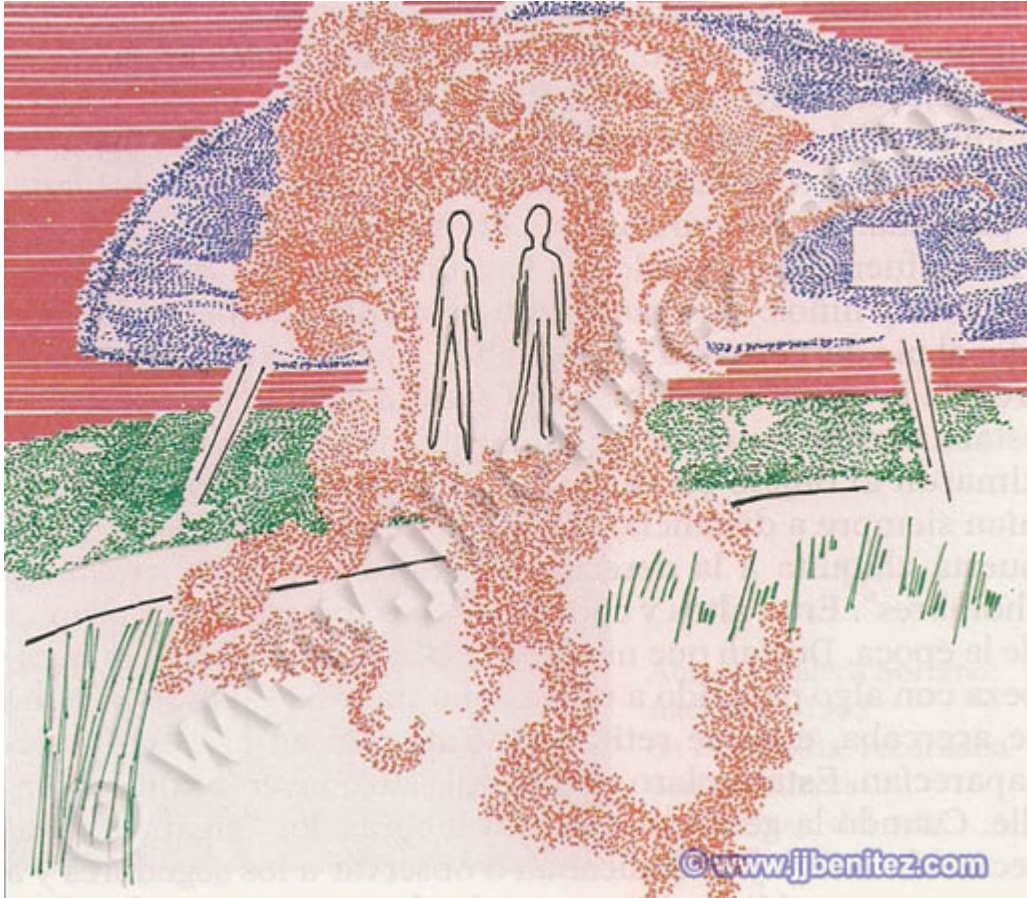
Días después me reunía en Albacete con el señor Galera, nacido en 1913. A pesar de su avanzada edad, Amores disfrutaba de una excelente memoria. Y confirmó lo que ya había adelantado a José Luis: “Yo tendría alrededor de diez años. Era muy pequeño, pero se me quedó grabado... Fue durante la época de la siega. Entre julio y agosto... En el pueblo se organizó un buen revuelo. ‘Algo’ había bajado en la finca de los ‘Ramoncicos’, a las afueras de Peñascosa. Se trata de un pequeño cerro, casi plano, llamado de la Cruz... Yo no lo vi. No me dejaron. Pero mi padre, Ricardo Galera, y el resto de los hombres del pueblo lo contaban una y otra vez. Fue un suceso... Era una cosa redonda, muy bonita, con una luz brillante y plateada. Allí estuvo dos días y dos noches. Los que mejor lo vieron fueron los segadores. Era una cuadrilla de hombres, mujeres y niños. Estaban a cosa de medio kilómetro del pueblo, al pie del cerro del que le hablo, y a cien o doscientos metros de la ‘cosa’... También la

Guardia Civil lo vio. Entonces estaba el cabo Justo, de Zapateros. Él y sus hombres se aproximaron al objeto en varias oportunidades, pero se mantenían siempre a distancia... El objeto tenía cuatro patas y una puerta chiquita a la derecha. Por allí entraban y salían los 'hombres'. Eran altos y con unas ropas muy raras, impropias de la época. Decían que no tenían boca y que se tapaban la cabeza con algo parecido a un pasamontañas... Cuando la gente se acercaba, ellos se retiraban. Entraban en la esfera y desaparecían. Estaba claro que no querían conversación con nadie. Cuando la gente volvía a sus labores, los 'gigantes' aparecían de nuevo y se dedicaban a observar a los segadores y a los vaqueros. Mi padre, como le decía, era uno de ellos. Cuidaba del ganado bravo y lo vio muy cerca... Si el pueblo tenía doscientos habitantes, seguramente lo vio más de la mitad. Como le digo, fue un suceso... Después, a los dos días, aquello se levantó y se fue. Y dicen que, al elevarse, emitió un sonido, como el que hace una rueda de bicicleta al pincharse... La verdad es que no causaron daño. Todo estuvo muy bien preparado. Seguramente bajaron para explorar. Cuando se cansaron, se fueron y todo quedó en paz...".

Por más que pregunté, el bueno de Amores no supo darme una explicación. Nunca se planteó la posible naturaleza de aquella "cosa", como él la llamaba. Y al mencionar la palabra extraterrestre, Amores se encogió de hombros. "No sé lo que era —afirmó, convencido—, pero tampoco era dañino". Al entrar en detalles, el anciano —recordando lo que, a su vez, le habían contado— manifestó que la "cosa" (?) era muy bonita y pulida. Brillaba como un espejo y sólo presentaba una "puerta" [?] chiquita. Al elevarse, el objeto dejó una marca en la tierra. La descubrieron al pasar con las gavillas... Insistí en el asunto de la «marca» y, poco a poco, Amores fue trazando el dibujo. El hombre debió de percibir mi sorpresa. El dibujo era la ya familiar «H»... Al igual que había sucedido con Joaquín Alguacil, el nieto de doña Rogelia, tampoco Amores recordaba que el emblema hubiera sido visto en el fuselaje. Lo que sí tenía muy claro es que la «H» apareció grabada en el cerro y que



los brazos de la misma podían superar los cuatro o seis metros de longitud. «Allí permaneció un tiempo, hasta que volvieron a pasar el arado».



Algunos seres de gran altura aparecieron junto al objeto que tomó tierra en Peñascosa en el verano de 1924.

El cabo Justo, de Zapateros, fue otro de los asuntos que me interesó vivamente. Amores no dudó. Justo era el comandante de puesto del cuartel de la Guardia Civil en Peñascosa cuando tuvo lugar el aterrizaje ovni. «Justo acudió con varios de los números, pero, como le refería, por prudencia, no se acercaron demasiado...». Si Amores Galera no erraba en sus apreciaciones, la presencia de la Guardia Civil significaba dos cosas importantes: la posibilidad de que existiera un informe y, por supuesto, afinar en la fecha en la que pudo registrarse el caso. Y ahí se inició una nueva y paciente búsqueda; una laboriosa investigación que terminó dando

sus frutos y que no hubiera sido posible sin la generosa y amable colaboración de la familia de Justo Moreno García y del Servicio de Estudios Históricos de la Guardia Civil. Merced a estas pesquisas, fue posible delimitar la fecha aproximada del encuentro con el ovni: verano de 1924. El cabo Justo llegó al cuartel de Peñascosa el 6 de enero del citado año de 1924, y permaneció en el mismo, como comandante de puesto, hasta el 1 de enero de 1931. En esa fecha fue destinado a Pozuelo (segunda compañía). En cuanto al posible informe, ni rastro. Los archivos, como ya mencioné, desaparecieron. Fue una lástima. En el parte, con toda probabilidad, conociendo la minuciosidad de la Benemérita, el cabo Justo pudo haber llevado a cabo un exhaustivo relato del incidente. Quién sabe... Quizá, algún día, alguien tenga la fortuna de encontrar ese valioso informe, suponiendo que exista.



Doña Rogelia, con sus hijos Agapito (izquierda) y Antonio. (Cortesía de la familia Juárez Barba).



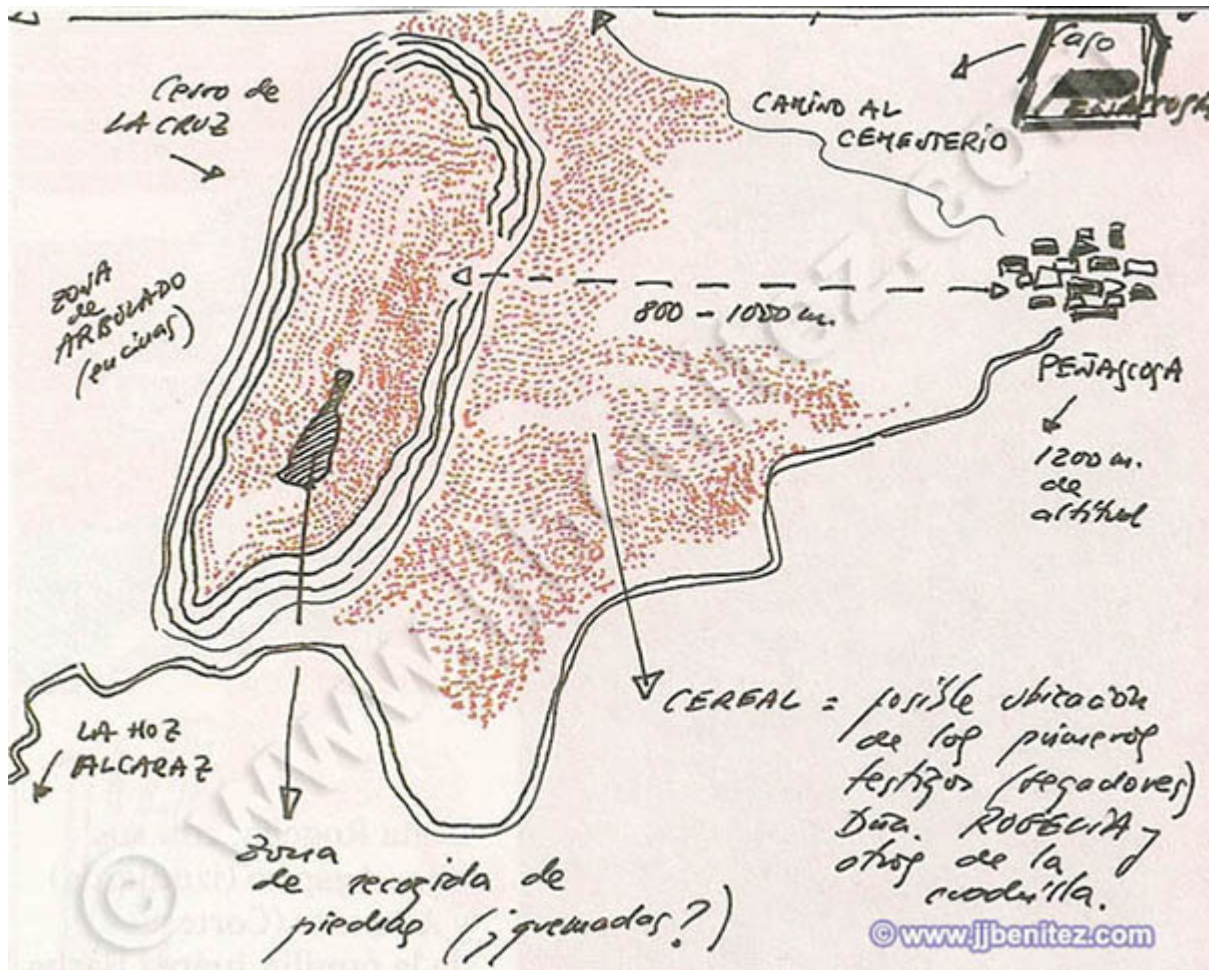
Rogelia Juárez Barba, nacida en el cortijo de La Algoraya (proximidades de Yeste). En 1924, con treinta años de edad, acudió a Peñascosa con una cuadrilla de segadores, contemplando el aterrizaje de un ovni. (Cortesía de María José García Martínez).



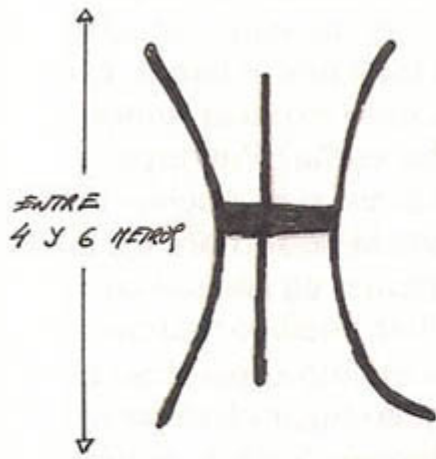


El cabo Justo Moreno García, comandante de puesto del cuartel de la Guardia Civil de Peñascosa (Albacete) en 1924. (Cortesía de la familia Davia-López).



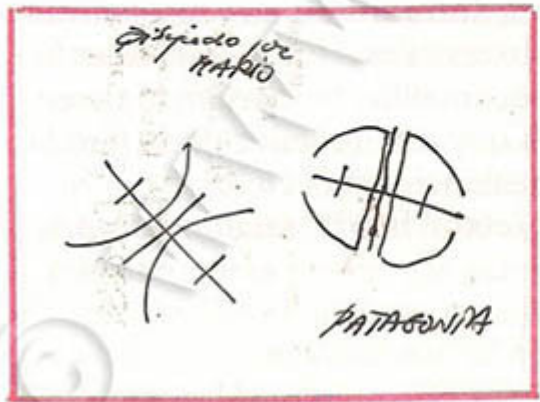


Anotaciones y dibujo en el cuaderno de campo de J. J. Benítez (caso Peñascosa). El ovni, al parecer, descendió a ochocientos o mil metros al oeste de la aldea, en un cerro llamado de La Cruz. Los testigos más próximos se encontraban en un campo de cereal, a poco más de doscientos metros de la nave. El cabo Justo y los guardias pudieron llegar a cincuenta metros del ovni.



DIBUJADO POR AMORES  
(PEÑASCOJA. Albacete)  
España.

MULHOUSE  
(FRANCIA)



DIBUJADO POR MARIO  
PATAGONIA (Argentina)

8 METROS

Huellas encontradas en España, Francia y Argentina. En los dos primeros casos, tras la observación de ovnis.

Naturalmente, de todo esto, el señor Jordán Peña no sabe una sola palabra. En 1924, que yo sepa, el tema ovni no era de dominio público. Nadie hablaba de naves «no humanas» y mucho menos en Peñascosa. Es más: casi ochenta años después del «suceso», el amigo Amores no sabe qué es un ovni y, mucho menos, el célebre emblema «ummita», ni falta que le hace... En 1924, en fin, Jordán no había nacido. ¿Cómo explicar, entonces, la presencia de la «H» en la aldea albaceteña? Por supuesto, el caso protagonizado por los segadores y el pueblo de Peñascosa no ha sido el único, para desgracia de Jordán. En la literatura ufológica se recogen otros aterrizajes en los que también quedó impresa en la tierra la ya familiar huella o marca en forma de «H» o similar. Recuerdo ahora mismo otros dos casos, en Francia y Argentina. El primero tuvo lugar el 25 de junio de 1971, en las proximidades de Mulhouse. Varios vecinos vieron ovnis. Pues bien, en la zona apareció un extraño círculo, de unos seis metros de diámetro, con una «H» en el centro. El aterrizaje ovni fue defendido, entre otros, por Pierre Guérin, descubridor del cuarto anillo de Saturno. El segundo aterrizaje fue registrado en la Patagonia, en 1997, en las proximidades de Puerto Deseado. Mario Morrillo, experto en delfines, me hizo la siguiente descripción: «Estaba en el suelo. Era grande. Aproximadamente, de unos ocho metros de longitud... Cada línea presentaba unos diez centímetros de grosor. Era una enorme "H". Parecía como si alguien hubiera quemado madera. Sucedió poco después de otro suceso no menos extraño. Estábamos acampados cerca del mar, y una noche, en la soledad de la tienda, oí pasos. Salí al exterior en dos ocasiones, pero allí no había nadie. Mis compañeros dormían en sus respectivas tiendas. En la segunda ocasión observé unas luces en la lejanía. Nunca me expliqué cómo hicieron aquellas marcas en la tierra. ¿Tuvo algo que ver con los pasos que oí alrededor de la tienda o con las luces que se movían en silencio en el cielo?».

A estas alturas, supongo, el lector habrá sacado sus propias conclusiones...

## «Pardal»

Las sorpresas en la investigación de «Ummo» siguieron y, supongo, seguirán. Si el caso «Peñascosa» resultó desconcertante, ¿qué puedo pensar de lo ocurrido en plena selva amazónica y, justamente, en junio de 1967? Las primeras informaciones me fueron proporcionadas por el investigador Antonio Huneus, de Nueva York. Fue en el año 2000. Alguien, al parecer, había visto un ovni con la célebre «H» en la panza. El hecho tuvo lugar en Bolivia, aunque Huneus no disponía de detalles. Era el segundo avistamiento, supuestamente relacionado con los «ummitas», registrado en territorio boliviano. Como se recordará, a finales de mayo de 1967, algunos de los receptores de las cartas de «Ummo» recibieron por correo un mensaje en el que se anunciaba la presencia de tres naves extraterrestres en las proximidades de Madrid, Oruro (Bolivia) y Río Grande do Sul (Brasil).

Y, vivamente intrigado, me puse de nuevo en movimiento, iniciando una intensa búsqueda del testigo principal. Removí media Bolivia y, finalmente, en abril de 2001, en un generoso gesto del Destino, tuve acceso a M. J. S. C. El hombre, cuya identidad no estoy autorizado a desvelar, quedó tan sorprendido como yo. ¡Habían transcurrido treinta y cuatro años desde el incidente! Y M. J., abogado, tuvo la gentileza de enviarme una carta en la que relataba lo sucedido en aquel lejano junio de 1967 (pocas horas después de la aparición de un ovni en San José de Valderas, al suroeste de Madrid). La misiva decía textualmente: «... Yo estudié sociología y también abogacía, lejos de aquí, estando en Santa Cruz de la Sierra y en La Paz; hace dos años sufrí un terrible accidente

que me dejó postrado en cama casi un año... entonces decidí tomar el trabajo de asesor jurídico de la Superintendencia Forestal, lejos de mi casa en Santa Cruz; trabajo ingrato, difícil, peligroso y feo, ya que tengo que procesar a mucha gente por talar el bosque... Hago las veces de fiscal... Corría el año de 1967 (día 3 de junio). Habíamos salido a cazar. Navegábamos por el río y, de noche, de regreso a casa, en uno de los "tomos", apareció aquel objeto. Era muy grande. Estaba a unos setecientos metros de distancia y a la altura de las copas de los árboles. Parecía una caja de fósforos, vista por el costado mayor... Desde lejos daba la impresión de que tenía una luz tan intensa como cuando pisas el freno del automóvil. Idéntica a la reflejada por los focos traseros de los carros. Se distinguía con nitidez contra la semioscuridad del horizonte. Entonces le grité al amigo que llevaba el timón: "¡Acelera!". Y así lo hizo. Nos aproximamos al objeto y nos situamos casi en su vertical... ¡Era enorme! Fue descendiendo lentamente y sobrevoló la selva, dirigiéndose hacia el interior. Nosotros encostamos, y le pregunté a mi amigo si se animaba a seguir al objeto. Me dijo que no. Entonces salté a la orilla, en compañía del joven que nos ayudaba en la lancha. Recuerdo que me hundí en el fango casi hasta la cintura. Por un momento pensé que me tragaría. Logré liberarme y caminamos bosque adentro. Yo portaba un machete y una linterna... No hubo necesidad de ir muy lejos. A cosa de setenta metros, casi a ras de los árboles, estaba aquello, inmenso y en silencio. Había perdido el color rojo. Ahora era negro mate y, por debajo, como pintado, se distinguía un símbolo. Algo que ha pasado a formar parte de mi vida: una especie de "H" de brazos gruesos y ligeramente curvados... Quedamos asombrados. El objeto tomaba agua de un pantano existente allí mismo. La piel y los cabellos se me erizaron, no sé si de la emoción o por qué razón. Fue una sensación de "cosquilleo", similar a la que se produce cuando te encuentras cerca de los postes o de las centrales eléctricas... Después, el silencio desapareció y la selva se estremeció, como

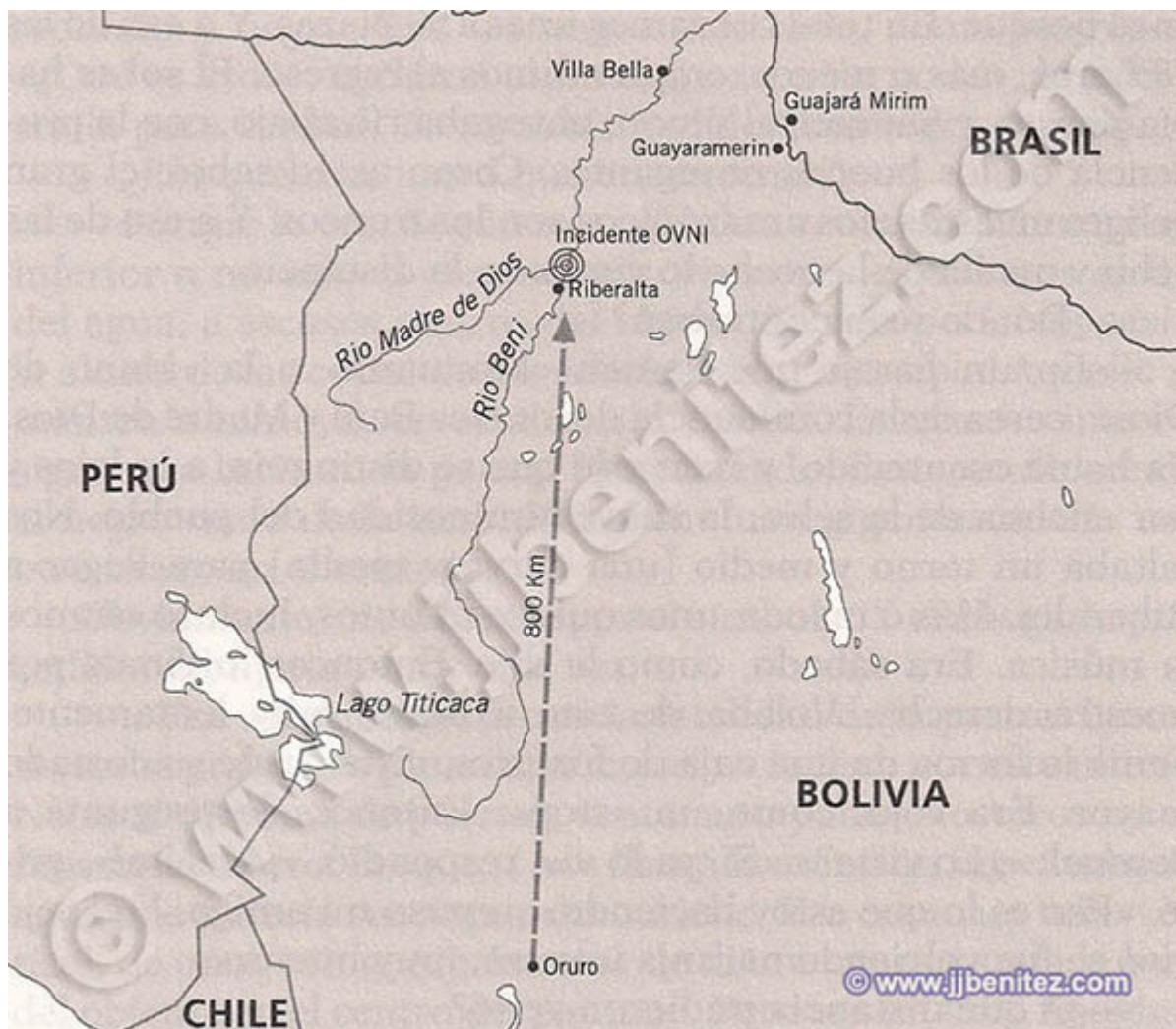


golpeada por la lluvia. El objeto, entonces se alejó y lo perdimos de vista. Fue como si se “apagara”...».

El relato del abogado, como era de esperar, sólo sirvió para estimular mi curiosidad e interés. Si M. J. decía la verdad —y no veía razón para pensar lo contrario—, ¿cómo explicar la singular coincidencia con lo visto y fotografiado, en esa misma fecha, en Valderas?

En esta oportunidad, el nuevo viaje a Bolivia tuvo que posponerse. Ya se sabe: el hombre propone y Dios dispone... Un gravísimo «percance» me retiró de toda actividad a finales de julio de 2002. Un año después, haciendo oídos sordos a las recomendaciones de los médicos, me lancé a la aventura y me reuní con M. J. en plena selva amazónica. Y allí permanecí durante varios días, estudiando al testigo, interrogándolo y visitando el escenario de los hechos. Conclusión: M. J. decía la verdad. M. J. no sabía nada del asunto «Ummo». M. J. jamás había visto las fotos del ovni de San José de Valderas, hasta que yo se las mostré. Aquel símbolo, sin embargo, al igual que lo observado hacía treinta y seis años, quedó grabado a fuego en su memoria y, sobre todo, en su corazón. He aquí una síntesis de mis conversaciones con el abogado:

En realidad, M. J. vivió dos encuentros con ovnis (probablemente con la misma nave). El primero sucedió un sábado (3 de junio de 1967)...



—Yo tenía diecisiete años y me gustaba cazar. Aquel sábado tomamos la deslizadora y fuimos río arriba, hasta un lugar que llaman «Tres islas». Éramos tres: Samuel Rojas, ya fallecido, buen amigo y piloto civil. Él manejaba la lancha, y un peón (no recuerdo su nombre) era el encargado del transporte y de los remos. Fuimos a la caza de torcazas. Por la mañana permanecemos en los curiches [pantanos], disparando con el agua hasta el pecho. En la tarde, según la costumbre, lo hacíamos en el bosque. En total cobramos unas 150 piezas. Y a eso de las 18 horas, más o menos, emprendimos el regreso. El sol se había puesto, y Samuel, al timón, navegaba río abajo, con la prudencia de los buenos navegantes. Como usted sabrá, el gran peligro en estos ríos amazónicos son los

troncos. Y a eso de las ocho y media de la noche lo vimos en la distancia.

—¿Dónde se encontraban?

—En un paraje que llaman «Manutata» o la «Mano de Dios», cerca de la confluencia de los ríos Beni y Madre de Dios. Ya había oscurecido, y recuerdo que se distinguía, a lo lejos y por encima de la selva, la suave luminosidad del pueblo. Nos faltaba un torno y medio [una curva y media] para llegar a Riberalta. Más o menos, unos quince minutos. Incluso oíamos la música. Era sábado, como le dije. Entonces lo vimos por nuestra derecha. Volaba de este a oeste, muy lentamente. Tenía la forma de una caja de fósforos, vista desde su costado mayor. Era rojo, como un «stop». Entonces le pregunté a Samuel: «¿Lo viste?». «Sí, ya lo vi», respondió. «¡Acelera!», grité. «Eso es lo que estoy haciendo», repuso mi amigo. Y el rojo vivo se fue volviendo naranja intenso, muy intenso.

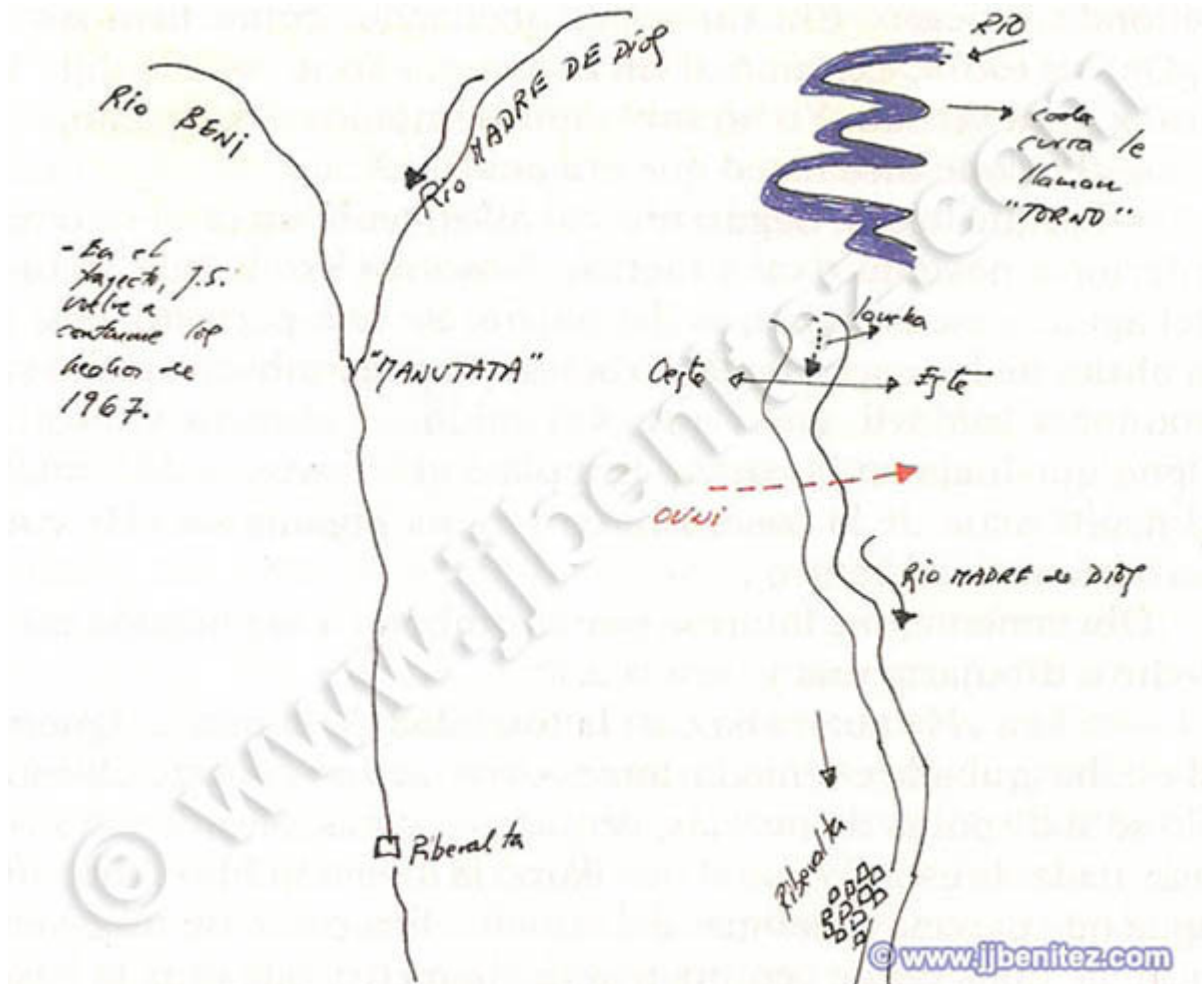
—¿A qué distancia pudieron verlo?

—Yo diría que a unos setecientos metros, aproximadamente. Volaba a cosa de cien metros sobre el agua y sin ruido. Silencio absoluto. Seguimos aproximándonos y, cuando nos hallábamos a unos trescientos metros, el objeto sobrevoló la selva y se perdió de vista. Nos orillamos y pregunté a Samuel si quería acompañarme. «Ni que estuviera loco», respondió. Y se quedó en la deslizadora. Yo salté a la orilla y me hundí en el fango hasta la cintura. Creí que me tragaba. Conseguí zafarme y nos aventuramos en el bosque. El mozo, más inteligente, lanzó un remo sobre el barro y así alcanzó la orilla, sin problemas...

—¿Por qué razón no saltó Samuel Rojas, su amigo?

—Según confesó más tarde, no era la primera vez que veía esas cosas. Era piloto de avioneta y, por lo visto, había tenido otros encuentros. Supongo que sintió miedo. Como él decía, «aquello no le latía bien». Entonces caminamos por la selva. El mozo, con un machete, abría la senda. Y a eso de setenta o noventa metros del río nos detuvimos. ¡Allí estaba de nuevo! ¡Era enorme! Se hallaba quieto sobre el centro de un curiche, un pantano no muy grande. El

mozo se quedó como una estatua y se le endureció la mandíbula. Quería hablar pero no podía. ¡Había cambiado de forma y de color! Ahora se veía redondo y negro. Era un negro aceitado, como lustroso... «¿Qué es eso?», exclamó al fin el mozo. «Yo no sé», le dije. Y era la pura verdad. Yo no sabía qué demonios era aquello.



Cuaderno de campo de J. J. Benítez. Apuntes durante su visita a la selva amazónica boliviana.

—¿Por qué dice usted que era enorme?

—Porque lo era. Según mis cálculos, tenía un diámetro no inferior a noventa o cien metros. Nosotros estábamos al filo del agua, a escasos metros del objeto. Se veía perfecto, casi a la altura de las copas de los árboles. ¡Era increíble! Aquello se mantenía inmóvil, en el aire, sin ruido... Entonces vimos el signo que lucía en

la panza. Era plateado, destacando contra el negro mate de la base. Era como una gigantesca «H» con otro brazo en el centro...

Obviamente, me interesé por el símbolo. Y el abogado procedió a dibujado una y otra vez.

—... Esa «H» abarcaba casi la totalidad de la panza. Ignoro si estaba grabada o pintada, aunque me inclino por esto último. No sé si disponía de puertas, ventanas o patas. Nosotros no vimos nada de eso. Lo que sí nos llamó la atención fue el tubo de agua que parecía succionar del curiche. Era como un tubo vertical, de unos veinte centímetros de diámetro, que unía la base del objeto con el centro del pantano. Pero era un tubo imaginario, porque no se distinguían las paredes. Sólo observamos el agua, subiendo sin ruido. No caían gotas. Aquella situación se prolongó un buen rato; quizá unos ocho minutos. Fue entonces cuando sentimos un cosquilleo y electricidad en los pelos. Después, el agua se precipitó sobre el pantano y oímos el golpetazo. Y el objeto empezó a moverse hacia el este y se perdió en la noche. Ni el mozo ni yo habíamos visto nada igual en toda nuestra vida. Él me visitó después y volvió a preguntarme sobre «aquello», pero no supe qué decirle.

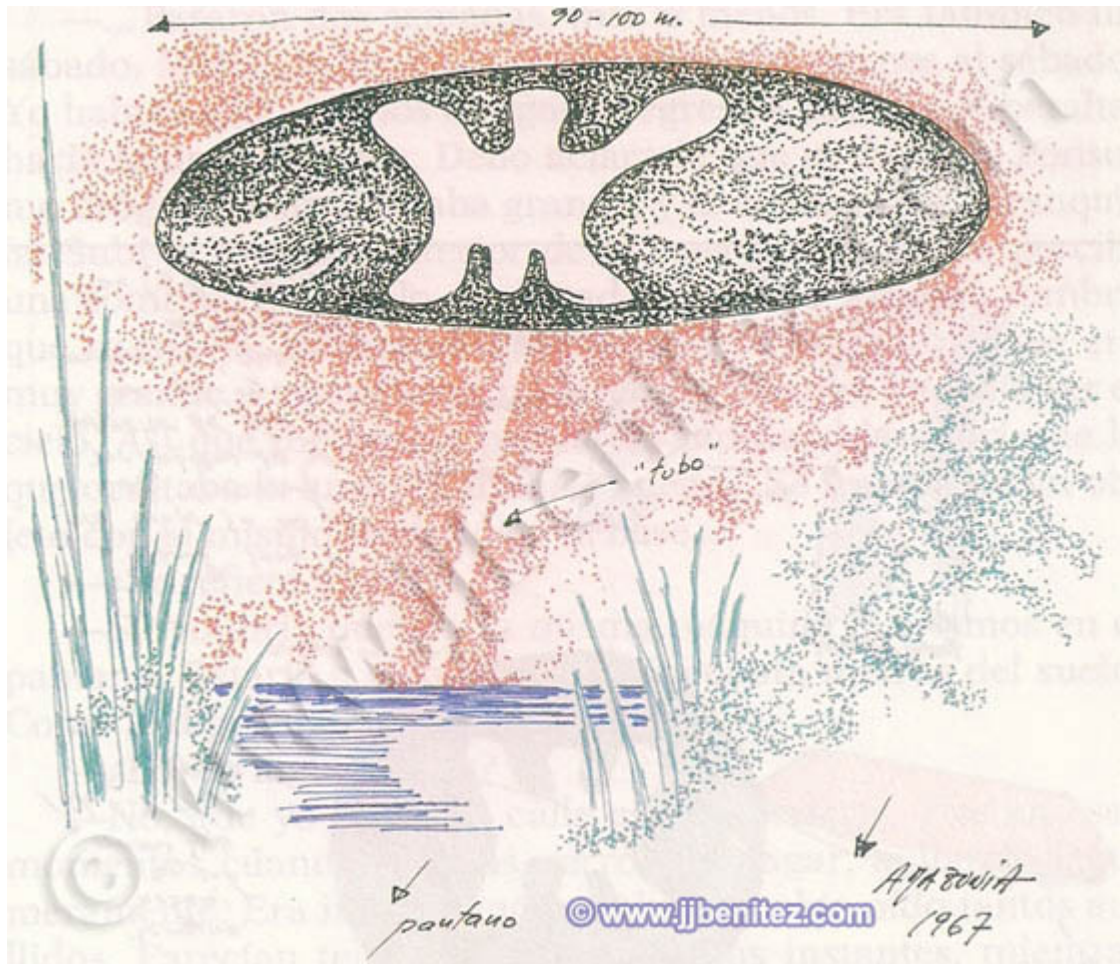
En total, según los cálculos de M. J., la observación se prolongó durante dieciocho minutos, aproximadamente. De éstos, alrededor de ocho a corta distancia, en el citado «curiche» o pantano.

Al mostrarle algunas de las fotografías del ovni que fue visto en San José de Valderas en la tarde del 1 de junio de 1967, el abogado no dudó. Se trataba de un objeto muy similar al que él vio, con una diferencia: la «H» que aparece en el ovni de Valderas es más fina que la que presentaba la nave que succionó el agua en la selva amazónica boliviana.





El abogado M. J., contemplando una de las fotos del ovni observado en Valderas (Madrid) en la tarde del 1 de junio de 1967. (Foto: J. J. Benítez).



Representación de la nave observada hacia las ocho de la tarde del 3 de junio de 1967 en el río Madre de Dios, en la selva amazónica de Bolivia. En la panza presentaba una gigantesca «H». El ovni succionaba agua de un «curiche» o pantano existente en las proximidades del referido río. (Cuaderno de campo de J. J. Benítez).



Río Madre de Dios (Bolivia). Lugar conocido como «Manutata», donde se registró el encuentro con el ovni el 3 de junio de 1967. (Foto: J. J. Benítez).

El segundo encuentro con la misteriosa nave «ummita» (?) se produjo a los pocos días (probablemente, en aquel mismo mes de junio de 1967).

—... Pasaron dos semanas, más o menos. Era también un sábado. Mejor dicho, en la madrugada del viernes al sábado. Yo había salido con los amigos y regresé a casa, en Riberalta, hacia la una o las dos. Debo aclararle que no bebo ni consumo drogas. La luna estaba grande, y la noche clara y tranquila. Subí la escalera exterior de la casa y, de pronto, percibí una sombra en el suelo, en mitad de la calle. Era una sombra que se movía, avanzando. Me llamó la atención porque era muy grande. La casa tenía un largo porche que impedía ver el cielo. Así que me asomé por la barandilla y descubrí que lo que ocultaba la luna era un disco negro. Se trataba de un objeto con el mismo símbolo en la base...

—¿Se refiere a la «H»?

—Sí, yo diría que era la misma máquina que vimos en el pantano. Estaría a cien o ciento cincuenta metros del suelo. Como le digo, era enorme.

—¿Lo vio alguien más?

—No, que yo sepa. La calle estaba desierta. Fue en esos momentos cuando oí a los perros del lugar, aullando lastimeramente. Era impresionante. Nunca había oído tantos aullidos. Parecían tener miedo. Y en esos instantes, mientras contemplaba el objeto, experimenté la misma sensación de «cosquilleo» y de «electricidad» en la ropa. Y en mi cabeza sonó una palabra: «¡Pardal!»...

—¿«Pardal»?

—Significa «inventor». Era un apodo. Me lo puso un señor de Tupiza, la ciudad en la que viví durante mi niñez. Era mecánico y maquinista. Yo acudía a su taller y jugaba con los tubos, «inventando» toda clase de artilugios. Él me llamaba «pardal»... Pero de eso hacía más de seis años...

—¿Alguien lo llamaba así en Riberalta?

—Nadie. Lo de «pardal» me lo decía Ricaldi, el mecánico. Nadie más lo sabía, ni siquiera mi familia...

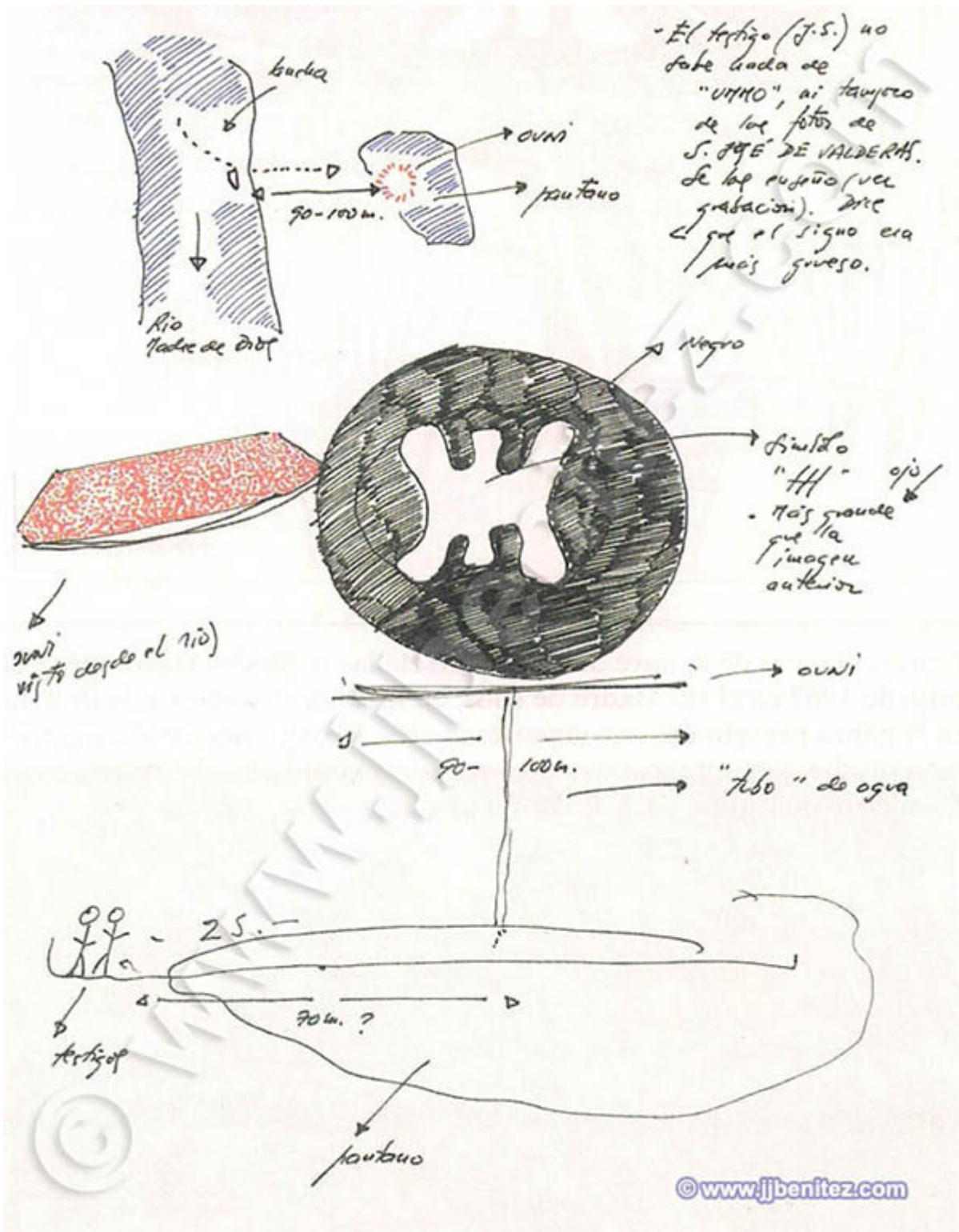
—¿Oyó alguna voz?

—Yo diría que sonó en mi cabeza: «¡Pardal!». Y se repitió dos veces. Después, el objeto desapareció. Al entrar en la casa se lo conté a mi madre, pero no me hizo caso...

—¿Por qué dice que era la misma máquina?

—Porque era gemela. El símbolo en la panza era también plateado, destacando contra el fondo negro mate.





Situación del ovni sobre el pantano, según indicaciones del testigo. (Cuaderno de campo de J. J. Benítez).



Alajado J.S. (Amaponte) Bolivia.



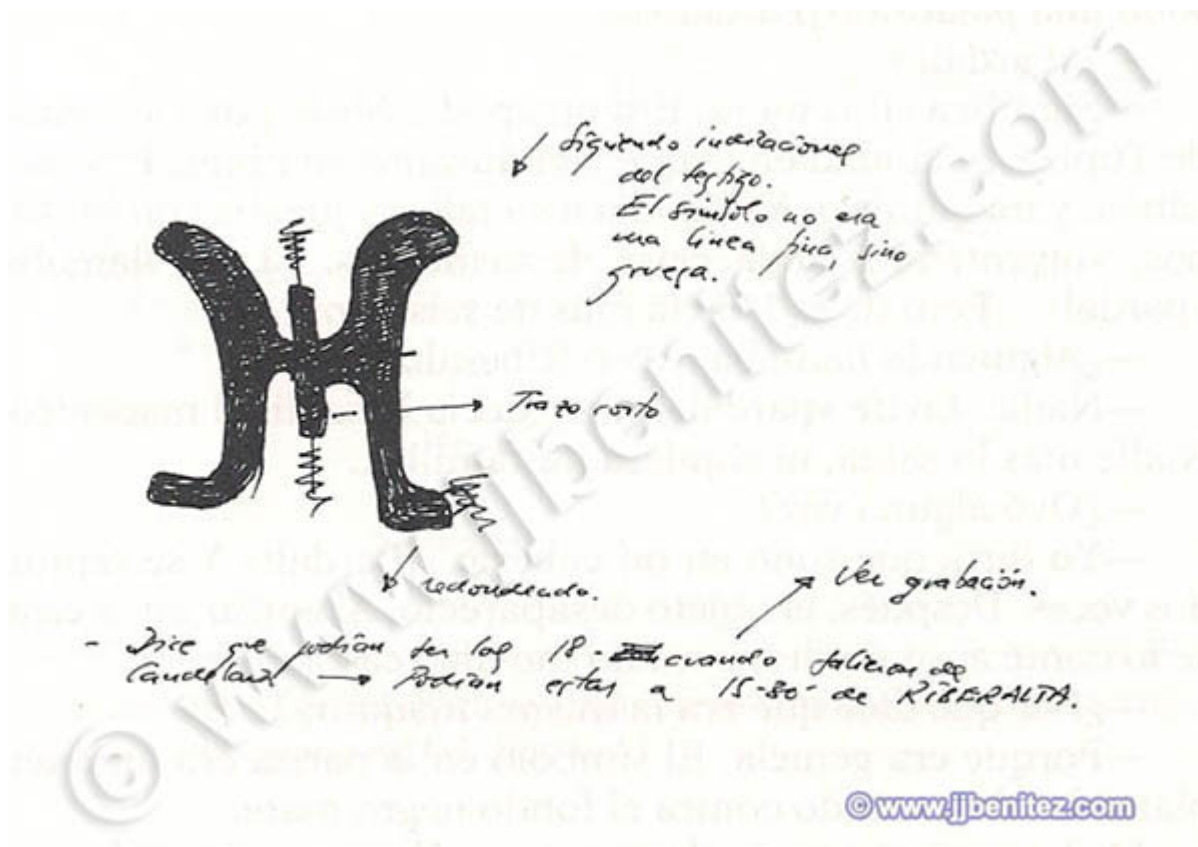
174 = la NIVAL  
los isuita  
dan un  
pato por el  
rio !.  
Arriba al  
lugar de los  
hechos en  
fotografía.  
(ver foto)



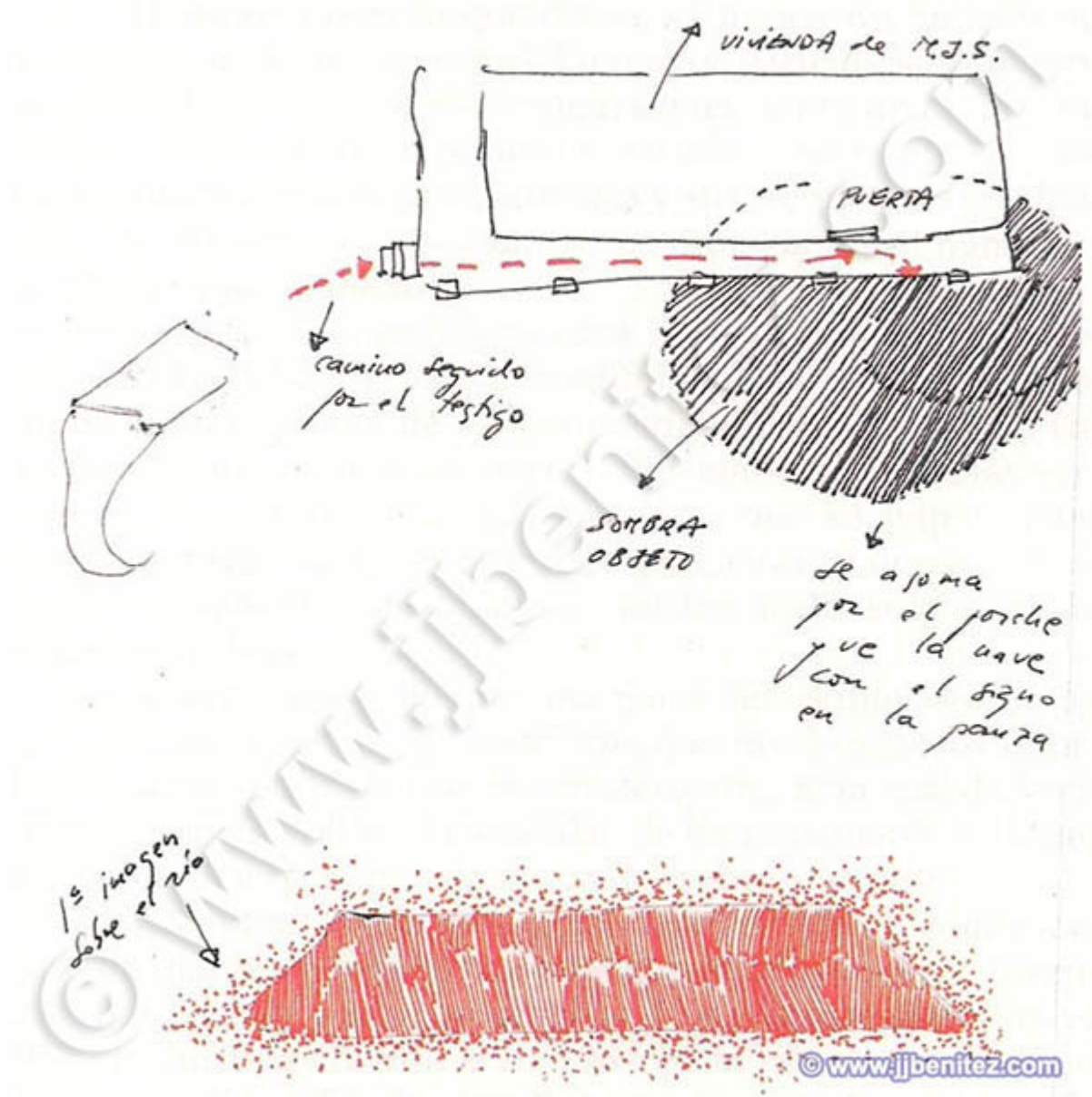
Ánimo claro o  
plateado.

Sobre  
NEGRO

- 1007 70 m.  
foto del



Emblema o símbolo observado por M. J., abogado, en la base del ovni. (Cuaderno de campo de J. J. Benítez).



Camino seguido por M. J. en el segundo avistamiento. En el dibujo inferior, el ovni, tal y como fue observado en el primer avistamiento, sobre el río Madre de Dios, en la Amazonia. (Cuaderno de campo de J. J. Benítez).

M. J., como decía, no sabe qué es «Ummo». Sin embargo, aquel símbolo en la base de la nave quedó grabado para siempre en su memoria. M. J. no sabe quién es Jordán Peña, ni ha visto jamás un informe «ummita». M. J. no supo nunca del incidente en San José de Valderas, pero vio algo muy similar y, prácticamente, en la misma fecha, tal y como anunciaba una de las cartas «ummitas». Y aunque

«Manutata» se encuentra a ochocientos kilómetros de Oruro, ¿qué podemos pensar de semejante coincidencia? ¿Es casual que ambos avistamientos, en Madrid y en plena selva amazónica, se produjeran en las mismas fechas? ¿Es casualidad que los testigos observaran una nave con una «H» en la panza? Personalmente no creo en la casualidad y sí en la causalidad. Y diré más: estoy convencido que M. J. es otro caso típico de seguimiento (posiblemente desde su niñez). «Ellos» sabían lo del apodo y lo repitieron años más tarde, cuando «se dejaron ver» en la Amazonia...

## Algunos comentarios inevitables

A la vista de lo expuesto a lo largo del presente trabajo, entiendo que algunos comentarios resultan poco menos que inevitables e, incluso, obligados. Que cada cual los interprete como estime oportuno.

1. «Ummo» no es lo que dicen. «Ummo» no ha sido investigado con rigor y seriedad. La mayor parte de las «investigaciones» (?), yo las llamaría incursiones, tenía una intencionalidad torcida, con un punto de partida claramente en contra. Los intoxicadores profesionales y sus tontos útiles se han reído del asunto, sin molestarse en indagar mínimamente. Resultado: manipulación.
2. Después de diez largos años de sucesivos interrogatorios, Jordán Peña no merece credibilidad. Las pruebas, creo, son elocuentes. Nada de lo que pueda afirmar es creíble (ni siquiera lo que podría ser cierto). Sus embustes, medias verdades y desequilibrio mental son tales que su papel como creador del fraude queda en entredicho. Para cualquier investigador medianamente objetivo, Jordán Peña sólo sería la punta del iceberg.
3. No estoy negando que una parte del asunto «ummita» sea falsa. Soy el primero que afirma que muchos de los informes o cartas no son de origen extraterrestre. Esta realidad, sin embargo, no descalifica la totalidad de los documentos. He ahí otro capítulo virgen que algún día deberíamos explorar.



4. Los militares y la CIA conocían el emblema «ummita» antes de que la «H» fuera inventada, o supuestamente inventada, por Jordán y sus compinches. Los casos registrados en 1954 en Curitiba (Brasil) y en 1964 en la isla de Andros son definitivos. En 1954, Jordán Peña no imaginaba siquiera lo que sucedería a partir de 1966.
5. La presencia del signo de «Ummo» en ovnis y en sus tripulantes no es una novedad. La etnia dogon, en el corazón de África, supo de algo parecido hace novecientos o mil años. Esta circunstancia, y otras ya mencionadas, me inclina a pensar que los «dioses» que descendieron en Mali o en la Edad de Piedra podrían ser los mismos que hoy surcan los cielos en esas asombrosas naves «no humanas». Veamos otros ejemplos, en los que estas coincidencias resultan, cuando menos, sospechosas. Pedro Pablo Barrios: lo observado en la noche del 7 de agosto de 1968 entre Betanzos y Villalba, en el norte de España, y los ovnis vistos en las horas y días anteriores y posteriores a ese 7 de agosto me hacen sospechar, como digo, que podríamos estar ante la misma civilización o civilizaciones extraterrestres. Tres días antes de que Barrios y sus acompañantes fueran testigos de la nave con la «H» en la panza, otras personas vieron ovnis en Cataluña, Francia, Argentina, Uruguay e islas Canarias, por mencionar algunos de los escenarios en aquella intensa oleada de 1968. La deducción se me antoja casi obvia: si estas naves fueron observadas en los mismos días, es lógico imaginar que podían tener un mismo «origen», por llamarlo de alguna manera. Si esto es así, y si uno de esos objetos lucía el referido emblema en el «fuselaje», ¿qué podemos deducir? «Ummo» (o lo que sea) es mucho más de lo que nos han dicho o de lo que nos han hecho creer. Igualmente sospechoso se presenta lo ocurrido en la selva amazónica, en Japón y en Estados Unidos en los años 1967, 1973 y 1994, respectivamente. En el río Madre de Dios, como ya conté, un

objeto de unos cien metros de diámetro y con la célebre «H» en la base, se dedicó durante un tiempo a succionar agua mediante un «tubo» imaginario. En 1973 ocurrió algo parecido en las cercanías de Tomakomai, en la costa de Hokkaido, al sur del Japón. El testigo, Masaki Kudou, lo contó así: «Yo era vigilante nocturno en una serrería. Era el mes de julio. Estaba patrullando el negocio cuando detuve el automóvil y me senté frente al mar. El cielo estaba estrellado y todo, aparentemente, tranquilo. Entonces apareció una “estrella fugaz”. Yo lo creí así. Pero la “estrella” no era tal. Se detuvo en el aire y comenzó a pulsar. Después fue creciendo hasta alcanzar un gran tamaño. Y el objeto descendió hasta situarse a corta distancia del agua. En ese momento, del aparato salió un tubo transparente que fue a parar al mar. Oí un ruido suave. Y el agua fue succionada...».

En marzo de 1994, la señorita Gloria Domic y sus acompañantes vieron otro objeto discoidal que succionaba agua del océano, frente a las costas de Folly Beach, en Charleston, En la base, el objeto presentaba una gran mancha, parecida a una gigantesca «H». «En el momento en que vi aquel enorme objeto succionando agua del mar, tomé mi cámara y apreté el disparador. Un momento después, el objeto salió volando a una gran velocidad sobre nuestras cabezas, moviendo nuestro yate y creando un oleaje peligroso». Pocos días antes, en el mes de febrero, un vecino de Madrid, Enrique Muro, veía un objeto que sobrevolaba la ciudad. También presentaba el extraño símbolo en la panza.



Ovni succionando agua frente a Charleston, en Carolina del Sur (EE.UU.). En la base, según los testigos, se apreciaba una especie de gran mancha negra en forma de «H».

En 1977, hacia noviembre-diciembre, cuatro estudiantes universitarios, en las proximidades de Sevilla (España), aseguraron haber visto una nave con una especie de «X» en su parte inferior. Pues bien, también en noviembre, a casi mil kilómetros, decenas de personas vieron un gigantesco objeto del que entraban y salían otros más pequeños. El hecho tuvo lugar en Pusilibro (Huesca). Uno de los testigos logró fotografiados. E insisto: ¿estaríamos ante los mismos seres? La coincidencia, como digo, es sospechosa...



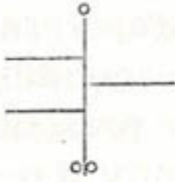
Nave «nodriza» sobre Pusilibro (Huesca, España), fotografiada en noviembre de 1977. En esas mismas fechas, cuatro estudiantes vieron otro objeto en Sevilla con una «X» en la panza. ¿Casualidad? Personalmente, estoy convencido de que podría tratarse de la misma civilización «no humana».

Y un último ejemplo. En el verano de 1985, la tripulación de un avión de Iberia fue testigo de otro gigantesco aparato de forma esférica, con una enorme «H» en la zona inferior. El 727, como ya mencioné, pasó, justamente, bajo la vertical del ovni. En esas mismas fechas se registraron avistamientos en Murcia, Málaga, Casablanca, Algeciras, Chile y Argentina, entre otros lugares. En el caso de Málaga, el objeto respondió a las señales luminosas enviadas por los testigos. En Arica, al norte de Chile, el objeto tomó tierra. «Era de grandes dimensiones». Meses más tarde, en noviembre de ese mismo año, otros ovnis fueron vistos y captados en las pantallas de radar sobre la provincia de Barcelona. Uno de los objetos —según los cálculos de los radaristas— alcanzaba nueve kilómetros de longitud. Posiblemente, uno de los ovnis más grandes de los que se tienen noticia. El objeto fue «visible» en los radares durante poco más de un minuto. Después desapareció

misteriosamente. ¿Estaríamos ante naves nodrizas o portadoras pertenecientes a la misma civilización?

6. En mayo o junio de 1967 sí hubo ovnis en España y Bolivia, tal y como anunciaron los «ummitas» en las referidas cartas enviadas en mayo de 1967 a cuatro ciudadanos españoles. En otras palabras: se cumplió el anuncio. La cuestión es: ¿quién estaba detrás de las cartas o mensajes de «Ummo»? ¿Cómo es posible que en dichas misivas se avanzara la llegada o presencia de naves no humanas, supuestamente «ummitas», y dichos objetos aparecieran en Valderas y en la selva amazónica? Naturalmente, la CIA o Jordán Peña no son los responsables de la presencia de estas naves.





Señor Jimenez:

Le ordenamos que deje de inferir en nuestras relaciones con los habitantes de su planeta, no sabemos si Vd. es consciente del daño que está haciendo.

Como prueba de nuestra presencia le ofrecemos una señal luminosa en el cielo, que podrá comprobar desde su propio domicilio en la media noche del proximo 27 de Mayo.

Si posteriormente no se retracta de sus declaraciones nos veremos obligados a estudiar "su caso".

10.0100.10



A - BILBAO MADRID  
BARCELONA Y VALENCIA  
PONGA N-DISTRICT Y POSTAL



Sr. D.

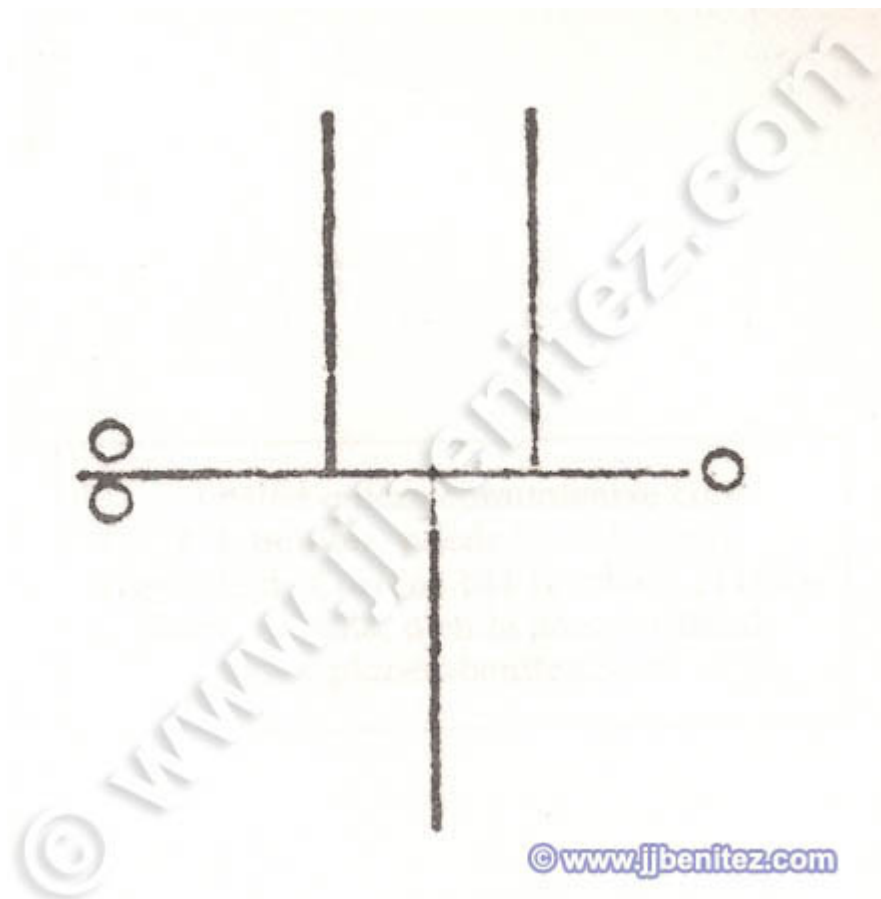
LUIS JIMENEZ MARHUENDA

San Juan nº 31

SAN VICENTE (Alicante)

© [www.jjbenitez.com](http://www.jjbenitez.com)

Carta recibida por Luis Jiménez Marhuenda, con matasellos en Alicante, el 24 de mayo de 1977. (Gentileza de la familia Jiménez Marhuenda).



Anagrama que acompaña la carta recibida por Luis Jiménez Marhuenda. Según Jordán Peña, él es el autor.

7. Si los «ummitas» existen, no creo que sean de aspecto nórdico (altos y rubios), como aseguran en sus escritos. La mayor parte de los seres que portaba la «H» en sus trajes eran de pequeña estatura y, en algunos casos, llevaban escafandras. Sólo en la segunda parte del caso «Curitiba» se presentó un ser alto y de cabellos amarillos. En cuanto al amor y al respeto, predicados sin descanso en los informes «ummitas», sinceramente, no creo una sola palabra. Lo sucedido en Uyuni, con las ovejas, me hace dudar de las buenas intenciones de los supuestos «ummitas», suponiendo que «aquella gente bajita, que volaba» lo fuera.

8. En el tema «Ummo» se han registrado también diferentes hechos, digamos inexplicables o paranormales. Ejemplo: el ovni visto en la noche del 27 de mayo de 1977 sobre San Vicente del

Raspeig, en Alicante, y que fue igualmente anunciado con varios días de antelación. La carta, presumiblemente, tenía un origen muy humano. El objeto, sin embargo, no fue explicado. Más ejemplos: el hombre que susurraba a los «ummitas». ¿Quién escuchaba las preguntas que formulaba Rafael Farriols en la soledad de su casa? ¿De qué manera fueron leídos los pensamientos de María Antonia Segura? ¿Por qué, a raíz de un avistamiento ovni, el ingeniero Rafael Henríquez y su familia empezaron a ver, en sueños, el emblema de «Ummo»? He aquí otras razones que confirman lo dicho: en «Ummo» hay una parte falsa y otra auténtica.

9. Aunque no acierto a comprender la intencionalidad, después de lo averiguado, hay algo seguro (para mí): los manipuladores del asunto «Ummo» han sido, a su vez, manipulados. Los humanos han movido los hilos de los humanos sin saber que ellos eran marionetas de los «NO HUMANOS».

*En Barbate, a 30 de marzo de 2004 (13 horas).*



Magistral dibujo de Jean Pierre Petit, uno de los receptores de cartas «ummitas». Los manipuladores del asunto «Ummo» han sido, a su vez, manipulados. Caprichos del Destino...



Ufólogo, periodista, escritor e investigador de lo paranormal español, J. J. Benítez nació en Pamplona el 7 de Septiembre de 1946.

Licenciado en periodismo, trabajó en diversos periódicos como corresponsal, pero no fue hasta 1972, año en el que comenzó a investigar el fenómeno ovni, que su carrera empieza a despegar, de tal forma que en 1979 decide dedicarse plenamente a la indagación de lo desconocido.

Sus libros más conocidos son los que componen la saga de Caballo de Troya, cuyo primer libro, publicado en 1984 y que estuvo implicado en una agria polémica por plagio, incluye viajes en el tiempo, ovnis y a Jesús de Nazaret. En el año 2011 se publicó el noveno volumen, la conclusión de la serie.

J. J. Benítez ha publicado docenas de libros sobre ufología y todo tipo de fenómenos inexplicables. También dirigió y presentó una serie de documentales en TVE sobre el mundo de los desconocido y

los enigmas de la historia que suscitó cierta controversia con grupos de escépticos.



# Notas

[1] Véase *Tempestad en Bonanza* (anteriormente *TVE: Operación Ovni*). <<

[2] Después de treinta y un años de investigación, no creo necesario explicar por qué considero que una parte del fenómeno ovni son naves o aeronaves «no humanas». <<

[3] El Altiplano boliviano, situado a más de cuatro mil metros de altura, cubre más de cien mil metros cuadrados. <<

[4] El 24 de junio de 1967 se vieron ovnis en Alegrete. El 5 Y 7 de julio, en Pelotas y Porto Alegre, respectivamente. <<



[5] Más información sobre el extraño hecho en mi libro *A 33 000 pies* (pp. 115 Y ss.). <<

[6] La güija consiste en un juego, o supuesto juego, en el que los participantes pretenden conectar con espíritus o seres no humanos mediante el movimiento de un vaso sobre un tablero en el que aparece el abecedario. <<

[7] Según reza en los informes mecanografiados, los «ummitas» procederían de un planeta llamado «Ummo», situado a unos catorce años luz de nuestro sistema solar. Su descenso a la Tierra, según dichas cartas, se produjo el 28 de marzo de 1950, en el Departamento de los Bajos Alpes, en Francia. Concretamente, a unos ocho kilómetros de la localidad de La Javie. A partir de ese día, los «ummitas» fueron estudiando a la raza humana, extendiéndose progresivamente por todos los continentes. En los citados informes, los «ummitas» describen sus peripecias a lo largo de esos años y cómo decidieron establecer comunicación con determinados ciudadanos (los receptores de las cartas). <<

[8] El 6 de febrero de 1966, en el barrio madrileño de Aluche, se registró, al parecer, un descenso ovni en la finca llamada «El Relajal». El hecho se produjo hacia las ocho de la tarde. Según relataba la prensa, parte del terreno quedó carbonizado. Varios testigos aseguraron haber visto un disco de color naranja que aterrizó y luego desapareció a gran velocidad. <<

[9] La mayor parte de los informes remitidos por los supuestos «ummitas» (1148 folios recibidos por los ciudadanos españoles) tiene un carácter técnico-científico. En ellos, los «ummitas» tratan de satisfacer la curiosidad de los receptores en temas como la navegación espacial, medicina, astrofísica, biología, teología, psicología, costumbres sociales en su planeta («Ummo»), etc. <<



[10] Durante años, un grupo de españoles, generalmente los receptores de las cartas «ummitas», fueron objeto de una serie de extrañas llamadas telefónicas (a sus domicilios) en las que los supuestos extraterrestres, con voces distorsionadas, similares a las de los asmáticos, respondían a preguntas de toda índole, formuladas por esta treintena de ciudadanos. <<

[11] Los «ummitas», según los informes, tenían una extremada sensibilidad en las yemas de los dedos. De ahí que contrataran a uno o varios mecanógrafos a los que dictaban las supuestas cartas, previo pago de una sustanciosa remuneración económica. <<

[12] Según Ignacio Darnaude, recopilador de documentos «ummitas», entre junio de 1966 y marzo de 1984 se recibieron cartas del «mecnógrafo» con un total de casi sesenta páginas. Los destinatarios fueron Sesma, Villagrasa, Garrido, Alicia Araujo y Aguirre. Enrique Villagrasa fue el mayor receptor, con diez cartas.

<<

[13] En una carta fechada el 26 de febrero de 1966, Jordán escribió al investigador Danyans y le relató el avistamiento: «El domingo 6 de febrero, hacia las 8 de la noche, regresaba a mi domicilio procedente del poblado de Casilda de Bustos, al que había ido aquella tarde para visitar a unos amigos. Había caído la tarde y me dirigía hacia el “Poblado C” de Aluche con los faros del coche encendidos. Algo me llamó poderosamente la atención. En principio creí identificarlo con un autogiro, pero instantáneamente cambié de opinión, puesto que el rotar de estos aparatos no suele estar iluminado, según creo. Se trataba de un disco blanco al principio, cuyo tono fue virando hacia el amarillo y luego al anaranjado conforme se acercaba (tal vez no sea éste el orden exacto, pero así creo recordarlo). Para entonces yo había parado el seiscientos y bajado del mismo para poder observar el “extraño avión”. Confieso que, polarizado por la tendencia a identificarlo como un helicóptero, no pensé siquiera que se tratase de uno de esos “platillos volantes” tan manoseados por la prensa veraniega. El disco se acercaba cada vez más a una velocidad aparente muy elevada (no me atrevo a aventurar comparaciones, pues soy profano en asuntos aeronáuticos). Cuando pasó por el cenit, casi encima de mi cabeza, aunque todavía a gran altura, parecía tener un diámetro aparente similar al de un volante de automóvil. Se desplazaba en dirección casi perpendicular a la autopista del aeroclub. En ese momento se me ocurrió fijarme en los alrededores. Una docena de metros o algo más atrás había un hombre —creo que con una niña— que miraba también hacia arriba. Cuando volví los ojos hacia el extraño fenómeno, observé perplejo que el disco descendía a una zona próxima al punto de la carretera donde me encontraba. Confieso que en el primer instante no me asusté lo más mínimo. Incluso di una interpretación lógica a ese extraño aterrizaje. Recordemos que no lejos de allí se encuentra el conocido aeroclub y no tenía nada de

extraño que estuviesen realizando en aquella área experiencias de algún prototipo de avión. Fue este juicio rápido y mi curiosidad no satisfecha lo que me impulsaron a subir al coche y arrancar de nuevo para acudir al lugar probable del aterrizaje. Por ello no presencié del todo el descenso. Me fijé que por una pequeña carretera que derivaba en la “autopista”, podría acceder a ese punto, y cuando me acercaba —aún dentro del coche que frené bruscamente— vi elevarse de nuevo el enorme disco. Era, repito, enorme respecto a lo que pensaba encontrarme. Su diámetro no bajaría de los diez o doce metros. Quedé tan impresionado por la visión esta vez que recuerdo cómo me quedó después durante unos minutos la lengua pastosa y reseca. No era su diámetro tan apreciable lo que me asustó, sino su intrigante luminosidad. Sería más exacto si se la comparase con la de esas pinturas fluorescentes utilizadas en la señalización de la carretera, pero mucho más viva e intensa (no había faros cercanos que activas en esta luminiscencia). Emitía un sonido uniforme y apagado que me recordó la vibración de unas turbinas de energía eléctrica que visité algún tiempo atrás en un pantano de la provincia de Jaén. La subida: ascenso uniforme y equilibrado, fue rapidísima, y salté violentamente del coche para presenciarla, pese a que —confieso— las piernas me temblaban. Siendo mucho que el fuerte *shock* que sentí me impidiese reparar en detalles, alucinado como estaba por la sorprendente visión. Es inútil que me pregunte si vi puertas, ventanas, aparatos auxiliares o el perfil exacto del aparato. Tan sólo me fijé en un detalle sobresaliente —aparte de los pies sustentadores que describiré—: en el centro del disco (“vientre” o zona inferior) aparecía lo que creo que podría ser una tobera o salida de gases, con perfil irregular que podría (sin demasiada certeza) esbozar como una línea recta situada entre dos paréntesis abiertos hacia afuera (juraría que no era una estrella, y que más bien resultaba de un negro completamente mate sobre la luminiscencia del conjunto)...» <<



[14] En las comunicaciones previas a la apertura de esta carta, los supuestos extraterrestres recomendaban que la lectura fuera llevada a cabo por el periodista Julio César Iglesias, de Radio Nacional. Ante la lógica dificultad para pronunciar los términos «ummitas», Julio César optó por dejar dicha lectura en manos de Luis Jiménez Marhuenda, mucho más experimentado en tales asuntos. <<

[15] Jordán se refiere, al parecer, a la Iglesia de la Cienciología Internacional, cuyos dirigentes fueron detenidos por la policía en otro céntrico hotel de Madrid y coincidiendo con la lectura de la mencionada carta «ummita». <<

[16] Lo escrito entre paréntesis son comentarios o aclaraciones de FARRIOLS. <<

[17] OYAGAA, en lenguaje «ummita», se refiere al planeta Tierra. <<

[18] Espiritu colectivo humano o alma colectiva. <<



[19] «Hombre». <<

[20] Véase *Un caso perfecto* (capítulo VIII). <<

[21] Noticia aparecida el 12 de junio de 1967 en la revista italiana *Gente*. <<

[22] Con fecha 26 de agosto de 1967, «Antonio Pardo» escribió la siguiente carta a Lleget: «Muy señor mío: Antes de remitirle la otra carta que le adjunto, he querido ampliarle con la presente algunos datos sobre el curioso tubito que pude conseguir el día 3 de junio del presente año. El chiquillo que lo ha encontrado, hijo de un modesto peón, tuvo la desgraciada idea de abrirlo, forzándolo de mala manera. Entre su madre y yo pudimos deducir, con una serie de preguntas que le hicimos, que el extremo que falta del tubito era “igual” que el intacto. Si efectivamente fuese así, el artefacto sería simétrico, pero ya sabe usted y es fácil de sospechar que un niño de doce años escasos puede confundir fácilmente, con su poco espíritu crítico, dos cilindros o piezas de distintos formatos, aunque de aspecto parecido.

»Pero todavía resulta más lamentable la desidia de algunos padres que permiten a sus hijos manipular objetos de procedencia desconocida sin la más elemental precaución. Si se hubiera tratado de un explosivo, la actitud de pasividad hubiese sido la misma.

»Por algún comentario que capté en la barriada, se habían encontrado más tubos semejantes, pero los rumores eran vagos y nadie pudo ofrecerme datos concretos. Incluso dijeron que los tubos eran radioactivos y que lo sabían de “buena tinta”. En realidad, todos sabemos lo que fantasea la gente en estos casos. Yo he examinado el tubo que poseo en la oscuridad y no se nota ninguna fosforescencia, que tengo entendido es una de las señales típicas de este fenómeno. Le remito, además, un fragmento pequeño del mismo, pues lo que sería interesante es saber de qué material es. Parece estaño o plomo aleado, pues es muy dúctil, Desde luego no es aluminio como aseguraban en la Colonia de Santa Mónica.

»El pequeño que lo encontró no había tirado el rollito doble que había dentro. Se trata de dos láminas, al parecer de plástico, cuyas

dimensiones respectivas son 13 x 2,3 cm y 13 x 2 cm (Ésta última se la envió). Iban adheridas la una a la otra y ambas tienen en relieve una marca que, si se fija usted bien, es similar al distintivo de la aeronave, por lo que la procedencia del tubo no ofrece duda.

»Lo curioso de la lámina esa de plástico es que es muy difícil de cortar o romper con la mano, aunque se corta fácilmente con las tijeras.

»La longitud del semitubo que queda intacto es de 6,3 cm, y la planchita en forma circular tiene un diámetro aproximado de 2,5 cm y de espesor unos dos milímetros.

»Exprofesamente para usted, he sacado dos fotos cuyos clisés le remito también. No he tenido tiempo de sacar copia, pero en el negativo apreciará tanto el tubo como un fragmento que yo mismo he cortado para usted de la zona rota por el muchacho, y las dos láminas desenrolladas que iban dentro».

ANTONIO PARDO <<



[23] En gestiones posteriores, Rafael Farriols averiguó que la lámina de plástico era un producto fabricado por Du Pont de Nemours, en Estados Unidos con la marca comercial TEDLAR. El tejido TEDLAR es muy resistente y útil para aplicaciones arquitectónicas, decorativas e industriales. En 1967 era poco conocido en España. TEDLAR era insensible a la humedad y poseía unas excelentes propiedades eléctricas, incluyendo una elevada constante dieléctrica (el tejido permanece flexible a 36 grados Celsius). Además de la arquitectura, el tejido TEDLAR era utilizado en el revestimiento de presiones sensibles, como hoja suelta para reforzar plásticos y como película separadora y aislante para cuerdas y cables. El TEDLAR se proporcionaba en calidad transparente o en color (puede convertirse también en una delgada lámina de gran consistencia). El tejido de color puede fabricarse con diferentes grados de brillo. Dicho tejido es servido con una superficie adherente compatible con varias clases de adhesivos o con lacre, también con superficies que no permiten adhesión. <<

[24] En 1967, Farriols se puso en contacto con el periodista Antonio San Antonio, del diario *Informaciones* de Madrid. La entrevista se llevó a cabo en el bar Texas. «San Antonio —explicó Farriols— me mostró los cinco negativos junto a unas copias, en 13 x 18 cm. Me pidió la “módica” suma de treinta mil pesetas. Me negué y ahí terminó la entrevista. Al día siguiente, después de pensarlo mejor, le rogué a mi primo Ocejo que hablara de nuevo con San Antonio y que cerrara el trato. Y así fue». Farriols nunca supo si las treinta mil pesetas fueron a parar a las arcas del periódico o al bolsillo del reportero... <<

[25] «Soy un estudioso del problema ovni —escribe Rey Brea en *Stendek*—, o como quiera denominarse, que no está ligado a grupo alguno; que lo que hago es por satisfacer mi propia curiosidad y, por consiguiente, me era indiferente que se creyera o no lo que el famoso *Caso Perfecto* contiene. Pero el infundio “ummita”, que tanta preponderancia ha tomado, está ridiculizando el problema ovni ayudado por otras muchas cosas que se dicen y se escriben, y creo que no es lícito por mi parte el permitirle prosperar aún más... En ello (se refiere a “Ummo”) tiene que estar implicada una extensa organización, si consideramos la existencia de los extraños tubos de níquel y de las tiras de polifluoruro de vinilo (comercialmente, Tedlar), con el anagrama “ummita” fabricadas por la casa Dupont de Nemours de EE. UU. Un quidán [Rey Brea se refiere a quídam: persona indeterminada o despreciable] cualquiera, ni un reducido grupo, podría adquirirlos fácilmente. Y aceptarlos como tales sería tanto como imaginar que los extraterrestres se dedican a un feo “espionaje industrial”, puesto que, si mal no recuerdo, creo que se pretende demostrar que estos “ummitas” proceden de la estrella Wolf424...» <<

[26] El libro en cuestión, titulado *Cuando... ¿extraterrestres en la Tierra?*, fue escrito por Benito Franco Vidal (Linosa, 1968). <<

[27] El convencimiento de Óscar Rey Brea sobre el origen marciano de los ovnis llegaba a tal punto que lo anunció en repetidas ocasiones en la prensa (*Pueblo*, 9 de abril de 1954, y *El Ideal Gallego*, 11 de abril de 1954). En estos rotativos habló de la oleada de 1954 (de especial intensidad en Francia). También predijo la oleada de 1952, coincidente con otra oposición marciana. Don Óscar Rey señaló igualmente que, durante el período 1947-1964, el número de avistamientos ovni estaría en razón inversa a la distancia de las oposiciones Marte-Tierra. Don Óscar Rey fue observador de primera de meteorología, destinado en el equipo de Radiosonda de La Coruña, en Galicia (España). En septiembre de 1965 vio un objeto de color rojo mate de forma circular, sin estela, que cruzó el cielo nocturno de La Coruña. Según sus cálculos, el ovni se desplazaba a más de dos mil kilómetros por hora («muy veloz para un avión, que no era, y muy poco para un aerolito, que tampoco lo era»). <<



[28] En el capítulo dedicado a los «argumentos en favor del fraude», Poher escribe textualmente: «B-1) El objeto no se encuentra centrado en ninguno de los clichés sino siempre muy cerca del límite superior lateral (en lo alto y a la izquierda en los clichés 12 y 19, y en lo alto a la derecha, en los demás); esto es perfectamente incompatible con una toma de vista “al vuelo” y en estado de “excitación psicológica”, de un objeto volante (una simulación meticulosa y en lo mismos lugares ha puesto netamente en evidencia este último punto).

»B-2) Por una parte, el objetivo del aparato fotográfico ha permanecido a 1,15 m del suelo durante 13 clichés, a pesar de una rotación de 120 grados en azimut y un desplazamiento lateral de varios metros; y por otra, las variaciones del paralelismo del horizonte en relación con los bordes de los clichés, y las variaciones de la altura angular del eje óptico, en relación con la horizontal local, son incompatibles con una toma de vistas “hechas estando de rodillas”, puesto que requieren el empleo de un pie, o bien unas precauciones y actitudes de enfoque “anormales”. Además, la posición relativa del objeto y la precisión de los enfoques son particularmente incoherentes.

»B-3) Ha habido un único y solo fotógrafo, pues los clichés del pretendido segundo fotógrafo que dice nombrarse Antonio Pardo (un nombre español tan corriente como Dupont en Francia o Smith en Gran Bretaña) pueden ser yuxtapuestos, en cuanto al paisaje, con tal precisión que los objetivos de los aparatos (cámaras) deberían estar situados en el mismo lugar, o al menos a pocos centímetros, lo cual es inaceptable, sobre todo en el caso de dos clichés.

»Uno de los clichés de “Antonio Pardo” es perfectamente oponible, o sea, exactamente yuxtapuestos (objeto incluido) al cliché n.º 12 (mejor precisión alcanzada: 0,1%).

»B-4) El análisis detallado del “flou” de los diferentes planos del paisaje, en relación con el efectuado de los detalles del objeto, hace pensar más bien que el objeto consistía en una pequeña maqueta cercana y situada en el límite inferior de la profundidad del campo visual (aproximadamente a unos 3,50 m, siendo, por tanto, el diámetro de la maqueta del orden de unos 20 cm).

»B-5) La comparación fotométrica detallada de los clichés 23-24 y los clichés 12 y 19, permiten los cálculos precisos de Albedo y demuestran con toda evidencia que el objeto fotografiado sobre el cliché 19 es traslúcido (como por ejemplo, un plato de *camping*, de materia plástica opal) y que el signo lo es también. El valor de los factores de transmisión son exactamente aquellos que se obtienen dibujando un signo al *marker* o a tinta, sobre una maqueta traslúcida de plástico común.

»B-6) La fotometría y la geometría de la luminosidad de la “cúpula” del objeto en la foto 12 son compatibles con la transmisión y la difusión de la luz solar por una “cúpula” cuya pared circular hubiera sido realizada con un material traslúcido y pulido en su superficie. En efecto, la ley de variación en la iluminación sigue perfectamente la ley de Lambert predecible y el esperado reflejo especular se hace presente. Y esto es fácil de conseguir con una pequeña maqueta.

»B-7) El valor de la energía luminosa que emitiría el objeto si fuera opaco y sus variaciones locales a lo largo del artefacto son incompatibles con la hipótesis de que se tratara de un objeto que emitiera la luz por ionización o excitación del aire ambiental (el objeto no puede ser opaco).

»EN CONCLUSIÓN: Los resultados de los estudios efectuados me obligan a pensar que estos clichés son una superchería realizada por medio de una pequeña maqueta de plástico traslúcido y debajo de la cual se ha dibujado, con tinta, el signo «H» y está suspendida por un hilo finísimo, al objeto de fotografiarla, teniendo al mismo tiempo mucho cuidado de que no aparezca la, digamos, «caña de

pescar», en los clichés, lo que explica perfectamente los enfoques anormales. Por otra parte, he de decir que he podido reproducir muy exactamente todos los aspectos de los clichés, realizándolos por el mismo procedimiento, o sea, mediante una maqueta obtenida pegando juntos dos platos de plástico por sus respectivos bordes y añadiendo la cúpula que es, asimismo, un fondo de taza de *camping* de la misma marca. El conjunto me ha costado unas ciento treinta pesetas (o sea, 1,5 dólares). <<

[29] Según la GSW, esta organización estaba especializada en el estudio de imágenes fotográficas ovni, utilizando para ello el instrumental más altamente avanzado, con ordenadores electrónicos. <<

[30] El informe del GSW (con *copyright* 1976) dice textualmente: «Después de obtener una copia de *primera generación* [el subrayado es mío] de este supuesto incidente ovni, nuestro equipo de analistas preparó un negativo de alta resolución, el cual mostraba la imagen de un objeto en forma de disco o platillo con una extraña marca en su superficie. La imagen era clara y contenía, además, aspectos del entorno. Esta información junto con el hecho de que la foto se tomó a la luz del día, permitió su proceso mediante la técnica de la mejora fotográfica por ordenador (*computer image enhancement*). Se han utilizado las siguientes formas de mejora durante la evaluación de este caso: mejora de contornos, retoque de colores, conversión en dígitos mediante la distorsión de las unidades o células de tonalidad (distancia) y computarización por alta resolución.

»CONCLUSIONES: tras un *cuidadoso estudio*, tanto de los datos pictóricos como de las informaciones procedentes del análisis con el ordenador, todo el *staff* de nuestro grupo, GSW, coincidió en afirmar que la imagen ovni no era otra cosa que un crudo fraude. Seguidamente relacionaremos la evidencia que apoya las razones para sostener la hipótesis del truco:

- »1. La imagen del supuesto ovni carece de sustancia. Hacemos referencia a la fotografía número 1. La línea del cursor, que actúa como un cuchillo electrónico que disecciona el objeto que aparece en la foto, reveló que el objeto era completamente llano, esto es, que no tenía grosor alguno. La única porción del objeto con un perfil aparente era el símbolo oscuro de la base.
- »2. Densitometría digital. Esta técnica mide la densidad o valor del gris de la imagen fotográfica, y demostró que la imagen tenía una baja luminosidad y reflectividad.



- »3. El análisis de las “celdas” que forman toda foto puso de manifiesto que el supuesto ovni se encontraba extremadamente cerca de la cámara y del fotógrafo.
- »4. Un equipo especial de ordenador que evalúa la distribución de lúmenes (luminosidad) y los datos del perfil que proporciona el cursor arrojó como conclusión que el “objeto” era muy similar a un plato de papel, invertido, con un símbolo que se hubiera pintado en su panza.
- »5. El objeto medía menos de 20,3 centímetros de diámetro.
- »6. La posición de la cámara era muy baja con respecto al suelo para proporcionar la sensación de que el objeto se encontraba alto y lejos.
- »7. La mejora de contornos reveló una estructura lineal que representaba un hilo sobre el supuesto ovni del que éste pendía.
- »8. La imagen del supuesto ovni es mucho más clara que la que ofrece el poste blanco que aparece en los alrededores, indicando de forma abrumadora la cercanía del “objeto” comparada con dicho poste.

»Esta fotografía representa un crudo intento de duplicar una genuina experiencia ovni. Somos de la opinión de que los fraudes como éste deben ser aireados si queremos que continúen los resultados objetivos de la investigación ovni que se *precie de seria*. Ni remotamente esta fotografía tomada en San José de Valderas (Madrid) representa un objeto volante extraordinario». <<

[31] Según Ribera, la foto de marras fue solicitada por V. J. B. O., colaborador del servicio de Inteligencia del Ejército del Aire español, conocido en el mundillo ufológico como el «vampiro valenciano». <<

[32] Junto a los negativos originales, la Guardia Civil recibió también una copia de los informes de Poher y GSW, así como un tercer estudio (AIMU), realizado por informáticos. <<

[33] He aquí algunos ejemplos que conviene no olvidar y que colocan en su lugar a estos supuestos «investigadores científicos»:

- *Stendek*, septiembre de 1976. El señor Casas Huguet, miembro del CEI, escribía lo siguiente: «... Observación ovni en Puibolea (Huesca) el día 5.4.76. Al parecer, un tractorista vio, en la localidad de Puibolea —distante unos veinte kilómetros de Huesca (en dirección NO)— y en el camino de regreso a su casa, al anochecer, un ovni situado a una altura de unos ochenta metros, cuya forma era circular y en cuya parte inferior se apreciaba un sombreado cuya forma recordaba claramente la de una letra “H”. El testigo ignora si se trataba de una marca o de elementos pertenecientes a la estructura propiamente dicha del ovni. Tal vez en otra ocasión volveremos a ocuparnos de esta Observación con mayor detenimiento y una vez que obren los datos precisos en nuestro poder. (Cabría preguntarse: ¿adulterinos y tardíos frutos de la tan amena y voceada como inefable e inaprensible aventura “ummita”? El interrogante queda abierto... bromas aparte)».

Durante un tiempo, como es mi costumbre, busqué en Puibolea y en su comarca al supuesto tractorista. Nadie sabía nada. Me decidí entonces a telefonar a Casas Huguet, quien, sorprendido, desvió el asunto, culpando de lo escrito a Pere Redón, otro inefable miembro del CEI. En una segunda llamada, Huguet reconoció que lo escrito en *Stendek* era suyo, efectivamente, pero que «todo había sido un invento porque lo de “Ummita”, en aquel tiempo, estaba de actualidad».

El CEI, como dije, era considerado el organismo de máximo rigor y seriedad en la investigación ovni en España...

- Primer Congreso Nacional de Ufología, celebrado en Barcelona en 1978. El señor Ballester Olmos expone los «estudios» de Spaulding y Cía. sobre «las fotos» del ovni de San José de Valderas y afirma que «las fotos son falsas». En diciembre de 1979, *Stendek* se hace eco de la noticia, apoyando lo dicho por el GSW. Y añade en el editorial de ese número: «Nosotros creemos —que nos perdonen los que no crean lo mismo— que todo el asunto “Ummo” es un gran fraude del que nadie tiene todas las claves. Hubo un complicado trucaje de ovni en San José de Valderas». ¿Con qué autoridad podía sentenciar el CEI si ellos mismos inventaban casos ovni? ¿Por qué el colaborador del servicio de Inteligencia habló de fotos (en plural) cuando el propio GSW reconoce que «obtuvieron una copia de primera generación»? Sí, aquí huele a podrido...
- Marius Lleget, en la revista *Telepsiquia*: «Sinceramente, siempre creí que todo el ruido que se venía haciendo en torno a los presuntos “ummitas” era absurdo. Por lo menos, en la época de Don Quijote, de Tirant lo Blanc y de Amadís de Gaula, cuando el hombre poseía menos información que en el presente, eran lícitas (además de hermosas) las fantasías de los caballeros andantes. Pero en nuestros bien informados días nos huele a falso todo cuanto haga referencia a unos seres del espacio —los “ummitas”— cuya existencia está en flagrante contradicción con la astrofísica... ¡Adiós a “Ummo”, la única cortina de humo que he visto escrita sin “h”!»

Supongo que —ahora— don Marius sabe que el asunto «Ummo» está muy lejos de haber sido resuelto. A lo ya expuesto me remito...

- Revista *Algo* (supuestamente científica): «... No parece que en el supuesto ovni de San José de Valderas valga la pena gastar más tinta, pero pensando en la innata curiosidad humana, y rogando al doctor Jiménez del Oso que nos perdone,



recomendamos la atenta y desapasionada lectura del libro de Ribera-Farriols, titulado *Un caso perfecto*, en cuyas páginas el atento lector encontrará con todo detalle el desarrollo de esta curiosa historia que dista tanto de la ciencia como un campo de fútbol de un laboratorio atómico». (15 de noviembre de 1974).

Lógicamente, el autor del comentario no aclara a qué tipo de ciencia se refiere: ¿a la que quemó vivo a Giordano Bruno o a la que duda?

- *Diario 16*, mayo de 1992. El señor Toharia, en un artículo titulado «¿Ovnis en la universidad?», escribía: «Las personas que abordan con seriedad el fenómeno ovni no afirman nada; se limitan a examinar con frialdad y espíritu crítico los casos de “avistamientos”, “contactos” y demás fenómenos extraños. Muy pocos de ellos resisten un análisis detallado, pero hay una exigua minoría de casos que no tienen una explicación racional aparente. Lo que no significa que se trate de extraterrestres “ummitas”, por supuesto... Por eso tiene escaso sentido que un personaje fabulador e imaginativo, pero nulamente científico, como Juan José Benítez, pudiera ser invitado por una de las mejores universidades del país a impartir un curso sobre ovnis. Porque lo que no sería perdonable es que allí se pueda llegar a afirmar que los ovnis están gobernados por unos visitantes ajenos a la humanidad y procedentes de otros planetas».

Lo dicho. Si existiera el Santo Oficio, este sujeto sería el primero en prender la hoguera y quemar vivos a cuantos no pensarán como él.

- Revista *Enigmas* (número 8). Manuel Carballal, en un artículo titulado «Los secretos de Ummo», publica cuatro fotografías que, supuestamente, corresponderían a las tomadas por Jordán Peña en San José de Valderas y que nunca salieron a la luz «porque se veía la mano de su compañero mientras realizaban el fraude». Los negativos de marras aparecen numerados como

15A, 16A, 17A Y 18A. Al preguntar a Carballal por la naturaleza de tales fotos (nada claro en el texto), la respuesta fue la que imaginaba: «Se trata de un montaje, pero no de Jordán. El responsable fui yo». En la página 62, en ese mismo reportaje sobre «Ummo», Carballal escribe: «Durante un año Jordán explotó el caso Aluche, pero en 1967 decidió superarse a sí mismo. Para ello fabricó la maqueta de un platillo volante utilizando dos platos de plástico y una semiesfera transparente. Una tarde de mayo de 1967 se desplazó a San José de Valderas en compañía de su amigo Vicente Ortuño e impresionaron varias fotos: “Utilizamos la maqueta colgada de un hilo de naylon muy delgado...”»

La «exclusiva mundial» fue publicada en el verano de 1997. Hacía siete meses que la Guardia Civil había descubierto que en los negativos de Valderas no hay ningún tipo de hilo, pero el inefable Carballal no lo sabía...

- Diario *Unidad*, de San Sebastián. Con fecha 18 de enero de 1977, Mañu de la Puente publicaba una información cuyos titulares eran los siguientes: «Félix Ares: “En Guipúzcoa se ha podido ver el 0,31 por ciento del total constatado en España. San Sebastián e Irún son ubicaciones privilegiadas para la visión de ovnis”». En el texto, entre otras «perlas», puede leerse: «... Luego... se narraron [se refiere a los conferenciantes Carmen Garmendia y Félix Ares de Blas] otros dos [aterrizajes] similares que ocurrieron en Aluche (Madrid), en 1966, y en San José de Valderas (Madrid), un año más tarde. En estas dos apariciones el número de testigos fue mayor y se pudieron aportar pruebas fotográficas de los mismos, que fueron mostradas a los asistentes a la conferencia. El señor Ares aseguró que estos documentos gráficos fueron estudiados por dos expertos en la materia, y tanto uno como otro afirmaron

que las fotos no estaban trucadas». El 14 de septiembre de 1980, los mismos sujetos, en el diario *Deia*, de Bilbao, arremetían contra el fenómeno ovni (curioso cambio en poco más de tres años) y decían textualmente en uno de los pies de las ilustraciones: «La foto de la izquierda fue obtenida en San José de Valderas, a muy pocos kilómetros de Madrid, en el mes de junio de 1967, Y ha dado la vuelta al mundo como un caso perfecto de “ovnis”. Cuando *nosotros* hemos pedido que nos hagan un análisis por computador hemos obtenido, entre otras muchas, la foto de la derecha. La flecha señala el hilo de nylon que sujetaba la maqueta de plástico de unos veinte centímetros de diámetro» [el subrayado es mío].



Foto publicada en el diario *Deia* (1980) y a la que hacen alusión Ares y Garmendia.

El patinazo de Ares y Cía. (no es broma) terminó dándole la razón al investigador Salazar Serrano cuando apuntaba que el GSW llevó a

cabo sus «análisis», no sobre una copia de primera generación, sino sobre una reproducción del libro de Blum. Si en el «informe» del GSW aparece el *copyright*, fechado en 1976, y si fueron Ares y Cía. quienes pidieron que se hicieran los análisis por computador, ¿cómo es posible que en enero de 1977 Ares y Cía. defendieran las fotos de Valderas? Como vemos, en este asunto «Ummo», el único mentiroso no es Jordán Peña...

En 1991, en un programa de Televisión Española llamado «Tribunal Popular», el comandante Carlos García Rodriga explicó de nuevo el avistamiento de julio de 1985, cuando pilotaba un avión de pasajeros entre Barcelona y Madrid. Al pasar por debajo de dicho objeto, toda la tripulación pudo observar una enorme «H» en la base o panza de la nave. Pues bien, uno de los invitados a dicho programa —Félix Ares—, «explicó» así lo observado por el piloto español: «Lo que no comprendo o no haya comprobado, es imposible».

¡Genial y, sobre todo, muy científico!

- En relación con este mismo caso ovni del comandante Rodrigo, el 14 de agosto de 1992, en el programa de Radio Cinco «Aúpa con ellos» (Radio Nacional de España), otra «lumbera» de la ufología hispana —el señor Gámez— se permitió afirmar: «Podía tratarse de un globo sonda que hubiera perdido el instrumental». Y el individuo se quedó tan ancho...

Al año siguiente, en el Primer Congreso Nacional sobre Pseudociencias, celebrado en Zaragoza, este mismo «investigador» afirmaba sobre el tema «Ummo»: «Aquellos chalados y sus amigos “ummitas”. Los extraterrestres del planeta “Ummo” llegaron a la Tierra en marzo de 1950. Al menos, eso es lo que mantuvo hasta su fallecimiento en 1982 FERNANDO SESMA, el contactado que recogió en España el testigo del norteamericano GEORGE ADAMSKI, que fotografiaba tapas de aspiradora y las presentaba

como naves procedentes de Venus. Sobre el contactado español, que ha sido tratado con más que respeto por la mayoría de los ufólogos ibéricos, sólo cabe decir que o bien era un chalado o bien un incauto».

Obviamente, Fernando Sesma no podía defenderse... Al hablar de Valderas, el individuo en cuestión dijo lo siguiente: «La aparición de San José de Valderas fue la gota que colmó el vaso del fraude “Ummo”. El suceso, calificado por Antonio Ribera y Rafael Farriols como “El caso perfecto” (Ribera y Farriols, 1973), fue un burdo montaje orquestado por José Luis Jordán Peña, como todos los informes “ummitas”. Los análisis de las fotografías demostraron que la “nave interplanetaria” de San José de Valderas era un plato de plástico suspendido de un hilo (Spaulding y Adrian, 1978) y nadie, excepto Jordán Peña, había sido capaz de hablar con los testigos presenciales. Aunque ufólogos como Ribera acostumbraban a deshacerse en elogios al referirse a todo papel autenticado con la hache barrada “ummita”, la verdad es que los documentos eran simple y llanamente basura pseudocientífica disfrazada con palabras exóticas como *ibozoo uu* o *uyooaladaa*. Todos estos puntos flacos fueron sistemáticamente ignorados por los apóstoles de la ufología espectáculo durante más de un cuarto de siglo. Sin embargo, el tiempo, una vez más, ha dado la razón a los escépticos».

No se puede intoxicar más en menos espacio. ¡Que santa Lucía le conserve la vista!

- Diario *La Gaceta del Norte* de Bilbao (España), 11 de febrero de 1985. Antonio Biosca, más conocido por «Antonio José Alés», escribía sobre «Ummo» y decía: «La máquina de reventar “ovnis”, El llamado “caso perfecto”, que entusiasmó a muchos, ahora ya no lo defienden, supongo que por pudor, cayó en las fauces insaciables de los llamados investigadores críticos, quienes enviaron las fotos a Estados Unidos, para que fueran



sometidas al implacable análisis de la famosa “V-P 8”, unidad tecnológica de la NASA, utilizada para la decodificación de las fotos enviadas por las naves norteamericanas y que es capaz de determinar masa, tamaño, distancia y otros parámetros fotográficos; el resultado no pudo ser más desalentador: eran maquetas de papel».

Alés, una vez más, confundió churras con merinas... ¿Fauces insaciables de los llamados investigadores críticos?

Dos años más tarde, no satisfecho con lo anterior, Alés volvió a la carga en la revista *OMNI* (febrero de 1987): «... Creo —sin pontificar— que “Ummo” fue un invento de alguna agencia de opinión extranjera, para comprobar cómo reaccionaba un país (que salía a duras penas del subdesarrollo y entraba de puntillas en la era industrial) ante la llegada de seres de otro mundo. He de reconocer que, de ser cierta mi teoría, el experimento les salió bordado. Nuestro retraso cultural les proporcionaba la base para crear una aura de superavance técnico-científico, que sobrepasaba los conocimientos de los humanos...».

¿Agencia de opinión? Alés, evidentemente, no sabía muy bien de qué hablaba. Este individuo debería recordar que, en 1966, España estaba muy por delante de EE. UU. en infinidad de temas culturales y que, casualmente, los receptores de los mensajes «ummitas» eran, en su mayoría, universitarios.

- *Diccionario Temático de Ufología*, editado en noviembre de 1997 por la Fundación Anomalía (Santander, España). En la página 337, al referirse al caso San José de Valderas, Matías Morey, coordinador, escribe: «La evidencia fotográfica (cinco negativos del fotógrafo anónimo y dos copias de Antonio Pardo) fue posteriormente examinada por estudiosos españoles y extranjeros, entre los que cabe destacar a Óscar Rey Brea, Claude Poher y los analistas del GSW norteamericano. Todos

ellos coincidieron en afirmar que se trataba de un montaje realizado con una maqueta de no más de medio metro a la que se había pintado el signo “ummita”. Tanto Poher como el GSW utilizaron computadoras para su peritaje (el primero, sobre los negativos originales), y sus conclusiones fueron confirmadas por otro análisis hecho por Carles Berché en 1994...»

¿Rectificarán los «anómalos» y reconocerán que los gringos mintieron y manipularon? Imposible: entre bomberos nunca se pisan la manguera...

- *LAR* (panfleto de la llamada «La Alternativa Racional»), 1993. (Otro nido de «anómalos», intoxicadores profesionales y tontos útiles). En un artículo titulado «UMMO: el planeta de los corresponsales anónimos», Luis R. González Manso decía, entre otras cosas: «... no existe ninguna duda entre los ufólogos españoles serios de que “UMMO” es un FRAUDE... El *affaire* “Ummo” sería simplemente una empresa unipersonal. Naturalmente que el autor contaría con algunos cómplices para falsificar las huellas y las fotos, y además obtuvo la desinteresada ayuda de muchos otros bromistas, pero no hace falta más gente, ni motivaciones inconfesables. Los fraudes son divertidos, mucho más si te puedes mezclar con tus víctimas y disfrutar con sus dudas, emociones, ingenuidad, llegándote a convertir en dueño y señor, manipulando los hilo de tus marionetas a voluntad...»

Y surgen un par de dudas: cuando el Manso habla de ufólogos serios ¿a quién se refiere? ¿Quizá al GSW? Cuando escribe «los fraudes son divertidos», ¿está hablando por experiencia? Manso concluye acusando a Jordán Peña como el creador de «Ummo» y afirma: «No obstante, me gustaría pedir al jurado una suave condena, pues con su trabajo de todos estos años, Jordán Peña nos

ha facilitado la maravillosa y poco frecuente oportunidad de ser testigos del nacimiento de un mito moderno».

El manipulador, naturalmente, «olvida» a los testigos de las naves con la «H» en la panza. ¡Toda una tripulación de la compañía aérea Iberia fue testigo de un mito!

Pero la manipulación por parte de este «anómalo» no termina ahí. En el *Ummocat* de Ignacio Darnaude (documento 2806), el tal Manso asegura que Garrido, comisario de policía (uno de los receptores de las cartas), sería ganado para la causa «ummita» cuando la salud de su hijo, en urgente necesidad de una operación cardíaca, mejoró lo suficiente como para permitir esta intervención, gracias a los «ummitas» y sus «ovnis microscópicos». La estupidez no merece comentarios...

Un año después (1994), Manso se cubría nuevamente de «gloria». En un artículo publicado en *Cuadernos de Ufología*, el órgano de difusión de la referida Fundación Anomalía (supuestamente la línea seria y científica de la investigación ovni), bajo el título «“UMMO”: el derrumbe de un mito», el «anómalo» de marras insistía en el asunto del «hilo»: «... Óscar Rey Brea, Claude Poher y el GSW *demuestran de forma inapelable* la falsedad de las fotos de San José de Valderas... [el subrayado es mío]».

Lo único inapelable, amén de la torcida intencionalidad de *Cuadernos de Ufología*, es el estudio nulo llevado a cabo por los gringos...

© www.jjbenitez.com

**GSW**

COPYRIGHT OSW 1976

"CIVILIAN AERIAL PHENOMENA RESEARCH ORGANIZATION"  
GROUND SAUCER WATCH - 13238 N. 7th DRIVE - PHOENIX, ARIZONA - 85029

### ANALISIS POR COMPUTADOR DE LAS FOTOS DE SAN JOSE DE VALDERAS.

*Después de obtener una copia de primera generación de este supuesto incidente OVNI, nuestro equipo de analistas preparó un negativo de alta resolución el cual mostraba la imagen de un objeto en forma de disco o platillo con una extraña marca en su superficie. La imagen era clara y contenía además aspectos del entorno. Esta información, junto con el hecho de que la foto se tomó a la luz del día, permitió su proceso mediante la técnica de la mejora*

Logotipo del GSW, con el arranque del «informe» sobre la foto de Valderas, tal y como fue publicado por el CEI en diciembre de 1977. A la derecha, el *copyright*.

- *Cuadernos de Ufología* (Santander, España), números 16 y 17 (1994). El argentino Agostinelli escribe también sobre «Ummo», y dice: «Ahora bien; cuando se acerca el punto final, los autores de textos ufológicos suelen afanarse por rematar el texto con una idea fuerte y, en lo posible, dejarlo todo en suspenso, tanto como para no cauterizar definitivamente el misterio. Por desgracia, éste no es el caso: la maravillosa historia de “Ummo”, antes que un “experimento cuidadosamente diseñado”, evoca la escena de una familia de gatos jugando con un ovillo de lana. Una vez que la madeja empieza a enredarse, llega una instancia en que hablar de “inteligencias externas” o

“internas” (visitantes de mundos fantásticos, maquiavélicas agencias paraoficiales o un contubernio de científicos lunáticos), que invirtieron tiempo y fortuna para someter a su capricho un fárrago de creencias que en realidad pueden emerger y prosperar con la cooperación premeditada de unos pocos y las bromas, los fraudes, la inocencia y la necesidad de creer de unos cuantos, no sólo es estéril e innecesario: también puede ser un perfecto acto de cretinismo intelectual».

Cree el ladrón que todos son de su condición...

- *Cuadernos de Ufología* (“Centrada —según ellos— en el análisis riguroso de la fenomenología ovni”. *Cuadernos de Ufología* —dicen— es una tribuna en la cual colaboran estudiosos de todo el mundo, que mantienen la necesidad de un enfoque fuera de especulaciones sensacionalistas que tanto han afectado a la credibilidad de esta fenomenología, planteamiento imprescindible para profundizar de modo serio y objetivo en los ovnis y su entorno). Septiembre de 1988. Ignacio Cabria escribía en el referido «modelo» de rigor y seriedad: «... el comisario de policía Dionisio Garrido Buendía recibe, a lo largo de 1967, comunicaciones telefónicas e informes [se refiere a los “ummitas”] sobre parapsicología y sobre fotografía. Se me ha contado un hecho acontecido cerca de esta persona y que la hizo convencerse totalmente de la autenticidad de los extraterrestres que se presentaban como “ummitas”. Un hijo suyo sufría una dolencia cardíaca y no podía ser operado por sufrir una deficiencia en la sangre, una carencia parcial de plaquetas. Al poco tiempo de este primer contacto, y de un modo que Garrido no interpretó de otra manera que como una intervención de los extraterrestres, su hijo tuvo las plaquetas suficientes para poder ser intervenido quirúrgicamente. Hasta aquí la concisa información que se me ha proporcionado».



- *Cuadernos de Ufología* y el señor Cabria deberían saber que el rumor está más cerca de la «especulación sensacionalista» que del «análisis riguroso». Por cierto: ¿quién copió a quién? ¿Manso a Cabria o viceversa?

En ese mismo artículo sobre «Ummo», Cabria, en otro alarde, recuerda los «hallazgos» de Poher y Spaulding, y dice: «Los análisis de las fotos realizados por técnicos franceses y norteamericanos respaldaban los resultados de Rey Brea en el sentido de demostrar que el ovni era, en realidad, un plato suspendido de un hilo» (Poher, 1977; Spaulding, 1977).

El pobre Cabria no acierta ni en las fechas...

En 1994, tras conocerse la autoinculpación de Jordán Peña, Cabria publica otro artículo en *Cuadernos de Ufología* bajo el título «“Ummo”: el fin de la trama». Y dice: «Nos queda una cuestión incómoda que pone en entredicho a la comunidad de investigadores de la ufología y la parapsicología. José Luis Jordán fue presidente de la entidad ufológica Eridani A. E. C. en los años setenta. Impartió charlas en las que mostraba un talante escéptico hacia la naturaleza extraterrestre de los ovnis y en los últimos tiempos se había mostrado un crítico mordaz con los ufólogos. En el campo de la parapsicología representó el ala más escéptica y radical de la Sociedad Española de Parapsicología. ¿Cómo es posible que los investigadores de la ufología y de la parapsicología hayan podido ser engañados de manera tan sistemática?».

El señor Cabria, una vez más, manipula la información. Que yo sepa, de la treintena de receptores de cartas «ummitas», sólo Ribera y Darnaude pueden ser considerados como «investigadores de la ufología». En cuanto a la parapsicología, excepción hecha del P. Pilon, ¿a quién se refiere este «modelo de rigor»? ¿«Engañados de manera tan sistemática»? Cabria, obviamente, no conoce los cientos de documentos escritos por Ignacio Darnaude Rojas-Marcos en los que duda de la paternidad «ummita». ¿O sí los conoce? Y

algo más: en 1971, cuando se fundó la Sociedad de Estudios Cosmológicos Eridani, en Madrid, Jordán Peña, en efecto, fue elegido presidente. Uno de los que apostó por él fue el también «anómalo» Félix Ares de Blas, compañero de viaje en *Cuadernos de Ufología* del señor Cabria...

- *Cuadernos de Ufología*, septiembre de 1988. Julio Arcas, Cabria y José Ruesga firman un editorial en el que se dice: «*C. de U.* no va a rechazar en sus páginas a los escépticos ni los temas “malditos” como “Ummo” o los contactados si se aportan sobre ambas visiones renovadoras...»

Basta echar un vistazo a las páginas de *Cuadernos de Ufología* para darse cuenta de que las «visiones renovadoras» son todas tan parciales como mal intencionadas. A lo expuesto me remito.

- *Cuadernos de Ufología*, septiembre de 1988. Carles Berché, del CEI de Barcelona, asegura «que los análisis por ordenador de las fotos de San José de Valderas demuestran que se trata de una maqueta reducida colgando de un hilo de nylon». Años después, en 1994, también en *C. de U.* Berché i Cruz se reafirma en lo dicho: «La existencia de fotografías del presunto ovni de San José de Valderas, supuestamente visto el 1 de junio de 1967, parecían ser la prueba definitiva de la autenticidad del caso. Más aún, cuando los fotógrafos eran — en un principio— dos diferentes. Lejos de eso, las fotografías han sido la puntilla del caso “Ummo” en general. Si las fotos son falsas, el caso también lo es y si se montó un falso caso ovni anunciado por los “ummitas”, es que éstos participan del fraude».

Las «brillantes y científicas» deducciones de Berché lo dejan a uno traspuesto (sobre todo por lo del «hilo» de Spaulding). Más adelante en ese mismo artículo, Berché reconoce que algo falla: «Según

ciertos ummólogos, el que Spaulding hiciera sus análisis sobre una “copia” en lugar de sobre los negativos invalida su trabajo. Pero si aparece un HILO bien visible, de algún lugar debe de salir, creo yo...». La respuesta la proporciona el propio Berché: «En definitiva, si bien no he hallado el mismo hilo que los técnicos del GSW, sí puedo confirmar que éste existía y que no estaba aguantado por una caña, sino que arrancaba del suelo y pendería en una estructura superior —una rama de árbol, tal vez— que el fotógrafo cuidó de no encuadrar».

¡Genial! La cuestión es mantener el «hilo» como sea, aunque no exista.

Esto debe de ser lo que los «anómalos» y «científicos» de *Cuadernos de Ufología* llaman «visiones renovadoras»... <<

[34] Véase historia completa sobre los dogon en *Planeta encantado* (*Los señores del agua*). <<